
HASTA
QUE SEAS
MÍA
Anne K. Austen
A&N Publishing


Hasta que seas mía
Anne K. Austen

Título: Hasta que seas mía

Primera edición: mayo de 2026

© 2026 Anne K. Austen

© 2026 A&V Publishing

ISBN: 979-13-991607-2-7

Número de registro: 2025060451

Imagen de cubierta: Ink & Bloom Studio

@annekausten

annekausten@gmail.com

https://www.facebook.com/Anne—K—Austen

La editorial A&V publishing defiende la protección del copyright. Quedan reservados todos los derechos de esta obra y está rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Epílogo 2
Nota de la autora
Agradecimientos
Bibliografía
Biografía

Prólogo

«ISEABAIL»

Castillo de Huntly, tierras del clan Gordon, otoño de 1526

Las fiestas en el castillo de Huntly me sientan igual de bien que un corsé mojado.

Todo huele demasiado.

A carne asada, a cera caliente, a vino especiado, a humo de turba atrapado bajo las vigas negras y a demasiada gente empeñada en parecer encantadora mientras mastica con la boca llena.

El gran salón resplandece como si el otoño no existiera al otro lado de los muros. Las antorchas lloran resina. Los tapices pesan más que algunos hombres. Y los bancos rebosan de culos nobles y espaldas tiesas.

Mi madre, a dos asientos de mí, lleva el cuello tan erguido que parece fiarse más de su orgullo que de sus huesos. Tiene el mismo pelo rojo que yo, pero en ella el color no parece una impertinencia, sino una advertencia cuidadosamente peinada bajo la toca.

Mi padre bebe, asiente y sonríe como si un salón lleno de invitados fuera la prueba indiscutible de que Dios le debe varios favores. Tiene los hombros anchos, la barba ya tomada por el gris y los ojos azules que también me tocaron a mí, aunque en él revelan esa calma

satisfecha de los hombres que confunden el respeto con el miedo solo porque nadie se atreve a corregirlos en voz alta.

Yo, en cambio, llevo una hora entera intentando no cruzar las piernas como me da la gana, no comerme las tortas de avena a puñados y no poner los ojos en blanco cada vez que un hombre de cuarenta años llama «florecilla» a una muchacha que apenas le llega al hombro.

Y, sobre todo, aborreciendo la idea de que al otro lado de la mesa haya pretendientes mirándome no como a una persona, sino como un negocio jugoso entre nobles.

Estoy agotada.

—Si sigues mirando así a los demás, alguien va a pensar que planeas apuñalar a un invitado con el cuchillo —murmura entre dientes Marsaili a mi lado, sin apartar la sonrisa de una señora que habla de encajes como si describiera una batalla.

Mi prima tiene el don irritante de ver lo que me pasa por la cabeza antes incluso de que a mí me dé tiempo a ponerle nombre. Es más prudente que yo, que tampoco es difícil, y bastante más sensata, lo cual me fastidia porque suele tener razón cuando yo preferiría que no la tuviera.

Cojo la copa por el tallo y la giro entre los dedos. El vino caliente me deja un rastro dulce en la lengua. A estas alturas de la velada ya sé que, si bebo otra copa acabaré, diciendo en voz alta algo que solo debería pensar.

—No pienso apuñalar a nadie —respondo en voz baja—. La mayoría se condena sola con solo abrir la boca.

Marsaili aprieta los labios. Ese leve tirón en la comisura es toda la risa que se permite cuando mi madre puede verla.

—Eso no mejora tu defensa.

—Tampoco la empeora.

Mi hermano Duncan suelta una carcajada al fondo. No sé qué estupidez acaba de decir, pero ha debido de ser monumental, porque Robert le da un golpe en el hombro y el más pequeño de los cinco, Malcolm, imita el relincho de un caballo para hacer reír al resto.

Mi padre ni siquiera se molesta en reprenderlos. Son hombres. Nacieron con licencia para ocupar espacio y meter ruido. Yo nací para llevar un vestido azul oscuro, la espalda recta y una larga fila de «no hagas», «no digas», «no mires» y «compórtate como corresponde».

A veces me pregunto si me habrían querido más de haber sido un perro de caza.

Y entonces lo veo.

No a un perro.

A Finn Shaw.

No debería pensar tanto en él. Ni siquiera debería pensar en él. Soy capaz de repetirlo diez veces seguidas y seguir sin creerme una palabra.

Cruza el lateral del salón pegado al muro, lejos del centro del banquete, como hacen los hombres que saben que la fiesta no les pertenece aunque sean ellos quienes la mantienen en pie.

Lleva el jubón oscuro ceñido al torso y el *plaid* sujeto al hombro con una sencillez que en otro hombre sería simpleza y en él parece una elección consciente.

El fuego le arranca destellos cobrizos al pelo largo, recogido atrás, aunque un par de mechones se han escapado y le rozan la nuca con un desorden que me parece indecentemente atractivo.

Sus ojos, cuando gira la cabeza para contestar algo a uno de los guardias, brillan verdes a la luz de las antorchas. Verdes de verdad. No el verde amable de los prados en verano ni el de los tapices

viejos. Un verde afilado, felino, capaz de mirarte como si ya supiera por qué no conviene fiarse de ti.

Y luego está la boca.

Ojalá no estuviera esa boca.

Tiene una forma absurda de sonreír, como si cada sonrisa le naciera torcida por exceso de picardía. Tiene esa curva de niño malcriado que acaba de robar miel y piensa negarlo aunque le chorree por la barbilla.

Conmigo sonríe poco.

Conmigo, en realidad, hace otras cosas como mantener la distancia. Siempre. No una distancia grosera. Peor. Una distancia limpia, medida, prudente. Como si yo pudiera apestarle la vida solo con pasar demasiado cerca y costarle el puesto, el pellejo o ambas cosas.

No va desencaminado.

—No —dice Marsaili en el instante exacto en que nota hacia dónde se me han ido los ojos—. Ni se te ocurra.

Ni siquiera me vuelvo hacia ella. Sigo mirando a Finn. Está hablando con el maestresala, señalando con dos dedos una jarra mal colocada junto a la esquina de la mesa principal. Luego se inclina hacia un guardia para corregirle algo del cinto con un tirón breve, eficiente, sin una sola palabra de más. No hace falta que levante la voz para que lo obedezcan.

Eso es parte del problema.

No nació para ese sitio. Todo el mundo lo sabe. No tiene padre que nombrar con orgullo, ni casa solariega, ni parientes que hablen por él en un consejo. No tiene apellido importante, ni tierras, ni una madre que pueda presumir de alianzas antiguas entre sorbo y sorbo de vino.

Es un don nadie.

Un hombre sin otra herencia que su cabeza, sus manos y esa manera insultante de ganarse el respeto sin parecer que se esfuerza demasiado.

Mi padre lo hizo capitán de la guardia por eso mismo. Porque es listo. Mucho más que la mayoría. Ve antes que otros. Pelea mejor porque sabe qué peleas escoger. Y porque, si hay que resolver un problema o prever una trifulca antes de que empiece, Finn la huele antes incluso de que el primer idiota se toque el cuchillo.

Todo lo que tiene se lo ha ganado a pulso.

Eso no cambia el resto.

Sigue siendo el capitán de la guardia.

Yo sigo siendo hija del laird Gordon, conde de Huntly.

La diferencia entre ambas cosas pesa más que el castillo entero.

—Te estás quedando sin saliva de tanto mirarlo —murmura Marsaili, esta vez sin ningún disimulo—. Al menos parpadea. Vas a parecer enferma.

Aparto los ojos de golpe y me concentro en una fuente de nabos glaseados que no me interesan lo más mínimo.

—No lo miraba.

—Claro.

—Lo observaba.

—Es muchísimo peor.

Resoplo.

—Solo me parece… tan atractivo.

Marsaili hace un ruido mínimo, una mezcla entre carcajada ahogada y resignación.

—A ti te parece atractivo hasta un muro si lleva su cara.

—No es verdad.

—No, claro que no. Finn Shaw, con esos ojos y esa sonrisa de zorro y esa costumbre tan suya de actuar como si todo el mundo fuera un poco idiota salvo él, no tiene nada en absoluto que pueda tentarte.

Me enderezo un poco más en el banco.

—No me tienta.

—Te ataca con su hermosura, ya lo sé. Te he oído decirlo antes.

La miro de lado.

—No me espíes cuando estoy siendo sincera conmigo misma.

—Es imposible no oírte. La mitad de tus pensamientos salen por la boca.

Eso no siempre es cierto. Hay algunos que me guardo bastante bien. Como el modo en que noto el pulso subiéndome por el cuello cuando Finn pasa cerca. O la irritación casi infantil que me provoca que me sonría tan poco a mí cuando, con los demás, a veces se le escapan comentarios secos que hacen reír incluso a quien intenta mantenerse serio.

—Déjate de fantasías, Iseabail —dice Marsaili, ya sin humor—. Todo el mundo sabe que pronto te prometerán con alguien útil. No con el capitán de la guardia.

La frase me pellizca en un sitio feo.

Finn alza la cabeza justo en ese momento. Nuestros ojos se cruzan apenas un instante. No sonríe. Nunca lo hace cuando me descubre mirándolo. Lo que sí hace es clavarme esa expresión suya de

cansancio contenido, de hombre que preferiría estar en cualquier otra parte antes que a tres pasos de mis ideas.

Luego aparta la vista.

—No voy a hacer nada —murmuro.

Marsaili apoya dos dedos sobre mi muñeca sin mirarme.

—Eso es exactamente lo que dices siempre justo antes de hacer una estupidez.

No la escucho. O sí, pero no con la parte útil de la cabeza.

La música sube. Dos hombres empiezan a discutir a gritos sobre perros de caza. Uno de mis hermanos se levanta para acercarse a uno de los Forbes.

Los Gordon saben moverse en un salón lleno de enemigos con la misma naturalidad con la que otros respiran.

Y, esa noche, hay demasiados Forbes bajo nuestro techo.

Se los reconoce sin necesidad de que nadie los anuncie. No por sus colores ni por sus insignias, aunque también, sino por esa forma tan particular que tienen de fingir que no llevan años deseándonos una muerte lenta.

Se sientan rectos, sonríen poco, beben con moderación y miran alrededor como si el castillo de Huntly fuera una casa que algún día piensan reclamar por error administrativo, bendición divina o simple descaro.

Los Forbes se codean con demasiada alegría con predicadores nuevos, ideas peligrosas y hombres que creen que Roma queda lo bastante lejos como para dejar de obedecerla. Todo el mundo lo sabe. Todo el mundo finge no saberlo cuando conviene.

Y, si hay algo que los Gordon somos, además de ruidosos, testarudos y terriblemente difíciles de matar, es católicos hasta el

último hueso y fieles al Papa con una devoción que mi padre considera una virtud.

La enemistad entre ambos clanes no es una canción vieja. Es una herida que aún mancha los manteles. Ha habido emboscadas, acusaciones, hombres muertos, juramentos escupidos con sangre en los dientes y suficientes viudas como para llenar media capilla con rezos amargos.

Y, aun así, ahí están.

Sentados entre nosotros.

El rey, Jacobo V, quiere paz.

Qué palabra tan bonita para obligar a otros a tragarse el odio con modales.

Mi padre también quiere paz, tierras, influencia, obediencia, alianzas ventajosas, nietos legítimos y que su hija no tenga opiniones en voz demasiado alta. Y desde hace semanas corre por los pasillos un rumor cada vez menos tímido: George Gordon, mi amadísimo padre, mi señor, mi condena particular, negocia mi matrimonio con uno de esos inútiles del clan Forbes.

No sé cuál.

Tampoco importa demasiado.

Cuando una va a ser sacrificada en nombre de la concordia entre clanes, el nombre del cuchillo es un detalle casi decorativo.

Al otro lado, ocurren varias cosas a la vez. Una criada pasa con una fuente de pastel de ciervo que capta la atención de los hambrientos. Y mi madre se vuelve hacia una dama del este y pierde por un momento el control exacto de dónde estoy yo.

Y entonces Finn, junto a la columna del corredor de servicio, se lleva dos dedos al puente de la nariz y se frota los ojos como un hombre

que lleva demasiadas horas sin parpadear a gusto.

Cansado.

La idea me entra en la cabeza como me entran casi todas las malas ideas. Sin permiso. Como si ya existiera antes de que yo la piense.

—No —dice Marsaili antes incluso de que yo me mueva.

Le sonrío con toda la irresponsabilidad que poseo.

—Voy a ser amable.

—Eso me da más miedo que cuando no lo eres.

Me levanto.

Cruzo entre bancos, jarras y rodillas ajenas con la práctica de quien lleva años escabulléndose por salones donde siempre estorba un poco.

Finn está hablando con un criado fuera del salón, junto a la puerta de la sala pequeña donde mi padre guarda objetos de plata, llaves y papeles que no quiere dejar a la vista durante las fiestas. El muchacho asiente, se marcha, y él se queda solo un instante, estirándose el cuello como si tuviera las vértebras llenas de arena.

Me ve acercarme y ni siquiera intenta fingir entusiasmo.

—Mi señora.

Hay hombres capaces de convertir un saludo en una orden de retirada. Finn es uno de ellos.

—Qué seco. Podrías fingir un poco de alegría.

Él se aparta medio paso de la pared hacia la puerta. No es mucho, pero basta para dejar claro que no piensa quedarse atrapado entre mi persona y la piedra.

—Deberíais volver a la mesa.

No puedo evitar la sonrisa. Es uno de los defectos más concretos de mi carácter. Cuanto más borde se pone, más ganas me entran de tocarle las narices.

—Deberías dejar de hablarme como si estuviera a punto de prenderle fuego al salón.

Una ceja oscura se le alza apenas.

—Os veo muy capaz de todo.

—Eso casi ha sonado a cumplido.

—No os hagáis ilusiones.

Ahí está. Ese es el Finn que reconozco. Con esa ironía de hombre que prefiere meterse un puñado de clavos en la boca antes que dejarte la última palabra demasiado fácil.

Me apoyo con la cadera en el marco de la puerta, demasiado cerca para su gusto. Lo sé porque sus hombros se tensan apenas, como si mi proximidad le hubiera rozado la nuca.

—Te escuecen los ojos.

Su boca se aplana un poco más.

—No.

—Claro que sí. Te estabas frotando el puente de la nariz como un anciano con cuentas que no cuadran.

—Qué perspicacia la vuestra.

—No hace falta burlarse. Sé un remedio.

Eso le arranca una mirada que lleva dentro la palabra «imposible» sin necesidad de pronunciarla.

—¿Ah, sí?

—Sí. Un paño caliente ayuda. Cuando me tienen tres horas cosiendo bajo la luz mala del cuarto de mi madre, acabo viendo santos donde solo hay manchas.

—Qué tragedia.

—No hace falta que lo digas con esa ternura.

Finn mira por encima de mi hombro hacia el salón por la puerta lateral, como si buscara algo que lo libre de mí.

—Volved a vuestro sitio, Iseabail.

No me llama casi nunca por mi nombre. Menos así, seco y bajo. El sonido me hace cosquillas en el estómago y no debería.

—Qué borde eres cuando estás cansado.

—Y vos, qué insistente sois siempre.

—Quiero ayudar.

—No.

—Sí.

—No.

—Deja de hablar como un cura y agáchate un poco.

Él da un paso atrás, no mucho, lo suficiente para marcar distancia.

—No pienso quedarme quieto mientras me plantáis un trapo en la cara en mitad del corredor.

—No es en mitad del corredor y tampoco utilizaré un trapo.

Miro alrededor. Al fondo del pasillo, junto al arco que da al salón, veo el perfil de mi madre hablando con uno de los invitados de Kinnaird. No nos ha mirado aún. Pero puede hacerlo en cualquier momento.

No me lo pienso.

Le agarro el antebrazo y tiro de él al interior.

Finn se queda clavado un segundo, más por sorpresa que por falta de fuerza. Luego intenta soltarse.

—¿Qué demonios hacéis?

—Intentar que no nos vean, ¿no eras tú el prudente?

—Esta situación no mejora nada.

—Todavía no, pero dame un instante.

No es una estancia grande. Huele a cera fría, plata, madera encerada y pergamino. Hay un arcón pegado al muro, una mesa alta con dos candelabros apagados y un gran tapiz enrollado contra una esquina. La única luz entra por la puerta entreabierta y por la rendija alta de una ventana pequeña.

Finn se suelta de mí en cuanto logra recuperar el equilibrio.

—Estáis loca.

—Eso lleva años diciéndomelo medio castillo. Siéntate o al menos agáchate.

—Si no os apartáis, acabaréis metiéndome en un problema. Con vos nunca hay término medio.

—Qué exagerado. Solo son manos calientes.

—Esa frase no tranquilizaría a nadie con juicio.

Lo ignoro, me froto las palmas una contra otra con energía y luego las acerco un segundo al brasero que un criado ha dejado junto al muro para el corredor. Aún desprende calor suficiente. Cuando vuelvo hacia él, Finn ya se ha apartado otro medio paso, lo justo para dejar claro que piensa vender cara su derrota.

—Agáchate, pedazo de torre —ordeno.

—Ni muerto.

—No llego.

—Qué desgracia tan inesperada. Quizá el cielo esté intentando deciros algo.

—Finn.

—No.

Miro alrededor buscando una solución y veo, pegado a la pared, un banco estrecho. No es alto. Lo justo para darme un palmo más. Me subo a él antes de que Finn tenga tiempo de protestar.

—Bajad de ahí.

—Ahora sí llego.

—Bajad, Iseabail. Esto es una insensatez.

—No hables. Rompes la magia.

Eso, por alguna razón, le arranca una media sonrisa. Una minúscula. Torcida. Peligrosa. La peor de todas. El muy malnacido sabe lo que hace esa boca y aun así sale al mundo con ella puesta.

Me olvido un segundo de respirar.

—Ya era hora.

—No pongáis esa cara —murmura—. Solo os estoy sonriendo para que no os confiéis de mí.

Le agarro el borde del jubón con dos dedos para atraerlo un poco hacia mí. No con fuerza. Solo lo suficiente para que se incline medio palmo. Él baja la barbilla con una resignación tensa, como un hombre que ya sabe que nada bueno puede salir de permitirme acercarme tanto.

Le apoyo una palma sobre un ojo.

Su piel está tibia. La ceja le roza el centro de la mano. Noto la vibración mínima de las pestañas cuando parpadea debajo. La otra

mitad de su cara sigue mirándome con ese fastidio suyo que, por alguna razón, me gusta más de la cuenta.

O quizá soy yo la que disfruta demasiado de tener a Finn Shaw agachado delante de mí en esta intimidad artificial que he conseguido arrancarle.

No debería sentir esta satisfacción infantil de haber conseguido que me mire con algo más que esa distancia prudente que me dedica siempre.

Pero llevo toda la noche comportándome y eso siempre me deja en un estado peligrosísimo. Como un caballo al que le han tenido la cabeza demasiado tiempo tirante y, en cuanto aflojan un dedo, sale disparado.

Él deja escapar un resoplido cuando le tapo los dos ojos y los cierra.

—Solo son dos segundos.

—Con vos, nunca son dos segundos.

—Lo dices como si el tiempo conmigo se te hiciera largo.

Entonces oigo la voz de mi madre en el corredor.

—¿Dónde se ha metido Iseabail?

Se me hiela el estómago.

Finn también la oye. Me baja las manos de su cara con una de las suyas y me clava una mirada que dice exactamente lo que yo ya sé.

Estar sola con él en esta sala ya es una mala idea. Que mi madre me encuentre aquí dentro, peor. Pero aún podría explicarse. A duras penas. Con suficiente vergüenza. Con muchos rezos.

—Quizá solo piense que he heredado exceso de compasión si ve que estoy aliviando tus ojos.

—Tu madre no pensaría eso ni aunque te viera curando a un santo.

No le falta razón.

Entonces oigo a Duncan.

—La he visto salir del salón.

Y a Robert.

—Yo la busco por el corredor.

Cinco hermanos. Mi madre. Mi padre, si alza el culo del banco. Invitados de paso. Criados curiosos. Todo el castillo tiene la mala costumbre de acudir cuando yo más necesito lo contrario.

—Moveos —susurra Finn.

Me lo tira como una orden baja y cortante. Va hacia la puerta, seguramente para abrirla y sacarme antes de que los demás lleguen, pero alguien ya está demasiado cerca de nosotros.

Se oyen pasos. Ropas.

Una criada que dice «por aquí no la he visto».

No sé por qué hago lo que hago. Miento. Sí lo sé. Porque llevo toda la vida empeorando las cosas en el momento exacto en que debería quedarme quieta.

A la izquierda, medio escondida detrás del tapiz enrollado, hay una alacena estrecha empotrada en el muro, donde guardan candelabros, copas, manteles y paños buenos para los banquetes. No es exactamente un armario. Es más bien un hueco profundo con puerta de madera y estantes altos.

La abro y le agarro el jubón.

—Ahí.

Finn se queda mirándome como si de verdad estuviera valorando dejarme morir sola.

—No voy a meterme con vos en un armario.

—Pues explica tú por qué estoy sola contigo en la sala pequeña a oscuras. Seguro que sale fenomenal.

Los pasos están ya a dos puertas de distancia. No hay tiempo para elegir una estupidez mejor.

Finn maldice en voz baja, me coge del codo y me empuja primero a mí dentro del hueco. Entro a trompicones, pisando una manta doblada y el borde de un cofre pequeño. Él se mete detrás para poder cerrar la puerta sin que nos delate la luz. El espacio es ridículo. No caben su espalda, mis faldas y el aire con decencia a la vez.

Huele a lana cerrada, romero húmedo y al cuero de él, que tan cerca me entra en la cabeza como una bebida fuerte.

Tengo un hombro pegado a la pared del fondo, la cadera aplastada contra él y las faldas hechas un nudo entre mis tobillos. Finn queda delante de mí, demasiado cerca, el pecho casi rozándome la cara, una mano apoyada en la madera junto a mi cabeza para no venírseme encima del todo y la otra baja, tensa, buscando equilibrio que no encuentra.

—Quieta —murmura.

Lo dice junto a mi frente, con la boca muy cerca y el tono de quien sabe que está a un segundo de perder la paciencia o la vida, quizá ambas.

Intento recolocarme solo un poco, lo justo para no acabar clavándome una esquina en los riñones, y ahí empieza el desastre. Porque una de las mantas se me ha quedado atrapada en mi talón.

Se me escurre el pie.

Y después, como ya es costumbre en mi vida, todo empeora a la vez.

La pierna se me dobla. El equilibrio se me va y caigo de rodillas. No tengo espacio para abrir los brazos ni para caer hacia atrás. Solo

puedo irme hacia delante, de golpe, contra él.

Busco a ciegas algo a lo que agarrarme, cualquier cosa que me impida meter la cara en su cuerpo y hacer más ruido del necesario.

Encuentro lana primero.

Luego nada que reconozca a tiempo.

Mi mano se hunde demasiado. Mucho más de lo que pretendía. Se me mete entre pliegues, cuero y calor masculino hasta cerrarse en algo que no debería estar sujetando bajo ninguna circunstancia.

Se me hielan hasta los dientes.

No lo entiendo al principio como una idea. Lo entiendo como una sensación. Calor. Peso. Dureza. Una forma viva, gruesa, tensada dentro de la ropa, que cede apenas un instante bajo mis dedos antes de volverse todavía más firme.

Él se queda inmóvil de arriba abajo. Tan inmóvil que parece que se le hayan convertido los huesos en hierro. El vientre se le endurece sobre mi sien y de su pecho sale una respiración rara, contenida, áspera, como si acabara de tragarse una piedra.

—Joder —suelta entre dientes.

Se me sube el fuego a la cara tan deprisa que casi me mareo.

Dios bendito.

Está duro.

Por supuesto que está duro. Lo noto con una claridad humillante. La longitud apretada contra la ropa, el calor espeso, la tensión viva de un cuerpo que hasta hace un instante solo me parecía insoportablemente hermoso y ahora, además, tiene la indecencia de sentirse real en la mano. Demasiado real. Querría morirme ahí mismo, enterrada bajo mantas rancias y vergüenza.

Intento apartarla.

De verdad que lo intento.

Finn baja la barbilla. Noto cómo me mira sin necesidad de levantar los ojos. Hay furia ahí. Furia, estupor y una incredulidad tan ofensiva como la mía.

Reacciona por puro reflejo. Me agarra de la trenza, cerca de la nuca, con una mano entera y un tirón seco, no para hacerme daño, sino para apartarme la cabeza de golpe, para sacarme de ahí antes de que siga así un segundo más. El gesto me echa hacia atrás lo justo para liberar un poco mi cara, pero visto desde fuera no se parecería a un rescate. Ni remotamente.

—Soltadme —murmura Finn, pero no suena enfadado. Suena peor. Suena como un hombre a punto de perder el juicio o de recuperarlo de golpe.

—Suéltame tú primero.

—Sois vos la que me estáis sujetando la polla.

La crudeza de la frase me fulmina la cara.

Y justo entonces la puerta de la alacena se abre de golpe.

La luz de fuera entra a cuchillo.

Mi padre está ahí.

A su lado, Robert, y el hijo mayor del laird Forbes con una mueca de desprecio en la boca.

Detrás de ellos, el padre Aodh.

Y, un poco más atrás, la criada, que se queda petrificada con las manos en la boca.

Nadie necesita preguntar qué ve.

Yo sigo de rodillas delante de Finn, con la falda revuelta, la cara ardiendo y una mano en su entrepierna. Él aún me sujeta del pelo

con los dedos cerrados en mi trenza.

El sacerdote aparta la vista un segundo demasiado tarde. Robert ya tiene la cara descompuesta de furia. Mi padre no cambia de expresión. Y eso, precisamente eso, me hiela más que cualquier grito.

Suelto a Finn de golpe. O lo intento. Los dedos tardan una fracción de segundo indecente en abrirse. Él me libera la trenza al instante, como si acabara de tocar hierro al rojo vivo. Me incorporo a trompicones, con las rodillas ardiéndome y la cara convertida en brasas, y casi me doy contra el marco de la puerta al salir de la alacena.

Nadie habla.

No hace falta.

Porque cualquier explicación se queda pequeña al lado de lo que parece.

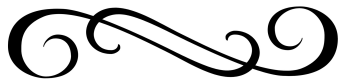
Mi padre da un paso al frente.

Solo uno.

—Iseabail Gordon —dice, con una calma tan fría que me deja sin sangre—. De todas las estupideces que podías cometer esta noche, has elegido la única que no puedo perdonarte.

Y ahí, con las rodillas doloridas, la palma todavía abrasada por el calor humillante de lo que he agarrado y Finn a mi lado convertido en una estatua de furia contenida, entiendo que esta vez no voy a arreglarlo con una disculpa.

Capítulo 1



«ISEABAIL»

Abril de 1531, alrededores de Perthshire

La feria de Dunkeld huele a barro pisado, a lana mojada y a grasa de cerdo recalentada hasta el pecado. Huele también a lluvia contenida, a humo malo y a cebolla frita en manteca vieja.

Es un olor espeso, terco, pegajoso, de los que se quedan en el pelo, en las mangas y en la parte de atrás de la garganta, como si el día entero quisiera meterse dentro de una y no largarse jamás.

Dentro de mi carpa no huele mejor. Solo distinto.

Aquí hay cera caliente, romero quemado, un brasero pequeño que tose más humo del que debería y el olor de las manos de las mujeres, que traen siempre su propia vida pegada a la piel.

Harina, leche agria, jabón barato.

No necesito las cartas para saber nada importante. Me basta con mirarles los dedos, la boca y la forma en que se sientan cuando creen que nadie las está mirando.

Las cartas son un pretexto elegante para que una mujer diga en voz alta algo que lleva meses tragándose.

Por eso no las desprecio, aunque sepa que no sirven para ver el futuro ni aunque venga un obispo a bautizarlas una por una.

Morna, me digo. Soy Morna.

No Iseabail Gordon, la hija del conde de Huntly a la que una noche encontraron donde no debía, con la falda revuelta, el pelo deshecho y el capitán de la guardia demasiado cerca como para que importara la verdad.

No soy esa mujer a la que dejaron deshonrada antes incluso de tocarla, porque para eso basta una puerta abierta en mal momento, un padre furioso y media sala dispuesta a creer lo peor.

No soy la vergüenza del clan Gordon, la novicia que pasó tres años oliendo a piedra húmeda y a resignación ajena mientras las monjas le vaciaban la vida a base de rezos, silencio y castigos.

Soy Morna.

La pitonisa de las cartas. La farsante. La que ve futuros ajenos y hace lo posible por no mirar demasiado el suyo.

Me sale una sonrisa torcida y cansada.

Qué bonito nombre para una cobarde con buena memoria. Porque, si cierro los ojos, todavía puedo oler aquella noche. El humo del salón. La lana de su plaid. Mi propia vergüenza subiéndome por el cuello como fiebre. Y después, lo demás. Mis hermanos echando espuma por la boca. Mi madre llorando como si yo ya estuviera muerta. Mi padre cerrándome el mundo de un portazo.

Y Finn.

Siempre Finn.

El hombre que podría haber dado un paso al frente y no lo dio. El único que, con una sola palabra, con un mínimo de valor o de locura, podría haberme evitado acabar enterrada viva entre muros, y prefirió conservar el pellejo.

No lo culpo por huir de mis hermanos. Yo también habría huido si cinco Gordon hubieran querido abrirme la cabeza. Lo culpo por lo otro. Por dejarme sola con el escándalo y no ofrecerse. Por no decir «la tomo por esposa» aunque fuera una mentira desesperada y luego me odiara toda la vida.

En cualquier otra circunstancia habría sido una insolencia, una locura, una ofensa al orden natural de todas las cosas que mi padre veneraba. Pero aquella noche era también la única salida.

Y Finn la vio. Estoy segura de que la vio.

Y eligió callar.

Huyó como una rata y me dejó la deshonra y la certeza insoportable de que una mujer no vale nada sin un hombre que la quiera como esposa.

Me ajusto mejor el chal sobre los hombros.

La mujer que tengo delante tiene el cansancio grabado en todo el cuerpo. No el cansancio blando de quien ha dormido poco, sino el otro, el que se instala en los huesos y acaba dejándole a una el mismo gesto que tienen las casas cuando nadie repara las goteras.

Mira las cartas como si esperara encontrar en ellas el modo de tapar, por fin, aquello que lleva años calándole por dentro.

—Dicen que veis el futuro —murmura.

No puedo evitar reírme un poco.

—Eso dicen, sí. Aunque hay días en que el futuro viene clarísimo, y otros en que se pone tan terco como una mula vieja y hay que tirarle de la lengua.

La mujer parpadea. Luego se le escapa una sonrisa pequeña, casi avergonzada, como si no recordara cuándo fue la última vez que se permitió reír antes de llorar.

Bien. Ya estamos mejor.

Le echo las cartas porque eso la tranquiliza, aunque yo ya he aprendido que casi nadie acude a una echadora de destinos para conocer el futuro.

La gente viene porque el presente se le ha puesto demasiado grande y necesita que alguien lo parta en trozos más pequeños.

Toco el borde de una carta con la yema del dedo y le doy la vuelta despacio. El dibujo no significa nada. La cara de la mujer, sí.

—Cuéntame qué te trae aquí —murmuro.

Baja la vista a las cartas. No las ve. Ve alguna otra cosa.

—Quiero saber si mi marido va a entrar en razón.

Ay.

Qué frase más triste. Como si la razón fuera una visita que pudiera entrar a una casa por voluntad propia y no hubiera personas empeñadas en dejarla fuera por orgullo.

—Eso depende mucho —respondo, dándole la vuelta a otra carta—. ¿A qué clase de estupidez nos enfrentamos hoy?

Ella se moja el labio con la punta de la lengua. Luego, muy bajito, para que ni las cartas lo oigan, dice:

—Perdió el cerdo del invierno apostando.

Durante un segundo me quedo quieta.

—¿Perdón?

Se encoge un poco, como si la vergüenza fuera suya y no de él.

—Lo perdió a los dados. Dice que fue mala suerte.

No puedo evitar llevarme una mano al pecho.

—No, hija. Mala suerte es tropezar con una piedra. Eso es ser imbécil.

La mujer suelta una risa breve, asustada, y se tapa la boca. A mí me da por quererla un poco solo por eso. Las que todavía se ríen, aunque sea de refilón, pueden salvarse. Las otras me asustan más.

—Y ahora quiere vender la rueca de mi madre para comprar otro lechón —añade—. Dice que sin cerdo no pasaremos el invierno. Pero yo consigo sacar algunas monedas hilando para otras mujeres.

La indignación me sube caliente y limpia, como una mano por dentro de las costillas.

Las pequeñas injusticias domésticas me ponen peor que los grandes discursos de guerra. Quizá porque sé el peso exacto de una llave quitada, de una cuchara contada, de una decisión tomada sobre la cabeza de una mujer como si ella no fuera más que el banco donde otros apoyan el culo para decidir su vida.

Vuelvo otra carta sin mirar qué demonios sale. El teatro ayuda. A veces incluso a mí.

—Bien —digo con toda la gravedad que merece semejante estupidez —. Las cartas son claras.

Contiene la respiración.

—¿Sí?

—Clarísimas. Dicen que no hay que vender esa rueca.

Parpadea. Creo que esperaba algo más solemne.

—También dicen —prosigo— que un hombre que ya ha sido lo bastante tonto como para jugarse vuestro único sustento no debería tocar ni con un palo lo único que todavía mete monedas en casa.

La mujer se me queda mirando como si esperara que, después de eso, el humo adoptara forma de ángel y le resolviera el matrimonio. O el hambre. O ambas cosas. Qué bien nos han enseñado a todas a esperar prodigios de cualquier parte menos de nosotras mismas.

—¿Y qué hago? —pregunta al fin, tan bajito que casi me da pena el tamaño de su voz.

Vuelvo una carta más, solo por no romperle del todo el teatro.

—Hoy mismo escondes la rueca —digo—. Si puedes, en casa de alguna hermana, de una vecina o de una tía entrometida que adore meterse donde no la llaman. Y cuando él pregunte, le dices que no va a vender lo único que os da de comer por culpa de una estupidez que no has cometido tú.

Parpadea.

—No puedo decirle eso así.

—No hace falta que se lo digas bonito. Solo claro.

—Se enfadará.

—Ya lo está, por lo que veo. Los hombres como ese siempre están enfadados con algo. Si no es con el mundo, es con que una mujer recuerde que tiene manos, cabeza o ambas cosas.

Se le escapa otra risa. Más breve esta vez, pero más limpia. Qué milagro tan raro es a veces una risa en la cara correcta.

Le deslizo la última carta hacia ella.

—Mira. Hasta esta señora pintada te da la razón.

Observa la reina dibujada y sonríe con esa cautela emocionada de quien ya está imaginando la escena en su cocina y todavía no sabe si le aterra más o menos que la idea de seguir tragando.

—No eres como pensaba —murmura.

—Eso me dicen todos los hombres justo antes de salir corriendo.

Deja escapar una carcajada pequeña y luego se tapa la boca, horrorizada de sí misma. A mí me enternece.

Deja las monedas sobre la mesa y, después de dudar un instante, también un trozo de tela de lino doblado con más cuidado del que exige una simple propina. No lo tomo enseguida. La miro primero.

—No hace falta.

—Sí hace. Mi madre decía que, cuando una sale de una casa más derecha de lo que entró, conviene ser agradecida.

Eso me toca en un sitio blando que no pienso admitir ni aunque me metan otra vez en un convento a darme palos.

Cojo la tela y la guardo en la caja.

—Entonces, gracias a las dos.

La mujer sale sujetándose la toca con una mano y la decisión con la otra. La veo levantar la lona con más firmeza que al entrar y eso me deja un calorcito raro bajo las costillas. Luego me acuerdo de que el mundo existe, de que los maridos ofendidos también y de que probablemente acabo de ganar una enemistad más antes del mediodía.

Sorcha entra justo a tiempo para confirmar que el desastre, como siempre, ya viene de camino.

Lo hace sin pedir permiso, apartando la lona con un hombro y el descaro de quien se ha pasado la vida entrando en sitios que no le pertenecen hasta lograr que le pertenezcan por pura insistencia.

Lleva una cesta con tres manzanas, dos nabos y algo que sospecho que no ha comprado del todo. Tiene el pelo escapándosele del pañuelo rojo, las mejillas encendidas por el frío y esa cara de niña consentida a la que el barro le parece una afrenta personal, pero no lo bastante grave como para renunciar a pisarlo si hay algo divertido al otro lado.

—¿A esta qué le has dicho? —pregunta, dejando la cesta sobre el cofre con un golpe seco—. Porque ha salido con cara de enterrar a alguien detrás de la cocina.

—Le he devuelto un poco de amor propio —respondo, recogiendo las cartas—. Qué manía tienes con verlo todo tan negro.

Sorcha se apoya una mano en la cintura y me mira como si yo fuera una gallina que insiste en cruzar el camino de los carros por principios.

—No lo veo negro. Lo veo ardiendo, que suele ser lo siguiente después de que tú abras la boca.

No puedo evitar sonreír. Sorcha tiene un genio precioso, de los que no sirven para convivir en paz, pero sí para no aburrirse nunca.

—Si van a quemarnos la carpa, al menos espero que sea después de comer.

Ella alza una ceja.

—Siempre tan previsora.

—Una tiene que ordenar sus desgracias por importancia —digo, inclinándome hacia la cesta—. Primero el hambre, luego los maridos ofendidos.

Le arranco una manzana de la cesta antes de que pueda apartarla y le doy un mordisco. Está fría, harinosa y un poco ácida. Perfecta.

—Pues cuidado con las manzanas —me advierte, señalándome con un dedo—. Una de ellas me ha costado una persecución, un insulto y un pisotón.

—Eso te pasa por robar con tan poca delicadeza que hasta yo me doy cuenta.

—No he robado nada —replica, ofendidísima—. He negociado una redistribución urgente de bienes.

—Con un hortelano medio ciego —apunto, burlona.

—Los mejores tratos son los que no resisten una segunda mirada.

Se deja caer en el taburete vacío y cruza las piernas con una falta de compostura que en mí merecería un sermón y en ella solo parece otra forma de insolencia.

Sorcha nació para estar mimada, llevar cintas caras y discutir con criadas sobre el punto exacto del asado. La vida, que a veces hace chistes buenos, le dio en cambio una compañía de feriantes, un padre arruinado y a mí.

Me encontró hace más de dos años a la orilla del río, empapada, hambrienta, herida y temblando, cuando yo todavía llevaba el hábito recortado por abajo, el barro hasta los tobillos y cara de espanto.

No me preguntó nada importante. Me dio pan, una manta y me acercó hasta una curandera para que me curara.

Una semana después, con media sonrisa de loca, me dijo que, si ya estaba tan empeñada en abrir la boca cuando no debía, al menos convendría sacarle provecho.

—¿Qué era esta vez? —pregunta, clavando el codo en la mesa y la barbilla en la mano—. ¿Un marido necio? ¿Un hermano avaro? ¿Otra mujer a la que han intentado convencer de que callarse es una virtud?

—Un imbécil que apostó el cerdo del invierno y ahora quiere vender la rueca de su mujer para tapar la estupidez.

Sorcha suelta un resoplido por la nariz.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Hice lo que haría cualquier mujer sensata.

Sorcha me sostiene la mirada un segundo.

—O sea, empeorarlo.

—Le he dicho que esconda la rueca.

Su sonrisa se abre despacio. Mala señal.

—Ah. Qué bonito. Me encanta cuando tus soluciones incluyen hacer desaparecer objetos.

—No desaparecer. Los protejo.

Sorcha pone los ojos en blanco y me tiende otra manzana.

—Qué palabra tan elegante para joderle la tarde a un idiota. Vas a conseguir que un día nos saquen a pedradas.

—Eso sería muy injusto.

—Oh, ya. El problema es la injusticia. Nunca tu lengua.

Voy a responderle cuando una sombra se recorta en la lona de entrada. Sorcha la ve al mismo tiempo que yo y se incorpora un poco, sin dejar de sonreír.

La mujer que entra no se parece a las otras.

No huele a cocina, ni a lana vieja, ni a miedo. Huele a jabón bueno, a lavanda y a casa donde todavía se cambia el agua del jarrón antes de que se ponga turbia.

Lleva guantes. Guantes de verdad, no de esos prestados para parecer decente un domingo.

El vestido es sobrio, oscuro y caro en ese modo silencioso que tienen algunas telas de decir «no me toques con dedos sucios». La espalda la mantiene tan recta que por un momento me dan ganas de enderezarme yo también, solo por no sentirme un mantel arrugado a su lado.

No es joven, pero tampoco anciana. Tiene la boca firme, la barbilla alta y los ojos de una mujer que lleva demasiado tiempo gobernando casas, criados y silencios para fingir que no sabe hacerlo.

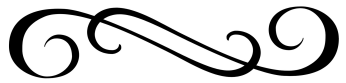
Solo por eso ya me inspira cierta simpatía.

Sorcha la mira una vez y me lanza esa media sonrisa suya que suele significar «allá tú con el desastre que viene». Luego se aparta del

taburete y sale, no sin antes pellizcarme el hombro.

—No la envíes a apuñalar a nadie con el tenedor esta vez —murmura.

Capítulo 2



«ISEABAIL»

La mujer se sienta y deja los guantes sobre la mesa.

Miro las cartas. Luego la miro a ella.

—Vos no habéis venido por amor —digo.

La comisura de su boca se mueve apenas.

—Gracias a Dios.

Eso me gusta aún más.

—Entonces quizá hoy tengáis suerte. El amor es un asunto desordenado. Lo demás se deja leer mejor.

Sus ojos oscuros se quedan en mi cara un instante. No veo burla en ellos. Tampoco fe. Veo necesidad, que es mucho más serio.

No respondo. La dejo seguir.

—Soy viuda recientemente y el hijo de mi difunto esposo, mi hijastro, lleva tres meses diciendo que la casa ya no es lugar para mí.

Se me borra la sonrisa un poco.

—¿Qué significa exactamente que ya no es lugar para vos?

La mujer baja la vista a sus guantes, colocados con demasiado cuidado sobre la mesa.

—Que no tuve hijos con su padre y no me corresponde nada de la casa como herencia. Que, cuando él se case, necesitará sitio para su nueva esposa. Y lo más decente sería que me fuera antes. Con una hermana, si quiere recibirme, o un convento o donde pueda. Le da igual.

Se me escapa una exclamación pequeña de puro horror.

—Qué conmovedor.

La mujer no sonríe. No está para eso.

—Dice que no me dejará desamparada del todo, que puedo llevarme un par de vestidos.

Vuelvo una carta sin mirar cuál es. Me da igual. Si sale un santo, que se tape los oídos.

—Claro —murmuro—. Os deja el aire, que es muy generoso por su parte. Y encima querrá que os vayáis con buena cara, supongo. Como si fuera un arreglo decente y no una patada.

La mujer deja escapar el aire despacio.

—Eso dice. Que será mejor para todos si no hago de esto un drama.

No puedo evitarlo. Me río.

—Ah, no. Entonces está resuelto. Si él no quiere drama, habrá que obedecer. Pobrecito.

La mujer aprieta las manos sobre el regazo.

—¿Qué dicen las cartas? ¿Qué será de mí?

La observo bien. No a la cara entera, sino a la forma en que tiene apretados los dedos sobre el regazo. Al pulgar derecho, que frota una y otra vez el borde del guante izquierdo como si quisiera

desgastarlo hasta atravesarlo. A la boca, que se mantiene firme por puro oficio, pero no del todo. Hay un temblor pequeño en la comisura. Tan pequeño que otra no lo vería. Yo sí.

Y entonces entiendo que la pregunta no me gusta.

No porque sea injusta o triste. Esa clase de preguntas me pagan el brasero. No me gusta porque está torcida y no está preguntando lo que de verdad importa.

Bajo la vista a las cartas, solo para darme un segundo antes de abrir la boca y soltar alguna barbaridad.

—Las cartas dicen —murmuro, tocando una con la yema del dedo— que esa pregunta está mal hecha.

La mujer alza apenas las cejas.

—¿Cómo decís?

Vuelvo la carta despacio. Sale un rey. Qué oportuno el muy cerdo.

—Que no tendríais que preguntarme qué será de vos —digo—. Tendríais que preguntarme por qué demonios alguien cree que puede echaros de vuestra casa como si fuerais una escoba vieja que ya no le sirve. Las cartas dicen que no os mováis. Si vos os vais, él entra como un señor. Si vos seguís allí, le estorbáis. Y estorbar a un imbécil es una obra de caridad.

Parpadea.

—¿Cómo?

—Que no os vayáis. Que os quedéis ahí plantada como un árbol bien grandote en mitad del camino. A ver quién es el guapo que lo arranca sin que se note.

La mujer baja la vista a las cartas.

—No sé cómo.

Me inclino un poco hacia ella.

—Pues empezamos por travesuras.

Alza los ojos. Casi me río.

—No me miréis así. Las injusticias grandes se sostienen sobre cosas pequeñas, y una casa no la gobierna quien grita más fuerte, sino quien sabe dónde están las llaves, la harina, las mantas, los criados y el maldito cuchillo de cortar el pan.

La comisura de su boca tiembla.

Bien.

—Mañana desayunáis, coséis, abrís ventanas y dais órdenes si hace falta. Como si no hubierais oído una sola de sus estupideces —prosigo—. Y esconded las llaves de la despensa, de las habitaciones, de los arcones, incluso de los cajones con las cucharas más feas —digo.

Ahora sí parpadea de verdad.

—¿Qué esconda las llaves?

—Sí. Y si tenéis las del ahumadero, mejor. Y las de la bodega, si Dios os quiere lo suficiente como para haberos dado una. Cambiad las cosas de sitio. Las plumas en otro cajón. Los pergaminos donde no los busque. Las mantas en un arcón distinto. Redistribuye el trabajo de los criados. Que de pronto no encuentre ni entienda nada y tenga que preguntaros hasta dónde demonios se guardan sus calzas. Que la casa le recuerde, a cada paso, que vos no sois un mueble viejo que se aparta para hacer sitio a otra esposa. Sois la mujer que mantiene todo en pie.

La mujer se me queda mirando con una cara preciosa de espanto y tentación.

—Eso sería… impropio.

—No, hija. Impropio es echar a una viuda de su casa. Y cada vez que os diga que os vayáis, le preguntáis con mucha calma cómo piensa comer tocino sin la llave de la despensa.

La mujer se tapa la boca.

Yo no puedo evitar sonreír.

—Ya veréis como de pronto descubre que vuestra presencia sigue siendo importantísima para el buen orden de la casa.

La mujer baja la vista a sus guantes. Luego a las cartas. Después a mí.

Se pone en pie despacio, como si tuviera que convencer a cada hueso por separado. Yo también me incorporo un poco, más por educación que por necesidad. La lona de la entrada se hincha con una ráfaga de aire húmedo y el brasero vuelve a toser humo malo, como si quisiera meter baza.

La mujer mete una mano en la bolsita que lleva colgada al cinto. Pienso que va a sacar monedas. En vez de eso, deja sobre la mesa un dedal de plata.

Pequeño. Antiguo. Gastado en el borde.

Lo miro un momento.

—Es demasiado bueno para mí —digo.

La mujer niega con la cabeza.

—Si mañana voy a quedarme sentada en mi silla como un maldito árbol, más vale que lo haga sabiendo que he pagado bien por el coraje para hacerlo.

Sale levantando la lona con una mano firme.

La veo marcharse entre el barro de la feria sin mirar a los lados, con la espalda recta y el paso medido de quien todavía no sabe si va a

atreverse de verdad, pero ya no puede desoír lo que ha oído aquí dentro.

Aparto una carta con un dedo. Luego otra.

El rey sigue boca abajo. Me cae bien así.

Después viene una muchacha llamada Fenella, que asegura haber soñado tres noches seguidas con un pozo, una corona rota y un perro sin orejas.

Trae los ojos abiertos de puro susto y las manos tan frías que le tiemblan sobre la mesa.

—¿Voy a morir? —me pregunta.

Miro la carta torcida sobre el paño, luego sus dedos persignándose una vez tras otra.

—No —le digo—. Y mucho menos por una culpa que alguien te ha hecho creer que es un pecado mortal.

—Yo… yo me dejé besar por un muchacho y mi madre dice que estoy condenada a ir al infierno.

La frase sale tan pequeña que casi no llega a la mesa.

Durante un instante no respondo.

No porque no sepa qué decir, sino porque hay miedos que una no debe pisar con botas, aunque sepa que son absurdos, aunque le den ganas de cogerlos por el pescuezo y sacudirlos hasta que suelten a la persona que tienen entre los dientes.

Fenella me mira como si yo tuviera en la mano una llave del cielo, y eso me enternece de una forma incómoda.

A mí nadie me dio una llave cuando tenía miedo. Me dieron rezos, hambre, castigos y una habitación oscura donde aprendí que algunas personas confunden salvarte con encerrarte hasta que dejas de pedir aire.

Así que bajo la vista a las cartas, porque a veces mirar directamente a alguien que está temblando lo hace sentirse todavía más desnudo.

—¿Te gustó? —pregunto.

Fenella se queda pálida.

—¿Qué?

—El beso.

Sus dedos dejan de persignarse un segundo. Solo uno. Después vuelven, aunque más despacio, como si hasta su culpa necesitara pensar la respuesta.

—No sé si debería decirlo.

Vuelvo una carta despacio.

—¿Fue desagradable?

Niega con la cabeza, casi sin atreverse.

—No.

Solo es una muchacha demasiado joven para cargar con una culpa tan pesada por algo tan pequeño.

Se me ablanda algo en el pecho y lo disimulo inclinándome sobre las cartas, porque una tiene una reputación de farsante misteriosa que conservar y no puede ponerse a hacer de gallina clueca con la primera criatura que entra temblando en la carpa.

—Entonces las cartas dicen que no vas a morir hoy —murmuro.

Fenella alza los ojos, brillantes.

—¿No?

—No. Ni mañana. Ni por ese beso.

Traga saliva.

—Pero me gustó un poco.

Lo dice tan deprisa que casi se muerde la lengua.

Ah, mi niña. Ahí estaba el verdadero pozo de sus sueños.

—Eso complica un poco las cosas —digo con mucha seriedad.

Fenella se queda rígida.

—¿Sí?

—Muchísimo. Ahora habrá que buscar una penitencia adecuada.

Se le humedecen los ojos.

Me apresuro a volver otra carta antes de que se me deshaga delante.

—Veamos… Las cartas recomiendan tres días sin mirar al muchacho con cara de oveja perdida, dos rezos para que aprenda a besar mejor y una promesa solemne de no creer a nadie que te diga que sentir algo bonito te vuelve mala.

Fenella abre la boca, horrorizada.

Luego se le escapa una risa.

No una risa completa. Apenas una grieta. Un sonido pequeñísimo que sale y se asusta de sí mismo, como un ratón en mitad de una cocina.

—¿Eso dicen?

—Clarísimo. Esta de aquí es muy estricta con las muchachas que se condenan por tonterías.

Le señalo una reina dibujada con la pintura medio comida por el uso.

Fenella la mira como si pudiera guiñarle un ojo.

—Me dijo que mis ojos parecían… —Se detiene, avergonzada hasta las orejas—. No importa.

—Importa muchísimo. Hay comparaciones que pueden salvar o condenar a un hombre.

—Dijo que parecían dos avellanas mojadas.

Yo cierro los ojos.

—Fenella.

—¿Sí?

—No estás condenada al infierno.

La muchacha suelta el aire.

—Gracias.

—Pero no vuelvas a dejarte besar por un hombre que mira tus ojos y piensa en frutos secos.

Esta vez se ríe de verdad, tapándose la boca con las dos manos, como si la risa también necesitara permiso para salir. Y, maldita sea, quizá lo necesita.

Quizá por eso se sienta tanta gente delante de mí. No para que les diga el futuro, ni para que les arregle la vida. Vienen porque a veces necesitan reírse de sus problemas y tomarse con más ligereza ese miedo que otros insisten en meterles tanto que ya no saben distinguir entre culpa y vida.

—Sí. Fue… fue torpe. Pero bueno conmigo.

—Entonces no lo convirtamos en monstruo todavía. Tú al menos has venido a pedir ayuda. Él sigue ahí fuera pensando que ha sido poético.

Recojo una de las piedras lisas de un cuenco de agua y se la pongo en la palma.

—Llévate esto.

—¿Está bendecida?

—No.

—¿Entonces para qué sirve?

—Para nada, que es lo que suelen hacer los amuletos cuando son sinceros. Pero pesa. Cuando tu madre te hable del infierno, la aprietas en la mano y recuerdas que el mundo sigue aquí, que tus pies siguen en el suelo y que nadie debería tener poder para empañar las cosas bonitas que te pasan.

Fenella cierra los dedos alrededor de la piedra.

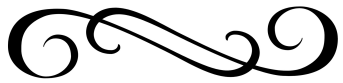
—¿Y si vuelvo a soñar con el pozo?

—Entonces procura que el perro tenga orejas la próxima vez. Me inquieta mucho esa parte.

Vuelve a reírse. Más flojo, más limpio.

Cuando se levanta, ya no parece salvada. Gracias a Dios. Salvar a la gente es una responsabilidad demasiado grande y suele dejarla en deuda con quien no debe. Solo parece un poco menos asustada, y eso, algunas tardes, basta.

Capítulo 3



«ISEABAIL»

Días después, la feria de Dunkeld sigue empapada, embarrada y llena de gente dispuesta a fingir que la lluvia no les ha agriado el carácter.

Llevo toda la mañana echando cartas, escuchando secretos a media voz y fingiendo que sé distinguir el destino de la mala costumbre de la gente de complicarse la vida.

La última mujer acaba de salir de mi carpa con una mano en la toca y la otra cerrada alrededor de un consejo que tal vez debería haberme guardado para mí cuando Sorcha asoma la cabeza por la lona.

—Por esa cara tuya —dice, sin entrar aún—, o acabas de salvarle la vida a alguien o vas a conseguir que nos maten antes de la cena.

La miro.

Luego miro la lluvia, que por fin se decide y empieza a golpear la lona con dedos finos, tercos, insistentes.

—Las dos cosas no son incompatibles —respondo.

—Asúmelo, Morna, un día cualquiera te van a ahorcar con tus propias buenas intenciones —dice, apoyando un hombro en el poste de la carpa mientras se limpia con el pulgar una gota de lluvia del labio superior.

Tiene las mejillas encendidas por el frío y por el placer indecente de llevarme la contraria, y esa media sonrisa suya, torcida y satisfecha de quien siempre parece a punto de meterse donde no la llaman.

—Qué alivio —murmuro mientras mastico—. Pensaba que iba a morir de frío y pobreza como todo el mundo.

Sorcha deja la cesta en el suelo y se apoya en la mesa con ambos codos, acercando la cara a la mía como si fuera a revelarme un misterio sagrado y no otra de sus indecencias.

—No, mi vida. Lo peor no es que te ahorquen.

—Ah, ¿no?

—No. Lo peor es que vas a morir virgen, y eso sí me parece una insensatez que clama al cielo.

Me atraganto con mi propia saliva, que ya es una forma bastante humillante de perder una discusión. Y toso. El brasero tose conmigo. Entre los dos montamos un coro lamentable.

—Sorcha.

—¿Qué? —Se encoge de hombros, inocentísima. Una víbora con mejillas rosadas—. A alguien tiene que importarle tu desgracia.

—Mi desgracia no es esa.

—Ya lo sé. Pero es la única que todavía tiene remedio.

Resoplo por la nariz y dejo las monedas de Fenella sobre la mesa, junto a la caja donde he guardado los pagos anteriores. Me limpio los dedos en la falda y noto la piel algo pegajosa.

—Estoy perfectamente como estoy. Sin hombres encima. Gracias.

Sorcha se deja caer en el taburete como si la hubiera abatido el peso de mi estupidez.

—Eso lo dices porque no has probado uno bueno. No puedes pasarte la vida entera huyendo de algo que, bien hecho, da más alegrías que disgustos.

Se me escapa una risa seca. Mala.

—No. Lo digo porque los pocos que he conocido me han mirado como si fuera un trozo de carne en venta o han decidido, de repente, que estaba en mal estado y convenía encerrarme entre muros donde nadie volviera a acordarse de que existía. Y porque durante tres años, las hermanas me repitieron con admirable paciencia que un hombre era una puerta abierta al pecado, la deshonra, la perdida de juicio y la indecencia. Una mano empujándome al infierno porque nosotras éramos las débiles, claro, las impúdicas, las que abríamos la puerta al demonio por tener sangre caliente. Comprenderás que la doctrina recibida no invita a levantarme la falda con entusiasmo cada vez que aparece uno con hombros anchos.

Sorcha baja un momento la vista a la mesa. La uña del pulgar rasca una gota de cera seca.

—Y él desapareció —añade.

Ahí está.

Justo ahí.

Noto cómo se me endurece la boca antes de hablar.

—Sí. Desapareció.

La palabra se queda entre las dos con el mismo peso feo de siempre. Ni nuevo ni viejo. Solo feo.

Se evaporó y me dejó el destierro a Francia, el convento, el silencio y esa certeza insoportable de que una mujer vale lo que un hombre esté dispuesto a jugarse por ella.

Debajo de toda esa desvergüenza suya hay una criatura mucho menos frívola de lo que aparenta, y a veces se le nota en detalles mínimos: una mirada que dura demasiado, una broma que no remata, una mano que deja de moverse sobre la mesa.

—No todos son así —murmura.

Me enderezo en el asiento y cruzo los brazos sobre el pecho.

—No, claro. Unos huyen. Otros juzgan. Otros compran. La variedad es preciosa. Para ti serán sexo, distracción y un rato agradable entre una feria y otra. Para mí son otra cosa. Son el momento exacto en que una abre la mano y descubre que estaba sola desde el principio.

Sorcha chasquea la lengua.

—Qué agotadora eres cuando te pones amarga.

—No. Qué cara me salió la lección —apunto con gravedad.

—Cansina.

—Y qué descansada estás tú desde que decidiste que el mundo se arregla poniéndote una cinta nueva y abriéndote el corpiño medio dedo.

Ella se humedece el labio inferior con una satisfacción odiosa. Mala señal.

—No medio. Casi uno entero. Y funciona de maravilla.

Voy a responderle alguna barbaridad cuando me agarra la muñeca con dos dedos y me la aprieta para que la mire.

—Escúchame bien, Morna —me ordena, y le brillan los ojos, algo que nunca anuncia nada bueno—. He visto por ahí a unos tipos realmente atractivos.

Cierro los ojos un segundo.

—No quiero saberlo.

—Van de negro.

Abro los ojos y la miro con resignación cansada.

—Sorcha.

—De negro entero —prosigue, encantada consigo misma—, como si el duelo les sentara bien y hubieran decidido no quitárselo jamás. Llevan cara de saber usar las manos y, aquí viene lo mejor, un broche con un cuervo.

Abro un ojo. Solo uno.

—¿Un cuervo?

—Sí. De plata. Aquí. —Se toca el pecho con dos dedos, muy satisfecha—. Como si quisieran anunciarle al mundo que traen problemas y que encima les sienta bien. No me digas que eso no merece al menos una mirada.

Me echo hacia atrás en el taburete.

—Qué útil. Así una puede apartarse con tiempo.

Sorcha suelta una carcajada.

—Eso dices tú porque llevas dos años empeñada en mirar a los hombres como si todos fueran caldo agrio.

No puedo evitar reírme otra vez, aunque sea por no tirarle la baraja a la frente.

Sorcha aprovecha mi debilidad como la bribona que es y sigue clavándome el cuchillo.

—Uno de ellos, el más alto, tiene unos hombros que podrían cargar con todos tus traumas y aún le sobraría sitio para una montaña.

—Qué poética estás. ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—Y otro —prosigue, ignorándome con la disciplina de una santa descarriada— tiene los dedos del tamaño de un caballo, lo cual,

siendo sincera, me parece un punto a favor.

—Eso a mí me parece una amenaza.

—Porque eres una monja fracasada.

Le señalo con una carta.

—Exnovicia. Conserva la precisión, que para algo me costó tanto escaparme.

Ella apoya la barbilla en la mano y me mira con una satisfacción tan descarada que ya sé que ha encontrado por dónde seguir molestando.

—No te estoy diciendo que te cases con nadie. Ni que te pongas a bordar iniciales en un pañuelo. Solo que, ya que la vida insiste en maltratarte, podrías dejar que al menos te distrajera un poco algo bonito.

Se me escapa una risa fea. De esas que no hacen gracia ni a quien las suelta.

—Los hombres no han sido nada bonito para mí, Sorcha.

—Sí, bueno. Y aun así tienen partes aprovechables.

—Qué discurso tan inspirador. Voy a bordarlo en un cojín.

—Bórdalo donde te dé la gana, pero míralos al menos.

Niego con la cabeza.

—No quiero mirar a nadie.

—Mentira —dice, apoyando un codo en la mesa—. Acabas de imaginarte el pecho del grandullón.

Le lanzo el paño doblado de las cartas. Lo esquiva riéndose.

—Vete al infierno.

—Si voy, espero que haya allí alguno de esos —replica.

—Me da igual si llevan un cuervo, una corona o al mismísimo Cristo colgado del pecho —murmuro, echándome de nuevo hacia atrás en el asiento—. Lo que acabo de imaginarme es la clase de estupideces que tengo que oírte para ganarme un mendrugo.

Sorcha se inclina hacia mí al instante, con esa sonrisa lenta de gata ladrona que solo saca cuando cree que ya ha encontrado una rendija por la que meter la zarpa.

—Y aun así me quieres —replica, tan satisfecha como si aquello fuera una victoria.

—A ratos.

—Pues aprovéchalos —insiste, sin perder la sonrisa—, y ven conmigo luego a mirar.

La miro con esa paciencia fatigada que una reserva para los niños.

—No te estoy pidiendo que les entregues el corazón —dice, y esta vez me habla algo más bajo, casi con dulzura, aunque la malicia le sigue bailando en la boca—. Solo que mires un poco. Que recuerdes que no todos los hombres vienen a juzgarte o a encerrarte. Escoges uno que no te importe. Uno guapo. Uno de hombros bonitos y pocas palabras. Te das el gusto y luego lo mandas al demonio antes de que tenga ocasión de decepcionarte.

La miro despacio. Mucho. Ella me devuelve una sonrisa luminosa, obscena en el mejor sentido, convencida de estar resolviendo una tragedia con una idea brillante.

—Qué plan tan edificante.

—¿A que sí?

—Eres una fresca.

—Y tú una mártir con muy poco espíritu práctico —responde, apoyando ahora las dos manos en la mesa y echándose un poco hacia mí, oliendo a lluvia, a manzana robada y a descaro—. Además,

para una vez que la providencia se pone generosa y pasea hombres atractivos por la feria, me parece de una testarudez casi ofensiva no aprovecharlo.

Voy a responderle alguna barbaridad, pero fuera se levanta un revuelo distinto, una ondulación rara en el ruido de la feria, y se me queda la frase a medias.

Levanto apenas la lona con una mano y asomo la cabeza lo justo para que la lluvia me salpique la punta de la nariz.

La calleja entre carpas es ya un lodazal de barro pisado, con el humo pegado a los toldos vencidos por el agua. Un vendedor recoge a toda prisa unas pieles; una mujer arrastra a dos críos de la mano; un perro sacude el cuerpo junto a una rueda y deja a su alrededor un arco de gotas sucias. Más allá, entre ese ir y venir de botas, capas y prisa, veo a varios hombres avanzar en dirección a mi carpa.

Los de negro caminan como esos hombres que no necesitan apartar a nadie porque la gente se aparta sola.

Cuero y tela de tartán oscuro, pegada a los hombros, el barro subiéndose por las botas sin conseguir que parezcan menos peligrosos.

Cuando uno se gira un poco para decir algo a otro, la plata recoge la luz gris de la tarde. Un cuervo sujetando su *plaid* al hombro. Justo como ha dicho Sorcha.

El problema no es el broche.

El problema es la cara del hombre que va un paso por detrás.

Al principio mi cabeza no quiere reconocerlo. Lo veo como se ve a los muertos en sueños. Demasiado nítido para ser verdad, demasiado fuera de lugar para encajar en el mundo. Pero luego él levanta la vista. Solo eso. Un gesto mínimo. Y ya está.

Finn Shaw.

No sé qué me golpea antes, si la rabia, el susto o esa punzada ridícula, humillante, traidora, por ser capaz de reconocerlo antes por la forma de andar que por la cara después de tantos años.

Lleva el pelo más largo, la barba le ensombrece la mandíbula y la lluvia se lo ha oscurecido, pero es él. Es él con una claridad que me dan ganas de reírme y romper algo a la vez.

Y entonces me mira.

Lo veo quedarse clavado en mitad del barro, con una bota apenas por delante de la otra, como si alguien le hubiera puesto una mano en el pecho y se la hubiera hundido hasta la columna.

El hombre que va a su lado da todavía dos pasos antes de notar que ya no lo sigue. Se vuelve un poco. Dice algo que no oigo. Finn no responde. Sigue quieto.

—¿Qué pasa? —pregunta Sorcha a mi espalda, todavía dentro de la carpa.

No contesto.

Finn sigue ahí, bajo la lluvia, con esa cara de puro desconcierto que me habría dado cierta satisfacción hace cinco años. Ahora me deja otra cosa. Una mezcla sucia de furia vieja, vergüenza desenterrada y un calor absurdo, rabioso, que me sube por el cuello solo porque él me está mirando como si acabara de ver un fantasma.

Bien.

Que se aguante.

Se lo merece.

No aparta los ojos.

Y yo tampoco.

Traga saliva.

Veo el movimiento exacto en la garganta de su nuez subiendo y bajando. Veo cómo aprieta la mandíbula después, como si eso pudiera sujetarle algo dentro.

Sus compañeros ya se han detenido del todo. Uno de ellos mira de él a la carpa y de la carpa a él. Otro frunce el ceño, impaciente. Pero Finn no oye a nadie. O no quiere. Sigue mirándome a mí.

—Morna —dice Sorcha ahora, levantándose del taburete—. ¿Qué demonios…?

Me doy cuenta de que sigo sujetando la lona con una mano y el corazón aplastado en algún sitio donde no puedo alcanzarlo. Doy un paso atrás y dejo caer la tela de golpe.

La lluvia queda fuera. El ruido se apaga un poco. Dentro solo queda el humo, la cera, el romero quemado y mi propia respiración, que no me sale ni medio bien.

Sorcha ya está de pie cuando me giro. Me mira la cara y frunce el ceño al instante.

—¿Qué has visto?

No sé si quiero reírme o arrancarme la piel.

—Nada bueno.

Sorcha se acerca un paso, ladeando la cabeza.

—Eso, en ti, puede significar un hombre guapo o una desgracia.

—En este caso —murmuro, volviendo a mirar la lona cerrada como si pudiera atravesarla con los ojos—, me temo que son las dos cosas a la vez.

Y no vienen solos.

Esa es la parte que me termina de enfriar la sangre. Los hombres del broche del cuervo avanzan hacia la carpa, pero detrás de ellos se arrastran otros cuatro o cinco, más mojados, más torpes y bastante

menos elegantes, con esa expresión que tienen los hombres cuando ya han decidido que una mujer ha hecho algo malo y solo les falta escoger el castigo. Uno lleva la mano demasiado cerca del cuchillo. Otro escupe al barro sin apartar la vista de mi lona.

No buscan refugio de la lluvia.

Me buscan a mí.

O a Morna.

Qué suerte la mía, tener dos nombres y que ninguno sirva para esconderse.

Sorcha abre la boca, pero no le doy tiempo. Le agarro la muñeca y la aprieto lo justo para que entienda que esta vez no estoy bromeando.

—No salgas —le advierto—. Oigas lo que oigas. A esto me enfrento sola.

Sorcha me mira como si acabara de insultar su inteligencia, que es una cosa que tolera peor que el hambre.

—Tranquila. Tú la lías, tú lo solucionas.

Capítulo 4

«FINN»

En la feria de Dunkeld hay demasiada gente junta, cada una con sus prisas, su hambre, sus bolsillos y sus mentiras.

A mí las ferias me gustan por eso mismo.

Todo el mundo va disfrazado de algo que no es. Mercaderes honrados que adulteran sal, esposos respetables que meten la mano donde no deben, mozas recatadas que te miran la boca antes que la cara, soldados con ganas de pelea y curas que no se conforman con el vino de misa.

Las ferias tienen la decencia de oler a lo que son.

Los tres hombres que nos han salido al paso hace un rato, en cambio, huelen a ofensa masculina y a poco seso.

Uno de ellos, Gavin Baird, el molinero, lleva aún harina pegada al puño del jubón y la dignidad herida en la frente, bien visible, como una verruga.

El otro, Rab Stewart, habla con ese ímpetu agrio de hermano que no ha podido gobernar a una mujer de su casa y necesita culpar a otra para no sentirse pequeño.

El tercero, Andrew Kerr, no levanta la voz casi nunca y por eso mismo dan más ganas de romperle algo. Tiene ese veneno tranquilo

de los hombres que nunca hacen el trabajo sucio con sus propias manos.

Nos han buscado como quien va a pedir un favor y a la vez quiere dejar claro que, si no se lo concedes, estás en su contra.

—No es una bruja de verdad —dice Gavin por tercera vez, resoplando como un toro cansado mientras sorteamos un charco ancho entre las carpas—. No venimos a deciros que lo sea. Lo que decimos es que mete ideas raras en la cabeza de las mujeres.

—Ideas raras —repito yo, echando una mirada de lado a Colum—. Ahí sí que veo material grave. ¿Qué será lo próximo? ¿Pensar?

Torren suelta un resoplido por la nariz. Broen no. Broen nunca regala una risa entera si puede ahorrársela. Altair, a mi lado, sigue caminando con esa calma glacial suya, la capucha mojada, la mirada moviéndose por la feria sin perder detalle de nada ni de nadie. Si la mitad de estos puestos salieran ardiendo ahora mismo, él sería capaz de decirte qué toldo prendería primero y quién aprovecharía el caos para robar una cabra.

Gavin no me ríe la gracia. Mala señal para él. Buena para mí.

—Mi mujer quiere aprender —añade, como si acabara de confesar un crimen de sangre.

—La de Rab —dice Andrew Kerr, con esa voz suya fina y seca— se negó esta mañana a marcar con su señal un arrendamiento porque, según dijo, quería que se le leyera primero lo que estaba aceptando. Y la hermana del muchacho del carnicero se negó a entregar unas monedas que, hasta hace una semana, daba sin rechistar. Todo desde que esa… pitonisa llegó a la feria.

—O sea —murmuro—, que no venís a denunciar a una bruja, sino por una pérdida de comodidad.

Colum hace un ruido bajo a mi espalda. No es una risa, pero se le parece lo suficiente para irritar a Gavin.

—No habéis entendido el peligro. Se ríe de nosotros. Les dice a nuestras mujeres que no obedezcan, que escondan cosas, que no aguanten y contesten. Una de ellas le soltó al marido que no pensaba moverse de su silla «como un árbol», imaginaos.

Eso sí me hace sonreír. Altair me mira de reojo. No interviene. El muy cabrón sabe cuándo una conversación se ha puesto interesante.

—No veo el problema —digo—. Si un hombre no puede con una silla y una mujer sentada, quizá no necesite ayuda nuestra, sino de Dios.

Broen lanza una mirada brevísima, afilada, al cuello rígido de Andrew Kerr. Está midiendo lo mismo que yo: cuánto hay aquí de ofensa real y cuánto de pánico al descubrir que una mujer puede esconder una llave y, con ella, media casa.

La idea de venir a ver a la famosa alborotadora ni siquiera ha sido mía. Ha sido de los tres juntos, con ese entusiasmo patético que les sale a algunos cuando creen que van a recuperar el mando de su mundo si consiguen que otros hombres más temibles les ordenen la mesa.

A mí me ha hecho gracia.

Nos la ha hecho a todos, supongo. No lo suficiente como para reírnos en su cara, pero sí como para caminar hasta aquí más por curiosidad que por otra cosa.

Los Cuervos no venimos a poner orden en cocinas ajenas. Bastante tenemos con desordenar lo que sí merece la pena.

No obstante, una mujer que logra que tres hombres hechos y derechos se pongan de acuerdo para salir a buscar ayuda porque en sus casas ha comenzado una pequeña revolución… bueno. Eso ya merece al menos una mirada.

Y, si es necesario, una advertencia.

Más que nada para que esa mujer no empiece a creerse que toda causa justa merece incendiar una región.

—¿Y el *baillie*? —pregunto, señalando con la barbilla al hombre que viene unos pasos detrás, cubierto por la capa parda del oficial del mercado. No ha abierto la boca aún, pero su sola presencia basta para darle a esta estupidez una gravedad que no tiene—. ¿También le han escondido a él algo importante?

Andrew Kerr no me mira.

—Conviene que sepa que se está alterando la paz de la feria.

—Qué delicados estamos todos hoy.

La lluvia empieza a caer por fin en serio. No fuerte. Peor. Fina, insistente, de esa que cala despacio y se mete en la lana, en el cuero y en el humor hasta que todo pesa un poco más. Me echo la capucha un poco hacia atrás porque prefiero mojarme antes que ver el mundo a través de una tela húmeda, y el aire frío me da en la frente como una mano limpia.

Pienso, mientras caminamos, que esa mujer será mayor y lista. Me la imagino con dedos manchados, sonrisa torcida y voz de curandera tramposa. Me imagino humo, baratijas, un par de cartas mugrientas y esa habilidad tan común como peligrosa de decirle a cada uno exactamente lo que desea oír.

A mi izquierda, Torren se aparta de una carreta que casi le moja las botas con un salpicón de barro y le gruñe algo al carretero. Luego me mira.

—No sé por qué estos tres creen que vamos a hacerles el trabajo —murmura—. Si no pueden con sus mujeres, quizá deban hacerse más interesantes.

—O más útiles —añade Colum, mirando de reojo a Gavin Baird, que finge no oírnos mientras aprieta la mandíbula.

—No os preocupéis —digo—. Yo puedo acercarme mucho, poner voz grave y decirles a todas que vuelvan a la obediencia. Seguro que funciona de maravilla. De paso, quizá me escupan.

—Te lo merecerías —masculla Broen.

—Por encantador, siempre.

Altair sigue sin intervenir. Va un poco por delante, sorteando gente, charcos y cajas como si hubiera nacido para caminar entre problemas sin mancharse más de lo necesario. Me hace gracia pensarlo justo antes de que se gire apenas hacia Andrew Kerr y le pregunte, con esa voz suya baja y sin adorno:

—¿Cómo se llama?

Andrew tarda un segundo en comprender.

—¿La mujer?

—La pitonisa —dice Altair, sin paciencia.

—La llaman Morna.

Morna.

No me dice nada. Un nombre más. Un alias de feria, seguramente. Nada importante.

Seguimos avanzando entre puestos y toldos que gotean.

A un lado hay un hombre vendiendo cuchillos; al otro, una vieja con cestas de cebollas y una expresión que podría secar leche.

Más allá, entre dos carros, distingo la carpa de la que nos han hablado. No por nada especial. Solo porque tres hombres indignados y un oficial con capa parda la miran como si ocultara la peste.

La lona es humilde. El poste de un lado está un poco torcido. De dentro sale una luz tibia y un olor a romero quemado, cera y humo agrio que logra imponerse, por raro que parezca, incluso al barro de la feria a esta distancia.

Gavin Baird se aclara la garganta, recompone el gesto como si estuviera a punto de exigir justicia al rey en persona.

—Es ahí.

Qué emoción.

Voy a soltar alguna tontería más, algo rápido, fácil, de las que suelen aflojar a los demás y me permiten no pensar demasiado en nada, cuando la lona se mueve desde dentro.

No sé por qué el cuerpo se me pone alerta antes que la cabeza. Quizá por el ruido leve del aro de una cesta al chocar con la madera. Quizá por la mano que aparta la tela con un gesto breve, práctico, sin teatralidad. Quizá por la forma en que sale, primero el hombro, luego la cara, luego el cuerpo entero.

No sé.

Solo sé que el chiste se me muere en la boca antes de nacer.

Es Iseabail Gordon.

Y durante un segundo entero no entiendo cómo puede seguir existiendo aquí, de pie en mitad de una feria de Dunkeld, con el pelo rojizo suelto, ropa modesta, un chal de lana tosca y esa misma boca suya —maldita sea— con pinta de estar a punto de decir algo inoportuno.

El cuerpo se me queda clavado donde está.

Siento la lluvia resbalarme por la nuca, una gota fría colándoseme bajo el cuello, el cuero pesado de la chaqueta en los hombros y, por debajo de todo eso, una sacudida mucho más fea, mucho más vieja.

No pienso la palabra. Me la escupe el cuerpo.

Los Gordon.

El castillo de Huntly levantado sobre la piedra roja como una amenaza bien alimentada. Las tierras extendiéndose por Strathbogie, por el Garioch, por valles enteros donde los demás clanes pesan lo que les dejan pesar ellos.

Sus cinco hermanos con ganas de arrancarme la cabeza ahí mismo, en el patio, delante de media casa. Su padre, el conde de Huntly y laird de los Gordon, con autoridad suficiente y favor real para convertir una mala noche en un problema de clanes.

Los Gordon no son una familia con mal genio. Son un apellido que viene con hombres, caballos, acero y memoria larga. Son el tipo de linaje que no olvida una afrenta porque puede permitirse conservarla viva durante años. Y yo, la única vez en mi vida que había conseguido algo mejor que hambre, barro y un nombre que no valía gran cosa, fui lo bastante idiota como para ponerme al alcance de una Gordon.

De ella.

Por una debilidad mal gestionada, una falda revuelta y una postura a destiempo.

Ahora lo entiendo todo.

Claro que la alborotadora tenía que ser ella. Esa parte no me sorprende. Hay desastres que llevan su firma aunque una no vea el nombre escrito en ninguna parte.

Lo que no entiendo es lo demás.

Las mujeres como Iseabail Gordon no acaban leyendo cartas en una carpa torcida de Dunkeld, con barro en los bajos, humo en el pelo y un nombre falso en la boca.

Así que ¿qué demonios ha pasado?

La pregunta me entra antes que el aire. Me deja el pecho raro, como si la lluvia se me hubiera colado por dentro.

Lo último que supe de ella fue que la habían enviado a Francia.

Una frase muy cómoda, Francia. Tan lejos que bastaba pronunciarla para que cualquier pregunta pareciera inútil.

Cinco años después, Iseabail Gordon sale de una carpa en Dunkeld con barro en la falda, un nombre falso en la boca y la misma cara capaz de arruinarle la vida a cualquiera con suficiente mala suerte para mirarla demasiado.

Yo, por supuesto, la miro demasiado.

Conociéndola, no se dejó casar con el primer idiota que le escogieron. Claro que no. A Iseabail podía gustarle un hombre o disgustarle una habitación con la misma intensidad risueña, y ninguna de las dos cosas le duraba demasiado tiempo.

Si intentaron atarla a algún imberbe con tierras y poca gracia, debió de revolvérseles en las manos como una gata metida en un saco. Y luego, cuando todo se torció —porque con ella siempre acababa torciéndose algo—, debió de salir huyendo. Y aquí está ahora: sobreviviendo como puede.

No.

No quiero saber nada de esto.

No quiero saber nada de ella.

Quiero darme la vuelta, decirles a estos tres necios que se busquen una madre, un cura o una soga donde llorar sus problemas domésticos y largarme de aquí con la conciencia intacta. Quiero no haber visto esa cara y, sobre todo, que no me haya mirado aún.

Pero lo hace.

Lo sé en el acto.

Porque la veo quedarse quieta.

A mi lado, Torren da todavía un paso más antes de notar que yo ya no lo sigo. Se vuelve. Dice algo que no oigo porque tengo la sangre golpeándome en los oídos con una fuerza absurda.

Altair, que iba delante, ya se ha vuelto del todo. Sus ojos pasan de la mujer a mí y de mí a la mujer con esa rapidez seca suya que

siempre dan ganas de esconder algo tarde.

Iseabail se recompone antes que yo. Vuelve dentro de la carpa, pero sale al poco rato, justo cuando llegamos a su altura.

Claro que sí. ¿Por qué iba a huir cuando puede meterse en más problemas?

Se recoge un pliegue del chal con una mano, echa el peso sobre una cadera como si salir a enfrentarse a un corrillo de hombres ofendidos fuera lo mismo que salir a comprobar el tiempo, y nos dedica una sonrisa pequeña, la clase de sonrisa que no busca gustar, sino ganar un segundo.

—Vaya —dice, y su voz me hace un destrozo limpio porque es la misma y no lo es—. Cuántos caballeros juntos. ¿Todos queréis que os adivine el porvenir?

Yo sigo sin abrir la boca.

Y eso, por lo visto, ya es espectáculo suficiente, porque Torren me mira con una ceja apenas alzada. Altair no dice nada. Broen tampoco. Pero los tres lo notan. ¿Cómo no? Yo, que me río hasta en los entierros si hace falta, alivio lo insoportable a base de estupideces y carcajadas mal puestas y ahora estoy aquí como un poste mojado, con la lengua muerta y el pasado clavado en la garganta.

Iseabail me mira otra vez.

Solo un segundo. Y después decide fingir que no me conoce. O eso quiere vender.

Muy bien.

Yo también sé vender cosas.

—No empieces por encantarnos —dice Andrew Kerr, con esa voz suya tan cacique—. Varios hombres de esta feria tienen quejas contra ti.

Ella alza las cejas, viva, casi risueña, como si aquello la divirtiera más de lo prudente.

—¿Varios? Qué éxito. Y yo que pensaba que solo había leído las cartas.

—Has hecho algo peor —escupe Rab Stewart—. Has puesto ideas raras en la cabeza de nuestras esposas.

Iseabail se lleva una mano al pecho con una inocencia tan falsa que, de no conocerla, casi me daría risa.

—Dios me libre.

Gavin Baird da un paso al frente.

—Mi mujer dice que quiere aprender a sumar y llevar las cuentas.

Iseabail parpadea una vez, como si de verdad necesitara unos segundos para medir la enormidad del desastre.

—Qué espanto —murmura—. Eso suena a trabajo cansado para vosotros.

—No os burléis —gruñe Gavin.

—No me burlo —responde ella, y la voz le sale casi dulce, casi razonable—. Solo os compadezco.

A Torren se le escapa un resoplido.

El dueño de la compañía de feriantes sale entonces de otra carpa vecina, secándose las manos en un paño y con cara de hombre que ya ha visto venir demasiados problemas esta semana.

—Mi gente no ha hecho nada —dice, colocándose medio delante de la lona de Iseabail sin llegar a tocarla—. Esta mujer lee cartas, escucha, cobra poco y no obliga a nadie a abrir la boca.

—No hace falta obligar —replica Andrew Kerr—. Algunas personas tienen el talento de emponzoñar su alrededor sin levantar la voz.

Iseabail sonríe. Mal sitio para sonreír. Siempre lo fue.

—Qué descripción tan elegante. Casi parece un elogio.

No debería seguir mirándola.

Pero lo hago.

La lluvia le ha dejado una gota prendida en la sien que se desliza por su mejilla. Tiene la nariz más fría que el resto de la cara. La mano derecha la mantiene medio escondida en el pliegue del chal, aunque el pulgar asoma y la delata. Está rozando la tela una y otra vez. Nervios. O rabia. O ambas. La conozco lo bastante para saber que, cuanto más ligera le sale la voz, peor está el suelo que pisa debajo.

Y, sin embargo, sigue jugando.

Siempre jugando con el filo.

Pero ellos no han venido a gruñir y largarse. Han venido a por ella. A sacarla de la feria o, al menos, a marcarla, con un látigo si hace falta, lo suficiente como para que el resto de las mujeres se lo piense dos veces antes de volver a sentarse en su mesa.

Iseabail también lo entiende. Lo veo en el modo en que deja de sonreír del todo.

Rab Stewart da otro paso. Gavin lo imita. No hace falta más. Se me revuelve algo por dentro, viejo, sucio, inmediato. No pienso. Me sale.

—Quietos.

La palabra cae seca, sin alzar la voz, pero basta. Los tres me miran. También ella y los míos. Porque no es un *quietos* con burla, es mucho más serio.

Yo sigo con la vista clavada en Andrew Kerr.

—Mide bien cómo hablas y lo cerca que piensas ponerte —digo—. No estás delante de una farsante cualquiera de feria.

Noto a Iseabail ponerse rígida incluso antes de que termine de abrir la boca. Ya lo sabe. Ya sabe lo que voy a hacer y me odiará por ello. Con razón.

—Estás hablando con Lady Iseabail Gordon, hija del conde de Huntly.

Ahora sí.

Ahora el silencio cae de verdad.

Porque yo, imbécil de mí, acabo de ponerle su nombre verdadero en la boca a todo el mundo.

A mi lado, Torren vuelve la cabeza despacio y Broen me clava una mirada que pesa como una piedra.

Iseabail también.

Durante un segundo pienso que va a matarme con la mirada y, maldita sea, casi lo prefiero.

Sería más fácil que verla actuar con ese descaro.

—No sé quién crees que soy, señor —dice, con esa suavidad risueña que usa cuando está a punto de prenderle fuego a algo—, pero te aseguro que, si fuera lady, no escondería mi título entre predicciones y trabajo mal pagado.

Andrew Kerr entrecierra los ojos para estudiarla bien.

Y sí.

Da igual la lana basta, el chal gastado, el barro en los bajos y esa carpa torcida donde se esconde. Iseabail Gordon sigue estando ahí.

Se le nota en la forma de sostener la barbilla, demasiado alta para una mujer que finge no ser nadie. En el cuello largo, en la espalda que intenta no enderezarse y fracasa a medias. En esa piel clara que parece no pertenecer a este lugar de hollín y barro, salpicada de

pecas finas sobre la nariz y las mejillas, como si hasta el sol hubiera tenido cuidado al tocarla.

No debería parecerme hermosa.

Pero lo es. De una manera absurda. Indomable. Imprudente. Como ella.

Sin embargo, una mujer puede ser hermosa y seguir siendo un problema. Iseabail Gordon, por desgracia, siempre ha tenido talento para ser ambas cosas a la vez.

—¿De verdad tengo pinta de lady así, Finn? —pregunta con una aspereza triste.

El nombre cae entre nosotros con una suavidad casi ridícula.

Pero cae.

Y basta.

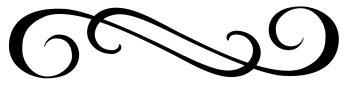
Se da cuenta al instante. Empalidece un poco. Traga saliva y aprieta el chal entre los dedos como si pudiera desandar la palabra.

Tarde.

Rab Stewart gira la cabeza hacia mí tan rápido que casi parece que le hayan tirado de una cuerda.

—¿Finn? —repite, con la frente arrugada—. Así que sí la conoces.

Capítulo 5



«ISEABAIL»

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

Lo pienso con una serenidad sorprendente para una mujer que acaba de tirar por la borda un nombre prestado, media vida inventada y la poca dignidad que le quedaba en la boca. La palabra no me calma, pero al menos tiene la decencia de sonar exacta.

El hombre que ha hablado mira a Finn como si acabara de descubrir una puerta secreta en mitad de una pared.

«Así que sí la conoces.»

La frase se queda un instante flotando entre todos, fea y mojada, y yo tengo que hacer un esfuerzo físico para no cerrar los ojos, echarme a reír como una loca y preguntarle al cielo si de verdad no había otro modo de fastidiarme la tarde que ponerme a Finn Shaw delante de la nariz cinco años después.

Porque es él.

Maldita sea si es él.

Y maldita sea también si no está más guapo.

Eso es lo peor.

Con ese semblante más duro, la barba cerrándole la mandíbula y el cuerpo más hecho, más ancho, más pesado de hombros, tiene el aspecto exacto de una mala idea que una mujer sensata debería evitar a cien pasos.

Y yo no soy una mujer sensata.

«No te embobes, idiota. Lo odias».

—Vaya, vaya —murmura el que está más cerca de él también de negro—. Y yo que pensaba que nuestro Finn no guardaba secretos. Qué decepción.

Finn suelta al fin el aire por la nariz. No llega a ser un resoplido. Es peor. Suena a hombre maldiciendo por dentro.

—Solo la conozco. No hay ningún secreto, Torren —dice.

—Qué precisión tan conmovedora —murmuro, y se me escapa sola la sonrisa, pequeña, nerviosa, viva—. Yo también conozco a mucha gente y no por eso voy anunciando títulos ajenos como si repartiera panes. Por cierto, eso sí era un secreto.

Finn gira la cara hacia mí. Ahí está otra vez esa manera suya de mirarme como si yo fuera una hoguera mal apagada a la que no conviene acercar más leña. Antes me habría reído. Ahora me entra una mezcla mucho menos digna.

—¿De verdad es una dama? —pregunta uno de los agraviados. No a mí. A Finn, claro. Los hombres como él siempre prefieren preguntarse unos a otros por la existencia de una mujer, como si una fuera un barril con piernas y necesitara certificación externa.

Finn lo mira con aspereza.

—He dicho que midas el tono —dice.

Sin alzar la voz.

No le hace falta.

Aprieto el chal un poco más sobre el pecho, tanto por frío como por rabia, y me obligo a mirar al otro hombre, que es menos peligroso y bastante más desagradable.

—Escúchame bien —dice él, señalándome con un dedo que huele a grasa y a resentimiento—. No sé quién eres ni me importa, pero si sigues malmetiendo entre las familias, te vas a largar de aquí antes de anochecer.

—No hago nada de eso —respondo—. Yo solo leo lo que dicen las cartas. No es mi culpa que os pongan en evidencia.

El dueño de la troupe murmura mi nombre por lo bajo. No para frenarme. Más bien por costumbre. Como quien ve venir una tormenta que ya conoce de memoria y no sabe si santiguarse o recoger la ropa del tendal.

El hombre grasiento da un paso más.

—Ahí lo tenéis —dice, volviéndose hacia el baillie—. Ahí mismo. Lo admite.

El oficial se aclara la garganta.

—No voy a consentir alteraciones en la feria.

Finn habla antes de que nadie más se me eche encima.

—No han venido a pedir justicia —dice, mirando al baillie, no a mí—. Han venido a asustar a una mujer porque las suyas ya no les obedecen igual.

Los tres agraviados se encogen un poco frente a los hombres de negro. No entiendo muy bien su papel en todo esto. Solo sé lo que parecen.

Uno rubio y helado, con una cara que no se mueve aunque le prendan fuego a la feria. Uno enorme y callado, de esos que hacen pensar en una pared antes que en un hombre. Un tercero mira como si estuviera viendo tres cosas a la vez y calculando cuál se romperá

primero. El último, el que Finn ha llamado Torren, tiene pinta de disfrutar más de la cuenta del desconcierto ajeno.

Y Finn.

Finn, un paso más atrás que ellos, empapado, quieto y mirándome como si acabara de salirle del barro el peor recuerdo de su vida.

Bien.

Que se aguante.

Se lo merece.

Torren ladea la cabeza, mira a Finn y luego a los otros tres como si estuviera decidiendo si la escena merece silla y vino.

Alrededor ya hay más gente de la que había hace un momento. No una multitud, todavía no, pero sí la suficiente para que una discusión deje de ser una discusión y empiece a parecer una función. Un hombre se detiene con una cesta al hombro. Dos mujeres se quedan junto a un puesto de cebollas. Un muchacho se sube a la lanza de un carro para ver mejor.

Qué bien. Ya tenemos público.

Uno de ellos se crece en cuanto nota el corro.

—No somos solo nosotros —dice, volviéndose a medias hacia los que se han ido reuniendo detrás—. Hay más hombres hartos de que esta mujer meta cizaña en sus casas.

Un murmullo le responde. No entero. No limpio. Algunos asienten; otros solo miran, que a veces es peor.

—Mi esposa no quiere ponerme la cena si llego después del último toque de campana —suelta uno desde atrás, con la indignación solemne de quien acaba de perder un reino y no un plato caliente.

—La mía quiere estar presente cuando cierre las cuentas de la cerveza en la taberna —añade otro, como si viniera a denunciar una

herejía.

No puedo evitarlo.

—Qué epidemia más rara —murmuro—. Como siga así, al invierno llegamos todas sabiendo sumar.

El dueño de la troupe vuelve a decir mi nombre por lo bajo. Esta vez sí hay un poco de súplica. Lo siento mucho por él. De verdad que sí.

El tipo grasiento no me quita el dedo de encima.

—Se ríe. ¿Lo veis? Sigue riéndose.

—Me río poco para lo mucho que me tentáis —respondo.

El baillie de la feria me mira entonces con esa cara de hombre que preferiría estar contando ovejas antes que metido entre barro, feria y faldas ajenas.

—No ayudan las chanzas, señora.

—No ayudan los hombres que se sienten agraviados porque una mujer haya aprendido que uno más uno no es cero —replico.

Él carraspea, harto de lluvia, de barro y de mujeres con lengua.

—Basta. Si la mujer ha causado perjuicio, puede exigirse compensación.

—Azotes —dice otro tipo detrás que hasta ahora estaba callado. Se nota que llevaba mascando la palabra desde que salió de casa.

El del molino asiente con demasiado entusiasmo.

—En la plaza. Por insolente y alborotadora.

Se me queda el barro más frío en el dobladillo.

Finn mira al hombre que ha hablado y sonríe apenas, de esa forma suya que nunca promete nada bueno.

—Me encanta cuando un hombre dice «azotes» con esa ilusión en la boca —murmura—. Siempre aclara mucho la clase de criatura que tengo delante.

Nadie responde.

Qué raro.

De pronto todos parecen menos seguros de su brillante idea.

—No os cortéis ahora —añade él, casi amable—. Hablad. Me interesa muchísimo saber cuál de vosotros piensa ponerle la mano encima primero.

Apoya los dedos en la empuñadura de la espada con la desgana de quien se aburre, no de quien amenaza.

El del molino traga saliva.

Finn sonríe un poco más.

—Eso pensaba.

Y entonces la sonrisa se le queda en la boca, pero no en los ojos.

—No vais a decidir esto vos solo—responde el baillie, ya cansado de todos—. Si los hombres se consideran agraviados, tienen derecho a pedir reparación.

—Por unas cuentas, Altair. ¿Se puede hacer eso? —murmura el que miraba todo con precisión de halcón.

—Se pueden hacer muchas barbaridades si uno encuentra al hombre adecuado para firmarlas —responde el rubio—. Otra cosa es que él les deje intentarlo —añade mirando a Finn.

—Nadie va a tocarla —responde él.

Ninguno levanta la voz. No les hace falta. Lo que tienen dentro de la voz es peor. Burla. Desprecio. Un cansancio tan afilado que deja a los otros tres hechos unos pobrecillos.

—No os riais —gruñe el más insistente.

—Yo no me estoy riendo —dice el grande.

Y no se ríe. Por eso mismo da más miedo.

El que se llama Altair sigue mirando a Finn.

—¿Has dicho que es Lady Iseabail Gordon? —murmura.

Finn asiente.

Entonces Altair mira al baillie.

—En ese caso —dice—, convendría que midierais muy bien qué estáis a punto de permitir.

—Se ha causado perjuicio, puede pedirse compensación

—Pedir no es lo mismo que obtenerlo —responde Finn.

El del molino abre la boca para seguir bramando, pero él lo corta sin alzar la voz:

—Y si vuelves a gritar como una cabra degollada, te azoto yo mismo.

Eso sí lo calla.

El otro, menos listo pero más terco, insiste:

—Ha puesto a las mujeres en nuestra contra.

—No —dice Finn, y no sé por qué me recorre el cuello ese escalofrío idiota cuando lo oigo—. Creo que eso lo habéis conseguido vosotros solos.

Qué rabia me da que, con esa voz nueva, más baja, más seca, más de hombre que no necesita adornos, consiga parecer todavía más peligroso y todavía más hermoso.

—Pedimos justicia.

—Pedís un espectáculo —dice el rubio.

—Pedimos que se deshaga el daño —corta el del molino.

—Pues que lo deshaga —dice el grandote de negro.

Todos lo miran.

El baillie frunce el ceño.

—¿Cómo?

Él se encoge apenas de hombros, como si le aburriera tener que explicarle a otro una idea tan obvia.

—Casa por casa. Puerta por puerta. Si ha metido las narices donde no la llaman, que vuelva y saque las que sobren.

Hay un murmullo. No de aprobación. De cálculo.

Torren se anima enseguida.

—Vaya. Broen ha tenido una idea preciosa.

Así que Broen. Bien. Ya tengo nombre para la pared con brazos.

El cuarto, el que no ha dejado de observarlo todo, dice por fin:

—Y nosotros nos aseguraremos de que no empeora el entuerto.

No sé cómo se llama, pero ojalá se le moje la cama una semana entera. Qué gusto tan fino tiene para hurgar donde duele.

Torren, divertido asiente, encantado.

—Desde luego. Si la muchacha tiene tanto talento para revolver casas, mejor que la lleven y la traigan con rienda corta.

—No soy un caballo —murmuro.

—No —responde él, mirándome de arriba abajo sin vergüenza ninguna—. Eso ya lo habíamos descartado.

Finn lo fulmina con la mirada. Qué bien. Sigue sintiendo cosas humanas. Me alegra.

—Y yo no retiro verdades —replico.

El del molino da un paso.

—Pues entonces azotes.

—Otra vez con los azotes —dice Altair, aburrido ya—. Qué empeño el vuestro en arreglarlo todo con violencia.

—No sé si es empeño de justicia —murmura Finn, mirando al del molino con una sonrisa que no le llega a los ojos— o si el hombre lleva un rato demasiado ilusionado con la imagen.

El hombre se enciende de golpe.

—¡Eso es mentira!

—Finn —dice el único Cuervo sin nombre aún por detrás, con una calma seca—, sé justo. Tal vez solo sea imbécil.

—Podría ser —concede Finn—. Pero qué mala suerte tener cara de ambas cosas.

El baillie se frota la mandíbula con dos dedos, mirando a unos, a otros, al corro que ya se ha formado alrededor y a la lluvia que sigue cayendo sin la menor intención de ayudarnos.

—Azotes, no —dice al fin.

El tipo imbécil protesta en el acto.

—Pero…

—He dicho que no. Casa por casa —repite el baillie—. Irá y aclarará lo dicho. Hasta que acabe la feria, la pitonisa queda bajo vigilancia de los Cuervos. Y si después de eso el perjuicio sigue, entonces volveremos a hablar.

—Yo ya he hablado bastante —murmuro.

Finn resopla.

—Eso es lo único que nadie discute.

Torren abre la boca enseguida.

—¿Qué regalo es este tan impresionante de poder ver a Finn tan tenso?

—Cállate, Torren —le ordena este.

Torren abre más la sonrisa. No una sonrisa amable. Una de esas que se afilan solas en cuanto huelen debilidad ajena.

—No me mires así. Llevas esa cara de haber tragado vinagre y un candil encendido. Déjame disfrutarlo. No todos los días uno ve a Finn quedarse sin la broma a mitad de camino.

El otro, el que no ha dejado de medirlo todo desde que llegó, baja apenas la vista y luego vuelve a alzarla hacia Finn con una calma que no mejora nada lo que va a decir.

—Es verdad. Empieza a preocuparme. Si sigues tan tieso, acabaremos pensando que estás enfermo.

—Colum, si alguna vez me ves relajado mientras un puñado de idiotas pide azotar a una mujer en mitad de una feria, entonces sí puedes preocuparte.

—Ah —dice Torren, encantado—. Así que es por la justicia.

—Siempre soy un hombre justo.

—Eres muchas cosas, Finn. Justo suele quedar bastante abajo en la lista.

—Qué raro. En la mía tú sigues apareciendo bajo «ruido innecesario».

Torren se lleva una mano al pecho, fingiendo dolor.

—Me hieres delante de la dama.

Finn vuelve los ojos hacia mí. Solo un instante. Lo bastante para que algo se me cierre en el estómago como una trampa pequeña.

—A ella le importas bien poco.

El baillie vuelve a mirar a los curiosos, al barro, a la lluvia, a nosotros, y decide que ha tenido suficiente feria por una tarde.

—Dispersaos. Esto está resuelto.

No lo está.

Ni de lejos.

Pero la gente se aparta igual, un poco a regañadientes, con esa decepción agria de quien esperaba sangre. Los agraviados se quedan un instante más, quietos, mascando la derrota parcial. Luego el del molino escupe al barro cerca de su propia bota y da media vuelta. El otro tarda más. Me mira con un odio tan doméstico que casi me da ternura.

—Más os vale arreglarlo —les dice a los cuervos.

No «a mí».

A ellos.

Qué rápido recuperan algunos el valor en cuanto creen que han puesto a otros a hacerles el trabajo sucio.

Torren mira la mano con la que ha señalado al grupo y luego le mira la cara, como si estuviera valorando cuál de las dos le apetece menos.

—Agradece que hoy estoy de buen humor —dice.

No sonríe al decirlo. Eso lo empeora todo un poco.

El hombre baja la mano. No del todo por prudencia, creo yo. Más bien por instinto de conservación, que al final también es una forma de inteligencia.

Finn, en cambio, sí sonríe, con esa ironía suya de tipo canalla al que le encanta meter el dedo justo donde más escuece.

—No le hables así, hombre —dice—. Bastante disgusto lleva ya con lo de las sumas. Dale tiempo. Igual mañana descubre también las restas y se nos muere.

El del molino se pone rojo otra vez.

—No sé de qué os reís.

Finn se vuelve hacia él por fin, ya con algo casi parecido a una sonrisa torcida asomándole a la boca.

—De ti, sobre todo. Pero no te lo tomes a mal. Es por no perder la costumbre.

—Menos mal —dice Altair, dándole un golpe en el hombro a Finn—. Empezaba a creer que la muchacha te había convertido en monje.

Eso sí me da risa.

Breve.

Inoportuna.

Mía.

Finn me lanza una mirada.

—¿Vas a ayudar o solo a empeorarlo?

—Yo siempre ayudo. Otra cosa es que el resultado no agrade a todo el mundo.

Colum gira la cabeza hacia mí, encantado.

—Pensé que el susto os había vuelto prudente.

—No te hagas tantas ilusiones —dice Finn, seco, hacia ninguno y hacia todos.

Broen se vuelve entonces hacia él con esa media sonrisa de perro grande que sabe perfectamente dónde va a morder.

—Estás de un agradable que da gusto verte.

—Y tú de un útil que abruma. ¿Cómo se te ocurre implicarnos en esto?

El rubio se recoloca el arco en el hombro.

—No le atosiguéis demasiado. Aún no se ha recuperado del golpe. Miradlo. Lleva la misma cara que un hombre que ha pisado una tabla floja y todavía no sabe cuánto va a caer.

No quiero mirar.

Por supuesto, miro.

Finn sigue con la mandíbula apretada, la lluvia oscureciéndole el pelo y esa tensión atravesándole los hombros como si estuviera sujetando algo que no piensa soltar delante de nadie. No sé si Altair tiene razón o solo disfruta clavando alfileres donde más duele, pero la imagen me roza por dentro de una forma absurda.

Así que me vuelvo hacia la carpa, porque, como siga un momento más ahí quieta, voy a acabar pensando algo inconveniente sobre los hombros de Finn y no me da la vida para tanto ridículo en una sola tarde.

—Qué mala suerte tengo —murmuro como despedida—. Por un momento pensé que la tarde iba a quedarse solo en unos azotes.

Torren suelta una carcajada. Hasta Altair parece recordar que tiene músculos alrededor de la boca.

Finn no.

Finn me mira con esa cara de hombre que no sabe si matarme o taparme con una manta.

—No me tientes —dice.

Y ahí.

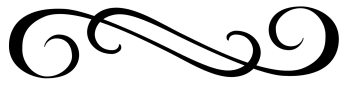
Ahí vuelve el calor idiota. Breve, absurdo, humillante. Me sube por el pecho solo por cómo me lo dice, como si la voz se le hubiera vuelto de pronto una cosa física capaz de rozarme por dentro.

Lo odio.

Lo odio tanto.

Aprieto el chal contra mí, doy media vuelta hacia la carpa y echo a andar sin mirar atrás.

Capítulo 6



«ISEABAIL»

Entro en la carpa con la lluvia todavía prendida en el borde del chal y el cuerpo entero pidiéndome meterlo todo en un saco y largarme antes de que anochezca. Quiero dejar atrás esta feria, a esos hombres ofendidos, al baillie, a los Cuervos y, sobre todo, a Finn Shaw, que ha tenido la desfachatez de reaparecer en mi vida con la misma cara de pecado.

La luz, empobrecida por la lluvia, hace que todo parezca más miserable y más provisional: las telas dobladas, el poste torcido, las cartas esparcidas, el taburete cojo. Mejor. Cuanto más feo se vea, más fácil debería ser irme.

Debería.

No pierdo tiempo. Voy al cofre, lo abro y empiezo a echar dentro las cartas sin orden, el dedal, la caja de monedas, la bolsita de hierbas, el paño bueno, lo que pillo. Una esquina de madera me raspa el nudillo, pero no me paro a mirarlo.

—Te han amenazado con azotarte —dice Sorcha a mi espalda con esa voz suya de mujer que podría narrar un incendio como si comentara el tiempo—. Y, aun así, sigues poniendo esa cara de superioridad que tanto te afea.

—Y tú no has movido un dedo, por cierto —respondo, cerrando la tapa de golpe.

—Me has dicho que no saliera —replica—. Y además siempre te libras de una forma u otra, Lady Gordon. No quería estorbar la costumbre. ¿Debo hacerte una reverencia ahora?

La miro.

Qué delicia de amiga.

—Cállate y recoge. Nos vamos ya.

Eso sí la endereza un poco. No por miedo. Sorcha no teme ni a Dios si lleva buenas botas. Pero reconoce el tono.

—¿Nos vamos? —repite, agachándose al fin para coger una manta —. Qué diligente te vuelves cuando aparece un hombre que te complica la vida.

—Recoge.

—Eso hago.

No lo hace. Dobla una esquina. Luego otra. Como si estuviéramos preparando una cesta de picnic y no una fuga.

—No veo la urgencia —murmura—. Aún no te han puesto la mano encima.

Me agacho para coger el saco y noto el peso de la tela mojada en las faldas, el frío pegándoseme a las rodillas, la rabia caliente subiéndome por el centro del pecho como si alguien me hubiera dejado un hierro en el esternón.

—Porque no pienso esperar a que lo hagan.

—¿Ni siquiera el pelirrojo?

El saco cruje entre mis dedos.

—Sorcha.

—¿Qué? A mí no me importaría que lo hiciera.

Voy a decirle algo desagradable, algo digno de nuestra amistad, cuando la lona se alza y entra con la lluvia el resto del problema.

No hace falta mirar enseguida para saber que son ellos. El aire cambia. Se vuelve más frío, más lleno. Estos hombres no están acostumbrados a pedir espacio porque lo ocupan sin pensarlo.

Levanto la cabeza.

—Vaya —dice Torren, echando un vistazo al cofre, al saco abierto y a la manta mal doblada por Sorcha—. Parece que llegamos a tiempo para la parte cobarde de la tarde.

—Yo diría que a la más entretenida —añade Colum desde detrás, sacudiéndose una gota de lluvia de la manga antes de entrar del todo.

No respondo. Sigo metiendo cosas en el saco.

Sorcha, en cambio, florece. Se sacude la falda con las palmas, se recoloca el pañuelo y se adelanta con esa sonrisa suya de mujer que, si ve una puerta cerrada, prueba primero con el picaporte y luego con la cadera.

Se planta delante de Altair y lo mira sin pestañear.

—Tú eres demasiado bonito para ser de fiar —le dice.

Altair la examina una fracción de segundo, de arriba abajo, sin el menor apuro.

—Estoy felizmente ocupado —responde—. Tienta a otro.

Sorcha suspira con una pena tan falsa que casi admiro el esfuerzo.

—Cada vez quedan menos hombres generosos en este país.

Gira entonces hacia Finn justo cuando él llega a mi lado y me saca de las manos la bolsa de hierbas que yo estaba metiendo en el saco, con dos dedos secos y una calma que me da ganas de incendiarle el pelo.

—No —me dice él.

—Sí —respondo, arrebatándole otra tela de la mesa para doblarla.

La doblo.

La meto.

Él la saca.

No me mira como un hombre que discute. Me mira como uno que ya ha tomado una decisión y ahora piensa imponérmela con paciencia. Peor. Mucho peor.

Sorcha, apoyada ahora en la mesa con una cadera, pasea la vista de Finn a mí y de mí al saco a medio hacer con el deleite de quien acaba de encontrarse un plato caliente ajeno.

—Creo que ese tiene demasiados huevos en la cesta —murmura, señalando a Finn con la barbilla.

Luego se fija en Broen, que ha dado un pequeño paso atrás—. Y ese, en cambio, retrocede.

—Miro dónde pongo los pies —dice Broen, grave.

—Siempre es un buen comienzo.

—No mires a Torren —dice Colum, apoyando un hombro en uno de los postes—. Tiene cara de prometer mucho y cumplir fatal.

Torren se vuelve hacia él, ofendidísimo.

—Eso es calumnia.

Altair deja escapar una risa. Broen, por supuesto, no.

Yo sigo recogiendo.

O lo intento.

—Finn.

—No te vas a ir de aquí como una vulgar ladrona de gallinas.

—Peor sería quedarme a que me azotaran como a una ramera.

Se le endurece algo en la cara. No sé si la boca o el pensamiento.

—No van a azotarte.

—Qué alivio. Me quedo mucho más tranquila ahora que me lo dice el hombre que ha aparecido cinco años tarde para todo.

Finn no responde a eso. Baja la vista al saco, a mis manos, al cofre medio abierto, y vuelve a mí.

—Vas a arreglar esto.

Me quedo quieta.

—¿Perdón?

—Casa por casa —dice—. Iremos a ver a esas mujeres y a sus familias. Verás qué has removido, qué puede sostenerse y qué va a estallarles en la cara si te largas ahora.

Me quedo mirándolo fijamente con reproche.

Sorcha, detrás de nosotros, suelta un «ah» pequeñito, interesado, como si acabara de empezar la parte divertida de una misa.

—Claro —murmuro—. Ya decía yo que no habías venido solo a tocar mis cosas. Has venido a darme órdenes, pero te recuerdo que no tienes ningún derecho.

Finn apoya una mano en el borde del cofre. No para cerrarlo. Para dejar claro que no piensa dejarme seguir.

—Has metido cizaña en una feria que ya estaba bastante tensa —dice Finn—. Aquí todos vienen con algo que perder: grano, lana, deudas, un contrato mal leído, una vaca flaca, una renta que no pueden pagar. El rey queda lejos, los lairds quedan demasiado cerca

y el baillie solo quiere que nadie convierta el barro en sangre mientras dure el mercado.

—No he metido cizaña. He dicho la verdad a mujeres que la necesitaban.

—No discuto eso.

—Pues suena muchísimo a que sí.

—Discuto el momento, el sitio y el daño que puede venir. No serías la primera mujer que queman por motivos igual de ridículos —insiste sin mover la mano ni una pulgada mientras yo intento despegarla—. No son solo tres maridos ofendidos, Iseabail. O Morna. O como demonios pretendas llamarte esta semana. Son hombres con miedo a perder autoridad en un sitio donde todo el mundo tiene ya demasiado poco. Cuando alguien con poco margen siente que le quitan lo único que cree suyo, se vuelve estúpido deprisa. Y cuando varios estúpidos se juntan bajo la lluvia, alguien acaba pagándolo.

Ahí sí. Ahí asoma algo más suyo. El hombre que ya está viendo tres consecuencias por delante.

Pero sigue sin bastarme.

—¿Ese es tu plan? —pregunto—. ¿Me llevas de la mano como a una niña arrepentida y me haces pedir perdón por haberle dicho a una viuda que esconda sus llaves? ¿Y después qué?

Finn aprieta la mandíbula. Apenas. La barba no logra taparlo del todo.

—Después vemos qué hacer contigo.

—Qué consuelo.

—Puede que lo mejor sea llevarte con tu padre.

No siento el golpe enseguida. Lo noto primero en el cuerpo, que se me vacía de golpe de todo menos de una tensión fría, perfecta,

como si alguien me hubiera llenado las venas de agua del río en enero.

Finn, en cambio, todavía no entiende lo que ha dicho. No del todo. Lo cree sensato, tal vez, generoso.

Qué ganas de partirle la cara.

—No —digo.

La palabra sale baja. Sin filo. Eso me asusta más que si me hubiera temblado la voz.

Él frunce apenas el ceño.

—Tu padre puede…

—No.

Ahora sí levanto la mirada. Noto el pulso en la garganta, en la lengua, en la piel de la nuca. Tengo los dedos fríos, pero la cara me arde.

—No voy a volver ahí.

Finn tarda un segundo de más en responder, y eso basta para que vea que todavía sigue pensando en términos de casa, apellido, protección, orden. Qué gracioso. Qué ordenado le ha quedado el mundo mientras yo me pudría entre rezos.

—¿Por qué te has escapado esta vez? —dice al fin.

Y ahí está.

La rabia me sube por dentro tan deprisa que hasta me aclara la vista. De pronto veo la carpa entera con una nitidez insultante: la gota resbalando por el poste, el humo pegado bajo la lona, la mano de Sorcha inmóvil sobre el respaldo del taburete, el barro seco en el borde de una bota de Finn, la costura descosida en mi manga. Todo.

—Me enterraron en vida, Finn.

Capítulo 7



«ISEABAIL»

El silencio cae tan de golpe que hasta el brasero parece quedarse sin aire.

No aparto los ojos de él. No pienso dárselo fácil ahora.

—Me metieron en un lugar horrible —digo, y la palabra me sube a la boca con sabor a humedad, a hierro y a bilis vieja—. No a rezar. Ni a coser en silencio junto a una ventana con un rayo de sol bonito sobre la labor. Me encerraron para romperme. Para volverme dócil. Para sacarme de dentro todo lo que no les convenía.

Trago saliva. Me raspa como si aún oliera aquel corredor. Finn no dice nada. No aparta los ojos de mí y eso casi me irrita más, porque ya he abierto la puerta y ahora lo justo es que mire dentro.

—No sabes lo que era aquello —continúo, y esta vez la voz me sale baja, peor, porque no necesito alzarla para que me queme—. Celdas de castigo sin luz, tan estrechas que no podía ponerme de pie del todo ni tumbarme, y pasaba allí tanto tiempo que acababa perdiendo la cuenta de los días, convencida de que moriría o me volvería loca. Semanas enteras con un mendrugo duro y agua sucia, si estaban de ánimo. Golpes en los nudillos, en la espalda, en la boca, si respondías. Si no respondías, también, por altiva. Por soberbia. Por mirar demasiado alto. Por no bajar la cabeza con bastante rapidez. Me hicieron arrodillarme sobre piedra hasta no sentir las piernas.

Noto el pulso en la garganta, en la lengua, en las sienes.

—Querían silencio, castidad y obediencia, pero no como virtudes, Finn. Como amputación. Querían arrancarme la voluntad a fuerza de hambre, de miedo y de vergüenza. Hacerme pedir perdón por ocupar sitio. Enseñarme a hablar poco, a no mirar a nadie de frente, a agradecer el encierro como si fuera misericordia. Querían que se me muriera dentro todo lo que soy, mientras me recordaban que era impúdica, mala mujer y estaba corrompida por el demonio.

El humo del brasero me araña la nariz y, por un instante, vuelve aquel otro olor: piedra mojada, ropa mal secada, leche agria, sopa rancia, piel enferma.

Respiro, pero mal. Como si el aire tuviera esquinas.

—No voy a volver ahí. Prefiero que me azoten en la plaza y que me arrastren por el barro. Prefiero abrirme yo sola la cabeza contra una piedra antes que dejar que vuelvan a cerrarme una puerta detrás.

—No lo sabía —dice Finn al cabo.

Lo dice bajo. Sin defensa. Y eso, por alguna razón miserable, me duele más.

—Pues ahora ya lo sabes.

Quiero seguir recogiendo. Quiero agacharme, atarme el saco, poner un pie fuera y que me dé la noche en la cara antes de que vuelva a decir algo que me obligue a recordar que una vez lo miré como si hubiera sido capaz de salvarme de cualquier cosa.

Pero no me muevo.

Él tampoco.

La seguridad con la que ha entrado se ha agrietado por fin y ahora deja ver otra cosa más fea, más humana y, por eso mismo, más peligrosa para mí.

Torren es el primero en romper el silencio, claro.

—Un momento —dice, mirando de Finn a mí y de mí a Finn, como si de pronto la carpa se hubiera llenado de piezas que no encajan—. ¿De qué demonios os conocéis vosotros?

Finn se pasa una mano por la cara, despacio, como si necesitara un segundo para arrancarse de la boca la respuesta sin llevarse media carne con ella.

—La conocía de antes —dice al fin.

—Qué precisión tan útil —murmuro, notando la bilis otra vez en la lengua—. También conocía antes a la mujer del curtidor y no por eso he tenido ganas de estrangularla toda la tarde.

Torren me mira, luego vuelve a Finn.

—No. Esto no es «de antes» sin más. Tú la llamas por su nombre como si llevaras años discutiendo con ella y ella te mira como si quisiera matarte y besarte en el mismo pensamiento, que por cierto es una combinación bastante espantosa para los que estamos intentando entender algo.

—Yo no quiero besarlo —replico al instante.

Torren me dedica una sonrisa ladina.

—Ese desmentido ha salido demasiado rápido para parecerme sincero.

—Torren —dice Finn.

No alza la voz. No hace falta. Pero el aviso no frena al otro. Solo le da más ganas de meter el dedo, porque así son los hombres cuando creen haber encontrado una costilla rota debajo de la ropa del compañero que más se ríe.

—No, espera —dice, alzando una mano—. Déjame disfrutar de esta novedad. Resulta que nuestro Finn, el mismo que lleva años soltándonos el cuento de que no era más que un don nadie, un ladrón por necesidad, un perro medio salvaje recogido del barro,

conoce a una lady por su nombre de pila y quiere devolverla a casa de su padre como si supiera lo que hay detrás de esa puerta. Perdóname si la curiosidad me puede.

Finn no se vuelve hacia él. Sigue mirándome a mí, o quizá sigue mirando el daño que acaba de hacer sin saberlo hasta hace un momento. Luego cierra la mano sobre el borde del cofre y la piel de los nudillos se le tensa.

—Fui capitán de la guardia del clan Gordon —dice.

La frase cae en la carpa con un peso raro, demasiado limpio para todo lo que arrastra. Ni siquiera yo me esperaba oírla así, dicha de cara, sin adorno, sin una sola de sus sonrisas torcidas envolviéndola en papel sucio para que parezca menos importante.

Torren pestañea.

Broen se queda quietísimo.

Altair inclina apenas la cabeza.

Colum alza las cejas, despacio, y luego mira a Finn con una mezcla irritante de sorpresa y diversión.

—Vaya —dice—. Resulta que debajo de todo ese barro había modales.

Y Sorcha, bendita alimaña, abre mucho los ojos antes de mirar a Finn con un entusiasmo casi obsceno.

—Ah —dice, arrastrando la vocal con gusto—. Ahora sí que todo se pone bueno. Ya decía yo que este no tenía manera de moverse de mozo cualquiera. Tiene el vicio de mandar hasta cuando calla.

Yo cruzo los brazos sobre el pecho porque, si no lo hago, corro el riesgo de ponerme a arrancarle cosas al aire.

—Era capitán de la guardia —corrijo, seca—. No conde de nada.

—Y aun así, bastante más interesante que vendedor de nabos.

Torren deja escapar una risa breve. Pero la curiosidad le puede más.

—Así que trabajabas para los Gordon —dice, mirando a Finn como si acabara de verle otra cara.

—No hay tanto que entender —le responde él—. Era un don nadie que se ganó un sitio decente por primera vez en su vida. Y lo perdió porque a alguien le pareció una idea brillante acabar tirándome de los huevos delante de medio clan.

Sorcha se atraganta con su propia risa. Broen, lo juro por Dios, parece a punto de sonreír.

A mí se me incendia la cara.

—Eso no fue lo que pasó.

—Ah, ¿no?

—Yo solo quería aliviarte los ojos.

Torren suelta por fin una carcajada, pero no mira a Finn para pedir explicaciones. Mira al suelo, niega con la cabeza y se limita a disfrutar del descalabro.

—Te juro que intento no imaginarlo —dice—, pero me lo habéis puesto muy fácil.

—Pues deja de imaginar —replica Finn, seco.

Sorcha se agarra el vientre con una mano.

—Espera, espera. No entiendo nada. ¿Os encontraron en plena indecencia?

—¡No! —niego con demasiado ímpetu—. No estábamos haciendo nada de eso.

—¿Ni un besito? —insiste Sorcha.

—¡Jamás! —saltamos Finn y yo a la vez.

El eco de la palabra rebota en la lona.

Broen exhala por la nariz, que en él ya equivale a un festival.

Finn, rojo hasta debajo de la barba, aprieta los dientes.

—No lo haría —dice hacia ninguno y hacia todos—, ni aunque ella fuese la última mujer de la tierra.

Qué bonito. Qué entrañable. Qué ganas de estrangularlo con la cuerda del saco.

—El sentimiento es mutuo —replico.

Porque el resentimiento, una vez abierto, deja de oler a anécdota y empieza a oler a herida.

Finn vuelve a mirarme.

—Lo perdí todo aquella noche.

La frase no va hacia ellos. Va hacia mí. Y eso la vuelve más fea.

—Yo también —respondo.

Él suelta una risa seca. Mala.

—No empieces a mirarme como si te hubiera arrastrado yo al desastre —dice él, con esa media sonrisa fea que solo usa cuando quiere que una frase escueza un poco más—. Yo siempre intenté no quedarme a solas contigo ni por accidente. El problema era que contigo los accidentes tenían mucha constancia.

—Qué considerado.

—Prudente. Que no es lo mismo. Algunos no podíamos permitirnos ciertos caprichos.

—¿Y yo sí?

—Tú podías salir mal parada. Yo podía acabar colgando de una cuerda. Hay matices, Lady Gordon.

Suena cansado.

Cansado de mí, de él, de todo esto.

—Ya que los dos nos hemos perjudicado bastante, lo mejor será terminar cuanto antes con esta maldita historia —continúa, con la voz baja, firme, sin un gramo de dulzura donde esconderse—. Arreglamos esto mañana, tú sigues tu camino, yo sigo el mío, y no volvemos a cruzarnos.

Ahí está.

Eso era lo que quería oír, ¿no?

Claro que sí.

Es lo único sensato entre dos personas que se han dejado una cicatriz cada una en el sitio exacto donde más costaba curar.

Entonces, ¿por qué demonios la frase me entra como una astilla?

Porque yo también quiero que se vaya. Quiero perderlo de vista. Quiero volver a no saber nada de él.

Aprieto la cuerda del saco hasta que me duele la palma.

—Maravilloso —murmuro—. Un plan precioso. Pero deja que te ayude a quitarte responsabilidad, que sé cuánto te gusta. Iré sola. Puedes largarte ya.

—No.

—¿Perdón?

—No te dejaré sola. A ti te bastan dos frases para convertir una disculpa en una revuelta.

Me llevo una mano al pecho como si me sintiera ofendida.

—Qué concepto tan injusto tienes de mí.

—Es exactísimo —murmura.

Finn me mira, esperando quizá una réplica. No se la doy. Estoy demasiado ocupada odiando el modo en que acaba de ordenar el mundo otra vez como si supiera sostenerlo mejor que nadie. Lo peor es que probablemente sea verdad.

—Al alba —dice él, y vuelve a mirarme a mí, solo a mí—. Y no intentes largarte antes.

—No me des órdenes.

—No son órdenes. Es una advertencia.

Eso sí consigue que me hierva algo de nuevo, pero no digo nada.

Torren sale primero, apartando la lona con un gesto breve. Broen lo sigue. Altair se demora un instante, me dedica una mirada lisa, imposible de leer del todo, y luego desaparece también bajo la lluvia. Colum me dedica una media sonrisa de puro veneno amable y murmura:

—Por lo que más quieras, no lo enfades más. Nos arruinarás la cena.

Le suelto un bufido. Muy elegante.

Finn es el último en irse.

Por supuesto.

Se agacha un poco para no dar con la lona, la mano ya en el borde de la tela. Por un momento pienso que se irá sin volver a mirarme, y no sé si me enfurece o me alivia.

Pero sí me mira.

Solo un segundo.

Un segundo entero, quieto, pesado, lleno de recuerdos viejos, de castillos, de humo, de conventos, de una mano en la cara, de otra donde no debía, de lo que nos hicieron y de lo que nos hicimos sin ayuda de nadie.

Luego se va.

La lona cae. El ruido de la lluvia llena el hueco que deja su cuerpo con una facilidad ofensiva.

Me quedo en mitad de la carpa, con el saco cerrado a mis pies, las cartas mal guardadas, el nudillo raspado, la cara aún caliente y una certeza desagradable metida justo entre las costillas.

Voy a tener que recorrer el condado con Finn Shaw al lado.

Y lo peor no es eso.

Lo peor es que, cuando ha dicho que, después de esto, no volveríamos a cruzarnos, una parte imbécil de mí ha sentido la pérdida como si tuviera algún derecho.

Capítulo 8

«FINN»

Montamos el campamento a una distancia lo bastante corta de la carpa como para que, si a Iseabail le da por intentar largarse en mitad de la noche, tenga que pasar por encima de uno de nosotros o inventarse alas. La lona oscura se hincha y se deshincha un poco con el viento húmedo, como si hasta la maldita tela respirara con más calma que yo.

La lluvia ha amainado, pero no del todo. Queda ese goteo fino, terco, que no hace ruido de tormenta y, sin embargo, logra meterse en la lana, en las botas y en el humor.

Broen ha levantado el pequeño fuego con la facilidad de siempre, Altair ha escogido el sitio más estratégico del claro y Colum ya lleva un rato mirándome como si acabara de descubrir que, debajo de mi encantadora fachada de bribón insoportable, había otra capa aún más entretenida.

Yo remuevo la olla una vez. Solo una. Más por darle algo útil a la mano que porque la avena con cebolla y restos de carne necesite realmente mi genio.

Detrás de nosotros, la carpa de Iseabail permanece cerrada. No la veo, pero noto su presencia con la misma precisión con que uno nota una muela rota aunque no se la esté tocando con la lengua. Qué maravilla.

Torren se sienta sobre un tronco bajo, estira las piernas hacia el fuego y me dedica esa sonrisa satisfecha del hombre que ha encontrado una grieta ajena y piensa meter por ella una familia entera de comentarios.

—Bueno —dice—. Ya está. He visto por fin algo que creía imposible.

—Tu cara limpia en el reflejo del agua —le suelto.

—No. A ti sin sonrisa. Casi me emociono. Resulta que Finn Shaw sí sangra.

Colum resopla, divertido.

—No exageres. Sonreía. Lo justo para que no pensáramos que había muerto de pie.

—Eso —dice Torren, señalándolo con un dedo—. Exactamente eso. Gracias, Colum. Me alegra ver que al menos uno de vosotros ha venido hoy con vista.

Sigo mirando la olla.

Altair, sentado algo más atrás, con la espalda apoyada en un tronco y la capa sobre los hombros, ni siquiera levanta la vista de la navaja con la que está pelando una manzana. Eso en él significa que escucha absolutamente todo.

Broen se inclina un poco hacia mí.

—No eras tú ahí dentro.

—Gracias. Pensaba pasarme el resto de la noche preguntándomelo.

—No, en serio —insiste Torren—. Parecías un marido ofendido, que es una cosa tristísima de ver en cualquier hombre y particularmente grotesca en ti.

Le doy el cucharón para que remueva él.

—Ten. A ver si así te ocupas la boca.

No lo coge. Claro que no.

—La pregunta de verdad —dice Colum, cruzando los tobillos— es otra. ¿No era una tentación tenerla todo el día revoloteando a tu alrededor?

Levanto la vista hacia él con toda la fatiga del mundo bien colocada en la cara.

—No.

Torren alza las cejas.

—Qué desmentido más rápido.

—Porque la respuesta es muy fácil. Iseabail Gordon es un desastre con piernas. Allí donde pone los ojos, algo acaba roto, ardiendo o humillado. Mi única preocupación era evitarla como fuera posible.

Altair corta una tira fina de manzana con la navaja y la lleva a la boca antes de decir, con esa calma suya que consigue volver aún más irritante cualquier verdad:

—Y, aun así, no pudiste hacerlo.

—No siempre se puede vencer a la estupidez ajena.

—Ni a la propia —añade Broen, grave, mirando el fuego.

Torren se echa a reír.

Remuevo la olla otra vez, aunque ya no hace falta. La avena hierve lenta, espesa, con ese olor tibio y poco glorioso que tienen las cenas hechas para quitar hambre, no para inspirar poesía. Mejor. La poesía solo empeora las cosas.

—Os estáis entreteniendo mucho con una historia que no os concierne —digo.

—No, no —replica Torren—. Nos estamos entreteniendo muchísimo con el hecho de haber encontrado por fin a la mujer que consigue

borrarte la sonrisa y dejarte cara de bobo. Hay matices.

Cierro los ojos un instante, más por resignación que por plegaria.

—No tenía cara de bobo.

—La tenías —dice Torren—. Una muy concreta, además. La de hombre que lleva años riéndose del amor ajeno y, de pronto, se encuentra con un fantasma que sabe exactamente dónde clavarle el cuchillo.

—Qué poético te has puesto. Debe de haberse aguado el vino.

Torren se lleva una mano al pecho.

—No esquives la cuestión.

—Ella era un problema andante y no era el hombre que soy ahora.

—Eso no responde.

—Sí responde. Solo que no te gusta.

Altair lanza la piel de la manzana al fuego y la llama la recoge con un chisporroteo breve.

—Era una tentación —dice, sin mirarme—. Solo que una de esas que huelen a soga.

Ahí sí le dedico una mirada.

—Por fin alguien con juicio.

Colum chasquea la lengua.

—Qué manera tan pobre de nombrarlo. Yo habría dicho «sí, era una tentación, pero una que venía acompañada de cinco hermanos, un padre con hombres de armas y una probabilidad bastante decente de acabar colgado del cuello».

—Tú lo habrías dicho porque naciste con vocación de epitafio —respondo.

Broen me mira.

—La admiras.

No lo pregunta. Lo deja caer como si comentara el tiempo o el barro en mis botas. Por eso mismo resulta más molesto.

Miro hacia la carpa. La lona sigue quieta. Ojalá ella también.

—Sería difícil no hacerlo —admito al fin, porque negarlo a estas alturas sería insultar la inteligencia del grupo y, peor aún, la mía—. Es una fuerza imparable. De las que entran en una sala y cambian la temperatura aunque no abran la boca. No porque quieran. Porque no saben hacer otra cosa. Tiene esa clase de energía que vuelve idiotas a unos, agresivos a otros y a los más sensatos… prudentes.

—Tú —dice Torren.

—Yo.

—Y la prudencia te duró regular.

—La prudencia me duró bastante más de lo que habría durado a cualquiera de vosotros.

Torren suelta una carcajada.

—También es verdad.

Cojo una escudilla, sirvo la avena y se la tiendo a Broen primero. Luego a Altair. Después a Torren, que la acepta con una reverencia obscena que merecería hambre.

—Gracias, esposa.

—Que te atragantes.

—¿Ves? Eso sí es ternura bien administrada.

Me sirvo la mía al final y me siento sobre una piedra baja, con el calor del cuenco en las manos y el humo del fuego subiéndome a la cara.

Durante unos segundos solo se oye el ruido humilde de cinco hombres comiendo algo que no será recordado por nadie. Es un sonido que siempre me ha gustado. Las conversaciones que llegan después de haber llenado un poco el estómago suelen ser más sinceras, o al menos teatrales.

—Así que capitán de la guardia de los Gordon —dice Colum, soplando la superficie de la avena—. Todavía me cuesta imaginarte peinado.

—Nunca estuve peinado.

—Eso mejora la imagen.

Altair come dos cucharadas antes de hablar.

—Has dicho antes que entonces no eras el hombre que eres ahora.

No levanto la vista enseguida. La avena quema. Mejor. Me da algo en lo que pensar que no sea el eco de una voz diciendo encierro como si la palabra aún oliera a sangre seca y piedra húmeda.

—Así es —respondo al cabo—. Entonces aún tenía algo que perder.

Torren apoya la cuchara en el borde del cuenco.

—¿Y ahora no?

—No.

—Eso suena triste.

—No lo es tanto —digo, y esta vez sí levanto la cabeza—. Es bastante descansado, en realidad. Cuando no tienes un puesto que conservar, ni una casa que merezca ese nombre, ni la ilusión ridícula de que, si te portas bien, el mundo acabará tratándote con cierta decencia, se te aflojan muchas cosas. La espalda, por ejemplo. La mandíbula. Hasta el sueño. Perderlo todo tiene sus ventajas. Uno aprende que el miedo ocupa muchísimo sitio para lo poco que sirve.

Torren me mira un momento en silencio. Luego niega despacio con la cabeza.

—Qué miedo das cuando te pones serio. Prefiero tu cara de bobo.

—Yo también —murmuro—. En el castillo vivía tenso como un perro metido en la cocina de otro, oliendo el asado y esperando la patada. Todo era más limpio por fuera, pero por dentro iba siempre con el cuerpo listo para el golpe. Tenía un puesto, hombres a mi cargo, una rutina, un laird que al menos respetaba lo que yo sabía hacer… y a su hija rondando cerca como una maldición con pecas.

Torren vuelve a reírse.

—Ah, por fin una frase hermosa.

—No te emociones. No hay mucho más que decir.

—¿Y cómo no ibas a vivir tenso? —dice Colum—. Tenerla cerca debía de ser como dormir con una antorcha al lado del jergón.

—No era una antorcha —respondo—. Era peor. Las antorchas al menos chisporrotean antes de prenderte la manga.

Torren suelta una carcajada.

—Míralo. Admitiendo cosas.

Altair mira hacia la carpa sin mover apenas la cabeza.

—Y por eso la encerraron en ese lugar. Trataron de corregirla o enderezarla.

La frase cae sencilla, sin dramatismo, y precisamente por eso pesa más.

Bajo la vista al cuenco. La avena se enfría deprisa.

—Aquello que describe no suena a convento para rezar —murmura Colum.

Altair levanta la mirada desde el fuego.

—No lo es —dice, con esa voz suya que nunca necesita alzarse para dejar a alguien incómodo—. Conozco ese tipo de lugares. Una casa de penitencia. O como quieran llamarla cuando lo que hacen es lo mismo.

Colum frunce un poco el ceño.

—¿Como la de Perth? ¿En la que llevan velo gris y viven tras rejas?

Altair asiente una vez.

Nadie habla.

Altair vuelve a mirar las brasas antes de añadir:

—Es un sitio para corregir mujeres a golpes. Para volverlas mansas hasta que den las gracias con la voz baja y las manos juntas.

Miro hacia la carpa otra vez y esta vez no veo lona, ni cuerdas, ni barro. Veo a Iseabail metida en piedra húmeda, con hambre, con rabia, con alguien intentando arrancarle a fuerza de encierro justo lo que la hace ser ella.

—A ella no se la endereza —murmuro, más para mí que para nadie —. Se la rompe.

Torren gira la cabeza hacia mí despacio.

—Vaya. Eso ha sonado casi tierno.

Yo clavo la cuchara en la avena ya fría.

—Digo lo que es. Esa mujer no se dobla. Puedes dejarla sin luz, sin agua, sin voz, y seguirá siendo una tormenta con faldas. Solo que encerrada, hambrienta y con más ganas de arrancarle la cara al primero que le ponga una mano encima.

Torren sonríe, claro.

—Voy a preguntarte una última cosa y después, lo juro, te dejaré torturarte en paz.

—No te creo.

—Haces bien. Pero preguntaré igual. Si aquella muchacha, en vez de hija del laird, hubiese sido otra cosa… pongamos la sobrina pobre de un escudero, una viuda sin apellido, una mujer sin cinco hermanos homicidas, sin castillo y sin conde furioso detrás… ¿entonces sí habría sido una tentación?

Le sostengo la mirada un momento.

Colum espera. Altair también. Broen no parece esperar nada, pero escucha igual. La llama se inclina un poco con el viento y le arranca destellos cobrizos al campamento.

—Habría sido un problema de otra clase —digo al fin—. Y no creo que eso lo hubiera hecho más fácil.

Torren sonríe despacio.

—Eso no es un no.

—No —admito—. No lo es.

El silencio que sigue no es pesado. Es de esos que dejan las verdades cuando se posan donde toca. Torren alza el cuenco en mi dirección, como si brindara.

—Vaya. Al final sí sangra.

—Te voy a clavar la cuchara en un ojo.

Torren se ríe, satisfecho como un condenado al que acaban de servirle postre, y los demás vuelven a sus cuencos, al fuego, a la lluvia fina que cae sobre las ramas con esa paciencia miserable de las noches largas.

Yo dejo mi cuenco a un lado. La avena se ha quedado fría, espesa y triste. Como casi todo lo que se piensa demasiado.

Detrás de nosotros, la carpa sigue cerrada.

Bien.

Que siga así.

—Haré la primera guardia —digo.

—Sensato —murmura Altair, sin levantar la voz—. Si intenta escapar, al menos tendremos el consuelo de que te pisará primero.

—Qué alivio —respondo—. Dormiré mejor sabiendo que mi cuerpo servirá por fin a una causa noble.

Broen resopla por la nariz. Colum se ríe bajo. Torren, por supuesto, parece a punto de añadir algo hasta que le señalo con la cuchara.

—Ni una palabra.

—Qué carácter.

—Torren.

—Ya estoy dormido.

No lo está. Ninguno lo está del todo. Pero uno a uno se acomodan alrededor del fuego, entre capas húmedas, mantas ásperas y esa resignación silenciosa de los hombres que han pasado suficientes noches al raso como para no exigirle demasiado al suelo.

Yo me siento con la espalda contra un tronco, la espada cerca de la mano y la carpa de Iseabail dentro de mi campo de visión. No demasiado cerca. No demasiado lejos. Lo justo.

Mañana iremos casa por casa. Desharemos el entuerto. Evitaremos que la feria se convierta en una jaula con público. Y después ella seguirá su camino.

Ese es el plan.

La lona oscura sigue quieta. Demasiado quieta. Ni una sombra moviéndose al otro lado, ni una mano apartando la tela, ni una fuga ridícula hacia la oscuridad. Solo esa tela húmeda, cerrada,

guardándola dentro como si fuera algo que puede retenerse con cuerdas y un poste torcido.

Qué estupidez.

Iseabail Gordon nunca ha sabido quedarse dentro de nada sin intentar ensancharlo un poco. El problema es que, cuando ella empuja una pared, suele caerle el techo a alguien.

Y mañana, por alguna razón que no pienso analizar bajo la lluvia, me toca a mí estar debajo.

Capítulo 9

«ISEABAIL»

Me despierto mal.

Con esa clase de conciencia agria que se abre paso despacio cuando el cuerpo recuerda antes que la cabeza dónde está, qué ha dicho y quién ha vuelto a mirarlo como si el pasado fuera una puerta mal cerrada que cualquiera puede empujar con el hombro.

Tengo la espalda hecha un acuerdo roto con el jergón, la nuca tirante y la boca con sabor a lana, a poco sueño y a Finn Shaw diciendo que, en cuanto acabemos con esto, no volveremos a cruzarnos.

Qué hombre tan considerado. Siempre tan atento al detalle que más puede tocar las narices.

Abro los ojos y me encuentro con la lona del techo todavía perlada de humedad, gris por la luz del amanecer, y con Sorcha hecha un ovillo indecente al otro lado, roncando con la paz insultante de quien no ha pasado la noche entera partiéndose la cara con sus propios pensamientos.

Durante un instante me quedo quieta, oyendo el golpecito menudo de la lluvia fina, el resoplido dormido de ella y el murmullo lejano de la feria que empieza a despertarse a base de cubos, toses y carretas.

Tengo el nudillo rasgado de ayer, una media luna roja y fea que pica un poco al doblar la mano. Me lo llevo a la boca sin pensar, por costumbre antigua, y en ese momento oigo pasos fuera. Más de uno. Voces bajas. Una risa que reconozco antes de prestar atención.

Torren.

Y otra, seca, casi sin aire, más fina, que no es una risa sino un comentario arrojado a mala fe con una puntería excelente.

Colum.

Claro. Qué agradable empezar el día sabiendo que el público ya está colocado.

Sorcha abre un ojo.

—Si me dices que ha venido tu caballero andante a vigilarte otra vez, voy a empezar a cobrarle entrada.

—Como vuelvas a llamar caballero andante a ese hombre, te dejo aquí vendiendo tus tobillos al mejor postor.

Sorcha abre el otro ojo. Luego sonríe con una lentitud preocupante.

—Ah, no. Eso ya pensaba hacerlo yo sola.

Me incorporo sobre un codo.

—¿Qué?

—Quedarme aquí. No vender mis tobillos, aunque nunca cierro puertas a negocios rentables.

La miro.

Ella bosteza como si acabara de comunicarme que va a llover, no que piensa abandonarme a mi suerte entre un puñado de Cuervos con demasiadas armas y demasiado interés por mis desgracias.

—No habrás pensado que iba a acompañarte, ¿verdad?

—Claro que lo he pensado.

—Pues qué imaginación tan bonita te ha quedado después de dormir fatal. No pienso poner un pie fuera de esta feria porque tú hayas decidido convertir tus consejos, dos cartas y una rueca escondida en un problema con escolta.

—Sorcha.

—No me pongas esa cara. Te reconozco que viajar con esos tipos me tienta. Mucho. De una forma bastante vulgar, si soy sincera. Pero alguien tiene que quedarse aquí y vigilar la carpa, las monedas, las telas y a los idiotas que quizá vuelvan a buscar problemas cuando tú no estés.

—Esto puede alargarse.

—Entonces tendrás tiempo de aprender a echarme de menos sin hacer teatro.

—No puedes dejarme sola con ellos.

Sorcha se incorpora por fin, con el pelo revuelto, la camisa torcida y esa expresión de santa patrona de las malas decisiones que tan poco me tranquiliza. Mira hacia la lona mientras se viste, como si al otro lado la aguardara un banquete de hombres peligrosos, y después vuelve a mí.

—¿Por qué? ¿Temes por tu reputación?

—Mi reputación murió hace cinco años en un armario.

—Entonces viaja ligera. Una pena menos en el saco.

—Eres una mala persona.

—Soy una persona práctica. Suele confundirse.

Fuera, una voz masculina dice algo que no alcanzo a entender.

—¿Habrá dormido ahí fuera, bien pegadito a la lona?

No respondo.

No hace falta.

La muy indecente sonríe.

—Madre mía.

—No empieces.

—No he dicho nada.

—Tu cara sí.

—Mi cara solo está celebrando que un hombre con sonrisa de pecado haya pasado la noche haciendo guardia a dos pasos de ti y que tú hayas amanecido con esa cara de haberlo oído respirar hasta en sueños.

Me levanto antes de que pueda seguir, me ajusto la falda arrugada con un tirón torpe, me coloco el chal sobre la camisa y voy a la jofaina. El agua está helada y, cuando me la echo en la cara, me arranca un temblor feo que me despeja bastante menos de lo que me gustaría. Me humedezco el pelo en las sienes, me lo recoloco y me obligo a respirar con algo parecido a calma.

La lona se mueve.

No un instante después. Justo cuando yo me incorporo, con el agua todavía goteándome del mentón.

Entra Finn.

Se agacha apenas para no dar con la tela, entra con el cuerpo entero oliendo a aire frío de la mañana, y durante un segundo se queda quieto, como si necesitara acostumbrarse a la penumbra de la carpa o a verme con la camisa mal remetida, el pelo todavía medio suelto, la boca sin palabras y la paciencia sin abrochar.

Ya no lleva el negro entero de ayer ni el broche del cuervo prendido a la vista. Se ha cambiado a ropa de viaje: lana oscura, botas

embarradas, una camisa limpia solo en teoría y un plaid pardo y gris ceñido con el cinturón, recogido al hombro de esa manera práctica que tienen los hombres acostumbrados a dormir al raso y a no regalarle a nadie un blanco fácil.

Se ha afeitado menos de lo que debería, o quizá es que la barba le crece con esa insolencia de hombre al que hasta las cosas molestas le sientan bien.

Lleva el pelo medio recogido hacia atrás. Tiene las ojeras algo más marcadas que ayer, como si la noche tampoco hubiera hecho favores de su lado.

Me fastidia muchísimo fijarme en eso, porque sigue pareciendo exactamente el tipo de hombre al que una mujer sensata no debería mirar dos veces.

Sorcha alza una ceja al verlo y sonríe con una maldad tan pura que debería pagar impuestos por ella.

—Mira qué detalle —dice—. El carcelero ha venido en persona.

Finn deja caer la lona a su espalda, me echa un vistazo rápido y luego mira a Sorcha.

—Y la loca sigue aquí —responde—. Empiezo a no creer en los milagros.

Sorcha se lleva una mano al pecho, encantada.

—Gracias. Yo también te encuentro más guapo con luz de mañana.

—Debes tener mal la vista —dice él, seco y luego me mira—. Tienes que terminar de recoger.

Yo me cruzo de brazos y apoyo una cadera en la mesa.

—Qué forma tan delicada de desearme los buenos días.

—No son buenos.

—Ah. Entonces sí que has venido a animarme.

Finn mira el saco, las mantas, el cofre abierto y después vuelve a mí.

—El baillie ha cambiado las condiciones.

Eso sí me corta la réplica.

—¿Qué condiciones?

—Ayer parecía cosa de una mañana. Unas cuantas casas, tres hombres ofendidos, un poco de teatro y vuelta a la feria.

—Tu manera de vender viajes es espantosa.

—Esta mañana han llegado más quejas. De fuera. Aldeas, granjas, algún arrendatario con demasiada prisa y muy poco sueño.

Sorcha se incorpora un poco más, ya mucho menos dormida.

—¿De fuera cuánto?

Finn no aparta los ojos de mí.

—Varias jornadas a caballo en algunos casos.

La carpa se queda pequeña de golpe.

—No.

—Sí.

—No voy a pasar varios días recorriendo caminos para pedir perdón por decir verdades.

—No vas a pedir perdón por decir verdades. Vas a impedir que esas verdades acaben rompiéndole la cara a quien no puede defenderlas sola.

Eso me cierra la boca medio segundo.

Lo odio por elegir justo las palabras que no puedo apartar de un manotazo.

—¿Cuánto? —pregunto al fin.

—Con suerte, unos días.

—¿Y sin suerte?

Finn tarda una fracción de segundo en responder. La justa para que la respuesta me caiga encima antes de oírla.

—Una semana. Quizá dos. Y procura arreglarlo, no empeorarlo.

—Qué fe tan conmovedora tienes en mí.

—No es por fe —dice Finn—. Es experiencia.

—No exageres. Solo te arruiné una vez.

La boca se le mueve apenas. No llega a sonrisa, pero casi. Ahí está. Ahí sí.

—Una vez bien aprovechada, eso sí.

Sorcha se vuelve hacia mí con los ojos brillándole.

—Por Dios, no me hagáis elegir bando tan temprano. Apenas he abierto los ojos.

—Pues ciérralos otra vez —murmura Finn.

Sorcha suelta una carcajada.

Yo debería callarme. No lo hago.

—Te has vuelto muy grosero, Finn Shaw.

—No te debo delicadeza, Iseabail.

—Ni yo a ti gratitud.

—Perfecto. Así nadie pierde tiempo fingiendo.

Sorcha nos mira a uno y a otro, encantada.

—Voy a decir una cosa y luego prometo no mejorarla.

—No —decimos los dos a la vez.

Sorcha sonríe más. Tiene esa sonrisa suya de mujer que, si ve una herida abierta, primero sopla sobre ella y luego mete un dedo solo para comprobar hasta dónde llega.

—Qué bonito. Si seguís así voy a acabar creyendo que debajo de todo ese veneno hubo algo.

Finn ni siquiera tarda. Se aparta un poco del poste, descruza los brazos y la mira con esa paciencia suya que no es paciencia, sino una manera muy elegante de no mandar a nadie al infierno demasiado pronto.

—Debajo de todo este veneno sigues tú —dice—. Y Colum ya está haciendo el desayuno. Ve a llenarte el estómago antes de que empieces a dar más opiniones y nos arruines la mañana entera.

Sorcha abre mucho los ojos, ofendidísima de mentira.

—Yo no arruino nada. Yo mejoro.

—Eso mismo dice Torren antes de darnos ganas de tirarlo al río —replica él.

Sorcha se lleva una mano al pecho.

—Qué hombre. Insulta como si me conociera de toda la vida.

—Fuera te espera una conversación mucho más alegre —responde Finn—. Colum tiene pan, Torren tiene ganas de resultar soportable y Broen, con suerte, seguirá sin hablarte demasiado. Yo no estoy de humor esta mañana.

Eso sí me hace mirarlo un segundo de más.

Conmigo siempre fue prudente, seco, tenso, como si cada palabra que me dedicaba tuviera que pasar antes por una puerta estrecha.

Pero esto es distinto.

No parece solo molesto conmigo. Parece molesto con la mañana, con la feria, con el camino, con mis consejos, con sus propias botas y con cualquier cosa que respire a menos de diez pasos.

Sorcha, que tiene el instinto de conservación de una polilla borracha, sonríe aún más.

—Si tardas mucho —me dice, con un brillo indecente en los ojos—. Voy a sospechar que estás perdiendo por fin esa virginidad que guardas como si fuera una reliquia.

Qué mujer más insoportable.

Qué poco me conviene quererla tanto.

—Lárgate, Sorcha.

Sorcha pasa junto a él con ese balanceo suyo de gata satisfecha, aparta la lona y se vuelve un instante, ya medio fuera.

—Y no la secuestres antes de comer. Tiene peor genio en ayunas.

—Lo sé —dice él. Como si todavía tuviera derecho a conservar detalles míos en la memoria.

La lona cae tras ella. El ruido de fuera entra y se amortigua enseguida: voces bajas, el chisporroteo del fuego, un caballo sacudiéndose, la feria desperezándose con esa mezcla de miseria y rutina.

Y entonces nos quedamos solos.

Lo noto en el aire antes que en la vista. La carpa se hace más pequeña. Más callada. Más difícil de respirar sin acordarme de cosas que no me interesa recordar tan temprano.

Él sigue cerca de la entrada. Yo, junto a la jofaina. Entre los dos hay apenas un puñado de pasos y una cantidad ridícula de pasado.

Finn no habla enseguida. Me observa con esa mirada suya que no parece invasiva hasta que una se da cuenta de que lo ha visto todo:

el agua aún en mi mentón, el chal mal colocado, el saco a medio rehacer, la idea de fuga todavía pegada a la cara aunque no la haya llevado a cabo.

—Bueno —dice al fin, y la palabra le sale con tan poca utilidad que casi me da risa.

—Qué comienzo tan glorioso —murmuro—. Se nota que has venido preparado.

La comisura de su boca se mueve apenas. No llega a sonrisa. Es otra cosa más suya y más irritante, esa especie de gesto torcido con el que parece reírse incluso cuando no le hace ninguna gracia lo que está pasando.

—Dame un momento. Estoy intentando decidir por dónde empiezo a equivocarme.

—Prueba por el principio. Suele ser donde más os lucís los hombres.

—No sabía lo del convento —dice, y esta vez no hay broma ninguna que amortigüe la frase. La deja caer desnuda, áspera, con ese peso raro que tienen las verdades cuando llegan sin disfraz.

Yo bajo la vista al nudillo raspado, me lo rozo con el pulgar y hago tiempo solo un instante, porque si lo miro demasiado pronto igual se me nota algo que no pienso regalarle.

—Ya —respondo al cabo—. También dijiste eso ayer.

Él inclina un poco la cabeza, apenas, y el gesto tiene menos paciencia que cuidado, o quizá me lo parece porque hoy estoy más cansada y por eso más estúpida.

—No lo repito por ti —dice—. Lo repito por mí, porque todavía no sé qué hacer con eso y me gusta menos de lo que debería. No pretendo hacerme el noble contigo, Iseabail —dice al fin, más bajo —. No me sale. Ni entonces ni ahora. Me arruinaste bastante como para que no tenga ganas de fingir que aquello me dio igual.

Levanto la cara entonces y sí, me está mirando de frente, sin la ironía puesta por delante, sin esa ligereza suya que a veces usa para que nadie le vea dónde le rozan las cosas de verdad.

—Tampoco me hagas a mí la villana de tu historia —digo sin mirarlo todavía, viendo mi reflejo roto en el agua turbia—. No fui una santa, desde luego, pero tampoco era mi intención empeorar tu vida.

Se mueve. Lo oigo moverse a mi espalda, un roce leve de suela contra tierra apisonada, un ajuste de peso. Cuando habla otra vez, la voz le sale más cerca.

—No he dicho eso.

—No, claro. Tú nunca dices exactamente todo lo que estás pensando si puedes buscar una frase mejor.

—Qué halago. Empiezo a creer que me respetas un poco.

Me vuelvo despacio hacia él. Está más cerca ahora, lo bastante para que el espacio entre los dos se haya vuelto incómodo de una manera precisa. No me toca. No se inclina. No hace nada de eso que hacen algunos hombres para llenar un sitio con su cuerpo y obligarte a sentirlo. Finn nunca necesitó empujar tanto. Le bastaba con quedarse quieto y mirar como si supiera ya dónde me iba a doler.

—No te hagas ilusiones. Solo he decidido posponer la decepción.

Eso sí le arranca una sombra de sonrisa. Breve. Mala. Muy suya.

—Ah. Entonces estamos en terreno desconocido. Porque tú nunca pospones, embistes.

La frase me da justo en el sitio más irritante. No porque no lleve razón. Porque lleva la justa.

Me enderezo un poco.

—Te encanta repetir eso, como si yo me hubiera pasado media juventud persiguiéndote por los pasillos con una tea encendida.

—No. Con una tea no —dice él con toda la tranquilidad del mundo—. Habría sido mucho más fácil de ver venir.

—Qué gracioso eres cuando quieres.

—Eso me dicen. Aunque últimamente no estoy en mi mejor momento. Más bien no lo estoy cuando tú estás alrededor. Haces que me ponga alerta.

Eso me toca más de lo que debería.

No por la frase en sí, sino por la facilidad con que vuelve a colocarme en el mismo sitio de siempre: el peligro, el error, la niña insoportable que entra en una habitación y obliga a los hombres sensatos a mirar dónde pisan.

No quería hablar de esto. Mucho menos con él.

Pero hay veces en que una se cansa de ser la versión cómoda de la historia de otro.

Así que levanto la mirada.

—No voy a negar que te admiraba un poco y puede que… provocara encuentros entre nosotros —digo, sin mirarlo, y hasta a mí me sorprende que me salga tan nítido.

El silencio cambia.

No mucho. Lo justo.

Levanto la cabeza despacio. Finn no se ha movido, pero algo en la boca se le ha quedado quieto del todo. Ya no hay ironía ahí. Solo atención. Mala señal.

Aprieto los dedos contra mis propios brazos.

—No pongas esa cara de milagro mal entendido. No te estoy abriendo el pecho para que te emociones. Estoy diciéndote una verdad y ya me fastidia bastante.

La comisura de su boca se mueve apenas.

—No me emociono. Me protejo.

—Pues protégete mejor.

Tomo aire, despacio. La tela del chal me pesa húmeda en la nuca.

—Te admiraba, sí —digo al final, y me odio un poco por lo pequeña que se queda la palabra, porque esa admiración era solo la parte decente de aquello. La parte que una puede decir en voz alta sin querer meterse debajo de la mesa y morirse allí mismo.

Trago saliva. Me sabe a agua fría, a sueño mal dormido y a una vergüenza que lleva demasiado tiempo esperando.

—Pero no era solo eso, Finn. Claro que no lo era. Yo no me levantaba de una silla, cruzaba medio castillo y me inventaba excusas absurdas para preguntarte por una ventana rota, una puerta cerrada o un caballo que ni siquiera me importaba porque admirara tu manera de dar órdenes. No era tan elegante. Ni tan inocente.

Me aprieto el chal contra el pecho, como si pudiera meter dentro de la lana lo que ya ha empezado a salir.

—Estaba loca por ti. Así, sin más. De una manera humillante, estúpida, ridícula, de esas que te dejan pendiente de si un hombre ha mirado hacia tu mesa o si solo estaba buscando una jarra. Me sabía tus pasos por el corredor antes de verte. Sabía cuándo estabas cansado por la forma en que te llevabas dos dedos al puente de la nariz. Sabía que sonreías menos conmigo que con los demás y, aun así, yo habría hecho cualquier tontería por arrancarte una sonrisa, aunque fuera una de esas tuyas, torcidas, miserables, de hombre que sabe que no debe.

Me sale una risa breve. Fea. Sin alegría.

—Eras el primer hombre al que no parecía haberle regalado nada nadie. Porque yo lo tenía todo, ¿no? Sangre, apellido, vestidos caros, una madre corrigiéndome la postura y un padre dispuesto a decidir

lo mejor para mí. Lo tenía todo, y a veces sentía que no tenía ni mi propia garganta. Que si hablaba demasiado fuerte me la iban a cerrar con una mano. Y tú… tú… cuando te veía cruzar el patio con el peso de una orden en la boca, con los guardias siguiéndote sin que les suplicaras obediencia, con mi padre escuchándote porque le convenía escucharte, cada vez que entrabas en una sala, todo desaparecía un poco, y quedabas solo tú. Tú con barro en las botas, con esa manera de estar alerta incluso cuando fingías calma, con esa boca que me daban ganas de contestar y besar en el mismo pensamiento.

Levanto la vista hacia él, aunque me arde la cara y me odio por darle esta verdad con las manos todavía temblándome.

—No sabía querer de otra forma. Te buscaba solo para tener dos minutos de tu atención y luego fingía que había sido por casualidad. Y tú me esquivabas como si yo fuera una desgracia con trenzas.

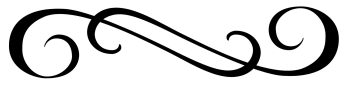
Respiro hondo, pero el aire no arregla nada.

—Y quizá lo era. Pero era una desgracia enamorada de ti. Pero no quería arruinarte la vida, Finn.

Finn no dice nada.

Qué considerado por su parte. Justo ahora que yo acabo de hacer el ridículo con una precisión casi artística.

Capítulo 10



«ISEABAIL»

No he apartado la vista mientras lo digo y quizá ese es el peor error, porque así veo perfectamente cómo recibe cada parte.

Primero con esa quietud de animal en guardia, luego con algo más hondo, más sombrío, y al final con una especie de humor maltrecho, como si le hiciera gracia que la verdad por fin haya decidido parecerse a lo que siempre sospechó.

—Vaya —murmura—. Así dicho, a tus ojos, hasta parezco una persona decente.

—No te embales. No pienso llegar tan lejos.

—Qué pena. Empezaba a disfrutarlo.

El alivio ridículo que me da oírle decir eso de esa manera, sin solemnidad, sin agarrar la confesión como un trofeo, es tan inmediato que casi me enfado más conmigo misma que con él.

—Eso queda en el pasado —añado, porque necesito recolocar algo, aunque sea torpemente—. Ya no siento admiración ni aprecio por ti. Puedes dormir tranquilo. Estoy desFinntada.

Ahora sí. Ahora la risa le sale de verdad, breve pero viva, con esa maldita gracia suya que siempre ha sabido levantarle el ánimo hasta a una sala llena de hombres esperando una ejecución. Se le apaga rápido, pero no lo bastante.

—Qué palabra tan espantosa —dice.

—Te pega.

—No suena bien, pero me gusta.

—No hace falta que te pongas tan contento —murmuro.

—Llegas tarde. Llevo años poniendo buena cara a desgracias mucho peores.

—¿Peores que yo quieres decir? Vaya, qué alivio. Aunque reconozco que cuando me hacían dibujar cruces con la lengua en el suelo, hasta ciento cincuenta en una ocasión 90oop998y se me hinchó hasta no caberme en la boca, para mí tú eras lo peor que me había pasado nunca. Maldije todas las veces que quise acercarme a ti.

Él deja de sonreír.

No de golpe, no como si le hubiera cruzado la cara un rayo, sino de esa forma mucho peor en la que primero se le inmoviliza la comisura, luego la mirada y, al final, el cuerpo entero parece recordar que hay cosas que no admiten ni una sola broma encima sin volverse indecentes.

Yo también me he quedado demasiado quieta.

No quería decirlo así. O sí. No sé. A veces una lleva tanto tiempo tragándose una imagen que, cuando por fin la escupe, sale mezclada con bilis, con hambre vieja y con unas ganas brutales de hacer daño en el sitio exacto donde una sabe que va a doler.

La madera me enfría las yemas de los dedos. Me aferro a eso. A la aspereza de la tabla. A la humedad del aire. A cualquier cosa que no sea la forma en que Finn me está mirando ahora.

—No tendrías que haber dicho eso así —murmura al cabo.

La frase no lleva reproche limpio. Lleva otra cosa. Una tensión fea.

Yo levanto la barbilla. Qué otra cosa voy a hacer.

—¿Qué prefieres? —pregunto, y la voz me sale peor de lo que me gustaría, más raspada, menos vestida—. ¿Que lo diga bonito? ¿Que te lo envuelva en una cinta para que no te incomode mientras desayunas?

Él exhala por la nariz, una sola vez, y se pasa una mano por la boca. No para taparse nada. Para no dejarme ver del todo cómo le ha caído la frase.

—No me incomoda —dice al fin—. Me entran ganas de matar a alguien. Que es distinto.

El aire de la carpa cambia otra vez. O igual soy yo, que de pronto noto la tela del chal mucho más pesada sobre los hombros y el pulso subiéndome por la garganta como si la sangre, hasta hace un instante medio dormida, acabara de acordarse de que sigue viva.

No me gusta el calor que me entra con esa frase.

Me aparto de la jofaina y doy un paso hacia el saco, no porque necesite el saco, sino porque necesito moverme si no quiero quedarme en mitad de la carpa como una idiota contemplando que, incluso ahora, incluso después de todo, Finn Shaw sigue siendo el único hombre capaz de decir una barbaridad así y hacer que se me afloje algo por dentro en lugar de endurecérseme.

—Matar a alguien no arregla nada —murmuro mientras toqueteo una de las correas del saco sin verla de verdad.

—Hace años que lo sé. Eso no le quita atractivo a la idea —me responde.

Me vuelvo hacia él con una ceja alzada.

—Qué suerte la mía. He despertado tu sentido de la justicia. Aunque tarde.

—Ciento cincuenta veces —dice al cabo, y no sé si lo repite por mí o porque necesita pasárselo por la boca para creérselo—. Dibujando cruces con la lengua en el suelo.

—A veces menos —respondo, encogiéndome de hombros como si habláramos del tiempo y no de una imagen que todavía me da asco en la memoria—. Dependía del humor, de la falta de él, o de si a alguna le parecía que había hablado demasiado alto. Ya ves qué delito más apasionante.

La boca se le tensa.

No me interrumpe. Eso sí me sorprende.

Yo sigo, quizá porque una vez abierta la costra ya da igual seguir metiendo la uña.

—Al tercer día sin comer caliente una empieza a fantasear con cosas raras. Yo, por ejemplo, pensaba mucho en panes. En panes absurdamente buenos. Panes brillantes. Panes tibios. Y luego pensaba en ti, que es todavía más ridículo, y decidía que prefería seguir hambrienta antes que acordarme de tu cara.

Ahora sí. Ahora la cabeza se le levanta del todo.

—¿Pensabas en mí allí dentro?

La pregunta no suena halagada. Suena ofendida por la existencia misma de la imagen. Por la posibilidad de haber estado metido, sin saberlo, en ese agujero conmigo. Por ser una de las cosas a las que se agarró mi cabeza cuando no tenía nada mejor a mano. Y eso, por alguna razón retorcida, me da ganas de pincharlo más.

—No te pongas importante —digo, volviendo a cruzarme de brazos —. Pensaba en muchas cosas. En comida. En incendios. En arrancarle los ojos a más de una. En meter el cuerpo por una ventana que no cabía. Y en ti también, sí, qué desgracia, porque eras lo peor que me había pasado hasta entonces y mi cabeza debía de tener una afición particular a repasar sus catástrofes favoritas.

La comisura de su boca se mueve. Apenas. De incredulidad.

—Qué honor.

—No te acostumbres. Luego llegaron otros pensamientos mucho más creativos.

—Ya. Como dejar que te entierren viva y seguir llamándole convento con una tranquilidad que dan ganas de zarandearte.

El último tramo le sale más bajo. Más áspero. Casi no parece dicho para mí, sino contra él mismo.

Lo miro un segundo más de la cuenta. Tiene los dedos cerrados sobre su propio antebrazo, fuertes, inmóviles, como si llevara un rato conteniéndose de algo que no pienso adivinar porque no me conviene.

—No lo llamo así por tranquilidad —digo al final—. Lo llamo convento porque así lo llamaban ellas y si me paro demasiado a pensar en lo que era de verdad, igual no lo soporto. Mi familia me dejó allí, Finn. No unos enemigos. Me dejaron en ese sitio y siguieron viviendo. Y nadie vino a comprobar si aquello me estaba corrigiendo o matando por dentro.

Él no responde enseguida.

La lluvia sigue fuera. El campamento hace sus ruidos de mañana: el hierro de una olla, una voz de Torren más alta de la cuenta, el arrastre de unas botas sobre barro. Dentro de la carpa, en cambio, el tiempo parece haberse quedado en ese sitio raro donde las palabras pesan más después de haber caído que mientras van saliendo.

Finn da otro paso. Luego otro casi con mala leche, como si le fastidiara tanto como a mí la cercanía y, aun así, no encontrara una razón decente para no venir.

Se detiene muy cerca.

Lo bastante para que le note el calor a través del aire húmedo, lo bastante para ver el verde de los ojos sin la distancia que lo enfría

todo, lo bastante para que el cuerpo se me ponga alerta de la manera más imbécil y menos oportuna.

—No vuelvas a usarme así —dice.

Parpadeo.

—¿Cómo?

—Como vara de medir desgracias. Me toca mucho las narices salir perdiendo contra una casa de penitencia. Tengo amor propio. Poco, según algunos, pero algo queda.

La frase me entra tan de lado que me quedo mirándolo un latido entero antes de entender que, sí, lo ha dicho así. Enfadado. Dolido. Con esa gracia suya de perro apaleado que aun así encuentra un modo de morderle el tobillo a la tragedia para que no se crea dueña de toda la escena.

Y entonces, muy a mi pesar, me río.

Una risa cansada, rota por los bordes, de esas que nacen con barro en las botas y un poco de llanto viejo todavía seco en alguna parte del cuerpo. Pero risa al fin y al cabo.

Él la ve salir.

No sonríe enseguida. Espera. Como si estuviera comprobando que no se trata de una alucinación de ayuno.

—Mírala —murmura—. Y yo pensando que hoy ibas a atravesarme con algo oxidado antes de comer.

—No te conviene ponerte gracioso justo ahora.

—Contigo no me conviene nada y ya ves qué poco caso me hago.

La respuesta cae perfecta. Con su zarpazo. Con su cadencia. Con el punto exacto de ligereza que no rompe lo otro, pero impide que se nos venga todo encima como un techo reblandecido por la lluvia.

Yo subo la vista un segundo. A su boca. Error. A la barba. Peor. Al hueco de la garganta donde la camisa no termina de cerrarse del todo. Una estupidez completa.

Vuelvo a mirarle a los ojos antes de que el cuerpo se crea con derechos.

—Por suerte —digo—, sigo desFinntada.

Él inclina apenas la cabeza, como si alabara la terquedad de un caballo que acaba de darle una coz.

Su mano se mueve entonces. La deja en el aire junto al cuerpo y sube un poco, como si fuera a tocarme la cara, la muñeca o el borde del chal, y se queda en mitad del gesto. Ahí. Suspendida. Eso me revienta mucho más que si me hubiera rozado de verdad.

Porque significa que lo ha pensado.

Y que no lo hace.

Porque significa que yo también lo he pensado.

Y tampoco hago nada.

Trago saliva. El aire sabe a ceniza húmeda, a tela mojada y a esa proximidad idiota que me tiene el pulso un poco más arriba de lo razonable.

—Finn —digo, y me odio un poco por cómo me sale la voz. Menos armada.

Él baja la mano despacio.

—Ya. Lo sé.

No sabe nada. O lo sabe todo. Con él nunca hubo términos medios y esa ha sido siempre parte del problema.

Se pasa el pulgar por la boca, pensativo, y vuelve a apoyarse en el poste más cercano con los brazos cruzados como si necesitara poner

algo sólido entre su cuerpo y la estupidez de seguir acercándose.

—Hoy no vas a poder contener la lengua —dice.

Yo parpadeo, descolocada por el giro.

—Qué conversación más hermosa estamos teniendo.

—No he terminado. Vas a meter la pata varias veces, seguramente, y conseguirás que nos tiren una banqueta a la cabeza. Y yo voy a tener que ir detrás recogiendo astillas y evitando que te ganes otra amenaza de azotes. Así que hazme un favor.

—¿Cuál?

—Mírame primero.

—¿Para pedirte permiso?

—Para acordarte de que no estás sola.

La frase me deja sin una réplica inmediata.

No porque sea bonita. No lo es. Finn Shaw no tiene la decencia de decir las cosas bonitas cuando puede decirlas como si me estuviera señalando una imprudencia más.

Me obligo a soltar aire despacio, a recolocar el chal sobre los hombros, a fingir que no he sentido ese tirón ridículo en mitad del pecho.

—No te acostumbres a creer que voy a obedecerte.

—No me acostumbro a nada contigo. Esa es una de tus muchas virtudes de pesadilla.

Otra vez me hace gracia. Otra vez me fastidia que me la haga.

Lo fulmino con la mirada por puro principio.

—¿Y si no te miro en absoluto?

—No. Si tú siempre haces lo que te da la gana. Pero puedes mirarme un segundo para no sentir que van a poder callarte o encerrarte de nuevo.

Como si un segundo fuera poca cosa. Como si no acabara de ponerme en las manos una salida diminuta, absurda, peligrosa.

Mirar hacia él antes de volver a creer que todos están al otro lado.

—Ambicioso.

—Práctico.

—Qué palabra tan fea para usarla contigo.

—Bueno, aquí seguimos, decepcionándonos con cierta constancia.

Ahí está otra vez. La puya. La inteligencia. La manera de no dejar que me hunda del todo en lo que acabo de decirle, ni a mí ni a él. Y debajo de todo eso, lo peor, lo realmente insoportable: el cuidado. No el cuidado blando ni noble. Ese otro suyo, seco y burlón, que te llama desastre mientras te aparta del borde con el hombro.

Lo odio.

Me apoyo otra vez en la mesa, más por no inclinarme hacia él que por otra cosa.

—Si esto sale mal —digo—, pienso culparte.

Eso sí le gusta. Se le ve. No mucho. Lo justo para que me entren ganas muy poco decorosas de morderle la sonrisa antes de que termine de salir. Qué día más bien organizado estoy teniendo.

—Podrías intentarlo, pero siempre has sido malísima cargándome culpas que no fueran mías.

Y por cómo se le mueve la boca, por esa quietud a medias suya que le conozco demasiado bien, sé a dónde se le ha ido la cabeza.

A aquel día. A mi voz rota. A mí interponiéndome entre él y la furia de mi padre como si mis lágrimas pudieran servir de escudo.

Fuera, Torren suelta una carcajada tan escandalosa que casi parece hecha para romper el momento a propósito. Gracias, Torren.

Finn vuelve la cabeza apenas hacia la lona, escucha un segundo y luego me mira otra vez.

—Será mejor que salgamos antes de que arrasen con todo el desayuno.

Se incorpora del poste y, al pasar junto a mí hacia la salida, me roza sin querer.

O queriendo poco.

No sabría decirlo y quizá eso sea todavía peor.

Es solo un roce, apenas la manga de su camisa contra mi antebrazo desnudo donde el chal se ha abierto un poco, pero la piel se me pone alerta entera como si el cuerpo hubiera estado esperando exactamente eso desde que Sorcha ha salido de la carpa.

Él lo nota.

Yo noto que lo nota.

No se detiene. Tampoco acelera. Solo se queda un latido más de lo necesario a mi lado antes de apartar la lona.

Capítulo 11



«ISEABAIL»

La casa del molinero está abierta cuando llegamos, como si el hombre hubiera decidido desde el amanecer que no piensa esconder el agravio detrás de una puerta. Eso ya me dice bastante. Hay hombres que se encierran con su enfado para cocerlo mejor; otros lo ponen al fresco para que todo el mundo sepa que tienen derecho a él.

Este es de los segundos.

Finn no me mira al detenerse junto al umbral, pero noto igual el modo en que se coloca. Un pie medio adelantado, la mano cerca del cinturón, el cuerpo entre la puerta y yo sin hacerlo evidente.

Colum se queda un paso detrás, con esa calma suya de hombre que parece haber venido a una visita de cortesía y no a una casa donde se va a medir el tamaño exacto de una humillación.

Broen, en cambio, se aparta apenas del grupo y se queda a un lado de la puerta con la espalda recta, sin tocar la pared, sin hacer ruido. Ni falta que le hace. Solo con esa mole de cuerpo que tiene ya parece una amenaza.

Yo soy la primera en entrar.

El suelo está barrido a medias. La mesa tiene harina pegada en las vetas y un cuenco boca abajo junto al borde, como si alguien lo

hubiera dejado ahí con demasiada fuerza. La mujer del molinero está junto al hogar. Tiene a un niño sentado en un banco, con la nariz húmeda y los ojos enormes, y otro agarrado a su falda. El marido está ya de pie. No sorprendido. Esperándonos.

Perfecto.

—Bueno —dice él, mirándome a mí y solo a mí—. Aquí la tenemos.

Yo había pensado una frase.

Una buena, incluso. Sencilla. Medida. Una cosa humilde, soportable, que no empeorase nada.

La pierdo en cuanto le veo la cara.

—Sí —respondo—. Me tienes aquí. Qué suerte la tuya.

Finn me roza el codo.

No aprieta.

Ni falta que hace.

Es solo un contacto leve, el equivalente físico de un «no empieces todavía, por amor de Dios».

Yo trago saliva y vuelvo a intentarlo.

—He venido a disculparme —digo, y la frase ya me raspa por dentro, porque disculparse cuando una tiene razón es una experiencia profundamente indecente—. Ayer hablé donde no debía.

—Tú vienes a deshacer la porquería que metiste.

Quiero ser buena.

De verdad que quiero.

La mujer baja la cabeza en cuanto oye su voz altiva y gruñona. Ese gesto diminuto, esa manera de hacerse apenas más pequeña dentro

de su propia cocina, me raspa por dentro mucho más que el grito limpio.

Luego vuelvo a recordar que he venido a arreglarlo.

Trago saliva.

Vamos a ello.

—He venido a disculparme por las formas —aclaro—. No por el contenido.

Colum se tapa la boca con dos dedos.

Finn cierra los ojos un segundo.

Altair ni se mueve, pero juraría que el aire a su alrededor se enfría un poco más.

El molinero parpadea, incrédulo.

—¿Cómo dices?

El molinero cruza los brazos.

—El otro día hablé de más —empiezo, y casi me atraganto con la frase. Qué sensación tan repugnante pedir perdón cuando lo que hiciste fue abrir una ventana en una casa sin aire—. No porque lo que dije fuera mentira, sino porque no me tocaba a mí venir, soltarlo, encender media feria e irme a dormir dejando el fuego aquí dentro.

La mujer levanta un poco la cara. El marido no.

—No, porque no necesitábamos que nadie viniera a enseñarnos cómo manejar nuestra casa —dice él.

Y ahí es donde una parte de mí, la peor, la más útil y la menos sociable, empieza a afilarse sola.

—No —murmuro—. Ya veo que va sola cuesta abajo.

Finn me mira ahora. De verdad. Esa mirada suya de hombre que está valorando si todavía puede salvar algo.

—Vas muy bien, Iseabail —murmura con ironía.

—Cállate.

—Lo intento. Créeme. Pero no te conviene empezar la visita así. Queda poco cristiano.

El molinero da un paso hacia delante.

—Mi mujer no necesita que una extraña venga a meterle ideas.

La mujer aprieta la boca.

El niño del banco mira al padre. Luego a la madre. Luego a mí. No entiendo cómo se puede odiar más deprisa a un hombre solo por la manera en que sus hijos le miden el humor desde el desayuno.

Yo alzo una ceja.

—No, quizá no me tocaba a mí decirle a tu mujer que aprendiera a sumar, llevar las cuentas del molino y enterarse del dinero que entra en esta casa —respondo—. Pero eso no vuelve menos indecente que tú prefieras tenerla a oscuras mientras el grano sale y las monedas desaparecen.

Finn me toca otra vez el codo. Esta vez con dos golpes suaves, casi como si estuviera avisando a un caballo de que ya ha visto el precipicio y no hace falta seguir acercándose.

—Déjame a mí un momento —dice muy bajo.

—No.

Torren, desde el marco, carraspea con una delicadeza ofensiva.

—A mí me parece que la dama ha venido a disculparse en el mismo tono en que otros vienen a declarar una guerra breve y bien organizada.

—Estoy siendo encantadora —replico.

Finn me mira con paciencia fingida.

—Sí. Como una coz bien dada.

El muy traidor.

Colum deja escapar una risa breve. Altair, apoyado aún en la puerta, mira la olla, luego a los niños, luego al marido, y hay algo en cómo se le afila la boca que me dice que ya ha tomado partido, aunque todavía no haya abierto la boca.

El molinero se vuelve hacia Finn.

—¿No piensas decir nada más relevante de su actitud?

Finn sonríe apenas, como si le hubieran ofrecido vino flojo y él hubiera decidido ser educado de todos modos.

—Yo he venido a presenciar el prodigio de cómo una disculpa empeora todo en menos de un minuto. No pienso perderme el desenlace.

Eso sí me hace gracia.

Mal momento para que me la haga.

El molinero abre la boca para quejarse, supongo, pero Finn entra de nuevo en la escena.

—Vamos a empezar otra vez —dice, con esa calma suya que siempre suena a hombre amable hasta que uno se da cuenta de que le está dejando la dignidad colgando de un clavo—. Ella ha venido a intentar arreglarlo y lo está haciendo exactamente como cabía esperar. Yo he venido a evitar que su talento natural para el desastre convierta esta visita en una tragedia doméstica, y mis tres acompañantes están aquí porque no confío en ninguno lo suficiente… para enfrentar esto.

Altair, desde la puerta, dice sin mover casi la boca:

—Yo sí confío en mí.

—Eso es lo que más me preocupa —responde Finn.

Torren baja la vista con una sonrisa que ya no se molesta en ocultar.

Y, por una fracción de segundo, la cocina entera se afloja. No mucho. Un hilo. Lo justo para que la mujer mire a Finn con una sorpresa mínima, como si no recordara la última vez que en una casa como esa alguien había conseguido hacer callar a su esposo a base de ironía.

Finn la ve. Claro que la ve. El Finn que levanta una sala entera con una frase y, de paso, le deja la dignidad colgando al imbécil correcto.

—No hemos venido a empeorarte la mañana —dice dirigiéndose a ella por primera vez de forma amable—. Aunque con ella es difícil prometer nada.

Yo lo fulmino.

—Qué apoyo tan conmovedor.

—Te apoyo muchísimo. Lo que no hago es mentir.

El molinero sigue con los brazos cruzados, pero ya no tiene la misma ventaja en la cara. Le han movido el suelo un poco y eso siempre ayuda.

El otro se acerca un poco más a la falda de la madre y ella hace una mueca al moverse. Entonces le veo el moratón en la muñeca, medio oculto bajo la manga.

Y ahí, justo ahí, es donde algo cambia.

No en mí. En la escena.

Porque hasta ahora esto podía seguir siendo ridículo. Un hombre ofendido. Una idiota queriendo disculparse sin saber hacerlo. Finn sacando frases de donde otros sacarían una amenaza. Torren y

Colum entreteniéndose. Altair y Broen haciendo de sombra desagradable.

Pero veo la realidad en esa casa y miro la olla.

La miro de verdad.

Demasiada agua. Muy poca cosa dentro. Los niños demasiado pendientes del fuego para la hora que es. La mujer demasiado atenta a los cambios de humor de su esposo. No por costumbre. Por vigilancia.

Qué bien. Ya estamos en el sitio en que la risa deja de ser tan fácil.

Yo bajo un poco la voz sin querer.

—Si lo que dije ayer te ha empeorado la vida a ti —añado, mirando a la mujer, no a él—, me lo dices y me lo trago. Pero me lo dices tú.

El hombre suelta una risa seca.

—Mi mujer no tiene nada que decirte.

Ella se moja los labios.

No habla.

Mira al marido.

Luego al niño del banco.

Luego a mí.

Y vuelve a apretar el paño.

—No pasa nada —murmura ella.

Mentira.

La mentira más común de las casas así. No pasa nada. No ha pasado nada. No es para tanto. Mañana será peor, pero hoy todavía se puede fingir que no.

—Sí pasa —digo, antes de poder masticar mejor la respuesta—. Pasa que hace unos días saliste de mi carpa con ganas de aprender y hoy cambias de opinión porque te sale más barato aguantarle a él que pagar las consecuencias y la que se va a llevar el golpe eres tú y los niños seguirán comiendo igual de mal.

El marido refunfuña y me mira amenazante, pero Finn se coloca entre él y yo con un solo paso y le fulmina con la mirada.

—Déjala hablar —murmura Finn, y aunque mira al molinero, algo en la frase también me sujeta a mí.

El marido da un paso atrás.

—Mi mujer no tiene nada que hablar con extraños sobre mis cosas.

Broen entra entonces en la escena sin moverse apenas. Solo gira la cabeza lo justo para mirarlo.

—Pues a mí me apetece escucharla —dice.

Nada más.

Una frase.

Seca. Fría. Sin adorno.

Y basta. Porque dicha por él, sin subir la voz, suena a sentencia o a diagnóstico. El hombre se vuelve hacia él con una mezcla muy sana de fastidio y prudencia.

Colum aprovecha esa mínima grieta como quien mete una hoja entre dos tablas mal encajadas.

—Nadie discute que la casa sea tuya —dice con esa educación suya que siempre parece a punto de convertirse en insulto—. Lo que se discute es si tienes intención de conservarla en pie o prefieres ir vaciándola poco a poco por puro orgullo.

El molinero se le queda mirando.

—No sabes nada de mí.

—No hace falta saberlo todo —responde Torren—. A veces basta con ver la despensa, la cara de tu mujer y el modo en que tus hijos te miran cuando levantas la voz.

Finn exhala aire por la nariz, entretenido a su pesar.

—No os embaléis —dice, mirando al molinero—. Hemos venido a ofrecer una disculpa, no a un despiece. Todavía.

Yo me giro hacia él con una ceja alzada.

—Qué alivio. Pensaba que me habías traído aquí para ver cómo me humillo.

—No. Te he traído para ver si eras capaz de hacerlo sin prender fuego al techo. No me robes la esperanza tan pronto.

Yo doy un paso más hacia ella, no hacia él. Despacio. Lo justo para que no se sienta arrinconada.

—No he venido a convencerte de nada heroico —digo, y esta vez sí me obligo a bajar la voz, a dejarla menos afilada, menos mía, aunque me cueste—. No voy a decirte que te enfrentes ahora mismo, ni que lo pongas todo patas arriba, ni que te juegues el pellejo por una verdad hermosa que luego no te va a calentar la cama ni a llenar la olla. Lo que voy a decirte es otra cosa. Si quieres desdecirte de lo del otro día, hazlo por ti. No por él.

La mujer me mira sin parpadear.

El marido se vuelve hacia ella, indignado ya no tanto por mí como por el hecho intolerable de que la conversación esté pasando por encima de él.

—No respondas —dice.

—Pues yo diría que sí —murmura Finn, con una calma casi amable —. Ya que tanto te gusta mandar, podrías probar una novedad y

dejar que tu mujer termine una frase sin administrarle hasta el aire que respira.

Torren habría hecho una broma sucia. Colum un comentario elegante. Altair una frase tan seca que cortara la conversación, Broen hubiera gruñido. Finn hace eso otro que solo hace él: te ridiculiza sin quitarte el sitio del todo, te deja desnudo delante de todos y, encima, consigue que parezca que te ha ofrecido una salida decente.

El molinero se gira hacia él.

—Esta es mi casa, mi familia y mi mujer y hago con ellos lo que quiero y nadie tiene derecho a entrar a decirme qué hacer.

Finn alza las cejas, casi divertido.

—Llegamos un poco tarde para eso. Ya estamos dentro y, por lo que veo, estamos opinando.

Yo, muy sabiamente, debería quedarme callada.

No lo hago.

— No necesitas el permiso de nadie para aprender a sumar, saber qué dinero entra en tu casa y dar de comer a tus hijos.

La mujer traga saliva.

—No lo sé —murmura al fin.

Y esa frase, tan pequeña, tan poca cosa, es la única verdad limpia que ha sonado en toda la casa.

No lo sé.

Claro que no lo sabe. Cómo va a saberlo si imponerse o quedarse una llave puede costarle una paliza y devolverla puede costarle el invierno.

El marido se revuelve.

—Se acabó. Dad media vuelta y largaos.

Broen ni pestañea.

—No ha terminado.

Finn se cruza de brazos.

—Tu mujer aún no se ha decidido. Ten la cortesía de no interrumpir una reflexión tan delicada.

El molinero se queda mirando a los cinco y ahí sí se le nota que calcula las posibilidades. Porque hay una diferencia entre gritarle a una mujer en tu cocina y medir fuerzas con Finn, que tiene la cara de quien podría bromear contigo mientras decide dónde enterrarte; Colum, sereno y venenoso; Torren, que no podría parecer inofensivo ni aunque se lo propusiera; Broen, quieto junto a la puerta con esa paciencia de montaña que solo parece calma hasta que algo se despeña; y Altair, con esa falta total de interés amable que adopta cuando alguien ya le ha caído mal del todo.

—No lo decidas hoy si no quieres —le dice Finn a la mujer, y la voz le sale más baja, más limpia, casi sin ironía—. Pero si quieres aprender, ella misma puede enseñarte. Se le da bien resolver problemas tanto como causarlos.

Ella cierra la mano sobre el paño. Luego la abre. Luego mira la olla, a sus hijos. Y por fin levanta la barbilla un poco.

—Quiero ver las cuentas —dice.

No firme del todo. Pero lo dice.

El marido se pone rojo hasta la raíz del pelo.

Yo noto cómo se me mete el pulso en la lengua de puro alivio mal llevado. No hemos ganado nada. Ya lo sé. Puede negárselas en cuanto nos vayamos. Puede montarle una escena en cuanto se cierre la puerta. Puede convertir esa mesa en un juicio. Lo sé todo.

Pero hoy lo ha dicho delante de él. No se ha callado.

—Bien —dice Finn.

Solo eso. Y en su boca suena casi como una bendición sucia.

El marido suelta una risa breve, amarga.

—Qué útil. Le habéis llenado la cabeza de dudas. Ya podéis iros contentos.

—No —intervengo—. Las dudas ya las tenía. Lo que le faltaba era decirlas delante de ti.

Finn me roza el dorso de la mano con los dedos. Solo un instante. Solo para que contenga mi lengua.

Qué hombre tan insoportable.

Pero me callo.

Me callo porque ahora sí lo entiendo. No estamos aquí para ganar una discusión. Estamos aquí para abrir un sitio donde una mujer pueda dudar sin que la aplasten de inmediato. Qué miseria de objetivo. Qué poca cosa. Y, aun así, qué barbaridad dentro de una casa como esta.

Finn inclina apenas la cabeza hacia la mujer.

—Con eso basta por hoy —dice.

Luego mira al molinero.

No sube la voz. No da un paso más. No hace falta. Se limita a sostenerle la mirada con esa calma suya que siempre parece medio broma hasta que una se fija bien y ve que no hay ninguna.

—Y tú escucha bien, que no me gusta repetirme —dice—. Vamos a tener un ojo puesto en esta casa. Si vuelvo a enterarme de que a tus hijos les falta pan mientras tú te preocupas por sentirte amo y señor de tu propia mesa, vendré otra vez. Y la próxima me pillarás con menos paciencia.

El hombre abre la boca, pero Finn no le da tiempo.

—En una familia lo primero son los niños, después el respeto a tu esposa, luego llenar la olla y muy al final, tu orgullo. Si no sabes ese orden a estas alturas, ya va siendo hora de que alguien te lo enseñe.

El molinero se queda inmóvil con esa expresión de hombre que no sabe si le han insultado o le han dado una oportunidad de parecer menos idiota de la que es. Supongo que en el fondo le ha hecho las dos cosas.

Finn le sostiene la mirada un latido más, luego aparta los ojos y se vuelve a la mujer.

—Los cobardes hacen peor las cuentas cuando alguien los mira —dice, mucho más bajo—. Ya lo irás viendo.

Ella asiente. Apenas. Una vez.

Y entonces sí.

Entonces salimos.

El aire de fuera me da en la cara con una humedad fría que, lejos de despejarme, me deja todavía más viva. No por gusto. Por esa mezcla indecente de rabia, alivio y vergüenza que se le queda a una en el cuerpo cuando entra a arreglar una cosa y descubre que, en el fondo, no ha arreglado casi nada. Solo ha conseguido dejar temblando una duda donde antes solo había costumbre.

Doy dos pasos sobre el barro y me vuelvo hacia Finn con una sonrisa que me sale sola, mala y un poco satisfecha a mi pesar.

—Bueno —digo—. Al final resulta que no estaba yo loca. Era una situación injusta.

Finn se detiene, se pasa una mano por la boca y me mira con esa expresión suya de hombre que no sabe si felicitarme o meterme en un saco antes de la siguiente casa.

—No te crezcas demasiado —responde.

—Déjame saborearlo un poco —replico—. No todos los días me dan la razón tan pronto.

Colum, que viene a mi izquierda limpiándose una mota de harina del puño como si acabara de salir de un salón en vez de una cocina miserable, deja escapar una sonrisa breve.

—Yo lo saborearía deprisa —dice—. Tiene pinta de ser una de esas victorias que se estropean en cuanto se cierra una puerta.

No le falta razón.

Eso me irrita muchísimo más de lo que debería.

Miro por encima del hombro hacia la casa.

—Pues aunque dure poco —murmuro—, ha durado más de lo que a él le convenía.

Altair, al otro lado de Finn, se recoloca el guante con una parsimonia muy suya y me lanza una mirada de lado.

—Eso sí —dice—. Le ha fastidiado bastante. Ha sido casi conmovedor.

—Casi —añade Finn.

—No os hagáis los interesantes —replico—. Si no hubiera abierto yo la boca, todos vosotros seguiríais muy satisfechos con vuestra prudencia varonil, mientras esos niños y su mujer se mueren de hambre.

Finn suelta aire por la nariz, algo cerca de una risa.

—Ahí está —dice—. Ya sabía yo que la modestia no te iba a durar ni media mañana.

—No me queda bien.

—No —admite él—. Eso te lo concedo.

Broen, que hasta ahora ha caminado callado a mi derecha con esa zancada suya de hombre que parece caminar menos sobre barro que a través de él, habla al fin sin subir la voz.

—No fue poco.

Lo miro.

Él parece no gastar palabras cuando no hacen falta, así que en su boca esa frase pesa bastante más de lo que parece.

Altair deja escapar una risa corta.

—Ha estado bastante bien.

—Gracias —digo, mirándolo.

—No te acostumbres —responde.

Finn nota que me complace.

—No pongas esa cara —dice.

—¿Qué cara?

—La de mujer que ya está preparándose un pedestal.

—Yo nunca me preparo pedestales —replico—. Como mucho, banquetas modestas.

Seguimos avanzando. El suelo cede un poco bajo las botas, la mañana sigue gris y húmeda, y delante de nosotros el camino se abre entre tapias bajas, corrales y esas casas que parecen sostenerse más por costumbre que por buena construcción.

Finn vuelve a hablar mientras aparta con una mano una rama baja para que no me dé en la cara. Lo hace sin mirarme, como si el gesto no contara. Como si yo no fuera a notarlo. Qué hombre más ingenuo.

—La siguiente es la viuda del ahumadero —dice—. Y te aviso ya de que no pienso dejarte disculparte a tu manera otra vez.

—¿A mi manera? —repito, ofendidísima—. Mi manera tiene muchísimo encanto.

—Tu manera —dice Colum, muy serio— tiene la delicadeza de una cabra entrando en una capilla.

Yo me vuelvo hacia él.

—Pues a ti bien que te he oído disfrutar.

—Yo disfruto de muchos desastres —responde con toda tranquilidad —. Eso no significa que los recomiende.

Altair se mete entonces, ya con esa gravedad irónica suya que no llega a ser la sequedad de Broen ni la chanza abierta de Torren.

—De todas formas —dice, mirándome—, la próxima vez intenta no empezar una disculpa como si fueras a anunciar una ejecución pública.

—No la he empezado así.

Torren se vuelve hacia mí con una ceja alzada.

—Has dicho «vengo a deshacer lo que pueda» con la cara de quien entra a cobrar una deuda vieja.

—Esa era mi cara humilde.

—Pues no vuelvas a usarla —murmura Finn—. Asusta al ganado.

No puedo evitarlo. Me río. Poco. Mal. Pero me río.

Y lo peor es que él oye esa risa y la recoge enseguida con una de esas medias sonrisas suyas que siempre me dan ganas de hacer algo poco juicioso.

—Apenas hemos salido de la primera casa —dice Broen, mirándonos un instante antes de volver los ojos al camino—. ¿Cuántas faltan?

Finn deja de bromear lo justo para contar en voz alta, aunque se nota que ya lo lleva calculado desde antes de salir de la feria.

—Dos más aquí cerca —dice—. La viuda del ahumadero y la hermana del curtidor. Después las otras están demasiado lejos para hacerlas a pie.

—Qué alegría —murmuro—. Una gira triunfal.

—No te emociones —dice él—. De momento solo has conseguido no arruinar del todo la primera disculpa. Te quedan muchas oportunidades de superarte.

Lo miro.

—Estás disfrutando.

Finn alza las cejas.

—Estoy anticipando el desastre. Que contigo viene a ser lo mismo.

Altair sonríe de lado.

—A mí la parte de los caballos me interesa. No hay para todos. ¿Con quién montará Lady Gordon?

Finn me dedica una mirada de lado.

—Tú vienes conmigo.

No sé qué me da más ganas de protestar, si el tono de decisión o el salto imbécil que me da el cuerpo al oírlo.

Opto por el enfado. Más seguro.

—No has preguntado.

—No. Y, dado tu historial, no pienso empezar ahora.

—Qué hombre más autoritario.

—No. Autoritario era el molinero. Yo solo intento que no acabes en el bosque convenciendo a una cabra de que es un halcón que puede volar en libertad y acabe tirándose por un barranco.

Altair deja escapar una risa más clara.

—Eso pagaría por verlo.

Seguimos caminando. Ya se ve a lo lejos la techumbre baja del ahumadero, el humo saliendo en una columna pobre y terca contra el gris de la mañana. El camino se estrecha y tenemos que ponernos casi en fila para bordear un cercado torcido.

Finn se queda un poco atrás a propósito y, cuando paso junto a él para meterme primero por el hueco, me habla lo bastante bajo como para que los otros no lo oigan.

—En la próxima casa, prueba una cosa nueva.

No lo miro. No todavía.

—Temo preguntar.

—Habla dos latidos más tarde de lo que te pida el cuerpo.

Ahora sí giro la cabeza.

Él viene casi pegado a mi hombro, atento al camino y a mí a la vez, con esa maldita facilidad suya para hacer dos cosas a un tiempo y quedar encima como si ninguna le costara trabajo.

—Eso no existe —digo.

—Claro que existe. Se llama reflexionar antes de hablar.

Lo miro un segundo más de la cuenta. Qué error. Tiene los ojos más verdes con esta luz fea de la mañana y esa cara de hombre que se está riendo de mí y cuidándome a la vez sin reconocer ninguna de las dos cosas.

—No prometo milagros.

—Ya. Por eso luego cogeremos los caballos. Para huir más deprisa.

Capítulo 12



«ISEABAIL»

Montar con Finn Shaw debería contar como una de esas penitencias que la Iglesia aún no ha inventado porque, de haberlo hecho, media Escocia sería santa a estas alturas.

El caballo resopla delante de mí, enorme, oscuro, con la paciencia resignada de una criatura que ya ha entendido que le ha tocado cargar con demasiada tensión.

—No pienso ir ahí arriba contigo —digo.

Finn, que tiene una mano en la silla y la otra en la brida, ni siquiera se molesta en fingir sorpresa. Me mira con esa calma suya de hombre que ya sabe exactamente cómo va a acabar una discusión y, por eso mismo, se permite disfrutar el camino.

—Qué pena —responde—. Yo ya me había hecho ilusiones.

—Hazte otras.

—Las tengo. Pero esas no puedo decirlas delante de Broen, que luego me juzga en silencio y se me cae el alma al suelo.

Broen, que está ajustando la cincha de su caballo con la seriedad con la que otros hombres deciden tratados de Estado, ni levanta la cabeza.

—Con razón.

Altair se apoya un momento en la montura, mirándome con un brillo perezoso en los ojos claros.

—No tardes mucho en decidirte —dice—. Si seguimos aquí plantados, anochecerá antes de que empiece la siguiente disculpa y sería una lástima privar al condado de semejante espectáculo.

Colum, al otro lado, termina de colocarse el guante y me dedica esa sonrisa suya de hombre que parece educado hasta cuando está siendo un canalla.

—Por no hablar del caballo —añade—. El pobre tiene derecho a saber qué clase de tragedia va a llevar encima.

—Sois todos insoportables —murmuro.

—No todos —dice Finn, muy serio—. Broen es bastante llevadero si no te da por irritarlo.

—Y tú, en cambio, eres una delicia constante.

—Eso me han dicho muchas mujeres.

Lo fulmino.

Él me sonríe apenas.

Qué horror de hombre.

Lo peor no es lo que dice, sino cómo le queda en la boca esa ligereza burlona que parece una broma y viene cargada de demasiadas cosas. Memoria. Costumbre. Una vanidad apenas rozada. Y esa maldita facilidad suya para hacerme pensar en él como si no tuviera ya bastante castigo con llevarlo detrás pegado al cuerpo durante horas.

Miro la montura otra vez.

Luego lo miro a él.

Luego vuelvo a la montura, como si en ese intervalo hubiera podido encoger.

—Podría ir con Colum —digo, solo por fastidiar.

Colum alza las cejas con la rapidez de un hombre al que acaba de caerle una herencia inesperada.

—Siempre he sabido reconocer una buena idea cuando la oigo.

Finn ni parpadea.

—No.

Así. Sin adorno. Sin voz alta. Sin nada. Y, aun así, la palabra cae entre todos como una puerta cerrada.

Altair ladea la cabeza despacio.

—Vaya —dice—. Qué democrática está saliendo la tarde.

Finn le dedica una mirada breve. De esas que no duran nada y, aun así, dicen bastante.

—Sube —me dice a mí, como si no hubiera oído a nadie más.

—No me gusta que me des órdenes.

—Entonces piensa que te estoy rogando con muchísima mala gana.

Lo odio. Lo odio con una intensidad muy poco espiritual. También es verdad que una parte bastante indecente de mí lleva ya un rato demasiado pendiente de sus manos sobre la silla, del antebrazo tenso bajo la manga arremangada, de la boca que se le dobla apenas cuando está conteniendo una frase peor.

Qué día más bien organizado.

Pongo el pie en el estribo con toda la dignidad que me permite la situación. Que no es demasiada. La falda se me engancha un poco, el barro me tira del bajo y durante un segundo me quedo en ese

estado espantoso de mujer a medio montar, a medio caer y a una blasfemia de convertirme en entretenimiento público.

Finn me coge de la cintura sin aviso.

Solo pone las manos ahí y me sube con una facilidad insultante, como si yo no pesara nada, como si su cuerpo y el mío no tuvieran ningún derecho a reaccionar al contacto y como si no se me fuera a quedar el sitio exacto de sus dedos ardiéndome bajo la tela mucho después de haberme sentado.

Luego se apoya un segundo en mi cadera para estabilizarme y murmura, muy bajo, solo para mí:

—¿Ves cómo no era para tanto?

Miro al frente. Muy tiesa. Muy digna. Muy inútil.

—Muérete.

—Qué ternura.

Detrás de nosotros, Torren hace un gesto de falsa emoción.

—Maravilloso. Ya están en el punto en que se desean calamidades. Eso siempre es buena señal.

—En tu caso —dice Altair mientras monta de un movimiento limpio— cualquier señal te parece romántica si te aburres lo suficiente.

Broen monta el último. Lo hace sin ruido, sin teatro, y nos mira a todos una vez.

—Si hemos terminado de hacer el idiota —dice—, queda camino.

Finn suelta una risa breve.

—Míralo. Siempre tan poético.

Luego sube detrás de mí.

Y entonces sí.

Entonces se acaba la broma.

Porque una cosa es verlo hacer gracias desde abajo y otra muy distinta es notar cómo el caballo cede un poco bajo su peso, cómo me rodea el cuerpo con el calor entero de su pecho, cómo una de sus piernas se coloca a cada lado de las mías y, de pronto, la idea entera de aire se vuelve más compleja de lo que debería.

El plaid se le aparta al sentarse. Apenas. Lo justo para dejar al descubierto las rodillas desnudas y parte del muslo, el borde áspero de la lana sobre la piel, el vello subiéndole por la pierna y ese peso masculino, hecho de líneas duras de músculo, que se pega a mi falda como si no tuviera ninguna importancia. Como si una pudiera vivir tranquila con el muslo de Finn Shaw rozándole la pierna y seguir pensando en algo coherente.

No puede.

Una no puede.

O quizá sí, pero yo desde luego no estoy demostrando demasiado talento. Siento el movimiento mínimo de su rodilla cuando ajusta el asiento, y me quedo quieta con una dignidad tan falsa que casi merece aplauso.

Con una mano recoge las riendas. La otra se queda un momento en mi cintura, quizá para asegurarme, quizá porque le da la gana, quizá porque ya no sé distinguir bien entre ambas cosas cuando se trata de él.

—No te pongas rígida —murmura junto a mi oído—. El caballo va a pensar que llevas un palo metido donde no corresponde.

Siento cómo el calor me sube por la nuca.

No por la frase. Ojalá.

Por la vibración de su voz tan cerca y el aliento rozándome la piel justo debajo del pelo. Por la facilidad con la que me desmonta entera el cuerpo sin tocarme más de lo necesario.

—Relaja las rodillas —murmura detrás de mí.

—No tengo las rodillas tensas.

—Tienes todo el cuerpo rígido como si el caballo acabara de confesarte un crimen.

—El caballo no es el problema.

Silencio. Un segundo.

Luego su voz, demasiado cerca de mi oído:

—Ya.

—¿Qué ha sido de ese Finn Shaw que huía de mí como si tuviera la peste?

La pregunta me sale antes de pensarlo bien. O quizá precisamente por eso. Porque llevarlo detrás, sentirle la risa en la garganta, los brazos cercando mi cuerpo y esa maldita facilidad suya para volverlo todo un poco más ligero y un poco más peligroso me ha soltado la lengua donde no debía.

Durante un momento no responde.

No porque no tenga respuesta. Porque la está escogiendo.

Lo noto en cómo ajusta apenas las riendas, en la pausa exacta que deja entre mi pregunta y su voz.

—Aprendió a elegir mejor de qué huía —dice al fin.

No es una gran frase. Gracias a Dios. Es una frase de verdad. Por eso me gusta más.

Me vuelvo un poco hacia él, lo justo para verlo de perfil sin descalabrarme.

—Qué manera tan elegante de decir que aprendiste a desaparecer.

Torren, que cabalga un poco por delante y a la izquierda porque Dios castiga, pero no tanto, gira la cabeza enseguida al oírnos.

—Dale tregua, mi lady. ¿No ves lo tenso que está?

—Tú cabalga y no pongas voz de alcahueta —dice Finn.

—No soy alcahueta. Soy observador.

—Tú eres un buitre con tiempo libre —murmura Altair, sin volverse siquiera.

Torren se ríe.

—Y tú un malnacido con mejor postura.

Colum, al otro lado, se sacude una hoja mojada de la manga.

—Por favor. No os degradéis tan pronto. Aún nos quedan varias horas de barro antes de encontrar un lugar en el que acampar y más humillaciones sociales para mañana.

Broen, delante, dice sin girarse:

—Dos.

Nadie pregunta.

Porque si Broen ha contado dos, serán dos.

Yo apoyo mejor las manos sobre la manta enrollada delante de la silla y noto otra vez, con una claridad profundamente irritante, el calor de Finn detrás de mí. El caballo baja por un tramo malo del sendero y él me sujeta un momento la cintura, sin comentario, sin gracia, sin pedir permiso.

Eso me descoloca más que cualquiera de sus bromas.

—No has contestado —digo, más seca de lo que pretendía.

—Sí, mujer. Sí he contestado.

—No. Me has tomado el pelo.

—Eso también.

Torren vuelve a girarse.

—No respondas a eso, Shaw. Vas a hacerlo mal.

Altair vuelve la cabeza un instante, con media sonrisa.

—Yo diría que antes huía porque aún creía en el orden natural de las cosas.

—A mí lo que me conmueve —dice Colum— es verle explicar con tanta paciencia una incomodidad que de ser de otro, sería motivo de broma para él.

—No empecemos otra vez —dice Finn.

Colum se ríe.

—Y el hecho evidente de que se le ha olvidado cómo se finge indiferencia.

Esa sí.

Esa le da.

Lo noto en que tarda un segundo más de la cuenta en contestar.

—A mí no se me ha olvidado nada —dice al fin.

—No —murmura Torren, dulce como una puñalada bien colocada—. La distracción solo te ha vuelto más lento e introspectivo. A este paso, antes de anochecer nos contará hasta su infancia.

—Mi infancia era fea —responde Finn sin alzar la voz—. No merece público.

—Eso lo dices ahora —replica Torren—. Pero bien que te ha servido durante años esa cara de bribón simpático para que media Escocia con faldas te buscara cuando quería favores, protección, una carcajada o las tres cosas a la vez.

Colum, que cabalga un poco más atrás, sonríe con esa elegancia odiosa suya.

—¿Te refieres a nuestras faldas o las femeninas?

Broen murmura sin prisas.

—No exageres. No era media Escocia. Solo la mitad insensata.

Altair suelta una risa corta.

—La otra mitad iba detrás de cualquier hombre alto con buen caballo y mala reputación. No le demos a Shaw más mérito del que le corresponde.

Finn resopla.

—Gracias. Siempre es reconfortante viajar con amigos.

Torren no lo deja escapar.

—No, pero sí es verdad. A ti siempre te salía fácil. Una mujer se quedaba sola, se asustaba, se enfadaba con el marido, se cansaba del hermano o del padre, y acababa a tu lado porque sabías hacerla reír, porque parecías menos peligroso que el resto y porque, si había que ponerse delante de algo feo, te ponías. Eso daba mucha rabia, por cierto. Y ahora te toca cargar tú con una que preferiría ir en cualquier otro caballo del mundo.

—Qué imagen tan vulgar de mí —responde Finn.

Yo debería dejarlo estar. Debería. Pero llevo demasiado rato con esa idea de otras mujeres riéndose a su alrededor y con esa humillación vieja, fea y absurda de haber sido justo yo la que sacaba su peor versión.

—Bueno —digo, procurando que mi voz suene ligera y fallando solo a medias—, tampoco es que yo haya disfrutado mucho de esa cualidad encantadora de Finn. Yo solo recibía un ceño fruncido… constantemente.

—Vaya —dice Altair, con una calma exquisita—. Eso ya no iba del todo en broma.

—Calla —murmura Finn.

—Ni hablar —replica Altair.

Colum, que disfruta demasiado de las grietas finas, interviene con voz suave.

—A mí me parece una observación legítima. A unas las consolaba. A otras las hacía reír. A Lady Gordon, en cambio, la trató como si llevara la desgracia cosida al vestido. Le entraba el pánico.

No sé si me irrita más que lo digan o que lo entiendan.

Finn suelta aire por la nariz, algo entre una risa y una renuncia.

—No era pánico —dice—. Era sentido común. Que no estáis acostumbrados a verlo y por eso os impresiona tanto.

—Sentido común —repite Altair, con una ceja apenas levantada—. Qué nombre tan elegante para salir corriendo en cuanto una mujer te miraba dos veces.

—No corría porque me mirara —replica Finn, y noto cómo la voz le vibra contra la espalda antes incluso de entender la frase—. Corría porque era una calamidad con piernas.

—Qué bonito —murmuro—. Siempre es agradable descubrir el cariño con que te recuerdan.

—No me obligues a faltar a la verdad —dice él, casi amable—. Eras un problema serio, Iseabail. No de esos agradables que se resuelven con una mala decisión y una puerta cerrada. Eras el tipo de problema que empieza con una sonrisa y acaba contigo escondido en un lugar absurdo mientras medio castillo te busca con intenciones nada cristianas.

Torren se ríe otra vez.

—Por fin una historia decente. Sigue.

—No pienso darte ese gusto.

—Venga, Shaw. Una sola. Ni siquiera nos has contado qué pasó aquella noche. Y algo tuvo que ocurrir. ¿Os encontraron juntos en la cama?

—No, ninguna cama —digo antes de pensarlo—. Era un armario.

Se hace un silencio.

Solo un segundo.

El suficiente.

Finn baja un poco la cabeza detrás de mí. Lo noto antes de oírle la risa. Esa risa suya corta, incrédula, sin defensa suficiente.

—Mírala —murmura—. Ni siquiera necesito contar las historias. Ella sola las saca a pasear.

Altair sonríe, ahora sí con algo más de vida en la cara.

—¿Un armario?

—Largo de explicar —gruño.

—No, no —dice Torren—. Cortísimo, en realidad. Ya lo estoy viendo. Tú, Shaw, intentando no morir. Ella, probablemente convencida de que estaba siendo discretísima.

—No estaba intentando no morir todavía —dice Finn—. Solo intentaba evitar que me vieran en un sitio comprometedor con la hija de un hombre que podía enviarme a la horca por mucho menos.

—¿Y qué hacía ella? —pregunta Colum, muy serio, que es como peor se pone.

Finn tarda un momento en responder. Lo suficiente para que yo recuerde demasiado bien la oscuridad apretada del arcón, el olor a lino, el calor de él, mis dedos torpes donde no debían.

—Lo de siempre —dice al final, con una ligereza que no termina de tapar del todo lo otro—. Tomar una mala idea y tratarla con tanto entusiasmo que acababa convertida en un desastre memorable.

—Qué injusticia —murmuro.

—No —dice él—. Injusticia fue la tarde del banquete de invierno. A ti te pareció que un perro de presa atado en la cocina tenía cara de necesitar cariño. A mí me pareció que no era asunto mío. Tú, por supuesto, decidiste que lo sensato era darle un hueso, llamarlo bonito y abrirle espacio para que meneara el rabo.

Torren se ríe ya antes de que termine.

—No me gusta esa pausa. Esa pausa nunca anuncia nada bueno.

—No —dice Finn—. Lo que anunció fue un animal desquiciado, una mesa volcada, tres fuentes de carne por el suelo y a mí intentando agarrar al maldito bicho antes de que se le ocurriera morder a un invitado. Acabé medio metido en un tonel de cerveza, con el perro colgándome de la bota y dos cocineras jurando que el capitán de la guardia había perdido el juicio.

Altair deja escapar una risa más clara.

—Eso sí que habría pagado por verlo.

—Yo no —respondo—. Bastante humillante fue vivirlo.

Finn se inclina un poco hacia un lado para esquivar una rama baja y, al hacerlo, me roza la espalda con el pecho otra vez. Qué castigo más mal administrado.

—Tú te reías —dice junto a mi oído—. No finjas dignidad ahora.

Torren suelta una carcajada.

—Por Dios. Esto mejora a cada palabra.

—No —dice Finn—. Empeora. Como casi todo lo relacionado con ella.

—A mí la parte del capitán de la guardia cubierto de caldo y espuma me parece excelente —dice Colum.

—Pues a mí me parece que eso todavía fue una tarde benigna —murmura Finn—. El verdadero regalo fue el preso.

La palabra cae distinta. Menos ligera. No tanto como para matar la conversación, pero sí lo bastante para que incluso Torren afloje un poco la sonrisa.

Yo siento cómo se me aprieta algo en el estómago antes de que termine de entender por qué.

—No fue para tanto —digo, y hasta a mí me suena débil la protesta.

Finn suelta aire por la nariz.

—Claro. Tú siempre has tenido un talento extraordinario para medir los desastres una vez han pasado.

No respondo.

No me sale.

Él sigue hablando con esa voz suya que no se pone solemne ni aunque le convenga.

—El desgraciado decía que no había hecho nada, juraba que lo habían metido allí por gusto y tú, con esa devoción tuya por toda causa perdida que respire, decidiste que un hombre así no podía ser peligroso —explica—. Lloraba bien, eso sí se lo concedo —añade—. Y tenía esa cara.

—¿Qué cara?

—La cara que siempre les funciona a los hombres que no tienen otra cosa decente que ofrecer. Un poco rota, un poco bonita, un poco víctima del mundo entero. Lo bastante agraciada para que una muchacha con demasiada imaginación y muy poca prudencia le regalara su compasión.

Me giro hacia él con los ojos entornados. Hay algo en cómo dice «bonita» que me hace mirarlo un segundo más de la cuenta.

—¿Estás diciendo que lo solté porque era guapo?

—Estoy diciendo que, si hubiera tenido una verruga en mitad de la frente y dos dientes negros, quizá no le habrías concedido tanta atención.

—Qué mezquino.

—Muchísimo. Pero no necesariamente equivocado.

Torren niega con la cabeza.

—No. No, no, no. Esa es exactamente la clase de hombre que una mujer compasiva no debe escuchar nunca.

—Pues ella lo escuchó —dice Finn—. Le abrió la puerta y luego, como debió de parecerle poco, intentó convencerme de que aquello era misericordia.

—No lo convencí de nada —me defiendo bajito.

—No —admite—. Eso fue lo peor. Ni siquiera lo hiciste bien. Solo me di cuenta antes de que otro te viera salir de allí y me tocó escoger entre que te pillaran y te castigaran o salir detrás del idiota y tragármelo yo.

La vergüenza me sube caliente por el cuello.

Porque así, dicho en voz alta, suena todavía más absurdo. Más mío.

Altair vuelve la cabeza.

—¿Qué hizo el preso?

Finn se toma un momento antes de contestar. El caballo sigue avanzando, el camino se estrecha, el ruido de los cascos sobre la tierra húmeda entra y sale como si no tuviera nada que ver con lo que nos está pasando encima.

—Lo encontré al otro lado del muro bajo de la capilla —dice al fin—. Borracho, sin calzas, vomitando sobre una pila de leña y cantando una obscenidad sobre la hija del laird, sus tetas y la cama a la que, según él, tarde o temprano acabaría llevándola. Por suerte para todos, yo tenía el brazo más largo que la paciencia.

Torren suelta una carcajada involuntaria.

—Por Dios.

—Sí —dice Finn—. Muy religioso todo. Lo arrastré hasta un cobertizo, le partí la cara y pasé el resto de la noche evitando que lo encontraran donde no debía. Por supuesto que eso no ocurrió. Y a la mañana siguiente, el idiota seguía fuera de su celda, tú parecías la inocencia con trenzas y el que quedó como un capitán incapaz de guardar a un preso fui yo.

No sé qué me pesa más dentro, si la escena o la forma en que la cuenta. Sin ira. Sin grandeza. Como quien habla de una vieja cicatriz mal curada que ya ha aprendido a tocarse sin hacer mueca.

—Cuando Darian y yo lo encontramos después de que lo arrojaran de Huntly —interviene Broen, muy serio—, ya no tenía pinta de capitán de nada. Parecía carne machacada que aún no había decidido si iba a quedarse viva.

El aire cambia. De golpe.

Torren deja de sonreír.

Finn no dice nada.

Broen continúa con esa calma suya que no suaviza nada porque no sabe hacerlo ni pretende.

—Fue al amanecer, en el lindero del bosque. Había sangre en la escarcha y en los matorrales bajos. Seguimos el rastro pensando que encontraríamos un ciervo malherido o a un borracho. Lo que encontré fue a Shaw arrastrando una pierna como si no fuera suya. Tenía la espalda abierta a tiras, la cara hinchada hasta deformarle

media boca y un hombro fuera de sitio. Una costilla, al menos, le había atravesado media respiración. Cuando intentó enderezarse para sacar el cuchillo al oírme, se fue al suelo.

Se me han quedado las manos heladas sobre la manta.

No noto ni el calor de Finn detrás.

Solo las palabras de Broen. Una detrás de otra. Despacio. Entrando donde no deben.

—Pensé que se me moría ahí mismo —añade—. Se desmayó dos veces en el caballo. La segunda creí que ya no volvía. No sé cómo siguió respirando. Si no es por lo terco que es, no lo cuenta.

Quiero volverme.

No me atrevo.

No sé qué me da más miedo: verle la cara a Finn o que él vea la mía.

Y Finn, por supuesto, es el primero en negarle a la escena el derecho a quedarse así.

—Broen siempre cuenta mis mejores momentos como si fueran una tragedia griega —dice al fin, con una ligereza áspera, medio rota, que aun así sigue siendo suya—. Se puede decir que volví de la vida, sin lugar a dudas, sí. Bastante mal peinado y con muy poca fe en la bondad ajena, pero volví. Y ya que estaba, decidí tomarme el resto de la existencia de otra manera. Menos solemnidad. Más apetito. Y menos confianza en las personas con grandes ojos azules y vocación de salvar sin preguntar.

La frase me da justo donde más duele.

Porque la broma está ahí.

Pero la verdad también.

Y no sé qué hacer con ninguna de las dos.

—He visto hombres molidos a golpes —continúa Broen—. Después de escaramuzas, de asaltos, de venganzas mal cerradas. Pero aquello no se parecía a una paliza. Se parecía a un castigo hecho con tiempo. Nunca había visto esa clase de ensañamiento con un ser humano. Le habían levantado la espalda a tiras, como si no quisieran solo hacerle daño, sino borrar lo que quedara de él a golpes. Si tú tienes cinco hermanos, debieron de ser los cinco los que lo sujetaron y se turnaron para casi matarlo.

El caballo sigue avanzando. Yo no.

Yo me he quedado en esa frase como si me hubieran dejado a mí también en una zanja.

Broen no me mira. Mira el sendero, los árboles, cualquier cosa menos la herida que acaba de abrir.

—No lo colgaron porque no les hizo falta. Seguro que pensaron que ya estaba muerto cuando lo echaron ahí. Y, siendo sinceros, cualquier otro lo habría estado. Aún no sé cómo siguió respirando.

Nadie habla después. Yo solo tengo ganas de vomitar.

El bosque sigue pasando a los lados, mojado, gris, lleno de ramas bajas y barro blando, como si el mundo tuviera la indecencia de continuar después de haberme puesto esa imagen delante.

Quiero preguntarle si fue verdad, si le hicieron eso, si gritó, si pensó en mí, si me odió mientras le abrían la espalda.

También quiero no saberlo.

Sobre todo quiero no saberlo.

Porque hasta ahora había podido odiarlo con una explicación simple. Él desapareció y me dejó sola. Pienso en mi padre comiendo al día siguiente como un día más. En mis hermanos lavándose las manos. En mí encerrada, rabiosa, convencida de que Finn Shaw había escapado de las consecuencias mejor que yo.

Y me odio un poco.

No del todo. Todavía soy bastante injusta para conservar algo de orgullo. Pero sí lo suficiente para que me duela.

—Broen —dice Finn al fin, y su voz sale ligera solo por encima, como una capa fina de hielo sobre agua negra—. Qué talento tienes para alegrar un camino. Deberíamos llevarte a los entierros. Saldría la gente corriendo de puro ánimo.

Broen no responde enseguida.

—Ella tenía derecho a saberlo.

Finn se queda quieto detrás de mí. Quieto de una manera que no tiene nada que ver con el caballo ni con el sendero.

—No —dice, esta vez sin broma—. No tenía por qué saberlo así.

Ahí sí me vuelvo un poco. Lo justo para ver la línea dura de su mandíbula, la barba ocultando demasiado poco, la mirada fija en el camino como si el barro de delante fuera de pronto lo más importante de Escocia.

—¿Y cómo tenía que saberlo? —pregunto. La voz me sale baja. Mala. Demasiado cerca de romperse por algún sitio—. ¿En una canción? ¿En una de tus formas de restar importancia a lo que te ocurre? ¿Entre «muérete» y «qué ternura»?

Su boca se mueve apenas.

—Prefería que no lo supieras.

Eso me deja sin aire un segundo.

—Qué considerado.

—No era consideración. Era vergüenza.

La palabra cae entre su pecho y mi espalda. Pesada. Caliente. Insoportable.

Me quedo mirando al frente otra vez porque no sé qué hacer con la cara. Ni con la suya ni con la mía.

—Tú no tendrías que avergonzarte de eso —digo al fin.

Finn suelta una risa seca, pequeñísima, sin alegría.

—Qué suerte. Ya me dirás entonces dónde la coloco. Porque sitio ocupa.

No sé responderle.

Por una vez, no encuentro nada que no suene demasiado pobre, demasiado tarde o demasiado mío.

Capítulo 13



«ISEABAIL»

—Ahí —dice Broen.

Delante, el sendero gira por fin y deja ver un claro donde poder parar cuando la noche termine de desplomarse del todo. A un lado hay unos abedules flacos, al otro un arroyo estrecho que corre entre piedras oscuras. El sitio parece razonable.

Finn asiente una vez.

—Al fin —murmura Colum—. Empiezo a perder sensibilidad en partes de mí que aprecio mucho.

—Tu tragedia me conmueve —dice Altair.

Pero las palabras ya me llegan como si vinieran de la otra orilla del arroyo y yo siguiera del lado equivocado, con el agua subiéndome por dentro y sin saber todavía si es frío o vergüenza lo que me está dejando tan quieta.

A mí me contaron que Finn Shaw había desaparecido como desaparecen los cobardes cuando por fin se les ve la cara de verdad.

Fue Robert quien me dijo que había aprovechado la oscuridad, el escándalo y su propia culpa para echar a correr sin mirar atrás. Y no había dado explicaciones porque no las tenía. Y se había esfumado con la misma falta de honor con la que había entrado en mi vida.

Y ahora resulta que no huyó.

Ahora resulta que lo echaron a una zanja como a un animal ya rematado y lo dieron por muerto antes de molestarse siquiera en colgarlo.

Siento que algo me tira por dentro de la piel. Como si me hubieran descosido una costura vieja y, debajo, en lugar de herida, hubiera barro.

El caballo sigue avanzando. Finn sigue detrás de mí. Su respiración sigue llegando de cuando en cuando, baja, regular, como si no acabara de abrirse una fosa entre mis costillas y mi orgullo.

No sé qué decir.

No sé qué derecho tengo a decir nada.

Miro al frente, pero ya no veo el camino. Veo a mis hermanos. Uno sujetando. Otro golpeando. Otro escupiendo al suelo entre una blasfemia y otra. Veo a mi padre no preguntando demasiado. Veo a toda mi casa envolviendo la brutalidad en palabras limpias para servírmela luego como verdad.

—Me contaron otra historia —murmuro al final, y la voz me sale tan baja que casi no parece mía.

Finn tarda un momento en responder. Cuando lo hace, no hay burla en el tono. Tampoco consuelo. Solo ese cansancio suyo que a veces suena peor que cualquier reproche.

—No me sorprende.

Eso debería enfurecerme.

En lugar de eso, me deja peor.

Porque tiene razón. Claro que no me lo contaron así. ¿Cómo iban a hacerlo? ¿Quién se sienta a la mesa familiar y admite con el pan en la mano que casi ha matado a un hombre entre todos? Mucho mejor llamarlo cobarde. Mucho más decente para los oídos de una hija.

—¿Fue después de lo del armario? —pregunto, y odio cómo me tiembla la pregunta por dentro, aunque fuera me salga casi plana.

Finn exhala por la nariz. Un sonido leve. Sin risa.

—Sí.

Una sola sílaba.

Una sola, y me parte.

Me acuerdo de aquella noche con una violencia nueva. La oscuridad, el calor, mis manos, su cuerpo inmóvil por obligación más que por deseo, el pánico al ruido fuera, mi madre, mis hermanos, la puerta abriéndose. Durante años lo recordé como el principio de mi ruina.

Ahora resulta que también fue casi el final de la suya.

Me aprieto las manos sobre la manta hasta que me duelen los nudillos.

—Yo no sabía…

La frase muere sola. Qué inútil. Qué miserable. Qué tarde llega siempre la ignorancia cuando una ya ha construido media vida encima.

—Ya —dice Finn detrás de mí, y esta vez sí hay una pequeña broma, una de esas suyas rotas por los bordes—. Me estoy cansando de ser la gran sorpresa de tu tarde.

No me río.

No puedo.

Me vuelvo entonces. Solo un poco. Lo justo para verle la boca, la barba, el cansancio tranquilo en la cara. No parece un hombre al que una familia dejó abierto en una zanja. No parece un hombre que casi no llegó al amanecer. No parece, tampoco, alguien que vaya a usar eso para cobrarme nada.

Eso es casi lo peor.

Que no me lo restriegue.

Que no me haga pagar el relato equivocado con el que he vivido todos estos años.

—Te llamaron cobarde —digo.

Él alza apenas una ceja.

—Me han llamado cosas peores.

—Yo me lo creí.

Ahora sí.

Ahora sí lo he dicho.

La frase queda entre nosotros peor que si hubiera sido un insulto.

Ya estamos en el claro. Broen ha frenado. Torren se ha bajado de su caballo. Altair está desatando una manta de la silla con esa precisión suya de hombre al que le gusta tener las manos ocupadas cuando el aire se pone feo. Colum no mira, que en su caso equivale a mirar mucho.

Finn tira de las riendas para frenar el caballo y tarda un momento en contestar. Cuando lo hace, la voz le sale cerca, tan cerca que me roza más que su mano.

—Ya lo sé.

Y no hay ni una gota de crueldad o reproche en la forma en que me lo dice.

Solo esa forma insoportable que tiene de ver el golpe, cogerlo, darle la vuelta y devolvértelo sin empujártelo del todo contra la cara.

Eso me desarma más que si me hubiese llamado ingenua, hija de un canalla o lo que se le ocurra a un hombre que tiene derecho a estar furioso.

No me muevo.

No porque no quiera bajar.

Porque no sé cómo hacerlo sin que, al tocar suelo, todo esto se vuelva de pronto demasiado real.

Finn apoya una mano en mi cintura. No para apretarme. Solo para hacerme notar que sigue ahí.

—Lady Gordon —murmura—, si piensas quedarte como una estatua hasta el amanecer, pasarás frío.

La frase es casi absurda. Casi ligera. Casi normal.

Y, precisamente por eso, me rompe.

Porque me está dando una salida.

Sabe perfectamente que si me deja sola con lo que acabo de oír, me pudro aquí arriba sin bajarme nunca.

Trago saliva otra vez. Me arde la garganta.

—No me llames así ahora —digo.

Él se queda quieto un momento.

Luego responde, muy bajo:

—Entonces baja, Iseabail.

Y lo hace con tanto cuidado, con tan poca exhibición, con tan poca piedad humillante, que casi preferiría que me hubiera soltado una pulla.

Casi.

Me deslizo de la montura con más dignidad de la que he tenido en varias horas, o eso intento, y noto las piernas entumecidas, el cuerpo agarrotado por el camino y la nuca todavía demasiado consciente del calor que he llevado detrás media tarde.

Finn me sujeta del codo solo un instante.

—No te caigas ahora —dice, soltándome enseguida—. Ya has dado suficientes espectáculos por hoy.

Me vuelvo hacia él con una ceja en alto.

—Gracias por la preocupación. Qué caballero.

—No insultes. Es cansancio anticipado. Contigo uno nunca sabe cuánto desastre queda en el día.

Torren, que está descargando una manta del lomo de su caballo, resopla una risa.

—Qué manera tan emotiva de cuidar a una mujer.

—Tú calla —dice Finn sin molestarse en volver la cabeza—. No has cuidado a una mujer en tu vida.

Colum se quita los guantes con esa parsimonia suya de hombre que parece tener criados invisibles incluso en mitad del monte.

—No seas injusto. A veces les ha dado conversación. Mala, pero conversación.

Se incorpora despacio, estirándose los hombros.

—Yo votaría por cenar antes de oír más tonterías —dice—. Pero sé que pido demasiado.

Broen, mientras tanto, ya ha empezado a hacer lo único sensato que se puede hacer con un grupo de hombres incapaces de estarse quietos: repartir tareas sin preguntar si apetece.

Le pasa a Colum un hatillo con comida, a Torren un cuchillo para la leña.

Altair se agacha sobre una de las monturas, afloja la cincha y levanta la silla de un tirón limpio. Finn le quita el bocado al suyo, le

pasa la palma por el cuello y lo deja respirar un momento antes de llevarlo a un lado donde pueda pacer tranquilamente.

Yo me quedo quieta un instante, con las manos todavía frías por la tarde y el cuerpo en ese estado ingrato en que una no sabe si necesita sentarse, lavarse o meterse debajo de una manta y no volver a ver a nadie hasta el deshielo.

Siento una rigidez indecente entre las piernas por la cabalgada y la sensación muy poco decorosa de medio día pegada a Finn Shaw.

El olor del claro cambia poco a poco. A cuero mojado, a hierba machacada, a agua. A hombre con horas de camino encima y sudor metido en la lana.

Es Altair quien se incorpora primero y se desabrocha el jubón con ese gesto suyo de tipo al que nada le cuesta esfuerzo visible.

No dice gran cosa. Solo se pasa una mano por la nuca, apartándose del cuello el pelo húmedo de sudor, y mira hacia el arroyo.

—Antes de cenar, yo me lavo —dice, como quien enuncia una verdad de piedra—. Si no, dormiré con medio camino pegado al lomo.

Torren lo oye y deja caer la leña que acaba de reunir con un resoplido de satisfacción, feliz de encontrar un motivo legítimo para retrasar cualquier cosa que huela a trabajo sostenido.

Finn ya se ha quitado el cinturón de las armas. Lo deja sobre una roca, junto a la daga, y empieza a sacarse la camisa con una tranquilidad que me parece una ofensa personal.

No mira a nadie, mucho menos a mí.

La tela se le engancha un instante en la cabeza y luego cae. Así de fácil. Como si el mundo no fuera a alterarse porque de pronto hubiera demasiada piel masculina en un claro donde una está intentando fingir que no la afecta nada.

Me vuelvo hacia la olla.

La olla, por supuesto, se convierte de inmediato en el objeto más interesante de Escocia.

La miro con una concentración ejemplar, como si en el fondo ennegrecido pudiera encontrar una explicación razonable para el hecho de que Finn Shaw tenga esas ondulaciones en el pecho.

A mi espalda, el aire se llena de sonidos que no ayudan: el roce de lana al soltarse, un cinturón cayendo sobre una roca, el chasquido húmedo de unas botas al descalzarse, Torren soltando una blasfemia bajita cuando el frío del suelo le muerde los pies.

—Lady Gordon —dice Colum, con una dulzura tan venenosa que ya me entran ganas de pegarle sin haberme vuelto.

—¿Qué?

—Solo quería saber si esa olla te ha hecho alguna promesa de matrimonio. La miras con una devoción muy seria.

Aprieto los dedos en el asa.

—Estoy comprobando si tiene más educación que vosotros.

—Te juro —dice él, y se le nota la sonrisa en la voz aunque no lo vea — que nadie aquí había calculado herir tu delicadeza.

—No tengo delicadeza. Tengo vista.

A unos pasos, Torren suelta una risa.

—Tiene razón. Esto no es un paisaje para una señorita.

—Podemos organizarnos por turnos —propone Altair—. Primero los pecadores leves, luego los casos graves para no ocupar demasiado paisaje ocular.

—A mí ponme al final —dice Torren—. No quiero crear expectativas imposibles.

Se me incendia la cara.

—He sobrevivido a cosas peores que la visión de todas vuestras piernas juntas.

—Eso espero —murmura Colum—. Porque las piernas son lo menos preocupante.

Finn se ríe desde algún punto detrás de mí. Una risa breve, baja, demasiado fácil.

—Dejadla en paz.

—¿Por qué? —pregunta Torren—. La muchacha ya te tocó el rabo, según hemos entendido. Algo sabrá.

Todos se ríen.

—Fue un accidente —añado.

Altair deja escapar una risa baja, casi elegante.

—Yo no creo que sepa tanto —dice, con esa crueldad fina de quien podría pasar por educado si una no escuchara bien—. Mírala. Está roja hasta las orejas.

—La estáis atormentando —dice Finn desde algún punto detrás de mí.

Gracias a Dios.

—Bastante tiene con fingir que no le interesa.

Maldito sea.

Torren rompe a reír.

—Eso ha sido cruel incluso para ti.

Yo dejo la olla en el suelo con demasiado cuidado, que es peor que dejarla de golpe, porque demuestra que estoy empleando una cantidad absurda de fuerza en no cometer un asesinato.

—No finjo nada —digo.

—Claro que no —contesta Finn, con una amabilidad espantosa—. Estás estudiando utensilios de cocina por vocación intelectual.

—Siempre he tenido inquietudes amplias.

—Lo sé.

Me giro lo justo para fulminarlo por encima del hombro.

Solo lo justo.

Error también.

Porque Finn está de pie junto a la roca y se ha soltado el *plaid* lo bastante para dejar ver una cadera, una línea de vello oscuro que baja desde el vientre y demasiado músculo húmedo de sudor y camino para que mi indignación encuentre un sitio estable donde colocarse.

La burla se me queda atravesada cuando finalmente el plaid cae al suelo.

Cae sin ceremonia, pesado de humedad, con un golpe blando contra la hierba, y Finn Shaw queda desnudo delante de mí con una naturalidad tan ofensiva que durante un segundo mi cabeza se vacía de cualquier pensamiento útil.

Veo la cadera primero, porque mi mirada ya estaba ahí, en esa línea oscura que baja desde el vientre y se espesa bajo el ombligo. Después veo el vello, más denso, mojado, el nacimiento poderoso de los muslos, la piel marcada por el esfuerzo constante, salpicada de cicatrices que no deberían resultarme tan íntimas.

Y luego lo veo a él.

Su sexo, pesado, blando, descarado incluso en reposo, colgando entre los muslos con una contundencia que me deja la lengua pegada al paladar y la dignidad en algún sitio imposible de recuperar.

No sé qué esperaba.

Nada, supongo. Un cuerpo masculino es una idea muy cómoda mientras sigue siendo una idea. Otra cosa es tenerlo delante, real, húmedo de sudor, con peso, con piel, con vello, con esa presencia indecente que no necesita estar excitada para resultar obscena.

Finn ni siquiera baja la mirada para cubrirse. Claro que no. Se limita a recoger la ropa con una calma de hombre que ha vivido suficientes inviernos, guerras y vergüenzas ajenas como para no considerar su propia desnudez una tragedia pública.

La tragedia pública soy yo.

Porque sigo mirando.

Un instante de más. Dos, quizá. El tiempo suficiente para que mi cuerpo, traidor y bastante menos educado que mi cabeza, registre el peso de aquello, el balanceo leve cuando él se mueve, la forma en que sus muslos duros lo enmarcan, la piel más oscura bajo el vello, entre las ingles.

Cuando levanta la vista, me encuentra mirándolo.

Qué maravilla.

Qué final tan digno para mi poca compostura.

Él no sonríe del todo.

Solo ladea apenas la cabeza, con el pelo revuelto, el pecho desnudo, las cicatrices asomándole por el costado y esa calma canalla de quien sabe perfectamente que tiene mucho de lo que presumir.

—¿Todo en orden con los utensilios de cocina? —pregunta.

Lo mato y luego me tiro al arroyo con una piedra al cuello.

Altair pasa a mi derecha, completamente desnudo también, con una absoluta falta de pudor. Su espalda es larga, clara, salpicada de marcas antiguas; las nalgas, firmes y redondas, se mueven con una indiferencia elegante mientras camina hacia el agua.

Demasiada piel.

Demasiadas espaldas.

Demasiadas nalgas masculinas, redondas, tensas por el camino, entrando en el arroyo como si aquello fuera lo más normal del mundo y no una conspiración organizada contra mi estabilidad espiritual.

La sonrisa de Finn se mueve apenas, cambia de sitio, se vuelve menos fácil.

—Date la vuelta, Iseabail —ordena, con suavidad.

Me vuelvo.

Oigo a Torren meterse en el agua con un juramento ahogado, oigo la risa baja de Altair, el chapoteo más grave de otro cuerpo entrando después. El sonido del arroyo cambia en cuanto lo pisan. Ya no es solo agua entre piedras. Ahora es también piel, movimiento, hombres cansados lavándose el polvo del día con la misma naturalidad con que otros se quitan los guantes.

No miro.

No quiero mirar.

Lo cual, por supuesto, significa que durante unos segundos no pienso en otra cosa.

Pienso en hombros, en espaldas mojadas, en el pelo de Finn oscuro por el agua, la tensión del bíceps al lavarse, en la forma en que el río le recorrerá el pecho y se perderá más abajo, en esa insolencia tranquila que tienen algunos hombres cuando no les da vergüenza existir en su cuerpo.

Y me da tanta rabia estar pensando exactamente eso que dejo la olla en el suelo con más fuerza de la necesaria.

Capítulo 14



«ISEABAIL»

No sé si es vergüenza o pura necesidad de estar sola un momento, pero cuando alzo la vista y veo, más allá de unas rocas, una lengua del arroyo que se curva y se esconde entre piedra, helechos y matorral, lo tengo claro enseguida.

Ahí.

En ese recodo el agua queda apartada del claro por una repisa baja de roca, apenas dos varas de desnivel, lo bastante bajo para no imponer respeto y lo bastante incómodo para que haya que subir por un lado y bajar por el otro.

Pero no podrán verme desde el fuego si no se acercan a propósito.

Si me lavo allí, al menos no tendré detrás cinco voces, medio bosque y un cuerpo concreto respirándome todavía en la memoria.

Cojo un paño, un trozo de jabón y me alejo sin decir nada. No necesito anunciar mis intenciones como si fuera una niña pidiendo permiso para orinar.

El terreno se empina apenas al alejarme del claro. No mucho. Lo justo para obligarme a levantar un poco la falda y mirar dónde pongo los pies. Las rocas forman una especie de escalón irregular junto al agua, una manera incómoda pero rápida de rodear el matorral y bajar al otro lado, donde el arroyo se vuelve más estrecho

y más discreto. Están oscuras de humedad. El musgo brilla en las grietas. El agua, allí abajo, corre más callada, como si también hubiese decidido esconderse un poco del resto del mundo.

Perfecto.

Justo lo que necesito.

Apoyo una mano en la primera piedra y subo. Luego otra. No es una altura suficiente para darme miedo, y quizá ese es precisamente el problema: parece una tontería. Un par de pasos sobre roca mojada, bajar por el otro lado, lavarme la piel y volver. No he sobrevivido a cinco hermanos, un convento, a una feria y a Finn Shaw para que me derrote una piedra húmeda.

La segunda roca es más alta. Tengo que echar el peso hacia delante, buscar apoyo con la punta del pie y alargar la mano para agarrarme a un saliente más liso de lo que parece. Lo hago con toda la convicción de una mujer que se ha equivocado antes muchas veces y, sin embargo, sigue creyendo siempre que la siguiente idea será excelente.

El musgo cede.

El pie se me va hacia atrás. La mano resbala. El codo me golpea primero, luego la cadera, justo contra el canto romo de una roca, y después el costado, con un crujido interno tan seco que por un instante el aire deja de entrarme. De pronto ya no estoy trepando nada, sino cayendo de lado sobre la grava húmeda, con la falda hecha un desastre, el paño rodando al agua y un dolor feo, profundo, abriéndoseme bajo las costillas.

Después llega el otro.

Más bajo. Más caliente.

Una piedra pequeña, astillada en un borde, me rasga la parte alta del muslo por dentro al caer. Al principio no lo entiendo. Solo noto

una quemazón brusca, demasiado viva, y luego la tela pegándoseme a la piel con una humedad que no pertenece al arroyo.

El grito me sale disparado mientras caigo, incontrolable, antes de que pueda cerrarle la boca al dolor.

Cierro los ojos un instante.

—Por todos los santos —jadeo.

Oigo el arroyo, mi propia respiración y, entonces, otra cosa.

Pasos.

Rápidos.

Demasiado rápidos para ser casualidad.

Levanto la cabeza.

Finn aparece bordeando la roca con el agua todavía escurriéndole por el pecho y los hombros, el pelo mojado pegado a la frente y al cuello, y la tela del tartán ceñido a toda prisa alrededor de las caderas, sin camisa, sin jubón, sin más decencia que la que le permite un pliegue mal ajustado y la costumbre de moverse como si el propio cuerpo no fuera asunto de nadie.

Durante un latido se le ve el susto. Sin esa ligereza suya que siempre llega antes que lo demás. Luego se le recompone el semblante.

—Iseabail.

No debería fijarme en nada más. Ni en el agua bajándole por la clavícula. Ni en la línea oscura de vello que desaparece bajo el tartán mal ceñido. Ni en el hecho de que parece haber venido corriendo sin terminar siquiera de vestirse.

No debería.

Así que, por supuesto, lo hago.

Qué falta de dignidad.

Se agacha junto a mí con una rodilla en tierra, la respiración apenas más rápida de lo normal. Me mira la cara primero. Luego baja la vista al costado, a la falda torcida, a la mano con la que intento incorporarme. Tiene el cuerpo entero atento y la boca tensa.

—¿Qué te has hecho?

—He tenido un desacuerdo puntual con el musgo y ha decidido humillarme en privado —murmuro, apoyándome en una mano para sentarme mejor.

Él ni se inmuta.

—Por lo que veo, el musgo argumenta mejor que tú. Dime dónde te has hecho daño.

—Qué autoritario te pones.

—No. Autoritario no. Harto. Son cosas distintas y contigo conviene distinguirlas.

Hay una risa pequeña, traidora, que casi se me sube a la garganta.

—Aquí —murmuro al final, tocándome el costado—. Y en el muslo. Creo.

—¿Crees?

—No suelo revisar la extensión de mis heridas en mitad de una caída.

Finn suelta aire por la nariz. Una risa breve. Mala. Muy suya.

—Qué alivio ver que el golpe no te ha rebajado el humor.

Luego baja otra vez la mirada, más despacio, al dobladillo enfangado, a la postura absurda en que me ha quedado la pierna, a la piedra contra la que me he raspado. Se nota que está pensando. Calculando.

No me gusta que piense tanto cuando me tiene delante. Finn piensa demasiado bien.

El problema es que me arde el costado como si me hubieran metido una cuña entre las costillas, que el raspón del muslo late y escuece con una saña indecente y que Finn Shaw está arrodillado delante de mí con medio cuerpo todavía mojado, el tartán mal ceñido a las caderas y una cara que intenta parecer molesta cuando lo que tiene es susto mal disimulado.

Se pasa una mano mojada por la boca, pensativo, y cuando vuelve a hablar ya no gasta la voz en nada que no sea útil.

—¿Puedes mover el pie?

—Sí.

—Muévelo.

Lo hago, con una mueca.

—La rodilla.

—También.

—Muéstrame el muslo.

No me gusta cómo se me encoge el vientre al oírlo.

Lo miro.

Miro el agua que le sigue bajando por el pecho, el tartán mal ceñido, el nudo mal puesto en la cadera, el muslo desnudo que asoma al moverse, completamente ajeno a la ruina moral que está causando.

Luego vuelvo a su cara.

—No hace falta.

—Claro que hace falta.

—No puedes ir por ahí levantándole la falda a una dama cada vez que se da un golpe.

—No voy por ahí levantándosela a nadie —responde, y esta vez la voz le sale más baja, más seria—. Estoy viendo sangre en la parte alta de tu muslo y necesito saber si la herida es profunda y corres el riesgo de desangrarte antes de moverte, Iseabail.

Se me corta la réplica en la boca.

Finn sostiene esa atención dura, precisa, casi furiosa, que me deja claro que ya no está jugando.

—Esto va primero que tu pudor, tus miedos y cualquier otra cosa que estés usando ahora mismo para no dejarme mirar —añade—. Así que respira, insúltame si lo necesitas y muéstrame el muslo.

No me deja mucha salida. Tampoco la estoy buscando de verdad, porque el cuerpo me está empezando a doler con una insistencia demasiado seria como para perder el tiempo haciéndome la digna.

Respiro despacio.

Luego me recojo un poco la falda con la mano libre. Solo hasta la rodilla primero. El raspón ya se ve, rojo, sucio de arenilla y con un borde feo que promete picar como un demonio en cuanto alguien tenga la mala idea de limpiarlo.

Finn no dice nada.

Se limita a mirar.

Luego niega con la cabeza, despacio, como si estuviera repasando una lista privada de mis talentos y esta nueva torpeza no le sorprendiera, pero sí le fastidiara personalmente.

—Un poco más —dice.

Y, maldita sea, lo dice tan bajo y con una sequedad tan cargada que el calor me sube entero por la garganta.

—No te acostumbres al privilegio.

—Créeme, esto no está compitiendo con mis mejores recuerdos. No me interesan tus piernas. Me interesa saber si vas a poder sobrevivir a esto.

Levanto un poco más la tela. El aire frío me da en el muslo y tengo que apretar la mandíbula. El raspón sube por el interior algo más de lo que creía, rozando la parte alta de la carne, lo bastante como para volver toda la escena más humillante de lo necesario.

Finn exhala muy despacio. Sigue con los ojos la línea del corte, demasiado cerca del sitio donde nadie debería estar mirando y mucho menos un hombre como él.

—Maldita sea.

—Qué diagnóstico tan elegante.

Su mano llega por fin al muslo. Los dedos, todavía fríos por el agua, me rozan la piel sana junto a la herida y el cuerpo entero se me contrae de golpe, no solo por el escozor, sino por ese otro golpe peor, más hondo, más antiguo y mucho más estúpido: el de notar las manos de Finn Shaw tan arriba en mi muslo y descubrir que ni la herida me aturde tanto como para no sentir nada.

—No te retuerzas —dice, demasiado bajo.

—No me retuerzo.

—Acabas de hacerlo.

—Me duele.

—Te has abierto una buena herida, pero no tanto como para desangrarte.

—Gracias. Intento hacer las cosas a conciencia.

—Ya lo veo.

Alarga la otra mano de nuevo y se detiene apenas antes de tocarme. Otra vez ese segundo. Esa mínima vacilación que no es torpeza ni duda verdadera, sino algo peor: control. El hombre sabe exactamente lo que hace.

—Va a escocer cuando lo cure —dice.

—Qué conversación tan llena de alegrías.

—No hemos llegado aún a la parte en que te digo que el costado ahora me preocupa más.

Eso me baja la tontería de golpe.

—No es nada.

Él me mira entonces con una paciencia que me saca de quicio.

—La gente que dice eso tirada en una piedra casi nunca lleva razón.

—Y la gente que se agacha medio desnuda delante de una mujer herida debería aprender a modular su presencia.

La comisura de su boca se mueve apenas.

—No te desvíes.

—No me estaba desviando. Te estaba insultando. Me has dado permiso.

—Lo sé. A veces haces ambas cosas a la vez.

Y antes de que encuentre una réplica mejor, me toca la herida con los dedos fríos aún por el arroyo, firmes, probando con cuidado la zona. Yo cierro los ojos un instante. No por el dolor. O no solo. Porque llevaba todo el día deseando y temiendo a la vez que me pusiera las manos encima de una forma que no pudiera llamarse accidente.

Qué experiencia tan indecente.

—No te pongas tensa —murmura.

Levanto los ojos hacia él.

Tiene gracia que lo diga él, que parece la cuerda de un violín a punto de romperse.

Sigue mirando el muslo, la carne raspada, la curva donde la herida se acerca tanto a la entrepierna que hasta el aire parece volverse indecente.

El silencio que cae no tiene nada de silencioso. Está lleno del agua que le sigue goteando por el pecho, de su respiración cerca de mi piel, de mi pequeño temblor y de ese recuerdo maldito que llevo cosido a él desde hace años. Ese enamoramiento ingrato y no correspondido.

Finn traga saliva. Lo veo en el cuello, en la nuez que le sube y le baja.

Luego mueve el pulgar, un roce mínimo al apartar un poco de tierra pegada en la piel, y el escozor me sube por dentro con una violencia tan obscena que se me escapa el aire con un sonido pequeño, roto, nada digno. Finn alza por fin la cabeza. La mano no se mueve.

Nos miramos.

El mundo entero se vuelve de pronto ridículo. El agua. Las rocas. Los otros hombres. Mis cinco hermanos. El convento. Todo. Solo existe su mano en mi muslo, mi falda demasiado arriba y esa forma que tiene de quedarse quieto como si él también supiera que, si se mueve un poco peor, tendrá que sujetarme entera.

Así que intento incorporarme antes de que note ninguna de esas cosas. Me apoyo en la roca, echo el peso hacia la pierna buena y, durante medio segundo, creo que lo he conseguido.

Durante medio.

Luego el costado me da un latigazo tan limpio que se me corta el aire y me doblo sobre mí misma con una mueca que no tengo tiempo de disimular.

Finn me agarra enseguida.

Una mano en la espalda. La otra en la cintura. El cuerpo entero atento.

—Ya —dice entre dientes—. Ya. Quieta.

No me muevo.

No porque quiera obedecerlo.

Porque sigo buscando el aire.

Él espera ese segundo en que se me recompone un poco la respiración. Luego habla sin brusquedad, pero sin dejarme sitio para discutir como me gustaría.

—No vas a andar hasta el fuego.

—Claro que voy.

—No.

—Finn.

—No.

Así. Tan simple. Tan poco democrático. Tan infame.

Antes de que pueda prepararme una protesta mejor, me pasa un brazo por detrás de las rodillas y el otro por la espalda. Me levanta entera.

En brazos.

Me lleva como si no pesara.

Pero peso lo bastante para que se le marquen los tendones del antebrazo bajo mi espalda y se le tense un poco la mano en el hueco de mis rodillas cada vez que pisa una piedra peor. Lo que pasa es que Finn Shaw tiene esa forma irritante de hacer que hasta el esfuerzo parezca una decisión sin importancia.

Yo debería limitarme a recordar el dolor del costado, el ardor del muslo y la vergüenza de ir en brazos como una pobre infeliz a la que ha vencido una roca.

Debería.

En lugar de eso, tengo una mano apoyada en su hombro y la otra, por puro instinto primero y por una curiosidad mucho menos inocente después, se me ha quedado abierta sobre su pecho.

No me doy cuenta del todo al principio.

Solo noto el calor.

La piel todavía húmeda del arroyo. El movimiento firme de la respiración bajo mi palma. El latido, más abajo, constante, como si en él todo supiera exactamente a qué ritmo tiene que seguir vivo.

Luego sí.

Luego me doy cuenta de dónde la tengo.

Y de que, en vez de apartarla, la dejo ahí un segundo de más.

Su pecho no es como lo había imaginado cuando era más joven y más idiota, que viene a ser casi lo mismo. No es el pecho ancho y pesado de algunos hombres del castillo, de esos que parecen hechos a martillazos, con más volumen que gracia y una cantidad de vello empeñada en anunciarse como si fuera un rango.

Finn no.

Finn es otra cosa.

Más fibroso. Más seco. Más vivo.

Tiene el músculo dibujado de un modo que no parece nacido del gusto por exhibirse, sino del uso. Del hambre, de la pelea, del camino, del río, de dormir mal y seguir andando.

No hay en él nada blando ni nada superfluo. Todo parece puesto para servirle y servirle bien.

El pecho se le tensa y se afloja bajo mi mano con una elasticidad contenida que me da una noticia bastante indecente de cuántas veces habrá hecho esto, cargar peso, correr, caer, levantarse, volver a empezar.

Y el vello…

Por alguna razón miserable, siempre pensé que sería rojizo como el pelo, una de esas evidencias tontas que la imaginación fabrica cuando no tiene permiso para comprobar nada.

No lo es.

Es apenas una sombra más clara, castaña, casi dorada por momentos cuando el fuego del claro nos alcanza, tan escasa que más que cubrirle la piel la subraya. Una línea fina en el centro del pecho, otra que baja y se pierde bajo el tartán con una discreción que me parece todavía más obscena por lo poco que presume de sí misma.

No es un hombre peludo. Ni siquiera un hombre aparatoso.

Es mucho peor.

Porque está hecho con una clase de precisión que obliga a mirar. Y yo llevo años queriendo hacerlo.

Aprieto un poco la mano sin querer cuando pisa una piedra más alta y el costado me recuerda que sigo teniendo cuerpo.

Finn baja la vista un instante. Solo un instante. Mira mis dedos abiertos sobre su pecho, siente, sin duda, el modo en que se me han quedado ahí más por deseo que por equilibrio, y no dice nada.

Eso debería agradecerlo.

En lugar de eso, mi palma se me mueve apenas.

Nada. Un roce mínimo, traicionero, por la curva del pecho hasta el esternón, como si mi cuerpo quisiera memorizar por fin una textura que durante años ha tenido que adivinar a ciegas.

Qué cosa tan agotadora ser una misma.

Finn sigue andando.

Pero la respiración se le altera un poco.

Qué hombre tan poco prudente para lo mucho que presume.

No me mira, gracias a todos los santos. O peor todavía, porque no mirarme le da a la escena una intimidad más fea, más honda. Como si me permitiera ese robo miserable por compasión o por cobardía o por una clase de deseo que ninguno de los dos va a nombrar todavía.

—Si sigues callada tanto rato —murmura al cabo— voy a pensar que te has herido algo por dentro y eso sí me arruinaría la noche.

—No te acostumbres —digo, porque necesito defender algún territorio, aunque sea inventado.

—No me acostumbro a nada contigo —responde, y lo hace sin rapidez, sin chiste limpio, casi pensándolo mientras anda entre las piedras—. Cada vez que creo que ya sé por dónde vas a salirme, haces una cosa peor. O más rara. O más peligrosa. A veces las tres.

Bajo la vista otra vez a mi mano. Y entonces veo que la yema de uno de mis dedos está a nada de su pezón.

Tan cerca que casi no hay aire entre ambos.

Madre mía.

No había pensado nunca en eso. O sí, pero de esa manera vergonzosa en la que una piensa ciertas cosas de un hombre desde la distancia y luego se prohíbe recordarlo al minuto siguiente.

Aquí, en cambio, no hay distancia. Hay piel húmeda, calor vivo, mi mano sobre él y ese detalle mínimo, absurdamente íntimo, que de pronto me parece mucho más indecente que todo el pecho entero.

Es pequeño. Más oscuro que el resto de la piel. Duro ya por el frío del río.

Debería apartar la mano.

Debería.

En lugar de eso, se me ocurre una idea tan mala, tan poco decente y tan estúpidamente mía que hasta me dan ganas de reírme de puro espanto.

Creo que podría tocarlo con disimulo.

Solo un roce.

Nada.

Una prueba miserable para saber cómo se siente.

El pensamiento me dura lo justo para convertirme en una persona todavía peor.

La yema del dedo se mueve.

Un desliz minúsculo, casi excusable por el paso sobre una piedra, por el vaivén del cuerpo, por cualquier mentira que quiera contarme después. Pero sé perfectamente lo que hago. Lo sé en el instante exacto en que lo rozo.

Solo un roce.

No más.

A Finn se le corta la respiración un momento, una sola vez, y el cuerpo entero me da la noticia antes que la cara. Los brazos se le tensan alrededor de mí, la mano de debajo de mis rodillas aprieta un poco más, el pecho se le endurece bajo mi palma como si acabara

de acordarse de que mi mano sigue ahí y de que no debería estar haciendo esa clase de experimentos con él mientras me lleva medio dolorida hacia el fuego.

Levanto la cabeza.

Lo miro.

La cara la tiene casi igual. Casi. La boca un poco más quieta. La línea del cuello más tirante. Y en los ojos, cuando por fin me mira él también, un sobresalto tan breve y tan feroz que me deja el corazón dando tumbos como una idiota.

Mi toque le afecta. Y eso me alegra.

Qué poquísima vergüenza me queda.

—Perdón —murmuro, y ya solo por la voz sé que no suena a perdón ni por asomo.

Finn sigue andando dos pasos más antes de contestar. Dos pasos muy largos. Muy medidos. Como si necesitara ese tramo para recordar cómo pone un hombre la cara cuando no quiere delatar ninguna emoción.

Él baja la vista a mi boca un instante. Uno solo. Luego vuelve al camino. Lo noto tragarse algo. Una respuesta. Una blasfemia. Las dos cosas.

—Eres una amenaza pública —murmura.

No suena enfadado.

O no exactamente.

Suena a hombre que está haciéndolo todo al mismo tiempo: no dejarme caer, no pensar demasiado en mi dedo sobre su pecho y no volverse del todo imbécil antes de llegar al claro.

—Si vas a seguir haciendo pruebas conmigo, avísame antes.

—No estaba… —empiezo.

Ni siquiera sé qué iba a negar. ¿Que lo estaba tocando? ¿Que llevo años queriendo saberlo?

Yo debería sentirme culpable.

Lo que siento, en cambio, es una ola caliente, absurda, casi alegre, que me recorre por dentro con una viveza tan poco oportuna que me entran ganas de echarme a llorar o de volver a tocarlo solo para comprobar si lo segundo le arranca algo más.

Entonces baja la mirada hacia mí, al modo en que respiro, a la tensión de mi boca, a mi mano quieta sobre su pecho.

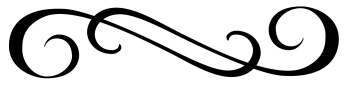
—Aunque, si sigues teniendo cabeza para mirarme como si estuvieras calculando una imprudencia nueva, quizá la costilla no esté rota del todo. Contigo nunca se sabe. Siempre has sido demasiado estoica para el dolor y demasiado mala escondiendo las malas ideas.

Qué desgracia que hasta que me diga eso me guste, porque significa que recuerda cosas de mí.

De aquella vez que me abrí la palma con una hebilla rota y seguí peleándome con mi hermano por un caballo como si no llevara la mano chorreando sangre. O de aquella caída por las escaleras, cuando me dejé media rodilla en las piedras y aun así me levanté antes de que nadie pudiera correr hacia mí.

De todas esas veces en que yo me creía invisible, y él, por lo visto, estaba mirando.

Capítulo 15



«ISEABAIL»

El claro ya está delante. Veo el brillo bajo del fuego, el movimiento de Torren junto a la leña, la silueta de Altair enderezándose desde la olla y la de Colum.

Finn me deja sobre la manta como si yo fuera algo que puede romperse y, al mismo tiempo, como si no tuviera ninguna paciencia para las cosas frágiles. Esa mezcla suya debería resultarme insoportable.

Me resulta peor.

Me resulta familiar.

Apoyo una mano en el suelo para no doblarme del todo y noto enseguida la punzada en el costado, seca, honda, de las que no piden permiso y se quedan a vivir donde no las llaman.

El muslo, por su parte, arde con una mala idea propia.

Torren ya viene con la sonrisa puesta.

—Tengo muchísima curiosidad por saber qué parte exacta del paisaje te ha declarado la guerra.

Finn ni siquiera lo mira cuando se arrodilla delante de mí y empieza a abrir una bolsa que le tiende Broen.

—Deja de estorbar.

—Qué carácter —murmura Torren, encantado—. Y yo que solo venía a ofrecer sensibilidad.

Altair se queda mirándonos un segundo. Luego a mí. Luego a Finn. Lo bastante para ver el pecho desnudo, el tartán mal puesto, mi falda revuelta, la cara nada divertida de uno y la mía demasiado encendida para una simple caída.

—¿Qué tiene? —pregunta, de esa forma seca.

—Tal vez algún rasguño en la cadera —responde Finn sin bajar la vista hacia mí, como si hablar de mi cuerpo delante de otros hombres le supiera a hierro—. El muslo está abierto. El costado no me gusta.

Torren se aclara la garganta con una solemnidad completamente falsa.

—¿Qué demonios intentabas hacer? ¿Escaparte? —pregunta.

—Ya llegaremos a eso después —amenaza Finn subiendo los ojos a los míos.

—Por delicadeza, supongo, me retiraré unos pasos. Aunque quiero dejar constancia de que me sacrifico mucho más de lo que se valora —añade Torren.

—Pues hoy el milagro viene completo —murmuro.

Colum deja escapar una risa por la nariz y se acerca ya con una jarra de agua limpia y un paño en la mano.

—Ah, estupendo. Si todavía insulta, no se nos rompe del todo.

—Si la costilla estuviera quebrada, no tendría ganas —comenta Broen.

Finn ya ha cogido hilo, aguja, un frasquito pequeño y un cuchillo fino. Los deja al alcance de la mano, uno a uno, sobre la manta. El gesto es simple, pero vuelve real lo que hasta ahora era solo escozor, barro y tensión.

—Fuera —dice, sin mirar a ninguno.

Torren mira los útiles. Luego mi falda. Luego mira a Finn.

—Ah —dice, con una comprensión repentina y completamente falsa —. Ya veo. La herida está en terreno diplomático.

—Torren —advierte Finn.

—No, no, si lo entiendo. Hay fronteras delicadas. Zonas de conflicto. Tierras reclamadas por clanes antiguos.

Se me sube el calor a la cara con tanta violencia que casi agradezco la sangre, el dolor y la posibilidad de morir antes de tener que seguir escuchándolo.

—Una palabra más y te coso la boca —dice Finn.

Colum ladea un poco la cabeza, muy serio, que es como peor se pone.

—A mí me parece prudente retirarnos. Nuestro amigo ha desarrollado de pronto un sentido muy agudo de la propiedad.

Altair, que está demasiado quieto para no estar disfrutando, mira a Finn con una ceja apenas levantada.

—Conmovedor.

Finn levanta por fin la cabeza.

No hay humor en su cara. Ni una hebra.

—He dicho fuera.

El silencio dura poco. Lo justo.

Torren levanta las manos con una sonrisa y se aparta hacia el arroyo. Colum lo sigue, más por inteligencia que por obediencia.

—Si necesitas cuatro manos, silba —se ofrece Altair.

Finn levanta por fin la cabeza y le dedica una mirada de lado.

—Ni de coña.

Altair sonríe apenas y se aleja.

Ya no estamos solos del todo, pero sí lo bastante. El fuego queda entre nosotros y los otros, que se mueven alrededor del claro con ese respeto raro que tienen los hombres que comparten más cosas de las que dicen.

—A ver, Lady Desastre —murmura, cogiendo la jarra y echando agua sobre el paño—. Vamos a intentar que mañana sigas teniendo dos piernas útiles y no dos mitades mal avenidas.

—Qué manera tan preciosa de consolar a una mujer herida.

—Primero el muslo —dice ya más bajo.

No pregunta. Tampoco ordena. Lo deja ahí, con una llaneza que no me da mucho sitio para protegerme detrás del sarcasmo.

Lo intento igual.

—Qué sorpresa. Pensé que empezarías por una charla moral sobre los riesgos de intentar escaparse.

La comisura de su boca se mueve apenas.

—La charla moral te la daré mañana, cuando te duela lo suficiente para aprender algo.

—Pero no me estaba escapando.

—Mañana.

Se arrodilla frente a mí y, por un momento atroz, el mundo entero se reduce a esa posición: Finn Shaw de rodillas entre mis piernas, el fuego lamiéndole el perfil, la noche encima, yo sentada con la falda revuelta y el cuerpo latiéndome por dentro como si supiera algo que la cabeza todavía intenta negar.

Eso me calienta la cara de una manera completamente impropia para una mujer que todavía puede oír en su cabeza a la abadesa asegurando lo pecaminoso que es tener pensamientos impuros con los hombres.

Él posa una mano en mi tobillo y me sostiene la mirada apenas un segundo.

—Voy a subirte la falda. Mucho, pero intentaré no dejar al descubierto más de lo necesario.

La frase se queda entre nosotros como una brasa mal apagada.

Asiento con la cabeza y él recoge la tela con dedos firmes, sobrios.

La sube despacio. Muy despacio. Sin esa ceremonia falsa de hombre que quiere demostrar que no está mirando. Claro que mira. Tiene que hacerlo. Y yo noto cada dedo suyo en la falda, cada pliegue que sube, cada tramo de piel que va quedando al descubierto con una claridad ofensiva.

Rodilla.

Muslo.

Más.

La tela llega arriba, muy arriba, al pliegue de mi ingle, y de pronto tengo la pierna entera abierta delante de sus ojos.

El raspón se ve entero ahora. No era solo una fealdad sangrante. Es peor. La piedra me ha desgarrado la piel en una franja larga y torcida por la cara interna del muslo, con puntos donde la carne se ha abierto de verdad y el borde enrojecido llega peligrosamente cerca de la entrepierna.

Demasiado cerca.

Finn no dice nada durante varios latidos.

No sé si me tranquiliza más o me trastorna más.

Tiene la vista fija en el raspón, sí, pero no hay indiferencia en esa concentración. Hay demasiado control. Demasiado de él sujetándose por dentro para no tocar más de lo necesario, para no mirar más de lo imprescindible, para no dejarme ver hasta qué punto está sintiendo el peso de todo esto.

Me gustaría que se pusiera rojo.

Me gustaría más que sonriera.

En lugar de eso, se queda quieto, con la boca cerrada y un músculo tensándosele en la mejilla.

Al final exhala muy despacio.

—Bonito no te lo has hecho. Te dejará una cicatriz.

—Gracias. Tu delicadeza me sana.

La comisura de su boca se mueve apenas. No llega a sonrisa. Es otra cosa más seca, más cansada.

—A tu futuro esposo igual no le entusiasma encontrarse media batalla en la cara interna del muslo.

Yo alzo la barbilla un poco, aunque la postura me tire del costado.

—Pues que no mire.

Eso sí consigue que levante los ojos a mi cara.

Me sostiene la mirada un segundo entero, con la mano todavía apoyada en mi tobillo, abierta sobre la piel, para sujetarme el muslo a un lado. Cuando habla, la voz le sale baja, tan serena que casi duele más.

—Ojalá bastara con eso. Algunos hombres —añade al cabo— no apartan la vista de lo que creen suyo. Miran justo donde no deben, preguntan lo que no les corresponde y luego le llaman honor a esa costumbre de tasarlo todo. La cicatriz le molestará menos que el hecho de no haber sido él quien decida qué significa.

Acerca el paño mojado a mi piel.

—Esto va a escocer —dice.

—No me había hecho ilusiones con una experiencia agradable.

—No me hagas reír mientras te limpio grava de ahí. No me interesa descubrir de cuántas maneras puedes empeorarlo.

La respuesta me sale cansada. Más verdad que orgullo.

—No intento empeorarlo. Solo intento no parecer una pobre imbécil abierta de piernas delante de ti.

Él se queda quieto.

Muy quieto.

El paño no llega a tocarme aún. Su mano tampoco se mueve. Solo levanta despacio la vista de la herida a mi cara, y lo que hay en sus ojos esta vez no es broma ni paciencia ni cansancio.

—No pareces imbécil —dice al fin—. Pareces una mujer herida que sigue intentando negociar hasta con el suelo para no darle a nadie el gusto de verla caer.

La frase me golpea peor que la piedra.

Porque da en el blanco.

Porque me ve.

Porque lo hace sin ternura fácil, sin consolarme como a una niña, sin rebajarme para aliviarme.

Me ve y punto.

Se me llena la garganta de algo completamente inútil. Qué momento tan inoportuno para descubrir que todavía hay frases que me tocan donde no llevo armadura.

—No deberías saber esas cosas —murmuro.

—No. Probablemente no.

—Y, sin embargo, las dices.

—Solo cuando no me dejáis otra salida.

El plural me hace gracia. Mínima. Triste. Ridícula.

—¿Quiénes?

—Tú, la herida, la noche, mi pésimo juicio. Ve eligiendo el orden.

Yo lo veo acercarse a mi muslo y me preparo para el dolor. Lo que no me preparo es para la forma en que me apoya primero la mano en la parte alta de la pierna, con la palma abierta, firme, sujetándome por debajo de la ropa. Con el pulgar arriba justo en el pliegue y los otros dedos rodeando la parte inferior tan cerca de mi nalga o mi sexo o lo que sea que hay ahí que mi respiración da un tirón.

—No te pongas dura como una tabla —dice, y la voz le sale más ronca que antes—. Respira.

—Qué fácil de decir.

—Créeme. Para el hombre que la ha dicho tampoco es una fiesta.

Y entonces limpia.

El paño húmedo pasa por la herida y el escozor me atraviesa el muslo de lado a lado. Se me escapa el aire en un jadeo feo. Instintivo.

Él sigue limpiando, lento, meticuloso, apartando barro, grava, sangre, y cada vez que el paño roza más arriba yo siento que el cuerpo se me desordena un poco más.

No es solo dolor.

Ahí está el problema.

Que no es solo dolor.

La mente puede inventarse todas las explicaciones que quiera. Que estoy sensible. Que estoy avergonzada. Que me duele.

Pero el cuerpo, el muy traidor, está diciendo otra cosa. Lo dice en el pulso disparado, en el calor bajo el vientre, en la forma en que mis piernas quieren cerrarse y abrirse a la vez.

Finn levanta la vista cuando se me escapa un sonido pequeño, roto, que no me gusta haber hecho delante de él.

No me pregunta si duele.

No es imbécil.

—Respira —repite.

Lo dice muy bajo. Muy cerca. Como si fuera una orden, un ruego y una blasfemia al mismo tiempo.

Respiro.

Peor.

Porque al hacerlo noto mejor el peso de los dedos donde me sostiene, el pulgar encajado en el pliegue, demasiado cerca de la línea oscura y húmeda de mi sexo. Y me entran unas ganas tan brutales y tan poco recomendables de apretarme contra esa mano que tengo que clavar la otra en la manta para no hacer una locura.

Él sigue limpiando. Una y otra vez. Cada pasada más delicada y más insoportable que la anterior.

—Finn —susurro.

No sé para qué lo llamo. No tengo nada digno que decir.

—No empieces a hablarme así —murmura—. Bastante tengo con lo que tengo delante.

—No sabía que una herida te pusiera tan nervioso —consigo decir.

—La herida no.

Suelta la verdad como quien lanza una piedra al agua y luego finge que no le interesa contar las ondas.

Pero se le nota en cosas pequeñas como la forma en que la respiración se le baja de golpe, como si de pronto le pesara más el aire. En el músculo que se le tensa en el cuello antes de seguir.

Eso, por alguna razón que me hará arder en el infierno, me da una sacudida de alivio.

—Quieta —dice muy bajo.

–Lo intento, por el amor de Dios. Y tú haz el favor de no me hablarme así, como si fuera una yegua desbocada.

Eso le hace esbozar una de esas sonrisas suyas, breves y ladeadas, que parecen salirle a pesar suyo cuando una frase le da justo en el sitio donde vive el humor que usa para no dejarse tragar por nada.

—No compares —murmura—. A una yegua desbocada la entendería mejor. Tú, en cambio, haces las locuras con argumentos que solo tú comprendes.

—Eso es porque tengo una profunda formación.

—Eso es porque Dios te dio lengua para compensar lo poco que le interesó darte prudencia.

La respuesta me arranca una exhalación que casi es risa y casi es queja. El costado protesta en cuanto me muevo un poco y él, sin decir nada, afianza mejor la mano en mi muslo para que no cierre las piernas.

Ese gesto, tan necesario y tan insoportablemente íntimo, me roba otra vez el aire por el peor sitio.

Cuando termina de limpiar, el raspón sangra un poco más, pero ya se ve claro dónde se ha abierto de verdad y dónde es solo piel arrancada.

Finn deja el paño a un lado. Coge el frasco pequeño, lo destapa y vierte un poco de aguardiente sobre otro trozo de tela.

—No —digo enseguida.

Él ni pestañea.

—Sí.

—No hace falta.

—Hace falta mucho.

—Finn.

—Mírame.

—No pienso mirarte mientras me quemas viva.

—No me hagas atarte, Iseabail.

La frase me golpea en una parte del cuerpo que no tiene nada que ver con la herida.

—Eres un animal.

—Ahora mismo, soy el animal que intenta que no se te inflame el muslo.

Vierte el aguardiente antes de que pueda contestar.

El dolor no escuece. Muerde. Sube por la cara interna del muslo como si me hubieran prendido fuego desde dentro, me trepa hasta la cadera, me golpea el costado y me deja sin aire. El cuerpo intenta cerrarse solo, protegerse, huir de su mano, pero Finn me sujeta con una firmeza brutal, la palma abierta bajo la ingle, el pulgar clavado en la carne sana, los dedos rodeándome el muslo por debajo.

Se me escapa un gemido.

Finn cierra los ojos un segundo.

Solo uno.

Se inclina un poco más. El fuego le dora el hombro, la garganta, el borde de la mandíbula. Su pelo sigue húmedo en las sienes.

—Quieta —dice entre dientes.

No puedo.

No puedo ser digna, ni decente, ni razonable.

Se inclina más sobre mí para impedir que me mueva, y entonces su hombro queda justo ahí. A la altura de mi boca. Caliente, lleno de ese olor a agua, piel y hombre.

Así que hago lo único que tiene sentido para mí en ese momento.

Le muerdo.

Fuerte.

El músculo se le endurece bajo mis dientes. El cuerpo entero se le tensa, pero no se aparta. Ni un palmo. Ni una maldita sacudida que me permita fingir que le duele. Solo se queda ahí, inclinado sobre mí, respirando por la nariz, con la mano firme en mi muslo y la otra limpiando la herida con una precisión cruel.

—Joder —murmura.

Pero no me aparta. Aguanta.

Y eso me altera de una forma absurda, casi peor que el dolor. Porque no hay nada limpio en morder a un hombre medio desnudo mientras tiene la mano a un suspiro de tu sexo. Nada decente. Nada sensato. Nada que pueda explicarse sin mentir mucho.

Cuando el primer golpe del aguardiente pasa, aflojo los dientes.

Su piel queda marcada. Roja. Hundida en dos medias lunas pequeñas.

Finn baja la mirada hacia su hombro, luego hacia mí.

—Si querías marcar territorio, Lady Gordon, podrías haber elegido un momento en el que no tuviera la mano ocupada salvándote la pierna.

Se me vacía la cabeza.

—No era…

—Ya —murmura—. Accidental. Como todo lo tuyo.

Deja el paño a un lado y coge la aguja. La mira al fuego, luego al hilo, luego a mi muslo.

—Voy a dar cuatro puntos —dice—. Cinco si te empeñas en moverte como un demonio.

—Eres malo.

—Estoy intentando animarnos a los dos. Algo de maldad me tendrás que permitir.

Lo dice sin levantar la vista y, sin embargo, me sale una sonrisa. Pequeña. Fatal. No dura porque en cuanto la aguja entra me doblo hacia delante con un sonido ahogado y el costado protesta al mismo tiempo, enviándome una punzada tan fea que me deja medio ciega de un segundo.

—Eh —murmura Finn—. Ya queda poco.

Él baja la cabeza un poco más. Tanto que la próxima palabra me roza casi la boca.

—No me casaré —murmuro.

—No te pongas ingeniosa ahora, que bastante tengo ya.

La segunda puntada me deja la frente húmeda y la respiración mal. La tercera casi no la noto como debería.

O quizá la noto demasiado.

Porque cuando intento cerrar la pierna por puro instinto, Finn afianza la mano para impedírmelo y el pulgar se le hunde un poco más arriba, en ese pliegue blando entre las piernas. La base de su dedo roza el interior caliente de mi sexo, lo justo para que el dolor y otra cosa se mezclen de una forma tan brutal que se me vacía la cabeza.

No se da cuenta al principio.

Yo sí.

Lo noto entero.

Y yo siento, con una claridad espantosa, unas ganas salvajes de cerrar las piernas contra sus dedos, no para apartarlo, sino para buscar más presión justo ahí.

Y el gemido que se me escapa, lo hace quedarse inmóvil una fracción de segundo en la que mira su mano y luego mi cara.

Yo no respiro.

Él tampoco lo hace bien.

—Iseabail… —dice, y mi nombre le sale más bajo que antes. Más grave. Como si la herida hubiera dejado de ser lo único peligroso.

Luego traga saliva.

—¿Esto te alivia el dolor? —murmura.

—Sí —respondo sin adornos.

El pulgar no se mueve al principio.

Solo presiona un poco más, muy despacio, con una cautela tan feroz que resulta peor que cualquier brusquedad.

La presión cae justo en ese punto donde mi sexo palpita. Y empuja a un lado el dolor, lo confunde, lo mezcla con algo más oscuro y más cálido, que se me enrosca bajo el vientre como si llevara años

esperando una excusa miserable para despertar y me hace abrir la boca sin saber si voy a quejarme o a pedirle que siga.

—Es increíble que en medio de todo esto puedas… sentir placer. Es como si te rieras del dolor.

—En el convento aprendí que el dolor servía para algo.

Su pulgar se queda quieto, pero vuelve a coser.

—¿Para qué?

Trago saliva. Miro la aguja, el hilo, la sangre limpia en mi muslo, cualquier cosa que no sea su cara.

—Para callar lo demás.

El fuego cruje. Una rama revienta en la hoguera con un chasquido pequeño. Los otros están lejos, o fingen estarlo. El mundo entero parece haber decidido mirar hacia otro lado justo cuando yo no puedo mirar a ninguna parte sin encontrarme con él.

—Cuando algo dolía bastante —digo, y la voz me sale más serena de lo que me siento—, dejaba de pensar, de oírme o recordar dónde estaba, quién me había dejado allí, cuánto tiempo faltaba para que alguien abriera la puerta. Era una forma miserable de descansar, supongo.

Su cara se ha cerrado de esa manera suya que no es frialdad, sino violencia contenida mientras su pulgar se queda quieto.

—Allí muchas lo llamaban penitencia. Se ponían cilicios, se azotaban la espalda, se abrían la piel rezando como si Dios estuviera contando las heridas. Pero yo creo que intentaban no romperse por dentro. La tristeza, la soledad, la culpa, la ira… todo eso también sangra, Finn. Y a veces una necesita que algo duela fuera para dejar de oír lo que duele dentro.

—¿Y esto? —pregunta al fin.

Mueve el pulgar apenas con un roce lento, medido, en ese pliegue caliente donde el dolor se desordena y mi cuerpo deja de obedecerme del todo.

El placer me atraviesa sucio y breve, mezclado con el tirón de la puntada, y se me escapa otro sonido. Más bajo. Más mío. Peor.

—Esto es mucho mejor —respondo sin fuerzas para mentir.

Finn traga saliva.

No como antes.

Esta vez se le nota. En el cuello. En la boca que se le queda un poco abierta antes de cerrarse. En el modo en que la mano de la aguja se detiene sobre mi muslo y la otra, la imperdonable, la que tiene el pulgar donde no debería, deja de parecer solo una sujeción.

Durante un latido entero no cose.

No respira bien.

Me mira como si acabara de oírme decir algo en una lengua que entiende demasiado.

—No digas eso así —murmura.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras que me olvide de para qué tengo las manos encima de ti.

El pulgar se mueve entonces de nuevo.

Una presión lenta, corta, deliberada ya. No entra más. Solo insiste en ese punto maldito donde mi cuerpo grita por su atención.

Se me escapa el aire.

Finn baja la vista a mi boca. Luego a mi muslo. Luego a su propia mano, como si quisiera odiarla y no pudiera del todo.

—Maldita sea —dice en voz baja.

No parece dirigido a mí.

Peor.

Parece dirigido a él.

—Finn…

—No —me corta, pero la palabra le sale sin fuerza suficiente para ser una orden—. No lo digas así tampoco.

—¿Cómo?

Levanta los ojos.

El verde se le ha oscurecido con el fuego, con la noche, con algo que no tiene nada que ver con la herida.

—Como si no supieras lo que me estás haciendo —dice—. Sigue hablando. Intentaré terminar esto de alguna manera medio decente.

Y no sé si es una orden, una invitación o una forma elegante de ponerme el cuchillo para que me abra yo sola y lo hago.

—Ningún marido verá mi cicatriz. Estoy deshonrada. ¿Recuerdas? —murmuro, y esta vez sí dejo que me salga toda la bilis vieja—. Soy una mujer ligera, de baja moral, a la que encontraron de rodillas con la mano en…

Se me corta la voz.

No porque no sepa terminar la frase.

Porque los dos sabemos perfectamente cómo termina.

Finn, por supuesto, sí tiene el descaro de acabarla por mí.

—…mí.

La palabra cae entre nosotros y, durante un segundo atroz, la escena se dobla sobre sí misma con una perfección tan humillante

que hasta dan ganas de aplaudirle al destino.

Ahora es él el que está de rodillas, entre mis piernas, con su mano en mi sexo.

La boca se le mueve apenas. No en sonrisa. En cansancio.

—No. No estás deshonrada. Estás marcada por una historia que otros contaron por ti. Que no es lo mismo.

—Qué consuelo.

—No pretendía consolarte —murmura seco—. Si te hubieran encontrado besando a un hombre, te habrían llamado liviana. Si hubiera sido rechazándolo, altiva. Si te hubieran encontrado llorando, débil. Si hubiera sido riendo, perdida. No era tu honra lo que querían conservar. Era tu obediencia. No confundas una cosa con la otra.

—Estoy deshonrada —murmuro, porque sigue siendo la palabra que me han metido dentro a golpes y a rezos—. Eso no va a cambiar porque tú te pongas listo.

Su pulgar presiona más cuando digo «deshonrada».

Tal vez por rabia. Tal vez porque esa palabra le entra en la mano antes que en la boca. Tal vez porque Finn Shaw tiene el don espantoso de encontrar siempre el sitio exacto donde una frase se queda sin fuerza.

El caso es que presiona.

Y mi cuerpo responde.

La humedad me sube despacio, caliente, vergonzosa, contra su dedo. Siento cómo se vuelve más resbaladiza la piel bajo su pulgar, cómo el pliegue blando cede un poco, cómo el latido de la herida y el otro, el profundo, el indecente, empiezan a hablarse en un idioma que me deja sin defensa.

Finn lo nota.

Lo nota en el mismo instante en que yo intento fingir que sigo entera.

Baja la mirada apenas. No del todo. Solo lo justo para comprobar dónde tiene la mano, dónde estoy yo, cuánto de mí acaba de entregarse sin permiso de mi orgullo. Después mira hacia el otro lado del claro. Hacia Torren, hacia Colum, hacia Altair moviéndose junto al fuego como si el mundo siguiera en orden.

Nadie mira.

Nadie parece oír nada más allá del agua, la leña y sus propias voces.

Finn vuelve a mí.

Y entonces mueve el pulgar.

Despacio.

Una presión corta hacia arriba, rozando el borde más sensible, y luego hacia abajo, apenas, con una lentitud calculada que me arranca el aire de la garganta antes de que pueda convertirlo en palabra. No es una caricia grande. Es peor. Es exacta. Un roce mínimo, mojado ya por mí, escondido bajo mi falda levantada, entre la herida y el pecado, mientras su otra mano sostiene la aguja como si aún pudiera fingir que esto forma parte de curarme.

—Eso —dice en voz baja, con la mirada clavada en la mía— no es deshonra.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes —replico, y ahí sí me sale más aire del debido, más bilis, más herida—. Tú perdiste un puesto. Tuviste que irte. Casi te matan. Lo sé. Y no voy a fingir que eso fue poco. Pero tú pudiste convertirte en otra cosa después. En un cuervo. En un hombre peligroso. En una leyenda si te daba la gana. Yo no. Yo me quedé siendo la hija del conde de Huntly que no había sabido cerrar las piernas ni la boca. La que ya no servía para nada decente.

La última frase me sale peor. Más baja. Más rota.

—Eso —murmuro—, significa que ningún hombre querrá casarse conmigo. Y, si lo hace, será para recordármelo después. Para cobrárselo. Para creer que ha comprado barato lo que otro tocó primero.

Ahora sí.

Ahora sí se queda muy quieto.

No de esa quietud vacía de Broen. De la otra. La de Finn cuando una frase le entra demasiado hondo y él tiene que elegir muy bien por dónde sale.

Y su pulgar se hunde más y presiona más fuerte. Como si, de pronto, me sujetara mejor. Y yo contengo las ganas de poner mi mano sobre él para que apriete más fuerte.

—Eso —dice al fin, y la voz le sale más grave, más limpia, más peligrosa— es un mercado. Y una mujer no tendría que aceptar jamás el idioma de los hombres que la pesan así.

Yo suelto una risa breve. Mala. Sin alegría ninguna.

—Qué consuelo. Luego se lo explico al siguiente pretendiente mientras me mira como si estuviera comprando una yegua con un defecto en la grupa.

La comisura de su boca se tensa.

—Si un hombre te mira así, no merece una esposa. Merece que le rompan la boca. Un hombre decente no te rechazaría por lo que pasó aquella noche. Te querría a pesar del escándalo, o con él, o contra él. Pero no por debajo de él. Si te rechaza por eso, no te está rechazando a ti. Está rechazando la incomodidad de tener que enfrentarse a otros hombres para sostener a su propia mujer.

El pulgar vuelve a subir.

Esta vez se hunde un poco más.

Lo justo para que la presión me abra por dentro una necesidad torpe, caliente, furiosa. La puntada tira de la piel al mismo tiempo y el dolor se mezcla con el placer hasta volverlo todo confuso, brutal, casi insoportable. Se me escapa un gemido. Pequeño. Roto. Demasiado mío.

Finn gira la cabeza de inmediato.

Mira hacia el fuego.

Torren está de espaldas. Colum se agacha junto a una bolsa. Altair remueve algo en la olla con la indiferencia elegante de un hombre que quizá lo ve todo y decide no salvar a nadie.

Finn aprieta la mandíbula.

Cuando vuelve a mirarme, tiene los ojos más oscuros.

—Baja la voz —murmura.

La orden me atraviesa peor que el aguardiente.

—Entonces deja de hacer eso.

Su boca se mueve apenas. Una amenaza de sonrisa. Una ruina.

—Estoy cosiéndote.

—Mientes fatal.

—Hoy sí.

Y vuelve a hacerlo.

Arriba. Abajo. Apenas un viaje de su pulgar, lento y húmedo, siguiendo el pliegue caliente con una precisión que me deja temblando de rabia y deseo. No entra del todo. No necesita hacerlo. Se queda ahí, en el límite, jugando con él, empujando mi cuerpo hacia una respuesta que me avergüenza y me salva a la vez.

La aguja entra otra vez.

El pulgar presiona al mismo tiempo.

Me muerdo el labio para no volver a gemir y él lo ve. Claro que lo ve. Me mira la boca como si acabara de descubrir otro problema que no piensa solucionar de forma sensata.

Presiona de nuevo, un poco más hondo, y se me arquea la cadera contra su mano antes de que pueda impedirlo.

—Hablas como si quedaran hombres decentes —jadeo.

Esa vez sí sonríe. Muy poco. Cansado.

—Quedar, quedan. El problema es que la mayoría son mucho menos entretenidos que los indecentes.

Y, maldita sea, esa pequeña grieta de humor me salva. No porque aligere lo que ha dicho, sino porque lo deja respirar. Porque sigue siendo Finn. Porque incluso aquí, con mi muslo abierto y la historia vieja sangrando entre nosotros, se niega a convertir esto en un sermón o en una escena de lástima.

—Qué suerte la mía —murmuro—. He arruinado mi porvenir por un hombre divertido.

Él baja la vista a la herida. Luego vuelve a mí.

—No. Arruinaste tu porvenir por un grupo de personas que necesitaban creer que tú habías hecho algo irreparable para no admitir que tu libertad les da miedo. Yo solo tuve la mala costumbre de estar allí.

—Tú también estabas allí —murmuro—. No eras solo un mueble mal colocado.

La frase, por alguna razón, le hace bajar un poco la cabeza. Casi parece una risa. Casi.

—No. Desde luego no era un mueble.

El silencio que cae después no se parece a los otros. No pesa igual. Este no viene del roce, ni de la herida, ni de la vergüenza de tenerme así delante de él. Viene de otra parte. De un sitio más viejo y más hundido, donde llevo años guardando una pregunta que nunca ha dejado de pudrirse sola.

La saco igual.

No con rabia. No del todo. Peor. Me sale baja, cansada, con demasiados años dentro.

—Podrías haber dicho algo.

Sé que es injusto en cuanto lo digo.

Lo sé.

Broen acaba de contarme cómo lo encontraron. Sé que un hombre no se levanta de una zanja con la espalda abierta para defender el honor de nadie. Pero hay heridas que no buscan justicia cuando hablan. Buscan al primero que estuvo allí cuando empezó todo.

Finn no aparta la mano de mi sexo. Tampoco la aprieta más. Se queda inmóvil un instante, con esa quietud suya que no es vacía, sino peligrosa, porque siempre significa que está eligiendo con cuidado por dónde no mentir.

—¿Algo como qué? —pregunta al fin.

—No te hagas el idiota conmigo ahora. —Lo miro de frente, aunque la postura me tira del costado y la vergüenza me esté abrasando viva—. Podrías haber dado un paso al frente en ese momento o haber vuelto por mí. Podrías haber dicho… algo. Lo suficiente para que no pareciera que yo era la única que estaba allí haciendo el ridículo.

Su boca se tensa apenas. No en enfado. En dolor. En esa clase de gesto que no busca defenderse, pero tampoco va a regalarme una respuesta suave para que me quede tranquila.

—¿Ofrecerme? —dice.

No me gusta que nombre la idea tan limpia, como si al ponerle forma la volviera más absurda.

—Sí.

Finn baja la vista un momento. No para huir de mí. Para pensar bien. Cuando vuelve a mirarme, ya no queda en su cara ni una hebra de humor.

—No estaba en condiciones de ofrecer nada a nadie, Iseabail. Ni en ese momento ni después.

La frase me golpea porque es verdad y, al mismo tiempo, no basta.

Se me nota en la cara. Claro que se me nota.

—Y aunque lo hubiera estado… —añade, levantando los ojos otra vez a los míos— …no era una posibilidad.

Eso duele más.

Mucho más.

Porque no lo dice con desprecio. Ni con superioridad. Lo dice con una claridad que no deja hueco para interpretaciones dulces.

Y entonces aparta el pulgar.

Despacio.

Mucho más despacio de lo necesario.

Me deja un frío absurdo en la piel, una ausencia caliente. Y utiliza las dos manos para cerrar el punto, tensar el hilo y hacer el nudo con una precisión casi cruel. Como si, de pronto, necesitara convertir toda esa indecencia en trabajo. En herida. En algo que pueda terminarse.

¿Nunca preguntaste por mí?

—Sí.

—¿Y qué te dijeron?

—Que estabas en Francia. No quise saber más. Y no, no sabía que iban a encerrarte ahí. Si lo hubiera sabido… —Se calla un segundo, no por indecisión, sino porque está tragándose una imagen que ahora sí conoce y entonces no conocía—. Yo pensé que te habían casado rápido. Con algún hombre de tu rango. Uno aceptable, uno útil, uno de esos que sirven para tapar un escándalo y seguir fingiendo que las casas decentes siguen siendo decentes por dentro. No pensé… —Se interrumpe, y esta vez la pausa sí tiene algo más oscuro, más personal—. No pensé que iban a intentar arrancarte el carácter a golpes. No lo vi venir. Y eso también me pesa.

No aparto los ojos de él.

—Y por eso no dijiste nada —murmuro—. Porque pensaste que era mejor que otro cargara conmigo.

Me mira como si esta conversación también tuviera que coserla con el mismo pulso con el que me ha cerrado la herida.

—No —dice al cabo, y la voz le sale baja, limpia, sin defensa fácil—. No porque otro cargara contigo. Porque yo no podía.

No me sirve.

—Contigo siempre había algo que no podías —murmuro—. Algo que no debías. Algo que te impedía dar un solo paso que no fuera hacia atrás.

No levanto la voz. No hace falta. La herida que de verdad sangra nunca necesita gritar.

La comisura de su boca se mueve apenas. No en sonrisa. En fatiga.

—Sí —admite.

No discute eso. No me lo envuelve. No me dice que exagero.

Peor.

Corta el hilo sobrante con el cuchillo pequeño. Se queda un instante con la mano apoyada en mi rodilla, más tiempo del necesario, y sé sin mirarlo que él también lo sabe. Cuando la aparta, lo hace despacio. Mucho.

Entonces me baja la falda para cubrirme entera.

—No me mires como si yo hubiera elegido tu encierro —añade—. Elegí otras cosas mal. Esa no. Lo sé mejor que tú, porque fui yo quien tuvo que tragárselo y quedarse quieto.

—Podrías haberlo intentado.

La frase sale pequeña. Mucho más de lo que querría. No suena a desafío. Suena a lo que es. A una vieja herida que sigue queriendo una respuesta imposible aunque sepa que no existe.

Finn me sostiene la mirada. No me contradice enseguida. Tampoco se apresura a consolarme, y se lo agradezco casi tanto como lo odio.

—No —dice al cabo, muy bajo—. Podría haberlo hecho por mí. Eso sí. Podría haberme dado el gusto de creer que estaba peleando por ti. Pero no habría sido por ti. Habría sido por mi orgullo, por mi culpa o por mi estupidez. Y a la mañana siguiente tú habrías seguido siendo la hija de un laird con el nombre manchado, solo que además ligada a un hombre al que ya habían decidido destruir.

Trago saliva, pero no bajo la mirada.

No voy a dárselo todo. No voy a quedarme aquí abierta en canal para que él decida qué parte entiende y cuál no.

Así que hago lo único que sé hacer cuando ya no sé qué hacer.

Atacar.

—Bueno… —digo, y la voz me sale más estable de lo que me siento —. Me alegro de que no lo hicieras.

—¿Ah, sí?

Ahí está. Ese tono. Suave. Peligroso. Nada divertido.

—Sí —añado, sosteniéndole la mirada aunque el corazón me esté golpeando como si quisiera salirse por la garganta—. Porque ahora soy libre. Y estoy bien. Y no necesito la protección de ningún hombre ni su permiso para hacer y pensar lo que me dé la gana.

La frase queda entre nosotros.

Muy bonita.

Muy firme.

Muy mentira en algunas partes.

Mi cuerpo, desde luego, no está de acuerdo con nada de eso ahora mismo.

Finn aparta por fin los ojos.

—Claro —dice despacio.

Y no suena a que esté de acuerdo.

Suena a que está midiendo cada palabra antes de usarla contra mí o, peor, contra él mismo.

—Probablemente —continúo, porque ya estoy ahí y no sé parar cuando me hago daño—, de haber acabado casados… te guardaría más rencor del que te guardo ahora.

Eso sí le duele. No lo revela con un gesto grande. Finn no funciona así, pero algo se le apaga detrás de los ojos, una cosa mínima y fea, como una vela que nadie debería haber soplado.

—Puede ser —dice al cabo.

La voz le sale más grave. Más baja. Más suya.

—O puede que no. No me obligues a decirte cosas que sabes de sobra y que no te van a servir de nada esta noche.

Qué desesperación de hombre. Y qué forma tan suya de no mentir y, a la vez, no darme jamás el consuelo entero.

La risa que se me escapa es pequeña, rota y completamente inútil.

—Eres exasperante.

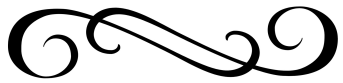
—Eso lleva años sin ser noticia.

Ahí vuelve una grieta de humor, mínima, apenas suficiente para que la escena no se nos hunda del todo en el pasado. No porque quite peso. Porque lo hace respirable.

Él baja otra vez la vista al muslo.

—Ahora quédate tranquila —murmura—. Ya te he concedido demasiada conversación para el sitio donde tenía la mano.

Capítulo 16



«FINN»

No me aparto de su manta enseguida, y en este grupo esa clase de error dura exactamente un latido antes de convertirse en entretenimiento público. La falda ya está en su sitio, la herida cerrada, la costilla comprobada por encima del vestido y sin pinta de estar rota, solo magullada. Es decir: ya no tengo una sola razón decente para seguir arrodillado junto a ella.

Una indecente, en cambio, sí.

Varias, de hecho.

Bajo la vista a mis dedos antes de apartarme del todo. No hay sangre en ellos. Tampoco debería quedar nada más. Me he limpiado las manos, he cerrado la herida, he bajado la falda, he hecho todo lo que se supone que hace un hombre decente cuando una mujer está herida.

Qué maravilla.

Casi parece verdad.

Porque todavía la noto ahí. En la yema del pulgar. En ese sitio de la cabeza donde uno guarda las cosas que no debería desear y, aun así, ha deseado con una claridad miserable.

Iseabail Gordon, la hija del laird, que en Huntly era más prohibida que robarle el caballo al rey, acaba de abrirse bajo mi mano como si

mi nombre no llevara años siendo parte de su ruina.

No hay bastante agua en Escocia para lavar eso.

Ni ganas, por lo visto.

Ese es el verdadero problema.

Debería haber apartado la mano. Cualquier hombre con dos dedos de juicio lo habría hecho.

Yo, en cambio, he presionado y acariciado. Despacio. Y me he regodeado cuando ha empapado mi pulgar. Como si tuviera derecho a aprender el lugar exacto donde su cuerpo empezaba a pedirme más.

Y luego gimió.

Bajo. Roto. Con esa manera suya de entregarse entera.

¿Cómo se saca uno eso de la cabeza?

La suavidad. El calor. La humedad en mi dedo. Su cadera buscándome antes de que la boca pudiera mentir. Ese sonido.

Debería arrepentirme.

Debería.

Me levanto.

Porque si sigo ahí un segundo más, voy a acabar haciendo algo estúpido, como volver a tocarla o prender fuego a un convento.

Broen le ha echado encima dos mantas y le ha dejado otra doblada bajo la cabeza. Ha comido lo justo para no desmayarse, que en ella ya cuenta casi como una muestra de sensatez, y ahora duerme recogida de lado, con una mano escondida bajo la manta y el pelo desparramado sobre la tela como si el cuerpo se hubiera cansado antes que el orgullo.

—Si sigues mirando esa manta así —dice Torren a mi espalda—, va a terminar preñada de pura insistencia.

No me vuelvo enseguida. Me agacho primero para echar una rama más al fuego, porque siempre da mejor imagen parecer ocupado que parecer imbécil, y luego sí alzo la cabeza y me encuentro a los cuatro con esa falta de piedad tan propia de los hombres que te conocen demasiado bien.

—Tú vigila tu propia manta —respondo—. Tiene el aspecto agotado de quien ya ha soportado demasiadas confidencias indecentes.

Colum se ríe por la nariz antes incluso de intentar disimularlo.

—No desvíes el tema. Estoy hablando de esa cara de hombre recién salido de una revelación.

Altair solo inclina un poco la cabeza, me mira un instante más y luego baja los ojos al fuego como si estuviera pensando si merece la pena pincharme ahora o dejarme cocerme solo un rato más.

—¿Está muy mal? —pregunta Colum, que tiene la decencia de mirar primero hacia la manta y no hacia mí.

—Lo bastante para que mañana me dé guerra —contesto—. No lo bastante para quedarse quieta, que es lo realmente grave.

—Entonces sigue siendo ella —murmura Altair.

—Gracias a Dios —añade Torren—. Por un momento temí que el golpe la hubiera dejado sin juicio.

—No hay pruebas de que lo tuviera antes… Le gustaba Finn— murmura Broen.

Ahí está. Así, limpio. Mucho mejor que todos los rodeos idiotas.

Y a eso se ríe hasta Altair.

—Bien. Vamos a lo importante —dice Torren, juntando las manos—. ¿Te duelen mucho los huevos o todavía puedes andar sin apoyo?

Cojo el cuenco que Broen me tiende, me siento en una piedra junto al fuego y pruebo el guiso sin tener hambre, solo por no contestar demasiado deprisa. Con estos, responder rápido siempre empeora las cosas. Responder tarde también, pero al menos una elige el tipo de humillación.

—No más que a ti te van a doler los dientes cuando te parta la cara —digo al final.

—Ah, no —replica Torren, encantado consigo mismo—. A mí eso no me duele. Lo tuyo sí tiene pinta de ser un padecimiento serio. Tienes cara de haber vuelto de ahí más duro que una lanza en desfile y sufrir por ello. Yo no juzgo, solo pregunto por tu salud.

Eso arranca la risa entera de Colum.

Levanto los ojos despacio.

—A ver si os he entendido bien —digo, dejando el cuenco sobre la rodilla—, el diagnóstico es que me he puesto de mal humor porque, por una vez, una mujer no os estaba prestando atención a vosotros. Lo encuentro bastante convincente.

Torren se lleva una mano al pecho.

—Qué feo es verte proyectar.

—Y qué rápido —dice Altair, al fin—. Eso casi parece práctica. Llevo años viéndote cuando te ríes de los demás por meterse hasta el cuello en mujeres imposibles. Solo que ahora el desgraciado eres tú. Deberías agradecer que estamos sentados y no apostando dinero.

—No lo estamos haciendo porque lo normal es que él comience las apuestas y ahora está fuera de juego —le responde Colum.

Broen levanta por fin la cabeza.

—Y ya era hora.

Eso me hace mirarlo.

—Gracias por la lealtad.

—La lealtad no consiste en dejarte hacer el ridículo —responde, tan tranquilo—. Consiste en avisarte de que se te está viendo desde lejos. Que tú antes eras muy valiente cuando el dolor de huevos era ajeno. Se te daba de maravilla dar consejos, soltar sentencias, señalar y tratar de imbécil al prójimo. Ahora, en cambio, llevas diez minutos mirando una manta como si debajo durmiera el juicio final.

No se puede discutir con eso. Menos cuando quien lo dice es Broen, que no gasta palabras si no las cree necesarias.

—Debajo duerme una mujer con una costilla tocada y un muslo cosido —replico—. Perdonadme si no os encuentro tan entretenidos como de costumbre.

—No, si entretenidos estamos —dice Colum con toda su falsa amabilidad—. Lo que no estamos es sorprendidos. Bueno, miento. Yo sí lo estoy un poco. Pensaba que antes te salía antes un chiste que una erección.

—Colum —murmuro.

—¿Qué? Estoy intentando no ser cínico. Torren es demasiado bruto para estos matices.

El fuego cruje entre nosotros. Detrás, al otro lado de la sombra, la manta no se mueve. O eso me digo. No miro. Esta vez no. Ya me han cazado una vez. Darles una segunda sería vulgar.

Cojo otra cucharada de guiso y mastico sin hambre, solo por ocupar la boca y no decir nada peor. El calor me baja al estómago, pero no sirve para apagar el recuerdo de hace un rato. El muslo abierto sobre la manta. La forma en que me ha dicho una verdad detrás de otra sin adornar ninguna. Y, por debajo de todo eso, el detalle más miserable de todos: que sigo notando en el pulgar el sitio exacto donde la tuve.

—Hacía años —dice Broen, ya más bajo, casi satisfecho— que no veía un dolor de huevos tan evidente.

Eso hace que los demás se rían a carcajadas.

—La diferencia —dice Altair— es que a otras las hacía reír. Con esta no lo consigue.

Torren vuelve la cabeza hacia él.

—Mira qué serio se ha puesto el otro ahora. Dan ganas de pegarle.

—Pégate tú —replica Altair—. Yo estoy ocupado viendo cómo Shaw descubre que hay mujeres con las que no le sirve el papel de tabernero gracioso.

—No pienso tener esta conversación.

—La estás teniendo —murmura Colum.

—Y desde hace rato —añade Altair.

Torren se levanta sin prisas, con esa energía suya de hombre que disfruta de lo que viene.

—Así que la dama, que la última vez que la viste te agarró el rabo delante de un sacerdote, ahora duerme con tu manta encima, y tú vuelves con esa cara. —Hace un gesto vago hacia mi cuerpo entero —. Qué bonita historia de reencuentro.

—Cierra la boca.

—La cierro. —La cierra. La abre—. Normal, por cierto.

—¿Normal qué?

—Que vuelvas así. —Se encoge de hombros—. Las primeras piernas nobles que ves en tu vida y encima son las mismas que ya te metieron en un armario. Hay una continuidad ahí que casi me parece romántica.

—No son las primeras —digo al fin, metiéndome otra cucharada de guiso en la boca.

Torren parpadea. Colum levanta la vista. Altair sonríe ya sin piedad.

—Mira qué bien —dice Torren—. Entonces no es ignorancia. Es preferencia.

Esta vez no lo mando al infierno. No hace falta. Me limito a sonreír, pequeño y mal, mientras miro el fuego y admito, aunque solo sea para mí, que el muy cabrón no va tan desencaminado.

Me paso una mano por la boca y miro un momento hacia la manta, solo un momento, lo bastante para confirmar que sigue dormida y lo suficiente para no regalarles otra fiesta. Error. Torren lo caza igual.

—Lo hace otra vez —dice, con una felicidad completamente indecente—. Va a dejar esa manta con un agujero de tanto mirarla.

—Tú lo que llevas años esperando —respondo— es verme pillado por una mujer para poder vengarte de todos los sermones que he dado.

—No —dice Torren—. Yo llevo años esperando ver si existía una capaz. Eso es distinto y bastante más bonito.

Broen levanta la vista, me mira una vez y vuelve al pan.

—Ya la había encontrado, pero no lo sabíamos.

—No, idiota. —Dejo el cuenco sobre la rodilla y me tomo el tiempo justo para mirarlos a los cuatro como si fueran un corral mal vallado —. No os emocionéis tanto —digo al fin, mirando el fuego para no mirar la manta otra vez—. Mañana seguirá siendo Iseabail Gordon, y yo ya casi me muero una vez por bastante menos de lo que he hecho hoy. Puede que ahora juegue a la fugitiva, que duerma bajo mantas ajenas y que se empeñe en olvidar quién era, pero no deja de ser quien es. Y yo no era nadie entonces y ahora lo soy todavía menos. No necesito imaginación para saber cómo acaba esto si seguimos fingiendo que solo es una calamidad con mal instinto.

Torren deja de sonreír del todo, aunque solo sea un poco.

—Qué manera más bonita de decir que te has metido otra vez donde no debías.

—No —murmura Altair, con la vista fija en el fuego—. Lo que está diciendo es peor. Está diciendo que ella cree que esto es una huida y él sabe que puede acabar siendo una devolución.

Yo alzo la cabeza.

Altair sigue sin mirarme cuando habla.

—No cuentes con que vuelva a una vida noble como si nada. A una mujer no la reintegran cuando ya la han señalado. La devuelven domesticada o la entierran de nuevo en uno de esos sitios hasta que aprende a parecer obediente. Esos lugares no corrigen. Rompen. Y cuando terminan con una, la devuelven al mundo con mejor postura y menos alma.

El fuego cruje entre nosotros. Torren, por una vez, no tiene una gracia preparada. Colum baja la vista al cuenco. Hasta Broen deja el pan quieto un segundo.

—Ya lo sé —digo.

Altair alza al fin los ojos hacia mí.

—No. Lo sabes a medias. Si lo supieras del todo, no estarías mirándola como si mañana pudieras dejarla seguir sola por el camino y quedarte tranquilo.

Yo miro la manta.

Solo un instante.

Lo suficiente para ver el borde de su pelo sobre la tela y esa mano escondida bajo las mantas, quieta ahora, cuando durante años la recuerdo siempre ocupada en algo que no debía: abriendo una jaula porque un pájaro parecía triste, metiéndole pan a un preso por los barrotes, acogiendo a un niño que alguien había abandonado.

Iseabail nunca supo pasar de largo.

Veía una puerta cerrada y quería saber quién estaba al otro lado. Veía a alguien llorando y se acercaba. Veía una injusticia y la tocaba con las manos, como si las injusticias no mordieran a veces.

Y en Huntly aquello parecía una travesura. Un fastidio. Una calamidad con trenzas y ojos demasiado claros.

En un convento, por lo visto, fue pecado.

Me paso la lengua por los dientes y miro el fuego, porque si vuelvo a mirarla igual se me nota demasiado en la cara.

Hay pocas cosas que me den más repugnancia que alguien enseñándole a una mujer dulce que su ternura necesita castigo.

Y ahora tiene la palabra penitencia puesta encima de cosas que no tenían nada que ver con Dios y sí mucho con dejar a una persona sin sitio donde esconderse de sí misma. Y su boca confesando que había aprendido a hacerse daño para descansar de la cabeza.

Me paso la mano por la nuca, echo aire y dejo que la media sonrisa me salga sola, torcida y sin alegría.

—No estoy tranquilo. Y sí. Me duelen los huevos. Mucho. ¿Contentos?

Torren suelta una carcajada tan escandalosa que casi despierta a los caballos. Colum se tapa la cara con una mano. Hasta Altair se ríe abiertamente, el muy bastardo. Solo Broen sigue con el pan, aunque se le nota esa sombra de aprobación silenciosa que a su manera viene a ser casi un abrazo.

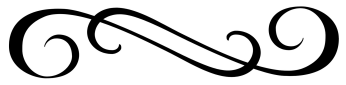
—Ahora sí —dice Torren entre risas—. Ahora sí te reconozco.

—Yo no —responde Altair—. El Finn de siempre ya estaría haciendo tres chistes sobre sí mismo para que no pudiéramos verle la cara ni descubrir la verdad. Este está realmente jodido.

—Ese también es el Finn de siempre —digo, levantando por fin la vista hacia ellos—. Solo que os he malcriado mucho y os había acostumbrado a la versión fácil.

Y ahí vuelven a reírse, pero ya no es lo mismo. Ahora no me están desollando. Me están acompañando en el degüello, que en esta banda viene a ser lo más parecido al cariño.

Capítulo 17



«ISEABAIL»

El problema de viajar herida, al parecer, es que el cuerpo sigue teniendo necesidades de una vulgaridad ofensiva.

No lo pienso al despertarme, porque al abrir los ojos lo primero que veo es una mandíbula mal afeitada, un mechón de pelo cayéndole sobre la frente y la boca de Finn relajada de una forma que debería estar prohibida en un hombre que ha hecho del sarcasmo una religión.

Finn.

Demasiado cerca. Muchísimo.

Debió de quedarse dormido inclinado hacia mi lado después de comprobar por décima vez que no me estaba muriendo por mi conocido talento para empeorar cualquier herida con terquedad.

Tiene una manta mal echada sobre los hombros, la cabeza girada hacia mí y una mano abierta sobre la hierba, a nada de la mía, como si incluso dormido hubiera decidido no alejarse demasiado por si me daba por hacer una estupidez antes del alba.

Qué hombre tan obscenamente atractivo.

Lo segundo que hago, como ya ha quedado demostrado que Dios me abandonó hace tiempo, es apartarle ese mechón de la cara con la punta de los dedos. Lo tercero es descubrir que el muy demonio

duerme como un perro de guarda y abre los ojos en el mismo instante en que lo toco.

Yo retiro la mano como si me hubiera quemado y, moviéndola en el aire con toda la dignidad que me permite la humillación, murmuro:

—Había un mosquito.

Finn no parpadea siquiera. Me mira con esa calma suya de hombre al que le acaban de confirmar una sospecha divertidísima y no piensa desaprovecharla.

—Claro —dice con la voz aún grave de sueño—. Uno muy grande. Con dedos.

Quiero responderle algo brillante. O cruel. Que me devuelva un poco de ventaja.

Lo que hago es incorporarme demasiado deprisa, notar cómo el costado me da un tirón seco y tener que cerrar los ojos un segundo para no jurar en voz alta.

—¿Te duele?

—La dignidad.

—Esa venía herida de antes.

Se acerca más, aparta la manta y antes de que pueda protestar, ya me ha colocado una mano en la rodilla y la otra en la falda.

—Ni se te ocurra.

—Voy a ver el muslo.

—Lo has visto suficiente por una vida.

—Todavía no he perdido el interés.

—Como sigas mirándolo tanto, va a perder el misterio.

Eso sí le hace reírse, breve y bajo, con esa alegría suya que siempre parece un pecado razonablemente bien llevado.

—Créeme, ese no es el peligro.

Me levanta la falda lo justo para revisar las puntadas. No se recrea. No hace ninguna barbaridad. Solo comprueba, aprieta alrededor con cuidado, me pregunta si duele, yo miento y él me mira como si me estuviera valorando para venderme por piezas. Luego asiente, satisfecho a medias.

—No se ha abierto.

—Qué triunfo tan conmovedor.

—No te acostumbres. El día es largo y tú eres Iseabail Gordon.

Ahí no puedo discutirle nada.

Lo que sí hago es fulminarlo con la mirada mientras él me vuelve a cubrir la pierna con una decencia que me irrita más que si fuera grosero. Qué manía la suya de tocarme como si yo fuera una morsa sin gracia.

Pero enseguida aparece el verdadero problema.

Una presión baja en el vientre, perfectamente reconocible y absolutamente inoportuna. Intento ignorarla. Me concentro en el pan de maíz que me tiende Broen. En Torren diciendo algo obsceno sobre el guiso. En cualquier cosa.

No sirve.

Al cabo de unos minutos, sigo quieta junto al fuego, con la espalda recta y las piernas juntas con una tensión que no tiene nada que ver con la modestia.

Finn, que vuelve de recolocar unas alforjas, me ve en seguida. Claro que me ve. Tiene el maldito talento de notarlo todo.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—Nada.

Él deja lo que tiene en la mano y se acerca despacio, sin teatro, con esa expresión de hombre que ya sabe que va a tener que arrastrarme a una solución sensata como si me estuviera sacando de un incendio.

—¿Qué te pasa? —repite.

Yo miro a un lado. Luego al otro. Luego al fuego. Luego a Broen, que está cortando pan. Luego a Torren, que seguro que ya se está riendo de mí por puro instinto aunque todavía no sepa por qué. Y como el universo odia a las mujeres con orgullo, es precisamente Altair quien alza una ceja y me observa un segundo más de la cuenta, como si estuviera ordenando piezas.

Finn sigue esperando.

—Nada —repito, mucho peor.

Él me mira las piernas, demasiado juntas.

Y lo entiende.

Madre mía. Lo entiende.

—No —dice.

Lo miro, ofendidísima.

—¿No qué?

—No vas a hacerlo tú sola.

—¿Perdón?

Torren alza la cabeza al oír mi tono. Colum también. Ya estamos todos dentro del infierno, al parecer.

Finn baja la voz, lo cual no ayuda nada.

—Llevas una costura en la cara interna del muslo y no deberías mover demasiado la costilla. No vas a ponerte en cuclillas, abrirte la pierna, mojar la herida y pasar medio día maldiciendo porque escuece.

Me quedo mirándolo.

Quiero morirme.

No una muerte poética y limpia. Una de esas muertes súbitas y prácticas en las que una se desvanece y la tierra, por caridad, se la traga sin testigos.

—Puedo apañármelas —murmuro.

Finn me dedica una de esas miradas suyas que empiezan en los ojos y terminan en la paciencia.

—No.

—Que sí.

—Que no.

—Finn.

—No.

Torren, por supuesto, ya está disfrutando demasiado.

—A ver —dice, volviéndose hacia nosotros con una lentitud teatral—. Yo no quiero meterme donde no me llaman, pero ahora necesito saber en qué parte exacta del desastre estamos.

Colum se aclara la garganta con una seriedad completamente falsa.

—Yo también. Sobre todo si requiere conocimientos femeninos.

Finn exhala por la nariz y va derecho a una de las alforjas. Saca la cantimplora, la vacía en el suelo sin la menor ceremonia, la sacude dos veces y vuelve hacia mí con ella en la mano.

No.

No.

No, por Dios.

Lo miro horrorizada.

Él me mira como si me estuviera ofreciendo una solución sensata a una mujer que, inexplicablemente, prefiere morir abrasada por el pudor.

—Ni de broma.

—No era una invitación elegante, princesa. Era una solución.

—Es humillante.

—Más humillante será recogerte del suelo con las faldas en la cintura y empapada de orina. Elige la tragedia que prefieras.

Colum, sin volverse del todo, dice con tono de hombre realmente interesado en una cuestión seria:

—Pregunta sincera. ¿Las mujeres sois capaces de apuntar o eso depende del temperamento?

Torren se dobla de risa.

Altair ni levanta la cabeza de la cincha que está ajustando.

—Si yo fuera tú —murmura—, dejaría de hablar antes de descubrir cuánto tarda Finn en usar esa cantimplora contigo como proyectil.

Finn ni se molesta en mirar a Colum. Sigue clavado en mí con esa insistencia exasperante de hombre que ya ha decidido que va a ganar.

—Vete detrás de esa roca —dice, señalando un saliente a pocos pasos del claro—. Pero no te agaches más de lo imprescindible. Sostente a la piedra. Haces lo que tengas que hacer. Y vuelves sin convertirlo en una epopeya.

Lo odio.

Lo odio de una forma muy específica y muy poco eficaz.

—No voy a… en una cantimplora.

—Tú decides si hoy quieres conservar el orgullo o el muslo.

Torren levanta una mano.

—Por alusiones, yo votaría por el muslo. El orgullo, en ella, no parece servir de mucho.

—Gracias por tu aportación —digo.

—De nada. Estoy intentando estar a la altura de este momento histórico. Una mujer de la nobleza meando en una cantimplora.

Finn da un paso más y me pone la cantimplora en la mano. No me la ofrece. Me la entrega como quien le da una espada a un soldado antes de una batalla completamente indigna.

—Tres minutos —dice.

—Qué autoridad tan obscena.

—Tres minutos —repite—. O voy a buscarte sin que me importe en qué situación te encuentre.

Cojo la cantimplora con dos dedos, como si contuviera una maldición líquida.

Voy hacia la roca con toda la compostura que me permite la situación, que viene a ser la de una reina destronada cruzando un corral con una vergüenza nueva entre las manos.

Oigo a Torren ahogándose de risa a mi espalda y a Broen diciéndole algo que no alcanzo a oír, probablemente porque Broen, pese a su tamaño conserva más delicadeza que el resto.

Apoyo una mano en la piedra, otra en la falda, aprieto los dientes y hago lo que puedo con la dignidad justa para no echarme a llorar de

rabia. La cantimplora fría entre las manos es la experiencia menos sensual de mi vida, y eso incluye el convento entero.

Cuando termino, tardo todavía más en levantarme. El costado tira. El muslo escuece. La cara se me pone tan caliente que podría cocinar un huevo sin fuego.

Y al salir de detrás de la roca con la cantimplora en la mano, noto en la cara de los cinco un esfuerzo visible por no decir algo.

Los odio a todos.

Sobre todo a Finn, que es el único que no sonríe. El muy malnacido tiene la decencia de mirarme de cintura para arriba, tender la mano y esperar a que se la dé sin una sola palabra.

Se la doy.

Con la dignidad de una emperatriz derrotada.

Él la coge con una sobriedad tan ofensiva que casi me enfado más.

—No digas una palabra —le advierto.

Finn alza una ceja.

—No pensaba decir ninguna.

—Estás pensando demasiadas.

—Sí —admite—. Una cantidad indecente. Pero casi todas son muy respetuosas con tu tragedia.

—Finn.

—¿Te has hecho daño?

La pregunta, lo peor de todo, no tiene ni una gota de burla. Eso me desmonta más que cualquier comentario.

—No.

Él me mira un segundo más, valorando si cree o no a una mujer que acaba de mear en una cantimplora por orden suya. Qué escena más romántica, de verdad.

—Bien —dice al fin.

Y luego, porque Dios no descansa, añade en voz baja, solo para mí:

—Entonces damos por inaugurada una nueva categoría de victoria: humillante, pero sin prejuicio para nadie.

Lo fulmino con la mirada.

Él sonríe. Poco. Lo justo.

—No pongas esa cara. A estas alturas, princesa, aceptaré cualquier triunfo que no tenga que coserte después.

Y lo peor de todo es que, si no estuviera tan ocupada queriendo enterrarme viva, es probable que me estuviera riendo.

Salimos antes de que el sol termine de subir.

Y ahí me tiene otra vez, delante de él en la montura, con el pecho de armario pegado a mi espalda y esa mano suya en las riendas, a veces a un lado, a veces al otro, siempre lo bastante cerca como para volverme medio imbécil. Esta vez no hace bromas indecentes al oído ni se dedica a chincharme por deporte. Eso sería casi mejor. Lo que hace es más sutil y bastante peor.

Cuando el camino se vuelve pedregoso, desvía el caballo por un tramo más largo, más suave. Cuando nota que me tenso, afloja el paso sin decir nada. Cuando una zanja obliga a saltar un pequeño desnivel, me recoge con el brazo antes incluso de que yo me prepare, sujetándome con una naturalidad ofensiva, como si mi cuerpo hubiera pasado a ser asunto suyo y no mío.

Durante el primer día, finjo que no lo noto.

Durante el segundo, ya es imposible fingir nada con dignidad.

La viuda del ahumadero nos recibe con cara de haber enterrado a tres maridos, dos inviernos y la paciencia de toda una comarca. Yo he ido hasta allí con intención de disculparme. De verdad. Me lo repito durante todo el camino. Voy a entrar, voy a pedir perdón, voy a admitir que hablé de más, voy a ser prudente, moderada y probablemente irreconocible.

A los diez minutos estoy explicándole a su cuñado, con mucha educación y una calma admirable, que si cree que una mujer sola no puede llevar un ahumadero, quizá debería meterse él dentro, cerrar la puerta y esperar a que el humo hiciera por fin algo útil con su cabeza.

Finn se tapa la boca con una mano.

Colum mira al techo.

Torren se va a la puerta a reírse con la excusa de vigilar el camino.

Broen murmura:

—Ha durado más que ayer.

—Eso ha sido un elogio —digo, señalándolo con un dedo.

—No te emociones —responde.

La hermana del curtidor resulta peor porque llora. Y yo con las mujeres que lloran funciono mal. Quiero decir que funciono de una manera espantosa, peligrosa y socialmente ruinosa. Entro con la promesa solemne de limitarme a deshacer el daño causado, pero ella tiene las manos agrietadas por la sosa, tres niños pálidos junto a la pared y un marido muerto cuya familia pretende quedarse con la casa porque, al parecer, las mujeres viudas solo existen hasta que aparece un hombre dispuesto a recordarles que todo lo que pisan lleva nombre masculino.

A media disculpa, estoy sentada a su mesa, repasando con ella las deudas, los recibos y las pieles pendientes de cobrar, mientras Altair, con esa cara suya de nobleza mal llevada, le explica al cuñado que

una deuda verbal tiene menos valor que una flatulencia en misa si no hay testigos decentes.

Finn me mira desde la puerta como si quisiera reñirme y besarme contra una pared.

Eso último, por supuesto, es una conclusión mía.

Muy objetiva.

Muy serena.

Muy desFinntada.

Al día siguiente, la siguiente casa a la que llegamos pertenece a un matrimonio de arrendatarios que se miran con la misma alegría con la que una mira una cuba de vinagre volcada sobre un vestido limpio.

Él tiene la cara de quien esperaba recibir paz, no a una mujer herida con ganas de impartir justicia doméstica desde una silla. Ella, en cambio, me observa con los ojos bajos y las manos en el mandil, como si no supiera si pedirme disculpas a mí o al suelo por existir en exceso.

—Lamento mucho cualquier inconveniente que mis palabras hayan podido causar en vuestro hogar —empiezo, seria, sentada junto a la mesa porque Finn ha decretado que «de pie solo para morir o insultar a un rey, y ninguna de las dos cosas está prevista antes de cenar».

El marido asiente con expresión satisfecha.

Error.

—Pero —añado, porque mi lengua nació sin freno y Dios, en su infinita crueldad, jamás me proporcionó uno— si el inconveniente consiste en que vuestra esposa desea saber qué firma, qué debe, qué entrega y qué se le exige antes de marcar un papel que compromete también su trabajo, su comida y la cama donde

duerme, quizá el problema no sean mis palabras, sino vuestra costumbre de confundir obediencia con ignorancia bien administrada.

El marido se pone rojo. La mujer levanta los ojos por primera vez y, durante un segundo mínimo, tan pequeño que casi se pierde entre el humo de la chimenea y el olor a cebolla hervida, sonríe.

Finn se inclina hacia mí desde atrás, tan cerca que noto su aliento en la oreja.

—Esto se parece muy poco a una disculpa.

—No me distraigas. Estoy intentando reparar el daño que he causado.

—Por supuesto. Con más daño, pero mejor orientado.

Al día siguiente, la siguiente casa va peor.

Después, mucho peor.

El cuarto día, una viuda con tres hijas me besa las manos después de que intente disculparme por haberle sugerido que no entregara su cabra al primo de su difunto marido solo porque él pronunciaba la palabra «familia» con voz de campana agrietada.

El quinto, una muchacha se niega delante de nosotros a devolver unas monedas que le pertenecen, y su hermano pequeño, que no debe de tener más de trece años y ya lleva la soberbia muy bien planchada, dice que no entiende desde cuándo las mujeres deciden sobre dinero.

Altair murmura algo sobre leyes, derechos de uso y obligaciones de tutela con un tono tan glacial que el muchacho envejece tres años delante de nuestros ojos.

Qué bien viene tener a un hombre de leyes de tu lado.

Por la noche, el muslo me arde, el costado me tira y mi orgullo empieza a tener la textura de una suela pisoteada. Aun así, cuando

me siento junto al fuego, con la pierna estirada y la manta sobre los hombros, siento una satisfacción pequeña, sucia, obstinada.

No he arreglado el mundo.

Ni siquiera he arreglado esas casas.

Pero en todas he dejado algo.

Una duda. Una cuenta revisada. Una llave devuelta. Una frase que no estaba antes. Una mujer mirando a su marido con un poco menos de miedo y un poco más de cálculo.

Qué poca cosa.

Qué barbaridad.

Finn también lo nota, aunque no lo dice de esa manera. Él se limita a dejarme el cuenco más lleno, a revisarme la herida sin pedirme opinión y a vaciar y sacudir la cantimplora cuando el campamento se recoge con una discreción tan absurda que consigue hacerme mirarlo de una forma nueva.

La primera vez que me la vuelve a dar al caer la noche, lo miro como si me hubiera ofrecido la cabeza cortada de un enemigo.

—Ni se te ocurra.

—Ya se me ha ocurrido.

—Pareces el guardián de mi orina, Finn Shaw. ¿Esa era la gran vida de aventuras que soñabas de niño?

Torren, que está afilando un cuchillo junto al fuego, levanta la cabeza con un interés indecente.

—¿Guardián de qué?

—De nada —dice Finn.

—De mi dignidad caída en desgracia —contesto.

—Ah —Torren asiente, muy serio—. Entonces sí. Shaw lleva años preparándose para ese cargo.

Finn me pone la cantimplora en la mano con esa cara de hombre que está a dos dedos de reírse y a uno de atarme a un árbol por mi propio bien.

—Detrás de la roca. Despacio. Sin heroicidades. Y si tardas demasiado, iré a buscarte.

—Algún día me vengaré.

—Lo sé. Por eso intento que conserves ambas piernas. Para que puedas perseguirme con cierta dignidad.

Colum suspira desde el otro lado del fuego.

—Es una historia de amor preciosa. Incómoda, complicada y sobre todo húmeda, pero preciosa.

Lo peor es que, con los días, me acostumbro.

No a la cantimplora. Jamás reconoceré semejante degradación como parte aceptable de mi vida. Pero sí a que Finn se ocupe. A que lo haga sin solemnidad, sin mirarme como si fuera frágil, sin convertirme en una pobre cosa herida. Me manda callar, me llama calamidad, me amenaza con cargarme al hombro si intento caminar demasiado deprisa y, cuando cree que no lo miro, revisa la herida y mi costilla con la concentración de un hombre que podría desmontar una cerradura en plena tormenta.

También descubro algo peor.

Finn Shaw, cuando no está intentando no mirarme como si yo fuera un incendio con falda, es insoportablemente divertido.

Lo había olvidado.

O quizá nunca lo supe así.

En Huntly lo veía de lejos, siempre tenso cuando yo aparecía, siempre precavido, siempre con esa sonrisa medida que reservaba para los demás y ese ceño fruncido que parecía llevar mi nombre escrito en alguna parte. Conmigo era prudente. Seco. Sensato hasta la ofensa. Como si yo fuera una copa al borde de una mesa y él el único hombre del castillo consciente de que alguien iba a romperla.

Con los Cuervos es otra cosa.

Con ellos se suelta.

Se ríe con el cuerpo entero, no solo con la boca.

Los deja hablar. Los deja crecerse. Los deja cavar.

Y luego, cuando todos creen que ha perdido la réplica, levanta la vista del cuchillo que está limpiando y dice con absoluta tranquilidad:

—Me enternece veros tan fascinados por una cantimplora. Mañana os dejaré una piedra y descubriremos hasta dónde llega vuestra imaginación.

A Torren lo provoca hasta que acaba amenazándolo con tirarlo al río. A Colum le desmonta esa elegancia de hombre inmaculado recordándole cosas que, por la cara del otro, deben de ser deliciosamente vergonzosas. A Broen lo respeta de una manera casi silenciosa, aunque eso no le impide llamarlo «vieja encina malhumorada» cuando se pone demasiado grave. Y a Altair… a Altair lo entiende con una facilidad extraña, como si los dos hubieran compartido suficientes sombras para saber cuándo una broma puede acercarse y cuándo debe quedarse al otro lado del fuego.

Qué guapo está así.

Qué palabra tan pobre para semejante desgracia.

Guapo se queda corto. Guapo es un muchacho con buen perfil en una feria, un noble bien vestido en un salón, un hombre que sonríe

y espera que el mundo le perdone la estupidez por tener buena mandíbula.

Finn no es guapo así.

Finn tiene una belleza ofensiva porque no parece necesitarla. Está en la forma en que se agacha junto al fuego y la camisa se le tensa en la espalda. En cómo se pasa una mano por el pelo húmedo y deja los mechones peor colocados que antes. En la risa que se le queda a medias cuando escucha algo que le divierte de verdad. En las cicatrices. En las manos. En esa boca suya que siempre parece saber más de lo que debería y decir menos de lo que podría.

Menos mal que estoy desFinntada.

Menos mal.

Una mujer desFinntada puede mirarle las manos mientras limpia un cuchillo y no pensar que esas manos le han rozado la rodilla por la mañana con una delicadeza capaz de arruinar una vida. Una mujer desFinntada puede ver cómo se ríe y no sentir que el pecho se le abre como una fruta demasiado madura.

La sexta noche hace frío y descubro que una mujer desFinntada también puede querer morirse.

Finn me mira una vez desde su manta.

Una sola.

Yo ya sé lo que significa.

—No voy a dormir contigo.

—Claro que no. Vas a tiritar con mucha dignidad hasta que se te ponga la herida tan rígida como la cabeza.

—Mi cabeza funciona perfectamente.

—Esa es una teoría muy valiente.

Torren, desde el otro lado del fuego, se incorpora sobre un codo.

—Yo puedo ofrecerme si el problema es la compañía masculina.

—Tú puedes ofrecerte a una oveja si quieres —responde Finn sin mirarlo.

—Qué posesivo estás últimamente.

—Qué vivo sigues para lo poco que aprecias tu cuello.

Colum se acomoda bajo su manta con una sonrisa.

—Yo solo quiero dejar constancia de que, si Lady Gordon se congela por orgullo, mañana será muy difícil visitar casas y arruinar matrimonios.

—No arruino matrimonios —protesto.

Altair, ya tumbado, murmura:

—Los aireas.

—Gracias.

—No era un elogio.

Broen lanza un tronco pequeño al fuego.

—Dormid.

Y como Broen tiene esa forma de decir las cosas que convierte cualquier orden en un hecho natural del mundo, todos se callan un poco.

Finn se acerca sin esperar mi permiso.

Se coloca detrás de mí, sobre la manta compartida, con esa prudencia suya que me enfada porque no me da motivo para indignarme de verdad. No me toca al principio. Solo se tumba cerca. Demasiado cerca. El calor de su cuerpo llega antes que su mano, una presencia firme a mi espalda, grande, masculina, viva.

Yo me quedo rígida.

Por principios.

Por orgullo.

Por no gemir como una idiota solo porque un hombre se ha tumbado a mi lado.

—Respira —murmura junto a mi nuca.

—Estoy respirando.

—Como si estuvieras esperando una sentencia.

—Quizá lo estoy.

—Pues la sentencia es dormir. Terrible, lo sé. Muy cruel por mi parte.

Me coloca una manta por encima. Luego otra. Después, con una lentitud que no tiene nada de casual, pasa el brazo por encima de mi cintura y apoya la palma abierta sobre mi vientre, alta, decente, segura. Tan decente que resulta obscena.

El pecho me queda pegado a la espalda.

Dios.

El pecho de Finn Shaw sube y baja detrás de mí con una calma que no tiene derecho a existir. Cada respiración suya me mueve apenas, me calienta, me recuerda que está ahí, que podría cerrar más el brazo si quisiera, que yo podría echarme un poco hacia atrás y culpar al frío, al dolor, a la noche, a cualquier cosa.

No lo hago.

Soy una mujer con una fuerza moral impresionante.

También soy una mentirosa.

—Estás tensa otra vez —dice.

—Es mi estado natural cerca de hombres que me persiguen con cantimploras.

Su risa me roza el pelo.

Baja. Breve. Peligrosa para mi paz interior.

—Duérmete, Iseabail.

—No me des órdenes.

—Entonces duérmete por iniciativa propia y dame el gusto de creer que influyo en algo.

Cierro los ojos.

DesFinntada.

Lo repito por dentro como una oración absurda.

DesFinntada.

Ya no estoy enamorada de él. Ya no soy aquella muchacha que buscaba excusas para cruzarse con el capitán de la guardia, que se sabía de memoria su voz en el patio, que confundía cualquier gesto de prudencia con rechazo y cualquier rechazo con una herida mortal. Ahora soy otra. Más lista. Más libre. Más adulta. Una mujer que puede dormir con Finn Shaw pegado a la espalda y no convertirlo en una tragedia íntima.

Por supuesto.

Cinco respiraciones después, su mano se afloja un poco sobre mi vientre. Los dedos se relajan. Su cuerpo cede contra el mío con el abandono pesado del sueño. Ya no está vigilando tanto. Ya no está midiendo cada pulgada entre nosotros.

Y entonces lo noto.

Duro.

Caliente.

Claramente despierto en otra parte aunque él no.

Contra mi trasero.

Abro los ojos.

Muy despacio.

Como si mover solo las pestañas pudiera empeorar la situación, cosa que probablemente sería posible porque mi vida es un saco lleno de bromas de mal gusto.

Madre mía.

Madre. Mía.

¿Lleva este hombre una piedra entre las piernas?

No. Peor.

No es una piedra.

Es Finn Shaw. Finn Shaw dormido, medio envuelto en una manta, con el brazo encima de mi cintura, la respiración contra mi pelo y una parte de él perfectamente decidida a saludar a mi cadera con una falta de diplomacia escandalosa.

Me quedo inmóvil.

Inmóvil de verdad.

La clase de inmovilidad que solo consigue una mujer cuando sabe que cualquier movimiento puede convertirse en una decisión sexual, una catástrofe moral o ambas cosas al mismo tiempo.

Finn respira.

Yo no.

O sí, pero muy mal.

El cuerpo me da una respuesta tan inmediata, tan ridícula y tan poco caritativa con mi orgullo que me entran ganas de levantarme, cruzar

el campamento y meter la cabeza en el arroyo hasta que se me congelen las ideas. Porque una parte de mí, la más cuerda, entiende que esto puede pasar. Que los hombres son criaturas simples, que el sueño no pide permiso, que el calor, el roce y una mujer pegada al cuerpo pueden provocar reacciones vulgares sin necesidad de grandes declaraciones.

La otra parte de mí está pensando en el tamaño.

En el peso.

En la presión exacta.

En cómo sería si él estuviera despierto, si ese brazo me sujetara con intención y la boca en mi nuca dejara de respirar y empezara a decir mi nombre de esa forma grave que ha usado junto al fuego.

DesFinntada.

Sí.

Clarísimo.

Estoy tan desFinntada que ahora mismo podría redactar un tratado entero sobre la independencia emocional femenina mientras tengo la atención puesta en la roca escocesa que este hombre lleva escondida bajo la manta.

Intento apartarme un poco. Muy poco. Lo justo para recuperar una pizca de aire y, quizá, un pensamiento que no merezca penitencia.

Finn emite un sonido bajo, dormido, y su brazo se cierra más sobre mi cintura.

Me arrastra de vuelta.

Contra él.

Contra todo él.

Aprieto los labios.

Fantástico.

Magnífico.

Una noche preciosa para morir de deseo y vergüenza sin que nadie tenga siquiera la delicadeza de estar despierto para asumir parte de la culpa.

—Finn —susurro.

Nada.

Su respiración sigue en mi nuca.

—Finn.

Esta vez se mueve. Apenas. La mano se abre sobre mi vientre, el pecho se le expande contra mi espalda y su voz sale ronca, espesa de sueño.

—¿Te duele?

Eso me desarma un segundo.

Maldito sea.

Maldito sea dos veces.

—No.

—Entonces duerme.

Y vuelve a pegarme a él.

Como si yo fuera una manta y él no estuviera cometiendo una indecencia anatómica contra mi poca serenidad.

—Hay… algo —murmuro.

Silencio.

Un silencio muy breve.

Luego noto cómo se queda quieto.

Ahora sí.

Despierto.

Terriblemente despierto.

Su respiración cambia detrás de mí. El brazo sigue en mi cintura, pero la mano ya no está dormida. La noto consciente. Inmóvil. Peligrosa.

—¿Algo? —pregunta.

La voz le sale baja.

—Sí.

—Define algo.

—No pienso definirlo.

Durante un segundo no dice nada. Luego, contra todo pronóstico, contra toda decencia y contra el último resto de paz que me quedaba, se le escapa una risa casi muda junto al pelo.

—Ah.

—No digas «ah».

—Estoy siendo delicado.

—Estás siendo una amenaza bajo la manta.

—Eso es una descripción muy injusta.

—Es una descripción incompleta.

Su risa me roza la nuca otra vez y me recorre entera, del cuello al vientre, con una eficacia vergonzosa.

—Puedo apartarme —dice al fin.

Puede.

Claro que puede.

Podría retirar el brazo, girarse, dejarme fría y decente en mi lado de la manta. Podría salvarnos a los dos de esta estupidez. Podría portarse como ese hombre con dos dedos de juicio que, por lo visto, ninguno de los dos ha visto en días.

Yo debería decirle que sí.

Debería.

—Hace frío —murmuro.

La mano de Finn se queda quieta sobre mi vientre.

Un latido.

Dos.

—Muchísimo —responde.

Qué mentiroso.

Qué hombre tan espantoso.

Qué forma tan miserable de entendernos.

No se mueve más. No aprovecha. No empuja. No hace nada que pueda obligarme a odiarlo con facilidad. Solo se queda ahí, caliente, duro, respirando detrás de mí, con el brazo sobre mi cintura y la boca cerca de mi pelo.

Yo cierro los ojos. Y, poco a poco, dejo que mi cuerpo se acomode.

DesFinntada.

Por supuesto.

Absolutamente.

Sin duda alguna.

Capítulo 18

«ISEABAIL»

Una semana después del desacuerdo con la roca, mi muslo ha dejado de latir como si tuviera dentro un tambor de guerra y ha pasado a picar de una manera mucho más irritante, que según Finn es buena señal y según yo es otra prueba de que el cuerpo humano está pésimamente diseñado.

La costilla ya no me roba el aire al moverme, aunque todavía protesta si giro demasiado deprisa, si respiro demasiado hondo o si alguno hace una gracia tan mala que me obliga a reír.

Eso último ocurre con una frecuencia indecente.

Hemos visitado casas, molinos, ahumaderos, establos, cocinas y salones donde mujeres de toda clase me han mirado primero con miedo, luego con esperanza y después con ese brillo peligroso que le entra a una cuando descubre que quizá una vida entera de obediencia no era una ley divina, sino una costumbre muy bien vendida por hombres cómodos.

Mis disculpas, por desgracia, siguen sin mejorar.

Empiezo todas con buena intención.

Eso debería contar.

Paramos en una posada a media mañana porque Broen decide que mi cara ha adquirido un tono «preocupante».

Eso dice.

Preocupante.

No demacrado, ni pálido, ni hecho un desastre. Preocupante. Como si yo fuera una oveja coja, un puente mal construido o una sopa con demasiadas sospechas flotando encima, pero se lo agradezco, y él me mira como si la gratitud fuera una herramienta que no sabe muy bien dónde guardar.

La posada no tiene mucho de posada y bastante de casa grande venida a menos con olor a cerveza agria, grasa vieja y lana húmeda. Hay dos hombres junto a la puerta, una mujer desollando pescado en un banco y un perro flaco dormido bajo una mesa, con esa absoluta falta de ambición que solo poseen los animales muy sabios o muy derrotados.

El calor del fuego me alcanza antes de sentarme y, por un instante vergonzoso, casi cierro los ojos de gusto. El costado lleva un rato recordándome que las costillas, incluso cuando no están rotas, tienen una opinión muy desagradable sobre los caminos largos.

Finn no dice nada, porque a veces le da por fingir que es un hombre discreto, pero aparta un banco con el pie, deja su bolsa a un lado y espera de pie hasta que me siento.

Lo hace con esa quietud suya de guardián mal disimulado, atento sin tocarme, presente sin hacer ruido, como si cuidar de mí fuera ya una costumbre y no una decisión.

—No estoy a punto de desmayarme —murmuro.

Él se sienta a mi lado, no enfrente, y lo hace lo bastante cerca para que su rodilla casi roce la mía bajo la mesa.

—Qué alivio. Ya tenía preparado un discurso precioso.

—Seguro que empezaba con una orden.

—Era su mejor parte.

Nos sirven pan oscuro, queso duro y un guiso espeso que huele mucho mejor de lo que parece, lo cual ya es más de lo que se puede pedir en una posada con un perro dormido bajo la mesa y dos parroquianos mirando a los Cuervos como si fueran una mala noticia con botas.

Finn acerca mi cuenco sin preguntarme.

No lo empuja con brusquedad. Solo lo mueve un poco, lo justo para que me quede más cómodo, y luego parte un trozo de pan con las manos. Tiene los nudillos marcados, una cicatriz pequeña junto al pulgar y esa facilidad absurda para convertir cualquier gesto simple en una ofensa personal contra mi serenidad.

—Come —dice.

Lo miro.

—¿Ya hemos llegado a esa parte del sermón en la que me das órdenes?

—Llegamos hace una semana. Te estás resistiendo con poca elegancia.

Durante un rato, mientras como, casi parece una parada normal.

Casi.

Yo estoy empezando a creer que quizá podré terminar el cuenco sin causar ningún daño irreversible cuando se acerca el borracho.

Lo oigo antes de verlo.

La silla que arrastra con la cadera. La respiración espesa. La risa breve, para sí mismo, como si ya se hubiera contado una gracia maravillosa y estuviera deseando compartirla con alguien que no la ha pedido.

Huele a cerveza, cuero viejo y mala suerte elegida con entusiasmo.

Finn deja de mover la cuchara.

Solo eso.

Yo lo noto porque estoy sentada a su lado y porque, por desgracia, he empezado a distinguir demasiado bien las formas en que se queda quieto.

—Tú eres la pitonisa —dice.

Alzo la vista despacio.

—Depende de si tienes dinero para pagar mis predicciones.

Torren se atraganta con la risa antes de meterse un trozo de pan en la boca.

El hombre me enseña la palma, demasiado cerca de mi cara.

—Dime si mi mujer me engaña.

Miro su mano. Miro su cara descompuesta por el alcohol. Me sonríe con desprecio como un hombre que pregunta por fidelidad cuando en realidad quiere permiso para castigar.

—Si tiene buen juicio, estará estudiando la posibilidad —le respondo sin tocar su mano.

Altair mira al techo.

Finn, a mi lado, suspira como un hombre que llevaba una semana esperando exactamente esto y aun así conserva una fe absurda en que algún día yo sabré cerrar la boca.

El borracho frunce el ceño.

—A mí no me habla así una mujer.

Finn se levanta.

Muy despacio.

Ese es el problema con Finn. Cuando se mueve deprisa, una puede fingir que solo reacciona. Cuando se mueve despacio, todo el mundo entiende que ha tenido tiempo de pensarlo y ha decidido que el resultado va a ser peor.

—Hoy estás aprendiendo cosas nuevas —dice.

El hombre intenta mirarlo con valentía. Le dura poco. Finn tiene esa cara amable que de cerca deja de ser amable enseguida.

—Solo quería que me leyera la mano.

Y, como para demostrarlo, vuelve a acercármela.

Finn la atrapa antes de que llegue a mi cara.

No lo hace con brusquedad. Eso sería casi mejor. Le cierra los dedos alrededor de la muñeca con una calma tan precisa que el hombre se queda inmóvil de golpe, la boca entreabierta y la jarra temblándole apenas en la otra mano.

—Yo también puedo leértela.

Torren apoya los codos en la mesa, encantado.

—Qué servicio tan completo.

Finn baja la vista a la mano atrapada. El pulgar le presiona un punto de la muñeca y el borracho hace una mueca antes de poder evitarlo.

—Dice que si vuelves a acercársela a la cara —continúa—, el futuro te trae varios dedos rotos, una jarra que no podrás levantar sin llorar y una esposa con razones renovadas para buscar compañía inteligente.

Finn lo suelta.

El hombre recoge la mano contra el pecho como si acabara de descubrir que le pertenecía menos de lo que creía.

—Solo era una broma.

—Lo mío no —dice Finn sin dejar de mirarlo como un lobo acechando.

El borracho retrocede. Primero un paso. Luego otro. La jarra le golpea la cadera y derrama un poco de cerveza en el suelo, pero nadie se ríe. Ni siquiera Torren, que es casi una prueba de intervención divina.

Cuando por fin se aleja hasta la barra, Finn vuelve a sentarse a mi lado.

—¿Por qué has intervenido?

—Porque me aburría.

—Mientes fatal.

—Estoy cansado. Dame margen.

Me empuja un poco el pan hacia la mano. Sin mirarme. Como si el pan tuviera la culpa de algo.

—Podía manejarlo —digo, más bajo.

—Lo sé.

Ahora sí me mira.

Y eso es peor, porque no hay burla. Hay una seriedad breve, de esas que se le escapan cuando se olvida de esconderse detrás de sí mismo.

—Pero no tienes por qué manejarlo todo.

La frase cae entre nosotros con una incomodidad pequeña.

No sé qué hacer con ella.

Así que hago lo más sensato.

Cojo el pan.

—Qué frase tan peligrosa. Casi pareces una persona decente.

La comisura de su boca se mueve apenas.

—No difundas rumores. Afectaría a mi reputación de villano.

El mundo vuelve despacio a su sitio. O a algo parecido.

Porque el guiso ya no me parece tan ofensivo. Y fuera sigue habiendo barro, casas, disculpas malogradas y mujeres con la mirada encendida, pero dentro, durante unos minutos, solo hay humo, pan, cansancio y Finn Shaw sentado tan cerca que su rodilla roza la mía por debajo de la mesa.

Cuando terminamos de comer, la puerta se abre y entra un muchacho con barro hasta las rodillas, la gorra apretada entre las manos y la cara de quien teme que el sitio lo ocupe a él y no al revés.

Mira la sala. Sus ojos pasan por los hombres armados, por el posadero, por el fuego, por mí. Cuando me encuentra, se endereza un poco.

—¿Sois vos la pitonisa?

Torren sonríe.

—Definitivamente deberíamos cobrar.

El muchacho no le hace caso.

—Malcolm Drummond de Blackford exige veros.

Altair alza la vista.

No hace nada más. Solo eso.

—¿Exige?

El muchacho traga saliva.

—Eso dijo, mi señor.

Colum apoya la espalda en la pared, despacio, con esa calma educada que siempre anuncia una falta de respeto inminente.

—Qué hombre tan seguro de que el mundo se levanta cuando él chasquea los dedos.

Finn no dice nada.

Eso es peor.

—¿Por qué quiere verme? —pregunto.

El muchacho mira hacia la puerta, como si Malcolm Drummond pudiera entrar atravesando la madera si tarda demasiado en cumplir el encargo.

—Dice que habéis enturbiado la mente de lady Elspeth con ideas raras.

Algo se me mueve en la memoria.

—¿Lady Elspeth? —murmuro.

El muchacho asiente.

—Su madrastra. La viuda de lord Blackford.

La viuda rica.

Claro.

Madre mía.

El muchacho aprieta la gorra entre los dedos. Se le han enrojecido los nudillos del frío y de los nervios.

—Ella le dijo que una mujer no abandona su casa solo porque a un hombre le moleste verla sentada dentro.

Reconozco la frase antes incluso de que termine de decirla.

Colum vuelve la cabeza hacia mí.

Torren también.

Finn cierra los ojos un instante.

—Sigue —dice Altair.

El muchacho obedece, aunque cada palabra parece costarle un poco más.

—Dijo también que no entregaría las llaves del escritorio ni de la despensa. Y que si querían moverla, tendrían que arrancarla como a un árbol viejo.

Torren gira la cabeza hacia mí con una admiración escandalosa.

—¿Árbol viejo?

—No empieces.

—No, si me parece magnífico.

Finn abre los ojos y me mira.

—¿Qué le dijiste exactamente?

—No lo recuerdo con precisión.

—Eso siempre anuncia tragedia.

—Tal vez le dije que las raíces no se disculpan por estorbarle al hacha.

Colum se queda mirándome como si yo acabara de sacar un puñal de debajo de la mesa y hubiera tenido el detalle de hacerlo con gracia.

—Debo reconocer que, como desastre, tienes cierta elegancia.

El muchacho da un paso hacia nosotros, rápido, como si temiera perder el valor si se queda quieto.

—Lord Malcolm quiere que vayáis a Blackford y deshagáis lo que hicisteis. Dice que si no vais, vendrá él.

Broen parte el pan con los dedos. Hasta ese momento parecía estar escuchando solo a medias, que en Broen significa que ha entendido el doble que los demás.

—¿Con hombres?

El muchacho asiente.

—Armados. Tiene muchos.

Finn apoya los antebrazos en la mesa.

—No quiere que deshagas nada —dice—. Quiere ponerte delante de ella para que parezca que todo esto fue cosa de una charlatana de feria.

Yo ya estoy poniéndome en pie.

Porque lady Elspeth me escuchó demasiado en serio. Con los dedos apretados. Con esa forma de respirar de quien ya ha decidido algo y solo necesita que otra persona lo diga en voz alta para no sentirse loca.

—Voy —digo.

Finn cierra los ojos un segundo.

—Claro que vas.

Eso me descoloca más que si hubiera dicho que no.

—¿No vas a discutir?

—Voy a discutir durante todo el camino. Es distinto.

Torren levanta la mano, con la boca llena.

—Yo, por una vez, estoy con ella.

Finn gira la cabeza despacio.

—Qué novedad tan poco tranquilizadora.

Torren traga, se limpia los dedos en el pantalón y sonríe.

—No por sensatez, claro. Por curiosidad. Quiero ver a esa mujer plantada en un salón como un árbol. Hay imágenes que un hombre no debería perderse.

Altair ya se ha levantado.

Recoge sus guantes de la mesa y los golpea una vez contra la palma.

—Vamos.

Finn lo mira.

—¿Así, sin más?

Altair se encoge apenas de hombros.

—Un heredero que manda llamar a una pitonisa porque su madrastra ha descubierto las llaves y ha aprendido a decir «no» no suele merecer atención, pero tal vez sí una revisión del testamento.

Colum se levanta también, más despacio. Se ajusta el puño como si fuera a entrar en un salón, no en otro incendio.

—Me gustan las visitas familiares con amenaza previa. Siempre se aprende algo.

Broen mira al muchacho.

—¿Cuánto hay hasta Blackford?

—Media jornada por el camino del río.

Finn asiente una vez.

—Entonces iremos por el río.

La casa aparece entre los árboles con esa clase de presencia serena que no necesita levantar la voz para recordar quién posee la tierra

alrededor.

Es una casa noble, amplia, de piedra clara y ventanas proporcionadas. Tiene el tejado bien asentado, varias chimeneas soltando humo y un camino de grava que alguien se ha molestado en mantener limpio incluso después de la lluvia.

No es un castillo, pero tampoco una casa menor. Hay establos al fondo, un huerto cerrado por un muro bajo, rosales con flores blancas junto a la entrada y suficiente orden en cada cosa para que una entienda enseguida por qué Malcolm Drummond tiene tanta prisa por llamar suyo todo aquello.

Parece cuidada. Habitada. Defendida en silencio por una mujer que ha pasado demasiados años cuidándola como su hogar.

La miro un momento más de la cuenta mientras Finn desvía el caballo por una senda menos embarrada y me evita, sin comentario alguno, el peor bache del camino. Lo hace con tanta naturalidad que casi consigue que parezca una costumbre y no una forma peligrosísima de volverme blanda por dentro.

Malcolm Drummond no es conde ni duque ni nada tan alto como para que el nombre obligue a bajar la cabeza en toda Escocia, pero en Blackford basta.

Es heredero de una baronía antigua, con tierras, rentas, hombres y esa clase de seguridad que se les mete a algunos varones en la sangre cuando llevan oyendo desde la cuna que todo lo que pisan acabará siendo suyo.

—¿Sabes que ese tipo quiere echar a la esposa de su padre a la calle sin nada? —pregunto al fin, sin volverme del todo hacia él—. No le basta con quedarse la casa. Quiere dejarla sin hogar, sin renta y sin la poca autoridad que aún conserva aquí.

Finn tarda un segundo en responder.

—No, no lo sabía.

—Yo solo le dije que no lo permitiera. Por eso le dije que se guardara las llaves y desorganizara las casa. —Aprieto un poco los dedos sobre la manta enrollada delante de la silla—. Que no se dejara asustar, que si su marido le había concedido el derecho a vivir aquí, nadie tenía por qué arrastrarla fuera como a un perro viejo. Y ahora me pregunto si se supone que debo desdecirme y dejar que se quede sin su hogar por el capricho de un hijastro con más codicia que vergüenza.

Finn resopla muy bajo, con una mezclade risa y desprecio. Es la forma que tiene a veces de apartar la maleza antes de entrar en lo que de verdad piensa.

—No es un capricho —dice—. Si fuera un capricho, bastaría con esperar a que se le pasara o romperle la nariz. Esto es peor. He visto hombres así. No quieren la casa porque les falte techo. La quieren porque alguien les ha dicho que todavía no es suya del todo. Y eso los vuelve locos. Una puerta cerrada por una mujer, una llave en una mano que no es la suya, una criada obedeciendo otra voz… Para ellos eso es una ofensa.

Eso sí me hace volverme un poco.

—Qué alegría viajar contigo. Siempre encuentras la parte más fea primero.

—Porque suele ser la más útil.

No lo dice con ironía. Lo dice como un hombre que lleva demasiado tiempo vivo entre gente que confunde derecho con fuerza.

Yo miro otra vez la casa. Una ventana del piso alto está cerrada a cal y canto. La puerta principal, en cambio, parece demasiado nueva para el resto de la fachada. Alguien ha cambiado cerrojos. Alguien está marcando territorio antes incluso de ganar la pelea.

—Entonces sí hice bien —murmuro—. O al menos no del todo mal.

Finn tarda un segundo en responder. No porque dude, creo, sino porque está mirando la puerta nueva con esa forma suya de ver las cosas feas antes de que terminen de enseñar los dientes.

—Hiciste bien —dice al fin.

Me vuelvo un poco, lo justo para verle la mandíbula por encima del hombro.

—¿Eso ha sido un elogio?

—No me interrumpas si quieres el elogio completo —murmura, moviendo apenas las riendas para evitar un tramo de grava suelta.

Eso sí me arranca una media sonrisa.

—Lo viste antes que él —afirma.

—¿El qué?

El caballo obedece con un resoplido bajo.

—Que la casa no era solo piedra. Que mientras ella siguiera dentro y tuviera el control, Malcolm no la tendría entera.

Me quedo callada.

No porque no lo supiera.

Porque oírselo decir a él, con esa voz baja y seria, como si aquello no fuera una ocurrencia mía dicha entre velas y humo de feria, sino algo sólido, algo verdadero, me descoloca más de lo razonable.

—Yo no lo pensé tan ordenado —murmuro—. Es que no podía decirle que agachara la cabeza y entregara la casa como si no fuera nada.

—Ya lo sé.

Hay un momento de silencio. De los densos. De los que no vienen vacíos, sino llenos de lo que uno no quiere conceder.

—A veces me da la impresión de que si hablo la empeoro y si me callo la abandono —explico, y esta vez sí me sale el cansancio.

Finn mira otra vez la fachada y a los hombres armados apostados junto a los escalones.

—El problema —continúa, más bajo— es que Malcolm también lo ha entendido. Por eso está enfadado. No porque una viuda se haya vuelto terca de pronto. Porque alguien le ha recordado que ella todavía manda en algo.

—Qué poco romántico.

—Si te empeñas en buscarle poesía a todo, luego no te quejes de que el mundo te parezca una decepción.

Eso ya sí suena más a él. No una pulla vacía, sino una manera de dejar la verdad en la mesa sin vestirla de misa.

—Qué manía tienes de sonar sensato cuando más ganas me entran de discutirte —murmuro.

Siento, más que veo, la media sonrisa que se le forma detrás de mí.

—No te preocupes. Se me pasará si me das diez minutos y una buena provocación.

—Qué alivio.

—Además —añade, y ahora sí vuelve un poco el tono más suyo, más ligero—, no confundas esto con absolución. Tú sigues teniendo un talento especial para entrar en una casa ajena, prender una mecha y dejar que los demás corramos con los cubos.

—No siempre provoco sola el incendio.

—No. A veces además lo señalas con mucho entusiasmo.

No debería hacerme gracia. Me la hace.

La casa ya está cerca. Lo bastante para ver el escudo sobre la puerta y los caballos atados al lado del establo, demasiado buenos para pertenecer a criados.

Finn también los ve. Se le endurece apenas la voz cuando habla.

—Después de Blackford quedan dos visitas más.

Dos disculpas más, si es que a estas alturas puede llamarse así a lo que hago. Dos casas. Dos fuegos ajenos. Dos mujeres a las que mirar a los ojos antes de que este camino vuelva a partirse y cada uno tenga que recordar dónde estaba antes de encontrarse con el otro.

—Qué alivio —digo, porque mi boca, al parecer, no tolera los silencios que podrían volverse peligrosos—. Pronto dejaré de arruinarte los días.

Finn no responde enseguida.

Me ayuda a bajar del caballo, me sostiene un segundo más de la cuenta contra él y, sin soltarme todavía del todo, se inclina apenas hacia mí.

—Luego tú y yo tenemos que hablar.

—Qué amenaza tan fea para una tarde tan bonita.

Sus ojos vuelan un instante a los guardias apostados en la casa, luego vuelven a mí y por un momento no hay broma suficiente en el mundo para taparle la cara.

—No es una amenaza.

—¿Ah, no?

La mano sigue en mi cintura. Muy quieta. Demasiado.

—No voy a dejar que me saques de encima con una sonrisa y dos tonterías. Así que arreglamos lo de esta mujer y luego me escuchas.

Se me aprieta algo en el pecho.

—Finn…

—Luego —dice, y esta vez sí se aparta un poco, como si recordara dónde estamos—. Primero lady Elspeth.

—Qué carácter.

Finn baja la vista a mi boca un instante. Apenas. Lo justo para que se me olvide por qué estaba respirando con normalidad.

—No, princesa. Qué debilidad.

Y entonces sí me suelta.

Capítulo 19

«ISEABAIL

El zaguán es frío y huele a cera vieja, a madera húmeda y a ese silencio particular de las casas donde hace tiempo que no se toman decisiones alegres. En la pared cuelga un tapiz que debió de ser bueno antes de resignarse a la humedad. Hay un banco con el asiento hundido. Hay una escalera estrecha que sube a la izquierda y un corredor que se abre a la derecha hacia lo que supongo es la sala principal.

La criada nos hace esperar ahí. Da media vuelta y desaparece por el corredor.

Torren mira el tapiz con una expresión que en otro momento me habría hecho gracia. Broen estudia la puerta por la que hemos entrado con esa costumbre suya de calcular siempre las salidas.

Oigo voces al fondo. Dos. Una de ellas nueva, que no reconozco. Y otra que sí.

El cuerpo lo sabe antes que la cabeza: primero el estómago, luego la garganta, y al final ese reconocimiento limpio y horrible, como una llave entrando en la cerradura de una puerta que una preferiría no haber vuelto a abrir nunca.

El primero en aparecer solo puede ser Sir Malcolm Drummond de Blackford. Cuarenta y pocos, bien vestido, con la expresión de alguien muy satisfecho de sí mismo.

La segunda figura es la que me detiene el aire en la garganta.

Robert.

Mi hermano Robert, con las manos a la espalda y esa calma suya que nunca fue la más ruidosa de los cinco vástagos Gordon, pero sí siempre la más difícil de combatir. Camina detrás del noble con la familiaridad de alguien que lleva aquí más que un rato. Me mira con satisfacción contenida.

—Vaya —dice, y la palabra le sale baja, casi amable—. Así que era verdad que andabas por la zona, haciendo Dios sabe qué.

No me da tiempo a contestar porque sus ojos ya se han desplazado. Me han pasado por encima como si fuera un detalle secundario y han llegado a Finn, que está dos pasos detrás de mí con esa expresión suya de hombre al que nada termina de sorprenderle del todo.

La cara de Robert cambia.

Solo un instante.

Pero lo veo porque lo conozco desde que tengo memoria y sé distinguir entre el desprecio habitual y otra cosa. Esa que es incredulidad mal disimulada en la cara de un hombre que creyó haber resuelto un problema hace cinco años y descubre ahora que el problema sigue vivo, en pie y mirándole.

—¿Qué demonios...?

Finn inclina la cabeza apenas como saludo. Con esa elegancia suya que no tiene nada de reverencia.

—Gordon. —Una pausa—. Cuánto tiempo.

Sir Malcolm, en cambio, parece ajeno del todo. A él le sale primero una sonrisa amplia que no sé cómo interpretar.

—Lady Gordon —dice, con cortesía tan pulida que resulta casi obscena y se adelanta para cogerme la mano y besarla en el dorso

con gran ceremonia.

Finn se abre el jubón con una parsimonia que ya conozco y se afloja el cuello de la camisa, como si la estancia le diera calor de repente. Esa lentitud suya no significa paz; significa que está eligiendo con qué mano te va a abrir la garganta primero.

Robert da un paso también.

—¿Qué demonios hacéis vosotros juntos? —suelta. Ya no me lo dice a mí. Se lo escupe a Finn—. ¿No hiciste ya bastante daño?

Finn alza apenas las cejas.

—Depende de a qué llaméis daño. Si os referís a seguir respirando después de que me dierais por muerto, sí. Admito que es una descortesía.

Robert se pone rígido.

—De verdad, Iseabail —dice, volviéndose hacia mí con esa voz suya de hermano mayor que siempre ha confundido hábito con autoridad —, eres una desgracia para esta familia. ¿Sabes el disgusto que tiene madre desde que se enteró de que habías desaparecido? Y tú sin dar señales de vida y estabas… ¡con él! ¡Maldita sea! ¿Es que solo piensas en ti?

La frase me llega como me llegan siempre las cosas que no deberían sorprenderme. No me hace menos daño, pero al menos no me coge desprevenida.

—¿Solo pienso en mí? —repito—. Me encerrasteis en un lugar donde nadie preguntaba qué pensaba yo de nada. Todos estuvisteis de acuerdo. Todos. Así que no me vendas ahora el disgusto de madre como si fuera amor.

Sir Malcolm carraspea muy levemente, como si quisiera devolver el asunto a un terreno más elegante, más suyo.

—Deberíais moderar vuestro tono —dice—. Ya causasteis bastante alteración en la feria. Y en lugar de aprender prudencia habéis decidido traer el mismo veneno a mi propia casa.

No levanto la voz. No hace falta.

—Solo le dije a una viuda que no entregara su casa a un hombre que no la ha mantenido y cuidado con sus propias manos ni se la ha ganado con otra cosa que no sea el apellido y la muerte de su padre.

—Soy el heredero —dice.

—Ella mantuvo esta casa viva mientras vos solo esperabais recibirla —replico—. Una viuda no se convierte en estorbo porque el heredero tenga prisa por estrenar autoridad.

Finn, a mi lado, murmura sin mirarme:

—Di que sí, princesa.

Sir Malcolm me estudia con detenimiento, como si estuviera decidiendo cuánto de mí es insolencia y cuánto puede convertirse todavía en obediencia.

Robert da un paso hacia mí, con esa paciencia suya que siempre llega tarde y siempre del lado equivocado.

—Iseabail. Basta. Sir Malcolm no tiene por qué tolerar tus impertinencias.

Sir Malcolm no aparta los ojos de mí.

—En efecto —dice Malcolm—. Aunque empiezo a comprender mejor la urgencia de vuestro hermano por resolver vuestra situación. Una mujer que confunde insolencia con criterio necesita una casa donde alguien sepa poner orden.

Robert recupera el color y, con él, toda la desvergüenza.

—Sir Malcolm ha tenido la generosidad de considerar un enlace matrimonial contigo.

Yo miro a mi hermano. Luego a Malcolm.

Y evito mirar a Finn, porque hay momentos en los que una prefiere no comprobar en la cara de otro hombre la magnitud exacta de su propia humillación, aunque esa cara pertenezca a Finn Shaw y Finn Shaw tenga el maldito talento de convertir el silencio en algo que pesa más que una amenaza.

—Sir Malcolm es un hombre respetable —continúa mi hermano, con esa calma suya tan limpia que siempre me ha parecido más cruel que cualquier grito—. Tiene tierras, nombre y suficiente generosidad para pasar por alto ciertos episodios de tu pasado.

Sir Malcolm se ajusta los puños con una lentitud calculada y, con una mano, nos indica el corredor que se abre hacia la sala principal.

—Quizá podamos hablar de esto en un lugar menos… expuesto.

Menos expuesto. Claro. Porque al parecer la decencia de ciertos hombres necesita buenas cortinas, sillas tapizadas y una chimenea encendida antes de empezar a enseñar los dientes.

Nadie se mueve durante un segundo. Finn mira el corredor, después la puerta por la que hemos entrado, y sé que está calculando lo mismo que Broen: distancias, salidas, hombres visibles, hombres que quizá no lo son.

Malcolm sonríe como si no hubiera notado nada. Robert, en cambio, sí lo nota. Robert siempre ha tenido buen oído para el miedo ajeno y muy mala memoria para el propio.

Al final entramos.

El salón es más cálido que el zaguán, pero no más amable. Hay fuego en la chimenea, dos sillones de respaldo alto, una mesa larga junto a la pared y cortinas pesadas que hacen que la luz de fuera parezca vieja antes de tocar el suelo.

Malcolm se coloca junto a la chimenea, como si el fuego también le perteneciera. Robert permanece a su lado. Los Cuervos no se sientan. Tampoco yo.

—Antes de ciertos inconvenientes —dice—, estaba dispuesto a aceptar vuestra mano, Lady Gordon. La situación, como comprenderéis, ha cambiado un poco después de veros viajar sola con estos… caballeros.

Finn se apoya las manos en el respaldo de una silla que tiene delante. Qué hombre. Cuanto más peligroso se vuelve, más parece que estuviera a punto de servirse vino.

—Qué alivio —dice—. Durante un momento temí que esto fuera en serio.

Y entonces Malcolm deja caer la parte verdaderamente asquerosa.

—Eso no quiere decir que no esté dispuesto a reconsiderarlo. Naturalmente —dice—, antes de acceder a este matrimonio exijo una prueba de virginidad. Si sigue intacta y entera, mi oferta sigue en pie.

La frase no me entra por el oído, sino por la piel, por el vientre, por ese sitio exacto donde una mujer aprende demasiado pronto que, para ciertos hombres, su valor depende de lo que haga con su cuerpo.

No es solo el insulto y que quiera meter un veredicto entre mis piernas antes de concederme un apellido. Es la imagen que arrastra detrás. Una mujer abierta. Otras manos decidiendo. Ojos mirando. Un resultado que autoriza o invalida mi destino.

La humillación es tan grande que durante un segundo no me deja hablar.

Torren suelta un «maldito sea» bajísimo.

Y Finn…

Finn se ríe.

Una vez.

Sin alegría.

Es la risa más fea que le he oído nunca.

—¿Una prueba de virginidad? —repite—. Admirable. ¿Y quién os examina a vos para certificar que valéis algo?

Robert da un paso hacia delante.

—Mide tu lengua.

—No —responde Finn, volviéndose hacia él con una calma que ya no tiene ni rastro de ligereza—. Hoy no.

Sir Malcolm lo mira por primera vez como se mira a un sirviente que ha hablado de más.

—Estoy protegiendo mi nombre y mi legado.

—Mis cojones —dice Finn—. Estáis protegiendo vuestro miedo. Lo que queréis es permiso para humillarla con apariencia de decencia. Y eso sigue siendo porquería aunque lo envolváis en terciopelo.

—Estoy en mi derecho a resolver mis dudas sobre su… moralidad. Y estoy dispuesto a restaurar su buen nombre si una matrona certifica mañana al amanecer que seguís intacta y un sacerdote da fe de ello, mi oferta sigue en pie.

Esa frase me devuelve por fin la voz.

—¿Y si me niego?

Robert gira hacia mí con incredulidad ofendida.

—Entonces Blackford retirará su oferta, la viuda Drummond perderá la casa hoy mismo y tendrá que salir de ella y yo tendré que sacar mis propias conclusiones sobre qué has estado haciendo sola entre estos hombres —me escupe—. No estás en situación de ponerte

exquisita. Es tu última oportunidad para recobrar tu reputación y a tu familia. Te juro que como no accedas a esto, te voy a enterrar en un lugar mucho peor que ese convento. Y si has sido disoluta… Te casaré con el primer pastor de cabras que encuentre. Sabes perfectamente que tengo todo el derecho del mundo a decidir sobre tu futuro.

—No. Así no —interrumpe Finn, tajante—. Y con este tipo menos.

Robert da un paso adelante. Con esa calma suya que siempre ha sido el peor de sus tonos.

—Shaw. —El nombre le sale como una advertencia fría—. Tú no tienes ningún papel aquí. Ningún derecho. Ninguna autoridad legal sobre ella ni sobre esta situación. Deberías estar agradecido de que no te arrastre de vuelta a Huntly para terminar lo que empezamos.

La sonrisa de Finn se afila.

—Podéis intentarlo.

Dos palabras. Nada más. Y, aun así, el salón entero parece encogerse alrededor de ellas.

Malcolm sonríe. Poco. Lo justo para que se me hiele la nuca.

—Me temo que nos están obligando a tomar medidas menos agradables.

No entiendo la frase. No del todo.

Aunque oigo un roce de hierro. El sonido corto y seco de una bota sobre la piedra del corredor. Luego otro detrás de nosotros. Luego arriba, en la galería del piso alto, donde hasta hace un momento solo había silencio. El salón se llena de esa vibración particular que tiene el aire cuando de pronto ya no está vacío.

Y entonces aparecen como si la casa los hubiera estado escondiendo en sus paredes.

Diez por la puerta principal. Otros cinco por el corredor. Seis más en la galería alta, visibles entre los balaustres.

Algunos llevan cota bajo el jubón. Todos tienen espada. Seis, además, ballesta corta.

—Qué hospitalidad más considerada —murmura Finn mirando hacia arriba.

Su voz sale serena. Demasiado. Y precisamente por eso me da más miedo que si hubiera gritado.

Sir Malcolm se vuelve apenas hacia él.

—Prefería evitar imprevistos.

—Claro. —Finn echa un vistazo perezoso a los hombres que nos rodean, como si estuviera valorando la calidad del vino en una mesa ajena—. Y ya se sabe que nada evita mejor un imprevisto que esconder media guarnición detrás de los tapices.

—Basta —dice Malcolm, y ahora sí se le cae un poco el barniz—. No he reunido a estos hombres para matar a nadie, sino para asegurarme de que este asunto termina como debe.

Torren deja escapar una risa sin humor.

—Pues habéis elegido una forma rarísima de demostrarlo.

Yo sigo sin moverme. Siento el corazón latir tan fuerte que casi me molesta en la costilla fisurada con cada latido. El salón, que hace un momento solo me parecía triste, ahora se me revela por entero. Las cortinas pesadas. La anchura insuficiente entre la mesa y la chimenea. La puerta cerrada a mi espalda. La galería alta. La distancia exacta hasta Finn. La distancia exacta hasta los hombres de Malcolm. Todo se vuelve de pronto demasiado preciso. Odio cuando el miedo afila la vista.

Colum habla sin alzar la voz.

—Quince abajo. Seis arriba. Y seguramente más fuera.

—Diez —murmura Broen, sin mirarlo siquiera—. Los del patio.

Robert los oye y se le tensa un músculo en la mejilla.

—Ya no eres una amenaza para mí, Shaw. Eres un proscrito. Todos lo sois —dice señalándolos con una mano vaga—. Si me causáis problemas, ninguno de vosotros sale de aquí caminando. Puedo dar parte al sheriff de que mi hermana había sido retenida por vosotros y opusisteis resistencia.

Finn lo mira fijamente.

El silencio que sigue es diferente.

Más denso.

Más real.

Porque es verdad. Eso es lo más terrible. No es una amenaza vacía de un hombre enfadado. Es la ley y los Cuervos son lo que son y yo soy la hija de un conde, bajo la tutela de una familia que puede reclamarme como si fuera una propiedad extraviada.

Malcolm, muy sereno, añade hacia mí:

—Aceptad la prueba, aceptad el matrimonio y vuestra… intervención en esta casa habrá sido olvidada. Mi madrastra conservará su usufructo y la cuestión quedará cerrada. También vuestro hermano podrá decir que habéis sido restituida y estos hombres podrán marcharse en paz.

Ahí está.

La jaula.

Con barrotes limpios, bien pulidos y perfectamente visibles.

Si digo que no, la viuda pierde la casa hoy mismo y Robert arrastra a Finn y a los Cuervos a una acusación infame que no merecen. Si digo que sí, mañana tendré que enfrentarme a un juicio de valor

entre mis piernas y quedaré atada a este hombre como una yegua comprada con certificado.

—¿Lady Elspeth sabe algo de esto? —pregunto para ganar tiempo.

Malcolm sonríe apenas, con esa paciencia pulida que casi resulta más insultante que una amenaza abierta.

—Mi madrastra sabrá lo necesario cuando el asunto esté resuelto.

—Qué cómodo —murmuro—. Hablar de una mujer, de su casa y de su futuro sin dejarla entrar en la conversación. Debe de ahorraros muchísimas molestias.

Robert da un paso amenazante hacia mí y estira el brazo como si fuera a agarrarme para sacudirme.

—Iseabail.

Finn se mueve apenas.

Muy poco.

Lo justo para que mi hermano recuerde que no estamos solos, que Finn sigue allí y que, por mucho que Robert se empeñe en tratarme como si todavía estuviera en Huntly, hay un hombre entre ambos que no parece especialmente inclinado a dejarle salirse con la suya.

—No os confundáis —le dice Finn, y la voz le sale tan serena que resulta casi brutal—. Si intentáis arrastrarla a la fuerza, esto no terminará con un acuerdo. Terminará con dientes menos.

Robert aprieta la mandíbula.

—No amenaces donde no puedes sostener una pelea. No eres invencible, Finn Shaw. Ya te lo demostré una vez.

—Sí, lo demostraste —murmura Finn con un desprecio tan tranquilo que me recorre la espalda por dentro—. Diez hombres y una cuerda siempre han dado mucha valentía.

Robert endurece la boca.

—No ibas a quedarte quieto por las buenas.

—Claro que no. Esa fue siempre mi falta de educación más grave.

Miro a Robert. Luego a Finn. Y la náusea me sube tan deprisa que tengo que apretar los dedos contra la falda

—¿Lo atasteis? —pregunto.

Finn habla antes de que él pueda hacerlo.

—Me ataron al cobertizo de las monturas —dice, con una calma áspera, medida, como si estuviera dejando cada dato sobre una mesa para que nadie pudiera fingir después que no lo había visto—. A la viga donde colgaban los arneses mojados. Brazos abiertos, muñecas sujetas, los pies apenas tocando bien el suelo. Muy práctico. Así no se estropea la honra de una familia corriendo el riesgo de que el acusado devuelva los golpes.

Torren suelta algo entre dientes, tan bajo que no distingo la palabra, pero sí la intención. Colum apoya una mano en el respaldo de una silla y los nudillos se le blanquean despacio.

Robert, en cambio, me mira a mí. No a Finn. A mí. Porque a veces mi hermano todavía se cree capaz de devolverme al sitio exacto donde me tenía antes con solo usar el tono adecuado.

—Había mancillado a mi hermana.

—Finn no me mancilló… —digo, con una hartura tan antigua que casi me deja sin aire.

Me cansa hasta el hueso oír mi cuerpo convertido otra vez en una cosa dañada, en una excusa familiar, en un territorio sobre el que todos pueden declarar la guerra menos yo.

—Y tú me dijiste que había aprovechado la oscuridad para huir como un cobarde.

Robert aprieta los labios.

—Era una explicación piadosa porque no hacías más que ponerte en ridículo cuando se trataba de él.

Finn lo mira como si acabara de oír a una rata presumir de sotana.

—¿Ridícula? Qué palabra tan valiente en boca de un hombre que acaba de ofrecer una viuda y el cuerpo de su hermana en el mismo trato.

—¡Cierra la boca de una vez, Shaw!

Finn se vuelve del todo hacia él, y lo que se le instala en la cara ya no es ira. Es algo bastante peor.

—No me dais órdenes desde hace mucho, Gordon.

Malcolm golpea el suelo con el bastón, impaciente por recuperar el mando.

—Esta conversación ha terminado.

Finn deja caer la mirada sobre el bastón y luego la sube hasta los ojos de Malcolm.

—Qué lástima. Empezaba a ponerse honesta.

Robert recupera la compostura con esfuerzo.

—Acepta la prueba, Iseabail —dice—. Acepta el matrimonio, conserva algo de dignidad y deja que estos hombres se marchen antes de que alguien decida tratarlos como lo que son.

Trago saliva. Miro al suelo.

—Muy bien. —La voz me sale más firme de lo que me siento.

Sir Malcolm contiene el aire, satisfecho.

—Aceptaré la prueba —digo, y pronunciar esas palabras me sabe a hierro en la boca.

Finn gira la cabeza hacia mí con una lentitud que duele. Estoy poniendo mi cuerpo sobre la mesa para ganar una salida para ellos y lo sabe.

Robert sonríe.

—La aceptaré solo con esas condiciones.

—Concedido —responde Brummond enseguida—. Lo acepto.

Finn se ríe muy bajo, de forma incrédula y peligrosa.

Malcolm no lo mira.

Robert sí.

—Y si la matrona certifica que sigues siendo virgen, os casáis inmediatamente. Mañana mismo, al atardecer.

No miro a nadie. Tengo la sensación de que, si levanto los ojos, algo me va a estallar en la cara. El vientre se me revuelve con una mezcla fea de vergüenza, rabia y terror, y aun así me obligo a permanecer recta.

Pero Finn vuelve a la carga.

—Voy a resumirlo, porque creo que con tanta palabrería os habéis terminado liando —continúa, con la voz más áspera, más desordenada—. Lo que vos llamáis restaurar es cercarla. Lo que llamáis matrimonio es una compraventa. Y lo que llamáis prueba no prueba una mierda, salvo la cantidad de asco que sois capaces de envolver en formalidades.

Uno de los guardias se mueve.

Altair, sin volver siquiera la cabeza, acaricia una de sus flechas.

—Yo no lo haría.

El guardia se queda quieto.

Finn sigue mirando a Malcolm.

—Así que no, no estáis ofreciendo nada. Estáis amenazando a dos mujeres y esperáis que una de ellas os dé las gracias por el privilegio.

Robert se vuelve hacia él.

—No sé qué imaginaste poder conseguir hace años, pero te aseguro que estabas muy equivocado si creíste que ibas a quedarte con ella… o con algo más.

Finn ladea apenas la cabeza.

—Qué frase tan torpe para un hombre que siempre prefirió el veneno al acero. Aclárate, Gordon. ¿Con qué exactamente creíais que quería quedarme? ¿Vuestra hermana? ¿Vuestro legado? ¿La silla de vuestro padre junto al fuego? Me interesa mucho la fantasía.

La comisura de la boca de Robert se tensa. Con él, cuando tarda en responder, es porque alguien ha dado justo donde duele.

—Mi padre te escuchaba demasiado —dice al fin—. Te dejaba entrar donde no te correspondía. Y ella… —me señala sin mirarme del todo — ella te miraba como si fueras algo más que un guardia con demasiada lengua. No iba a permitir que te quedaras con lo que no te pertenecía.

No lo confiesa todo, pero confiesa bastante.

Aquello no fue solo castigo. Tampoco fue solo mi honra. Fue miedo. Miedo de hombre bien nacido a que otro, sin sangre suficiente para merecerlo a sus ojos, acabara ocupando demasiado sitio dentro de su casa.

Finn sonríe.

Sin alegría.

Con puntería.

—Supongo que hoy vamos todos un poco confundidos, porque no entiendo en qué momento yo tuve esas pretensiones. Pero eso

aclara bastante. Te daba miedo quedarte pequeño en tu propia casa y te valiste de lo que ocurrió aquella noche para deshacerte de mí, arrastrando de paso a tu hermana a aquel lugar porque brillaba más que tú, ¿verdad?

—Cállate.

—No. Lo que te aterraba era que tu padre me oyera, que ella me eligiera a mí y él a los dos y eso nos colocara por encima de ti, que alguien empezara a mirarte y descubriera que, debajo de tanto apellido, no había más que un hombre sin valor y asustado.

—Finn —lo llamo con cautela.

Mi voz sale baja, pero él me oye igual. Siempre lo hace. Incluso ahora, perdiendo un poco el control.

Tarda demasiado en apartar los ojos de mi hermano. Eso me da más miedo que si hubiera desenvainado.

—Finn —repito, esta vez con menos firmeza.

Él vuelve por fin la cabeza.

Su furia está llena de todo esto, de la zanja, de los huesos, la casa de penitencia, lo que me hicieron, lo que le hicieron. Todo junto, pudriéndose otra vez al mismo tiempo.

Por eso doy un paso hacia él.

Uno pequeño. Suficiente para ponerme entre su rabia y la estupidez que está a un dedo de cometer por mí.

—Basta —murmuro.

Robert resopla por la nariz, satisfecho como un imbécil que cree haber entendido algo.

—Sí, Shaw. Harías bien en escucharla por una vez.

Miro solo a Finn.

—Aquí no —digo, y me sale con una dulzura cansada que me fastidia oír en mi propia voz porque delata más de lo que quiero—. Por esto no. No les des esa alegría.

Algo se desordena en su cara.

La furia se vuelve más profunda. Más de hombre que aún piensa en romperle la boca a alguien, pero que descubre algo nuevo que es peor.

—No me hagas esto —dice.

—¿Qué?

—Mirarme como si fueras tú la que me ha traído hasta aquí con una cuerda al cuello.

Quiero contestarle. Decirle que no, pero la verdad es que siempre acaba siendo así. Yo hago ruido y él tiene que silenciarlo, yo corro y él tiene que adelantarse, provoco consecuencias sin querer y él sangra, creo que puedo arreglar algo con una frase dicha a tiempo, y luego él, siempre él, tiene que colocarse entre mi buena intención y la parte del mundo que viene a cobrarla.

Niego con la cabeza.

Finn levanta una mano y la deja abierta entre nosotros, como si incluso aquí, en mitad de esta ratonera, quisiera dejarme elegir. Yo la miro un segundo. Luego le doy la mía.

Porque si no lo hago en este instante, delante de mi hermano, delante del hombre que cree que mañana podrá comprarme y delante de todos los demás, me voy a quedar para siempre con la sensación de haber rechazado la única mano que de verdad quiero tomar.

Finn cierra los dedos alrededor de los míos y tira de mí con fuerza hacia él.

El costado se queja. El muslo me recuerda que sigo medio cosida.

Me coloca delante de su cuerpo, tan cerca que el calor de su pecho me llega antes que el olor de la lana, el cuero y ese maldito olor suyo que siempre parece un refugio demasiado peligroso para ser prudente.

Me sujeta contra él y baja la cabeza hasta que su voz solo puede llegarme a mí. El aliento me roza justo debajo del oído.

Y tiemblo.

—Escúchame bien —murmura, con esa voz baja y precisa que usa cuando se acaban las bromas—. No les des nada más de lo que ya les has dado.

Quiero girar la cara. Mirarlo. Él me sujeta con una firmeza que me obliga a quedarme quieta.

—Esta noche te estaré esperando en la caseta vieja del molino, junto al arroyo. La hemos visto al entrar en la finca, al otro lado del cercado roto. Escápate. Reúnete conmigo allí.

El corazón me golpea tan fuerte que por un segundo estoy segura de que lo han oído todos.

No me muevo. Apenas respiro.

—Finn…

Me corta con una presión mínima de sus dedos en los míos.

—Ahora no.

Me aparta lo suficiente para devolvernos a una distancia decente. Decente por fuera, porque por dentro ya es tarde para cualquier clase de decencia.

Robert nos mira con una mezcla de furia y desconcierto.

Bien.

Que se ahogue un rato en no entenderlo todo.

Finn vuelve hacia él con una serenidad que da ganas de santiguarse.

—Ya podéis seguir traficando con la honra de vuestra hermana, Gordon. La escena ha perdido interés.

Me quedo donde estoy, con la mano todavía caliente por la suya, el corazón golpeándome las costillas, la humillación de la prueba clavada como una astilla bajo la piel y otra cosa naciendo por debajo de todo eso. Algo más feroz. Más íntimo. Más peligroso.

La certeza de que esta noche voy a salir de esta casa.

Y, cuando lo haga, no será para huir.

Será para ir a él.

Capítulo 20

«ISEABAIL»

La casa se calla tarde.

Yo llevo un rato sentada en el borde de la cama estrecha que me han dado, con la vela consumiéndose despacio en la mesilla y el corazón dándome en las costillas como si quisiera salir antes que yo de aquí.

El cuarto no es feo. Eso casi me ofende. Tiene una colcha bordada por alguien que debió de tener paciencia, una palangana limpia, una cómoda con tiradores de latón gastados y una ventana pequeña que da al lado este de la finca, donde el jardín se vuelve más salvaje y menos visto.

Me han encerrado con cortesía.

La criada que me ha subido agua y una bandeja con pan, queso y caldo apenas me ha mirado a la cara.

No hacía falta.

Ya sé la clase de historias que se cuentan en voz baja cuando una mujer debe ser vigilada para que siga siendo digna de un marido al amanecer.

La matrona y el sacerdote vendrán al alba.

La idea me entra otra vez por el vientre, fría, repugnante, indecente en el peor de los sentidos.

No quiero imaginar unas manos extrañas, una inspección, un dictamen… de nuevo.

La primera vez fue antes de entrar en el convento. En una estancia helada, con una mujer de dedos secos, una hermana rezando al fondo y otra repitiéndome, que los hombres eran peligrosos, que las mujeres que se dejaban arrastrar por la lujuria eran impúdicas y que una muchacha decente debía llegar intacta al matrimonio. Un esposo y su mujer solo debían yacer juntos para procrear, dijo. Lo demás era pecado.

Mañana quieren volver a hacerme eso.

Me levanto demasiado deprisa y el muslo protesta con un tirón feo. Al apoyar una mano en la cómoda para no perder el equilibrio, noto algo duro contra la cadera, escondido en el bolsillo interior del vestido.

La cantimplora.

Cierro los ojos.

Madre de Dios.

La maldita cantimplora.

La saco despacio, con dos dedos, como si contuviera una reliquia maldita y no el último resto físico de mi dignidad. Pesa. Claro que pesa. La he usado y luego no se la he devuelto a Finn para que la vaciara como lleva haciendo toda la semana con esa paciencia suya de hombre que ha decidido convertir mis funciones más vulgares en una responsabilidad militar.

Esta vez me la guardé.

Por orgullo.

Por cansancio.

Porque hay un límite muy fino entre dejar que un hombre te ayude a no abrirte una herida en el muslo y permitirle convertirse en el administrador oficial de tu vejiga, y yo, al parecer, decidí recuperar mi autoridad para perderla justo después.

Pensaba vaciarla más tarde.

En cuanto pudiera.

Qué concepto tan hermoso cuando una tiene libertad absoluta para tomar sus propias decisiones sobre su vida.

Dejo la cantimplora sobre la mesilla, junto a la bandeja con el caldo frío, y la miro con un desprecio que seguramente debería reservar para personas más culpables.

Y, sin embargo, pienso en otra cosa.

En un viejo molino junto al arroyo. En la mano de Finn cerrándose sobre la mía en mitad del salón.

Qué hombre.

Qué belleza.

Qué alivio tan miserable saber que existe un lugar de esta maldita finca donde él me estará esperando.

La ventana cede mejor de lo que esperaba. La madera se resiste un poco, el pestillo raspa, una corriente fría me muerde las muñecas cuando lo levanto y durante un segundo me quedo inmóvil, escuchando.

Nada. Nadie.

Paso primero una pierna. Luego la otra. El alféizar es más alto de lo que parecía desde dentro y, cuando me dejo caer al pequeño saliente exterior, la costilla me da un latigazo seco que casi me arranca una blasfemia.

Me la trago.

Apoyo la espalda en la piedra fría, cierro los ojos un instante y respiro despacio, como si aún estuviera en el claro y Finn me tuviera una mano en la cintura diciéndome que no me ponga tensa como una tabla.

Qué ayuda tan nula acordarme precisamente ahora de sus manos.

Bajo como puedo, no como debería. Que no es lo mismo.

Hay una enredadera vieja pegada al muro y un montón de tierra apisonada junto a la base.

Agradezco a la señora de esta casa sus pésimos jardineros cuando al fin toco suelo sin matarme del todo.

El impacto me sacude el muslo y tengo que doblarme un poco, sujetándome con una mano en la pared, mientras el dolor sube como un hilo de fuego por la cara interna de la pierna.

—Vamos, Iseabail —murmuro en la oscuridad, más por fastidiarme que por ánimo—. Has sobrevivido a cosas más ridículas que un pequeño salto.

Nadie me responde. Menos mal.

Distingo el dibujo irregular del cercado roto a lo lejos, la silueta negra de unos árboles junto al agua y, más allá, donde el terreno baja, el bulto oscuro que debe de ser el molino.

No corro al principio. Bajo ni por asomo. Camino deprisa. O intento hacerlo. La primera parte es fácil porque el miedo ayuda más que un caballo fresco.

Avanzo con esa convicción de mujer que sabe que, si la pillan ahora, estará perdida y acelero sin pensar.

Lo hago respirando mal, con la herida tirando en cada zancada y el corpiño apretándome el pecho como si quisiera castigarme por haber salido de la cama.

Aun así sigo.

Porque veo el molino más cerca.

Así que corro todo la rápido que puedo.

Y no lo oigo venir al principio.

Lo siento.

Es ridículo, pero así funciona con él. Una parte de mí lo reconoce antes que el oído. Una alteración mínima del aire, un peso distinto en la oscuridad, una presencia que no es árbol, ni piedra, ni viento.

Y justo cuando me giro, más por instinto que por juicio, algo sale de la sombra y me corta el paso.

No grito porque una mano me agarra la cintura y la otra me cierra la boca al mismo tiempo.

El cuerpo entero se me pone a luchar antes de que la cabeza llegue.

—Quieta —me susurra Finn al oído, entre exasperado y aliviado—. Como te hagas daño en la costilla, juro que te ato al asta del molino y me quedo más descansado.

Me quedo inmóvil de golpe.

Él aparta la mano de mi boca, pero no la de la cintura. Ni de broma.

La oscuridad no me deja verle entero, solo trozos. El brillo apagado de los ojos, la línea de la nariz, el bulto del hombro bajo el jubón, el mechón de pelo que el viento le ha echado sobre la frente. Huele a noche, a cuero y a ese maldito olor suyo que siempre parece prometer pelea o refugio y nunca una cosa sencilla en medio.

—¿Estás loco? —le susurro, todavía con el aire mal puesto en el cuerpo—. Casi me matas del susto.

—¿Estás corriendo?

La pregunta, dicha así, con esa incredulidad ofendida de hombre que ya se esperaba una estupidez pero no esta en concreto, me da unas ganas indecentes de reírme y llorar a la vez.

—No exactamente.

—No exactamente, dice. —Me acerca un poco más, como si necesitara comprobar con las manos que sigo en una pieza, y me sujeta mejor la cintura cuando el muslo me falla un instante—. Te he visto cruzar el jardín como una santa en fuga. Cojeando, además. Muy impresionante. Muy insensato. Muy tú.

—Tenías que esperarme en el molino.

—Tenía que hacerlo, sí. Luego he pensado en ti, que viene a ser incompatible con la paciencia, y he decidido ahorrarme el espectáculo de verte abrirte la pierna a medio camino.

Ese comentario me debería molestar. Lo que hace es aliviarme algo tan feo y tan hondo que casi me da vergüenza.

Baja la mano a mi muslo. No a la herida. Al lado. Donde puede notar sin tocarla cuánto tiembla la pierna.

—¿Te has hecho daño?

—No más del que ya tenía.

—Eso no tranquiliza ni a un muerto.

Se agacha un poco, pasa una mano por detrás de mi rodilla y antes de que pueda ponerme digna me levanta en brazos con una facilidad que, sinceramente, empieza a parecerme una ofensa personal.

—Finn.

—No.

—Puedo andar.

—Y yo puedo tocar el laúd. No por eso conviene que me ponga ahora.

Lo dice mientras echa a andar hacia el molino, apartando con el hombro una rama baja, con su tono habitual, el de la pulla fácil, el del comentario medio divertido que evita que el mundo pese demasiado.

Pero por debajo le noto otra cosa.

La respiración un poco más rápida de lo normal. La mano bajo mis rodillas más firme de la cuenta. La mandíbula apretada. Esos pequeños detalles suyos que, si una no lo conociera bien, parecerían nada. Y son todo.

Apoyo una mano en su pecho por puro equilibrio y noto debajo el músculo duro, vivo, el latido fuerte y rápido que lo desmiente un poco. No está tranquilo. Lo aparenta mejor que nadie, eso sí. Qué novedad.

—No has sido capaz de esperar —murmuro.

—No.

—Qué poca disciplina.

—La perdí cuando te vi aceptando esa barbaridad sin desmayarte ni escupirle al menos a uno de ellos en la cara.

Hay algo en la forma en que lo dice que me quita cualquier gana de seguir bromeando.

El molino está ya cerca. La vieja caseta, al lado, parece medio vencida, con la puerta ladeada y el tejado negro de humedad. El arroyo corre detrás con un ruido bajo y constante que de pronto me parece el mejor sonido del mundo.

Finn no me suelta en seguida cuando llegamos al resguardo de la pared. Me deja apoyada contra las tablas una vez dentro y sigue con las manos en mi cintura un instante más. Como si necesitara

asegurarse de que he llegado de verdad. Como si yo pudiera desvanecerme si me deja de tocar demasiado pronto.

Dentro huele a madera mojada, a harina vieja, a musgo, a él. Hay una mesa coja arrimada a la pared, un banco, dos sacos medio vencidos en un rincón y una luna de luz sucia entrando por una rendija del tejado.

—No vuelvas a correr así —dice, muy bajo.

—No me regañes ahora. He cruzado media finca con una costilla medio rota para venir a ti. Un poco de gratitud, por favor.

La comisura de su boca se mueve. Esa media sonrisa suya, torcida, agotada, casi dolorida, aparece y se va como si hasta eso le costara hoy más de la cuenta.

—La gratitud me la guardo para cuando dejes de intentar matarme de disgustos —murmura.

No es exactamente una broma, aunque lleve su ropa.

Tiene la voz más baja, más gastada, y la forma en que me sostiene todavía por la cintura no se parece a la de un hombre que haya venido a un encuentro tranquilo.

Me observa la cara, luego su mirada baja por mi cuerpo y vuelve enseguida a mis ojos, como si comprobar que sigo en una pieza le quitara aire en lugar de devolvérselo.

—Tenemos caballos al otro lado del arroyo. Hay un lugar donde Robert Gordon y Malcolm Drummond no podrían encontrarte ni aunque se dejaran los ojos en ello. No es un lugar hecho para una lady, pero tampoco lo era ese convento. Ni lo será la cama de ese cerdo. Ni una feria donde cualquier borracho pueda ponerte la mano delante de la cara y pedirte que le arregles la vida por unas monedas. Si salimos ahora, para cuando llegue la matrona ya estaremos lejos del condado.

Me quedo quieta.

Y él lo nota.

—¿Iseabail?

—Escúchame.

—No me va a gustar lo que vas a decir.

—Probablemente no.

Finn cierra los ojos un segundo. Los abre. Me mira.

—No vine a huir —digo.

La mano que tiene en mi cintura se cierra apenas, no lo bastante para retenerme, sí lo bastante para delatarlo.

—Repite eso —dice.

—Vine a pedirte algo.

Finn suelta una risa sin aire.

—Claro. Habría sido demasiado sencillo que, por una vez en tu vida, hicieras algo para salvarte y no para complicarme la existencia.

—Finn…

La oscuridad de la caseta no me ayuda a ver del todo su cara, pero sí lo suficiente. Lo suficiente para ver cómo procesa la frase. Para ver cómo la desarma, la examina, la vuelve a armar y llega a la única conclusión posible.

—No —dice al fin.

Firme. Sin gracia. Sin rodeos.

—Todavía no has oído lo que voy a decirte.

—No necesito oírlo. —Se aparta un paso. Solo uno. Pero lo hace—. Ya lo sé.

—Finn.

—He dicho que no.

—Escúchame. —Me enderezo todo lo que me permite mi altura y aun así lo tengo que mirar desde abajo—. Si mañana esa mujer me examina y certifica que no soy virgen, no habrá matrimonio. Malcolm lo dijo. Insistió tanto en eso que hice que Robert lo pusiera por escrito. Que si se hacía la prueba, la viuda conservaba su casa y no levantaban armas contra vosotros. En ningún momento se especificó qué pasaba si el resultado no era el que esperaban. No hay trampa. Solo hay una salida.

Finn me mira.

No habla.

Eso ya es malo.

Cuando Finn no habla es porque está eligiendo muy cuidadosamente por dónde no perder el control.

—Y quieres que sea yo —dice al fin, y la voz le sale tan plana, tan sin ornamento, que casi parece otra persona.

—Sí.

—Para que no tengas que casarte con ese hombre.

Otro silencio.

Este ya no es solo de hombre que piensa. Es de hombre al que le acaban de meter algo bajo la piel y todavía no ha decidido cómo sacarlo.

Se pasa una mano por la boca. Luego por el pelo. Se gira apenas hacia el rayo de luna, como si necesitara mirar otra cosa que no sea mi cara.

—No —dice otra vez.

—Ya has dicho eso.

—Y lo voy a seguir diciendo.

—Finn, por favor.

Trago saliva. No es fácil para mí suplicarle esto. Y, aun así, lo peor sigue siendo su cara.

—Te estoy pidiendo ayuda —consigo decir—. Esto es lo mejor que puedo hacer por el bien de todos.

Se gira un instante, da un paso corto en el espacio ridículo de la caseta y vuelve a mirarme. Esa forma de moverse suya. Tan contenida. Tan reveladora. No está pensando solo. Está peleándose consigo mismo.

—¿Lo mejor? —repite al fin—. Iseabail, lo mejor sería prenderle fuego a esa casa con tu hermano dentro y que Malcolm cayera de bruces sobre su propio contrato. Lo mejor no es esto. No voy a dejar que te abran de piernas mañana para decidir cuánto vales.

Ni siquiera pestañea.

—No lo entiendes.

—Lo entiendo demasiado bien. Por eso te estoy diciendo que no.

Se me sube la rabia, que siempre llega justo a tiempo para evitar que me eche a llorar como una niña.

—Está bien. Se lo pediré a otro… a Torren. Al menos él no me mirará como si tocarme fuera una desgracia.

Eso sí le duele. Le entra por los ojos, por la mandíbula, por esa respiración breve que no llega a convertirse en palabra.

—No te pongas cruel conmigo ahora —murmura.

—No estoy siendo cruel. Estoy intentando no quedarme sin opciones solo porque tú has decidido que protegerme consiste en negarme también esto.

Finn se queda inmóvil.

Y yo, que ya he empezado a sangrar por dentro, sigo antes de que se me acabe el valor.

—Quería que fueras tú —confieso, y ahí sí se me rompe un poco la voz, una grieta mínima, ridícula, insoportable—. Pero si no quieres, al menos déjame elegir cómo pierdo esta batalla y con quién.

Esa frase sí le entra como una cuchillada.

—No digas eso si no sabes lo que me hace oírtelo —responde.

—Claro que lo sé.

—No. —Da un paso hacia mí, pero no me toca. Se queda a nada, con las manos abiertas a los lados, como si tocarme ahora fuera la peor idea y también la única—. No lo sabes. Porque si lo supieras, no estarías aquí intentando convencerme de que te tome por miedo.

La palabra me da de lleno.

—No es por miedo.

—Es por miedo, por rabia, por asco, por orgullo herido y por la necesidad de salirte de una jaula antes de que amanezca. No me mientas a mí. A los otros, si quieres. A mí no.

Me quedo callada.

No porque no tenga respuesta. Porque él las tiene todas y son peores.

Él se pasa la lengua por el interior del labio, como hace a veces cuando está conteniendo una frase más salvaje que las demás, y baja la voz hasta dejarla casi en un susurro áspero.

—No voy a acostarme contigo para librarte de otro hombre.

La frase me golpea tan limpia que casi me hace dar un paso atrás.

—No es solo eso.

—Sí que lo es. Has venido a usar mi cuerpo como puerta. —Alza una mano un segundo, la deja en el aire y la vuelve a bajar—. Dios sabe que no te culpo por ello. Pero sigue siendo una puerta. Y yo no pienso colarme en ti por el mismo sitio por el que ellos quieren entrar, solo que con mejores modales.

Eso me deja muda un instante.

Porque tiene razón.

Pero no la tiene del todo.

Porque me está rompiendo por la mitad en el punto exacto donde llevaba años guardando su nombre.

—No eres una puerta —digo, y me sale más bajo, más triste—. Eres tú.

Se le tensa la boca.

Qué expresión tan mínima para lo mucho que dice.

—Y precisamente por eso no.

Me echo a reír. Mal. Una risa pequeña, cansada, que se parece demasiado a una derrota.

—Es increíble. ¿Con cuántas mujeres has sido menos honorable, Finn?

Él me mira como si quisiera sacudirme.

—No me insultes llamando honorable a esto. No tiene nada que ver con el honor. Tiene que ver contigo.

—Qué suerte la mía.

—No, Iseabail. Escúchame.

Ahora sí me toca.

Me pone las manos en los brazos, firmes, calientes, y me obliga a quedarme quieta dentro de su mirada.

—Si te toco esta noche, no sabré separar cuánto hay de deseo y cuánto de rabia, cuánto de hombre y cuánto de venganza. Y tú mereces muchísimo más que ser el arma con la que yo les gane esta pelea.

La frase me deja el pecho hueco.

Y lleno a la vez.

Lo odio.

Lo adoro un poco.

Qué cosa tan agotadora.

—No necesito más —murmuro—. Solo necesito no ser virgen mañana.

Él cierra un momento la mandíbula. Dura. Hermosa. Imposible.

—Yo sí necesito más.

La voz le sale más grave. Más rota por debajo.

—Necesito que no vengas a mí así.

—¿Así cómo?

—Con otro hombre esperándote con un contrato. Con desesperación, con prisas, como un último recurso. —Su pulgar roza una vez la tela de mi manga, nada más—. No pienso tomar lo que otro está intentando forzarte a entregar.

El silencio que sigue pesa más que todo lo demás.

Yo miro su camisa abierta un poco en el cuello, la sombra del pecho debajo, la vena que late junto a la garganta.

Lo deseo con una violencia tan vieja y tan poco nueva que me da rabia no poder arrancármela de encima. Lo he querido siendo una niña insolente, siendo una idiota, siendo una mujer enterrada en una casa de penitencia, siendo Morna, siendo nadie, siendo yo. Lo he querido incluso cuando más me convenía no hacerlo.

Y él me está diciendo que no.

Y duele.

—Entonces tendré que casarme con él. Claro. Pero supongo que no te importa tanto —le digo—. Tal vez tengas razón. Tal vez no sé nada, pero porque tú nunca me dejas verlo. Haces una broma. Das una orden. Me sujetas como si fueras a romperte tú si me caigo yo y luego me miras con esa cara de hombre al que no le pasa nada. Y yo sigo engañándome, esperando más de lo que hay sin querer ver que ya te fuiste una vez tranquilamente y sin remordimientos.

No pensaba sacar esa frase. Sale sola. Más baja de lo que querría. Más herida.

Esta vez sí se queda del todo quieto.

—No me fui tranquilo —dice con voz grave y ronca.

—Te fuiste.

—Sí.

—Y te alejaste para que otro me tuviera.

La sombra que le cruza la cara no tiene nada de broma.

—No me fui pensando que otro te tendría. Me fui pensando que, aunque me arrancara algo por dentro, tú seguirías viva, a salvo y lejos del tipo de hombre en que me convertía. Un don nadie.

Niego con la cabeza.

—Qué consuelo.

—No. Ninguno. —Su mano sube de mi brazo a mi nuca. Despacio. Como si hasta ese gesto necesitara permiso del aire.

—Pues a mí me parece que no te importaba entonces ni ahora.

—Me importa demasiado. —Una pausa—. Por eso no voy a hacerlo.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo. —Da un paso hacia mí. Lento. Como si midiera cada centímetro antes de ocuparlo—. ¿Crees que no quiero? ¿Crees que no he pensado en ello cada día desde la primera vez que me miraste como si yo mereciera tu atención? Escúchame bien, porque no voy a volver a decir esto de una forma amable.

Ahí sí levanto la vista del todo.

Mal hecho.

Porque ya no hay ironía ninguna en él. Solo una verdad tan desnuda que casi da más miedo que el deseo.

—Hasta que seas mía de verdad, por voluntad, sin una soga al cuello y con los ojos bien abiertos y todo el tiempo del mundo para disfrutar de ti cada minuto, no voy a tomarte de esa forma. No porque no te desee. Precisamente porque te deseo demasiado.

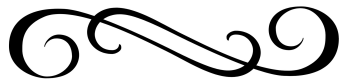
Algo me sube por la garganta y me deja sin aire.

Él no aparta la mirada.

Sigue.

—El día que te tenga, si es que el mundo se equivoca tanto, no será porque no te quedó una salida mejor. Será porque me eliges a mí sin que nadie te empuje, sin una prueba esperando al alba y sin otro hombre pesándote como si fueras ganado. Será porque vienes a mí por mí. Sabiendo todo lo que tienes que perder y lo poco que puedo darte y te merezco. Y hasta entonces… —La mano en mi nuca tiembla apenas. Apenas— …no tengo ningún derecho.

Capítulo 21



«ISEABAIL»

No sé cuánto tiempo paso mirándolo sin decir nada.

Poco, seguramente.

Pero lo suficiente para que el corazón me cambie de sitio. Y para que la rabia y el alivio se me mezclen tan mal por dentro que casi me den ganas de golpearlo y besarlo a la vez.

—¿Cómo puedes rechazarme y conmoverme a la vez? Maldito seas, Finn. Eso es lo más ridículamente romántico que me has dicho nunca —murmuro.

—No se lo cuentes a nadie. Me arruinaría la reputación.

Eso es lo peor. Que siga siendo él. Que hasta ahora, hasta aquí, en mitad de esta noche asquerosa, siga sabiendo encontrar la manera de no romperme del todo aunque se niegue a darme justo lo que he venido a pedir.

—Entonces dime qué hago.

Él exhala por la nariz. Cansado. Vivo. Demasiado cerca.

—Esta noche, no volver a correr. Lo primero.

—Finn.

—Te juro que eso ya sería un avance considerable.

A pesar de todo, se me escapa una risa. Pequeña. Ridícula. Y él la oye como si fuera una cosa frágil que le alivia y le duele a la vez.

Luego se pone serio otra vez.

—Hay otra salida.

—¿Cuál?

—Te ayudaré a perder la virginidad —Me aparta un mechón de pelo de la sien con una delicadeza que me estropea entera—. Pero no voy a salvarte de esa prueba acostándome contigo como un ladrón agradecido por la ocasión. No sería justo para ti. Y yo ya he vivido bastantes años sabiéndome menos hombre de lo que quería. No voy a añadirte a eso de esta manera.

—¿Cómo?

La media sonrisa vuelve. Más cansada que antes. Más real.

—Tengo mis métodos. Pero dolerá y habrá sangre.

—Qué tranquilizador.

—Lo intento. —Se acerca un poco más. No para tocarme. Solo para estar ahí—. ¿Confías en mí?

—A ratos —digo.

—Con eso tengo bastante.

Sus dedos aprietan un momento mi nuca.

Fríos por la noche. Vivos por debajo.

—Finn… —empiezo.

Él niega con la cabeza.

—No me interrumpas, que bastante me está costando hablar como un cristiano. —Exhala por la nariz y la boca se le tuerce apenas, sin

llegar a sonrisa—. Podría vencer esa pequeña resistencia sin hacerte demasiado daño… con los dedos.

—Vale.

—Dios santo, ¿quieres pensártelo un poco? Te estoy diciendo que romperé tu himen con los dedos.

No sabía que un hombre pudiera sonar tan severo y tan tierno a la vez.

—Lo entiendo.

—No. —La mano de mi nuca baja despacio a mi mejilla y me obliga a mirarlo mejor—. No del todo.

La media sonrisa se le ha borrado. Ahora solo queda Finn. El de verdad. El que deja de bromear cuando algo importa demasiado.

—Escúchame bien —murmura.

No sé qué me altera más, si el tono o el hecho de que me lo diga así, tan cerca, como si esta conversación tuviera que pasarme por la piel antes que por la cabeza.

—Tendré que tocarte despacio. Mucho rato. Hasta que tu cuerpo se abra fácilmente para mí. Hasta que estés húmeda y tu cuerpo deje de asustarse y empiece a pedirme otra cosa.

Madre de Dios.

Tengo que apoyar una mano en la mesa porque el suelo acaba de volverse menos fiable.

Finn sigue mirándome.

—Y luego… —Se interrumpe un instante, como si incluso ponerlo en palabras le costara más de lo que quiere enseñarme—. Luego tendré que entrar con los dedos. Poco a poco. Más de lo que ahora mismo te imaginas. Lo bastante para vencer esa resistencia sin desgarrarte, sin hacer una barbaridad y sin dejarte temblando de dolor.

Yo noto el pulso en todas partes. En la garganta. En el pecho. Más abajo, en ese sitio donde el miedo y otra cosa mucho peor empiezan a parecerse demasiado.

—Finn…

—No he terminado. —Lo dice bajo, sin brusquedad, pero con esa firmeza suya que no deja mucho sitio para tonterías—. Dolerá. No te voy a mentir. Quiero que lo sepas antes de que me digas que sí con esa cara de mujer capaz de firmar su propia condena para no parecer débil delante de nadie. Dolerá. Pero no voy a ir deprisa. No voy a forzarlo. Te abriría poco a poco —dice, sin apartar la mirada—. Y al encontrar esa pequeña resistencia… —La voz se le quiebra apenas en la última palabra. Apenas. Pero lo oigo— no iría a lo bruto. Me quedaría ahí. Empujando lo justo. Esperando a que cedieras. A que respiraras. A que me dejaras hacerlo sin tener que arrancártelo.

Cierro los dedos sobre la falda. La tela se arruga bajo mis uñas.

—Pero quiero que entiendas que habrá sangre —añade, y ahora sí la voz se le ha puesto un poco más áspera, más viva—. No mucha, si hago bien las cosas. La suficiente. Y después… después esa matrona no va a encontrar lo que ha venido a certificar.

—Finn… —vuelvo a decir porque no soy capaz de formular más palabras y esta vez me sale como un gemido.

—Lo repetiré si vas a seguir diciendo mi nombre así —murmura—. Y si sigo explicándotelo —dice, muy bajo—, voy a acabar arrodillado entre tus piernas antes de que me hayas dicho siquiera que sí.

Ahora ya no hay aire suficiente entre los dos para fingir que esto sigue siendo una conversación razonable. La mano de mi mejilla baja despacio a mi cuello. No aprieta. Solo se queda ahí. Sintiendo. Midiéndome el pulso, quizá. Dios sabe que lo tiene fácil.

Apoya su frente sobre la mía. La distancia entre nuestras bocas se vuelve absurda. Una burla. Un pecado mal disimulado. Le noto la

respiración en los labios antes de sentirlos, y eso ya basta para ponerme el cuerpo entero en vilo.

Tiene la mirada fija en mi boca con una concentración tan feroz que, por un segundo, me parece que si no me besa ahora mismo me va a hacer daño de alguna otra manera. Peor. Más honda.

—Voy a besarte —murmura—. No soy capaz de contenerme más.

Suena a una confesión dicha a destiempo, con la voz ronca y rota de un hombre que ya ha perdido la pelea contra sí mismo y lo sabe.

—Dios sabe que no me lo merezco —añade, rozándome ya la boca con la suya mientras habla—. Pero voy a hacerlo igual.

No me da tiempo a decirle que sí.

No hace falta.

Porque mi cuerpo entero lleva diciéndoselo desde que entré en este lugar, desde antes, desde hace años, y él debe de oírlo por fin tan claro como yo.

Sus labios me tocan primero con una contención que no dura ni un latido. Solo ese roce inicial, seco, caliente, casi incrédulo, como si hasta él necesitara comprobar que esto está ocurriendo de verdad. Y luego ya no. Luego me besa como un hombre que ha aguantado demasiado tiempo con la boca cerrada y el deseo mal encerrado detrás de los dientes.

Es mi primer beso.

La idea me atraviesa y desaparece enseguida, arrasada por la realidad de su boca sobre la mía. Yo esperaba no sé qué cosa delicada y ordenada. Esto no es limpio. Esto es mejor. Muchísimo mejor. La barba me raspa la piel alrededor de la boca. Sus labios atrapan el mío inferior, lo chupa despacio primero, con una lentitud que me deshace y me pone más nerviosa que cualquier prisa, y luego lo muerde apenas, lo justo para arrancarme un jadeo que se le mete en la boca antes de que pueda avergonzarme de él.

Finn reacciona al oírlo con un sonido bajo. Bronco. Tan poco razonable que me baja por el cuerpo como una caricia sucia.

Me besa otra vez. Más hondo. Más inclinado sobre mí. La mano de mi cuello sube a mi nuca, se me enreda en el pelo y me sostiene la cabeza como si quisiera abrir mejor el ángulo y sacarme de la boca todo lo que llevo años guardándole. La otra me aprieta la cintura. Con esa firmeza suya que me coloca dónde él quiere y, sin embargo, me hace sentir más segura que ninguna cortesía de esta noche.

Abro la boca porque no sé hacer otra cosa.

Porque lo quiero dentro.

Porque cuando su lengua me roza por primera vez la mía, lenta y caliente, tengo la sensación tan obscena de que algo en mí reconoce ese gesto antes incluso de haberlo vivido nunca.

El sabor de Finn me llena entera.

A noche, a rabia contenida, a hombre, a una gloria indecente que me deja las rodillas blandas y el pecho ardiendo. Le lamo sin saber hacerlo y le gusta.

Claro que le gusta.

Lo noto en cómo se le corta la respiración un segundo, en cómo vuelve a besarme más fuerte, en cómo me inclina un poco más la cabeza y profundiza hasta que la saliva ya no es un accidente, sino otra forma de perderse conmigo.

Madre de Dios.

No sabía que besar pudiera ser esto.

No sabía que una boca pudiera hacerme sentir tan viva, tan hambrienta, tan mala. Lo beso con torpeza al principio, con esa falta de arte humillante del primer intento, y él no se ríe. No me corrige. Me enseña sin enseñarme, llevándome con la suya, abriéndome la boca a besos, marcando el ritmo con los labios, con los dientes, con

la lengua que entra y sale de la mía despacio primero y luego con una crudeza cada vez menos disimulada.

Cuando me chupa el labio otra vez y después me muerde apenas la comisura, el estremecimiento me baja entero al vientre, tan rápido y tan implacable que tengo que agarrarme a la camisa abierta junto a su cuello para no perder pie.

Él nota el tirón de mis dedos y se pega más.

No queda aire entre nosotros. Solo bocas. Solo calor. Solo el ruido húmedo, obsceno, de besarnos como si estuviéramos comiéndonos algo que nos deben desde hace años.

Lo lamo sin pudor ya, siguiendo el filo de su labio superior, la forma dura de su boca, y cuando vuelvo a encontrar su lengua me recibe con una avidez que ya no intenta parecer prudente.

Me besa el paladar. Me saborea. Me bebe el jadeo.

Y el mundo entero, con sus matronas, sus contratos y sus hombres armados, se vuelve de pronto una cosa ridícula y lejanísima.

Solo existe Finn.

Finn entre mis manos. Finn en mi boca. Finn respirando como si besarme le estuviera costando sangre.

Solo él tiene esa capacidad de meterme el mundo en el cuerpo y sacármelo de la cabeza al mismo tiempo.

La primera vez que me separa de él no lo hace de verdad. Se queda ahí, con la frente apoyada en la mía, las bocas todavía húmedas, rozándome el labio inferior con el suyo como si no pudiera decidirse a soltarlo del todo.

Yo tampoco puedo.

Se lo persigo un poco sin pensar, avergonzada de lo evidente que debe de ser ya mi hambre, y eso le arranca una exhalación quebrada que acaba medio convertida en beso otra vez.

—Joder, Iseabail —murmura contra mi boca.

No sé si es una queja, una súplica o una oración sucia.

No me importa.

—Dios me ampare —murmura—. Si este es tu primer beso, no quiero ni imaginarme cómo vas a besarme cuando sepas lo que haces.

—¿Quién ha dicho que sea mi primer beso?

—Yo, porque lo es. El tuyo y el mío porque este beso ya les ha pasado por encima a todos los demás, incluso a los que no existieron. Y porque no me da la gana de imaginarte aprendiendo a besar en la boca de nadie que no sea la mía. Que me perdone Dios, pero no.

Me río.

—Eres un tonto.

Él asiente con la cabeza sin vergüenza alguna.

Le subo una mano a la cara. La palma me encaja ahí como si llevara años esperándola, y Finn cierra los ojos un segundo al notarlo, un segundo mínimo que me parte por la mitad de pura ternura y me vuelve mucho más peligrosa.

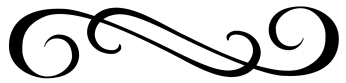
—Otra vez. Quiero mi segundo beso —le susurro.

La frase le sale del pecho antes que de la boca, una especie de risa rota, incrédula, dolorida.

—Vas a matarme.

Y me besa de nuevo.

Capítulo 22



«ISEABAIL»

Viene a convencer, a calmar, a encenderme despacio, y yo cedo enseguida. Qué novedad.

—Quiero que te guste —susurra en mis labios.

La frase me recorre entera.

—Finn…

—Calla un poco y déjame trabajar. Sé que te cuesta, pero inténtalo.

Ahí está otra vez ese hilo suyo, esa manera de aflojarme la vergüenza con una pulla mínima justo antes de que me rompa. Me río por la nariz, apenas, y eso parece bastarle.

Me sienta en el borde de la mesa. Me separa las rodillas con las manos, despacio, dándome tiempo a negarme. No lo hago. Me observa la cara al menor gesto, como si de verdad leyera ahí el mapa entero de lo que puede o no puede hacerme.

Luego me alza la falda con una sobriedad que me vuelve loca precisamente porque no presume de nada. El aire frío me roza la piel. Él baja los ojos, no con hambre ciega, sino con atención.

Se arrodilla.

Dios mío.

Se arrodilla entre mis piernas con esa concentración suya de hombre que parece haber dejado el mundo fuera. Me apoya primero una mano alta en el muslo, lejos todavía del centro, solo para sujetarme, para que note su peso, su firmeza, que está ahí. La otra se queda en mi rodilla un segundo antes de empezar a subir.

—Voy a tocarte primero —dice, con la voz baja, demasiado medida —. Antes de meter los dedos.

—De acuerdo.

Finn levanta la vista de golpe.

—Dios santo, Iseabail. Deja de estar de acuerdo con todo lo que te digo.

—Es que me gustó cuando lo hiciste en el claro.

La frase cae entre los dos con una indecencia perfecta.

—Princesa, estoy de rodillas entre tus piernas intentando ser decente. No me provoques más.

Me besa la cara interna del muslo lejos todavía del lugar donde me late todo. Luego otra vez, un poco más arriba. Su barba raspa lo justo. Su boca no va con prisa. Me está enseñando que no ha venido a invadirme y que puede acercarse despacio, detenerse cuando quiera, hacer que mi cuerpo lo espere antes de tocarlo de verdad.

El pulso se me vuelve torpe. El vientre se me tensa.

La costilla y el muslo herido siguen ahí, sí, pero cada vez pesan menos frente a la otra conciencia, mucho peor: la de estar entre sus manos exactamente donde he querido estar demasiado tiempo.

Cuando al fin me toca de verdad, lo hace con el pulgar primero. Un roce largo a través de mi sexo. Abriéndome. Separándome. Acariciándome.

Después suma otro dedo, extendiendo la humedad que ya estaba ahí y que me avergüenza menos de lo que debería porque él la

recibe como si fuera lo más natural del mundo. Como si mi cuerpo no fuera un problema por resolver, sino un lenguaje que está decidido a aprenderse.

—Así —murmura.

No sé si me lo dice a mí o a sí mismo.

Sigue acariciándome. Lento. Tan lento que al principio lo que siento es desesperación. Después calor. Después una especie de mareo suave, un dejarme caer hacia algo que no sabía que estaba tan cerca del miedo y, al mismo tiempo, tan lejos.

La presión de su pulgar se vuelve más precisa y circular. Insiste justo donde más traidora se me hace la carne. Mis caderas se mueven sin que yo pueda contenerlas.

Yo cierro los ojos, la mano se me va sola a su hombro y aprieto.

—Eso es —dice otra vez, y ahora sí me lo está diciendo a mí—. No te pongas dura como si fueras a la batalla. Esto no va así.

La frase me arranca una exhalación que casi es risa y casi es otra cosa más húmeda, más rota. Él no se detiene. Sigue, y cada vez que creo que voy a avergonzarme de cómo responde mi cuerpo, me da un poco más de placer. Lo suficiente para que la vergüenza no desaparezca, pero sí quede mezclada con algo que la vuelve menos importante.

Qué ruina.

Qué revelación tan indecente.

Porque me gusta.

Me gusta mucho.

Me gusta esa mano suya precisa. Me gusta que me lleve hasta ese borde con paciencia, con una ternura tan feroz que casi resulta más obscena que cualquier brutalidad.

Y me gusta, sobre todo, descubrir en mi propio cuerpo esa mezcla desconcertante en la que el placer empieza a volverse tan intenso que ya se parece al dolor antes incluso de que llegue ningún dolor verdadero.

—Finn… —susurro.

—Ya lo sé.

No lo sabe. O sí. Maldita sea.

Añade un dedo entonces, despacio, dejándome sentir una presión nueva sin forzarla cerca de mi entrada. Penetra muy poco, apenas lo suficiente para que mi cuerpo entienda la presión nueva. Prueba, espera, retrocede y vuelve. Mi cuerpo protesta un segundo, cede un poco y después otro poco más.

Su dedo se queda donde está, apenas dentro, lo suficiente para que lo note de una forma nueva, extraña, demasiado íntima. No duele todavía. No del todo. Es más bien presión. Una presencia lenta, imposible de ignorar, una invasión mínima que mi cuerpo no sabe si rechazar o recibir. El pulgar sigue arriba, acariciándome con esa paciencia cruel que me tiene abierta de otra manera, mucho antes que sus dedos.

—Respira —me dice.

—Estoy respirando.

—Fatal.

Me sale una risa rota, pequeña, y él aprovecha ese instante, esa rendija mínima en la tensión, para entrar un poco más.

El cuerpo me da un tirón suficiente para que se me corte la risa y se me clave la mano en su hombro.

Finn se detiene al momento.

—¿Duele?

—No.

Me mira.

Sigue arrodillado entre mis piernas y hay algo insoportable en verlo tan serio, tan concentrado, tan hermoso, justo cuando yo estoy a punto de deshacerme.

Su dedo avanza otro poco.

Él insiste con paciencia, con un pequeño vaivén que no embiste ni invade, solo presiona y espera, presiona y espera, hasta encontrar esa resistencia.

Esta vez sí duele.

Una punzada corta, honda, que me atraviesa en un sitio tan íntimo que se me llenan los ojos de lágrimas antes de que pueda decidir si es dolor, vergüenza o la sorpresa de sentirme abierta de una forma que no se parece a nada que haya imaginado.

Él se queda inmóvil dentro de mí.

—Ya está —susurra apoyando sus labios en mi muslo—. Ya está, princesa.

No sé si lo dice porque ha pasado lo peor o porque necesita creerlo.

Yo respiro por la nariz, con los dedos apretados en su camisa, y noto su mano en mi muslo, su pulgar en mi sexo, su cuerpo entero sujetándose para no hacer más de lo necesario. Está tenso. Mucho. Lo siento en la mandíbula, en la respiración, en la forma en que su brazo tiembla apenas junto a mi costado.

—No pares —murmuro.

Finn cierra los ojos.

—Joder —le oigo murmurar—. Joder, Iseabail…

Se incorpora deprisa, sin retirar su mano ni quitarme esa presión pequeña que me mantiene suspendida entre el pudor y una necesidad cada vez más difícil de nombrar. La mesa cruje cuando apoya una mano a mi lado.

—Ven aquí —murmura.

Y vuelve a besarme.

Me besa justo cuando vuelve a mover el dedo, y eso lo cambia todo.

Porque ya no tengo que mirar la luna entrando por el tejado, ni la sombra de su hombro, ni la mesa donde me sostengo. Tampoco tengo que pensar en la palabra intacta, dicha como si mi cuerpo fuera una puerta que otros pudieran sellar o abrir a su conveniencia.

Solo está su boca. Caliente. Firme. Casi desesperada por debajo de la paciencia. Finn besándome como si quisiera recoger en la lengua todos los sonidos que dejo escapar.

Mueve el pulgar. Un círculo lento, firme y mi cuerpo, traidor y sabio y vivo, responde con una sacudida que no tiene nada que ver con la punzada. El dolor sigue ahí, pequeño, nuevo, pero empieza a quedar rodeado por otra cosa. Calor. Presión. Placer. Finn dentro de mí apenas, Finn sobre mi boca, Finn sosteniéndome la nuca como si mi respiración también le perteneciera un poco esta noche.

El dedo se mueve muy despacio.

Entra apenas más.

Sale un poco.

Vuelve.

Cada vez que me tenso, se detiene. Cada vez que respiro mejor, continúa. Cada vez que la vergüenza amenaza con cerrarme las piernas, me besa más hondo, como si pudiera enseñarme con la boca que sigo aquí, que sigo siendo yo.

Le muerdo el labio sin querer.

Finn suelta un sonido bajo, ahogado, que me prende fuego por dentro.

—Cuidado —murmura.

—¿Te he hecho daño?

La risa que le sale es ronca. Muy poca. Casi rota.

—No de la forma que crees.

Y eso, por algún motivo indecente, me termina de empujar al abismo.

El pulgar insiste. El dedo se queda dentro, quieto ahora, dándome esa sensación extraña de estar ocupada por él y, al mismo tiempo, no tomada del todo. La diferencia importa. No sé explicar por qué, pero importa. Me permite sentir el borde sin caer en la idea de que me ha robado nada. Me permite abrirme porque quiero. Porque lo he pedido. Porque es Finn y porque su boca sigue ahí, tragándose mi respiración, mi miedo y esa pequeña queja que se me escapa cuando el placer empieza a subir de verdad.

—Eso es —dice contra mi boca—. Déjalo venir.

Me besa de nuevo y el pulgar aprieta un poco más.

Entonces el cuerpo se me rompe en una dirección inesperada.

No como antes, no de golpe. Esta vez el placer crece desde debajo del dolor, lo rodea, lo calienta, lo vuelve borroso hasta que ya no sé qué parte de mí protesta y cuál le pide más. Se me tensan los muslos, la mano se me cierra en su camisa, la costilla duele porque intento tomar aire demasiado deprisa, pero no puedo parar. No quiero parar. Hay una vergüenza dulce y sucia en descubrir que puedo estremecerme con su dedo dentro, con su boca sobre la mía, con esa pequeña herida recién hecha latiendo entre los dos como una verdad que nadie más va a entender.

El placer se me abre por dentro con una violencia suave, contradictoria, enorme, y yo entierro la cara en su cuello para no llenar la noche con un gemido que podría delatarnos hasta en la casa mientras mi sexo se contrae alrededor de su dedo.

Finn me sostiene. Me sostiene de verdad. Una mano en la nuca, la otra entre mis piernas, inmóvil, dejándome cerrar el cuerpo alrededor de él mientras todo pasa, mientras tiemblo, mientras me convierto durante unos segundos en una cosa sin orgullo, sin habilidad y sin miedo.

Solo cuando aflojo, cuando el aire vuelve a entrarme roto y húmedo en los pulmones, retira el dedo con un cuidado que casi duele más que la entrada.

Se queda muy quieto.

Yo también.

Baja la mirada.

No necesito seguirla para saber lo que ha visto, pero lo hago igual.

Hay una mancha pequeña, oscura, en su dedo.

Sangre.

Muy poca.

Suficiente.

Finn cierra la mano despacio, como si quisiera ocultármela y no pudiera.

—Ya está —dice, y la voz le tiembla apenas—. Ya ha pasado.

No sé si habla de la prueba, del dolor o de la última parte de mí que todavía pertenecía a una idea ajena. Tal vez de todo a la vez.

Finn levanta la mano libre y me acaricia la rodilla con el dorso de los dedos.

—No era así como quería que fuera la primera vez —dice.

Y yo, que hasta hace un instante estaba demasiado ocupada intentando entender mi propio cuerpo, me rompo un poco.

Porque lo dice con una pena baja, sincera, como si le doliera de verdad que esta noche nuestra primera frontera vencida haya tenido que venir vestida de amenaza.

Le acaricio el pelo sin pensar. Ese mechón rebelde que siempre vuelve a caérsele donde le da la gana.

—Ya —murmuro.

Él cierra los ojos un segundo cuando lo toco. Solo uno.

Tiene esa cara suya de hombre que ha hecho exactamente lo que creía correcto y aun así está pagando el precio por dentro.

Lo miro solo.

Y entonces lo veo.

No al principio. O no del todo. Primero es la forma en que se queda quieto un segundo más de la cuenta, como si incorporarse del todo le costara.

Bajo la luz de la luna que entra por la rendija del tejado, no se ve todo, pero se adivina de sobra. Una hinchazón dura, indecente, imposible de confundir con otra cosa debajo de la tela del tartán.

Madre de Dios.

El calor me sube entero otra vez. A la cara. Al cuello. Más abajo también, por supuesto, porque el cuerpo, al parecer, no piensa concederme una noche de dignidad ni por caridad.

Finn levanta por fin los ojos y me caza en plena observación indecorosa.

Se recoloca con una mano, seco, sin teatro, como si quisiera devolver a la tela una compostura que ya no tiene ninguna posibilidad de recuperar. Hay una especie de furia disciplinada que me parece todavía peor que el descaro.

—Míralo bien, princesa. No todos los días consigues dejar a un hombre así de jodido y salirte con la tuya.

No aparto la vista. O no lo bastante deprisa como para salvarme del ridículo.

—No lo estaba mirando —miento.

La comisura de su boca se mueve apenas. No en sonrisa. En agotamiento.

—Claro. Y yo acabo de ponerme así pensando en el tiempo.

Eso me arranca una exhalación rota, a medio camino entre la risa y otra cosa más húmeda, más peligrosa.

—Qué vanidad la tuya —consigo decir.

—Vanidad sería presumir. Esto es solo avisarte de que bastante estoy haciendo por seguir comportándome como un hombre decente.

Él baja la vista un instante, no al suelo, sino a mi boca. Luego vuelve a mis ojos y esa breve mirada basta para empeorarlo todo otra vez. Porque ya no es solo que esté duro. Es que lo está por mí.

Por haberme tenido abierta bajo la mano y la boca y no haberse permitido tomar lo que quería. Y saberlo me da una sacudida tan obscena que tengo que apretar los muslos para no delatarme todavía más.

—¿Te duele? —pregunto suavemente.

Da un paso hacia mí. Solo uno. Lo suficiente para que vuelva a sentir su calor sin que llegue a tocarme. Y entonces me lo dice con

esa voz suya, grave y desnuda, la que parece salirle de un sitio más hondo que la garganta.

—Ya tendrá su turno.

Se me corta el aire.

Él me sostiene la mirada un instante más. Luego añade, despacio, como si cada palabra le costara un trozo de cordura:

—Pero no hasta que seas mía —murmura, tan bajo que casi solo lo oye el arroyo—. Que no es lo mismo que nunca. Solo que todavía no.

Y ahí sí.

Ahí sí me rompe.

Porque podría haber hecho de esto una victoria. Podría haberse cobrado algo. Podría haberse jactado, o mandado, o exigido. En lugar de eso, me deja ardiendo con una frase que no me posee y, sin embargo, me deja más suya que ninguna otra cosa en toda esta maldita noche.

Qué ruina.

Qué hombre.

Y qué pocas ganas me quedan ya de fingir que voy a salir viva de esto con el corazón intacto.

Capítulo 23

«FINN»

Vuelvo al campamento con Iseabail todavía en la boca.

No en el recuerdo, que eso sería una versión bastante más limpia del problema. La llevo de verdad. En el sabor. En la forma en que, cada vez que trago saliva, me vuelve el borde húmedo de su beso, de su sexo y el sonido roto que se le escapó cuando la tuve abierta bajo la mano totalmente mía, por una vez.

Vuelvo sin ella, sí, aunque «solo» es una palabra muy optimista para un hombre que acaba de dejar media cordura entre las piernas de una mujer de la que lleva media vida tratando de alejarse.

El cielo empieza a clarear por el este con esa luz indecisa que no es noche ni llega a ser mañana. El campamento huele a brezo, cuero mojado y gachas recalentadas.

Broen está junto al fuego, de cuclillas, cortando queso con la misma cara con la que otros hombres cavarían una tumba. Colum limpia una hoja corta con un trapo y Torren, por supuesto, está balanceándose sobre un tronco.

No digo nada al llegar. Salto la zanja, me sacudo barro de una bota contra la otra y voy derecho a la jarra de agua con la intención muy digna de beber, comer algo y fingir que no se me nota en la cara el tipo exacto de desastre que he ido a buscar al molino.

Torren me ve la cara y sonríe como un hijo de perra que acaba de oler sangre.

—Mira eso —dice, sin molestarse en bajar la voz—. Ha vuelto solo y, aun así, viene con cara de hombre al que le han dado de beber algo mucho mejor que cerveza.

Colum levanta la vista. Luego me mira la ropa. Después la cara otra vez.

—Eso —dice— o ha encontrado una nueva forma de perder el juicio sin ayuda.

Broen no comenta nada. No le hace falta. Levanta apenas una ceja, que en él viene a ser una carcajada con apellido.

Yo cojo una cantimplora, bebo un trago largo y me paso el dorso de la mano por la boca antes de responder.

—Buenos días a todos. Veo que la delicadeza sigue fuerte en esta banda de salvajes.

—La delicadeza está bien —replica Torren—. Lo que está mejor es verte volver con esa cara. Te juro que llevas años entrando en los campamentos como si la vida fuera una broma mal contada y hoy pareces un hombre al que se le ha aparecido una santa. O un demonio. En tu caso no descarto lo segundo.

No le contesto. En parte porque no me da la gana. En parte porque, si abro mucho la boca demasiado pronto, voy a acabar diciendo algo que me convierta en espectáculo antes del desayuno.

Entonces cae Altair del árbol.

Cae, con esa precisión insultante suya de hombre que parece llevar toda la vida pactando con la gravedad para que no le haga quedar mal. Aterriza junto al tocón donde habíamos dejado las alforjas y se sacude una hoja del hombro con la misma calma con la que otros se limpian una mota de pan.

—Estamos vigilados —dice.

Torren gira la cabeza.

—Qué alegría. Pensaba que la mañana estaba quedando un poco sosa.

Altair ni lo mira.

—Dos hombres junto al camino del norte. Otro a la altura del cercado roto. No se esconden bien, pero lo suficiente para que cualquiera que no tenga ojos en la cara se crea que están paseando.

Yo dejo la cantimplora en el suelo.

—No importa.

Eso sí les llama la atención a todos. Incluso a Broen, que alza la cabeza del todo.

Altair se cruza de brazos.

—Explícate.

Me paso una mano por la nuca y aparto el mechón de pelo que el relente me ha pegado a la frente. Luego miro el fuego un segundo, no porque me dé vergüenza decirlo, sino porque me gustaría encontrar una forma de no sonar como un hombre al que acaban de abrir el pecho con una sonrisa y un desastre de mujer.

No la encuentro.

Qué novedad.

—No importa —repito— porque no pueden tocarla a ella ni tocarnos a nosotros sin romper primero el acuerdo. Y ella se ha asegurado de que ese acuerdo exista delante de testigos, por escrito y con más cuidado del que cualquiera de esos hombres merece.

Torren deja de sonreír un poco. Solo un poco.

—¿Qué acuerdo?

Robo un trozo de pan del cesto de Broen y le doy un bocado antes de contestar, más por no escupir la respuesta de golpe que por hambre.

—El suyo. El que los obligó a aceptar antes de que subiera a esa habitación como una oveja bien peinada rumbo a la carnicería. Si Iseabail se sometía a la prueba, ni Blackford ni Robert podrían ir contra la viuda, ni contra nosotros. Nada de emboscadas oportunas mientras ella obedecía. Lo dejó todo atado. A ella le harán muchas cosas, pero desde luego no la pillan descuidada cuando se trata de poner bozal a hombres cobardes.

Torren asiente, razonable por una vez.

—Bien.

Levanto los ojos.

—Iremos a por ella.

Altair me sostiene la mirada un instante. En él, eso ya es media conversación.

—¿Cuándo? —pregunta.

—En cuanto esa maldita prueba confirme que no es… virgen.

Torren abre la boca muy despacio. Luego vuelve a cerrarla. Después sonríe con una devoción casi religiosa.

—Ah —dice—. O sea que no has pasado la noche rezando o ella ya…

—No pienso hablar de eso.

—¿De qué parte? —pregunta Torren, encantado consigo mismo—. ¿De la parte de la oración o de la parte de ella con otro?

Le lanzo una mirada por encima del pan.

—Habla con un poco más de respeto. Estás hablando de mi futura esposa.

Esta vez el silencio ya no es bonito. Es glorioso.

Colum se ríe por la nariz. Altair baja la vista un segundo, como si quisiera concederme la mínima cortesía de fingir que esto no le parece tan divertido como evidentemente le parece. Broen, el muy traidor, ni siquiera disimula un leve asentimiento, como si llevara años esperando que dejara de ser imbécil.

Torren se lleva la mano al pecho.

—Tu futura esposa, dice. —Mira a Colum—. ¿Lo has oído? El hombre que lleva años llamando idiota a cualquiera que se pusiera sentimental ha amanecido prometido.

—No prometido —corrijo.

—Peor —murmura Colum—. Convencido.

Torren salta por fin del tronco y cae al suelo con esa energía de perro que huele comida.

—Le ha hecho un favor a la lady y ahora está completamente perdido.

—Si sobrevives al desayuno, consideraré si te mereces una explicación.

—Eso es un sí muy largo.

—Deja de joder —le corta Altair—. Quiero saber qué le ha hecho cambiar de opinión.

Yo mastico, trago y me limpio los dedos en el tartán antes de contestar. No porque necesite tiempo, sino porque sé exactamente lo que voy a decir y, aun así, me pesa en la boca.

—Nada me ha hecho cambiar de opinión.

Colum frunce el ceño.

—Pues alguien debería avisarnos de qué estamos celebrando.

Miro el humo subir del fuego. Luego a ellos.

—Lo que ha cambiado es mi cobardía —digo.

Nadie se ríe.

Bien.

Sigo.

—Llevo años convenciéndome de que dejarla ir era lo más noble. Que si volvía a su casa, a su apellido, a sus salones y a sus malditas vajillas limpias, estaría mejor que conmigo. Un proscrito al que era fácil enterrar y más fácil todavía olvidar. —Me meto otro trozo de pan en la boca, lo mastico sin hambre—. Resulta que no. Resulta que al otro lado no la esperaba una vida mejor, sino una familia que la enterró viva por conveniencia, un hermano que no dudó en usarla para apartarme del camino y un imbécil con tierras que pone en valor lo que ella decide con su cuerpo antes de sentirse suficientemente hombre para casarse.

Altair se apoya en el tronco del árbol del que acaba de bajar.

—¿Y ella?

Esa pregunta me entra peor que las otras porque la respuesta me gusta demasiado.

—Ella sigue siendo Iseabail Gordon —murmuro—. Defensora de causas perdidas, azote de imbéciles con poder y especialista en arrastrarse a un problema peor cada vez que le ofrecen una salida sensata. Así que… ha decidido dejar todo bien atado y enfrentarse a la prueba.

—Suena enamorado —comenta Colum.

—Suena jodido —corrige Torren.

—Suena a ambas —dice Altair.

Yo me paso el pulgar por el labio inferior, que sigue un poco hinchado, y tengo que hacer un esfuerzo muy serio por no sonreír como un adolescente al recordar exactamente por qué.

—Suena a que no pienso dejarla donde la última vez la dejaron sin pedirle opinión —digo al fin—. Y tampoco pienso seguir fingiendo que el hecho de ser un don nadie me convierte automáticamente en menos digno de ella que la panda de apellidos bien planchados que han ido decidiendo por su cuerpo, su casa y su futuro desde que aprendió a caminar.

Torren silba, bajísimo.

—Eso, Shaw, ha sido casi bonito.

—No te acostumbres.

—Ni de broma. Me gustas más cuando insultas.

Miro hacia el borde del claro, donde el sol aún no ha terminado de imponerse del todo, y me siento en un tocón porque si sigo de pie, con el cuerpo todavía recordándome el molino, voy a acabar dando un paseo para hacer algo estúpido antes de tiempo.

—Iseabail ha sobornado a un criado —digo—. Uno de los de la viuda. No le gusta Malcolm y le gusta aún menos quedarse pobre si ese hijo de puta decide vaciar a la madrastra hasta el último cofre. Nos dará noticias en cuanto sepa qué hacen con Iseabail. En cuanto confirmen que no es virgen, Blackford retirará la oferta.

Broen deja el cuchillo sobre una piedra.

—Y Robert se la llevará.

Asiento.

—Sí. La sacará de la casa deprisa. Para volver a encerrarla, para meterla en un carro rumbo al castillo Gordon o para devolverla a uno de esos agujeros donde las mujeres se pasan años aprendiendo obediencia y a callar. Me da igual cuál de las tres. En cualquiera de

los casos, tendrán que moverla. Y, en cuanto la muevan, la cogemos por el camino.

Altair lanza una piedra hacia fuera del claro. Probablemente con la esperanza de dar en el blanco a alguno de nuestros vigilantes.

—Pues esperemos.

Esperamos.

Qué palabra tan limpia para una porquería tan grande.

Pasa el primer rato con una apariencia casi razonable. Colum revisa las cinchas. Broen reparte pan, queso y órdenes con la misma calma seca con la que otros hombres rezan. Torren se ofrece tres veces a ir a mear cerca del camino del norte para incomodar a los hombres de Blackford y Altair le responde las tres veces que, si necesita sentirse útil, pruebe a callarse.

Yo no me río.

Ese es el primer problema.

El segundo es que tampoco como. Muerdo pan. Lo rompo con los dientes. Lo mastico. Algo de eso debe de contar como desayuno si uno es muy generoso con las definiciones, pero no me baja de la garganta. Tengo la boca llena de harina seca, humo y de ella. Todavía de ella. De su respiración rota contra la mía, de su mano en mi camisa, del modo en que pronunció mi nombre cuando dejó de pelear contra el placer.

Me levanto antes de pensarlo.

—Siéntate —dice Broen sin mirarme.

—Estoy sentado.

—Ahora mismo estás de pie.

Miro mis botas. Tiene razón.

Qué desagradable es convivir con hombres observadores.

Me siento otra vez sobre el tocón. Duro menos de lo que tarda Torren en volver a abrir la boca.

—Va a salir bien —dice.

Lo miro.

—¿Eso era ánimo o una apuesta?

—Ánimo. Si fuera una apuesta, habría dicho cuánto estoy dispuesto a perder.

Colum se inclina para afilar una hoja contra una piedra pequeña, con movimientos tranquilos, casi perezosos.

—El criado vendrá.

—Sí —respondo.

—Y, si no viene, entraremos igualmente.

—Sí.

—Estás contestando demasiado bien. Empiezas a preocuparme.

Torren chasquea la lengua.

—A mí me preocupaba más cuando ha dicho «mi futura esposa» y nadie ha pedido un sacerdote, un médico o un golpe seco en la cabeza para comprobar si seguía siendo él.

—Sigo siendo yo —digo.

—No del todo.

Altair, sentado en una raíz alta con una flecha apoyada en la rodilla, levanta la vista hacia mí.

—No. No del todo.

Eso debería molestarme.

No lo hace.

Me paso la mano por la boca y miro hacia el camino entre los árboles. El sol ya ha empezado a entrar de lado en el claro, dorando las puntas húmedas de la hierba, convirtiendo cada gota de rocío en una burla pequeña y preciosa. El mundo sigue. Esa es una de sus peores costumbres. Una mujer puede estar a punto de ser medida, vendida, trasladada o encerrada, y el bosque, el muy cabrón, decide amanecer igual.

Pasa más tiempo.

Demasiado.

Uno de los vigilantes del camino norte cambia de sitio. Lo sé porque Altair gira apenas la cabeza y porque Broen mueve el cuchillo a la otra mano. Nadie comenta nada. No hace falta. Los Cuervos llevan años hablando con medio gesto, con un hombro tenso, con un silencio colocado donde otro pondría una frase.

Yo vuelvo a levantarme.

Esta vez Broen sí me mira.

—Finn.

—Solo voy a estirar las piernas.

—Vendrá.

—No sabes eso.

—No.

—Entonces no lo digas como si lo supieras.

—Lo digo porque necesitas oírlo.

—Necesito un caballo y diez minutos sin testigos.

—Necesitas no estropear lo único sensato que ella consiguió anoche.

Eso sí me calla porque tiene razón. Y yo, que me he pasado media vida presumiendo de saber cuándo esperar y cuándo golpear, estoy a dos respiraciones de reventarlo todo porque no soporto imaginarla sola.

El sol ya ha subido lo suficiente para tocar el borde de las alforjas cuando por fin oímos algo entre los árboles. No pasos limpios. No el avance medido de un guardia. Esto es otra cosa: ramas partidas, respiración atropellada, barro tragándose unas botas demasiado deprisa.

El criado se detiene a dos pasos del fuego. Se dobla, escupe a un lado y apoya las manos en las rodillas como si el cuerpo se le hubiera adelantado y la noticia viniera aún unos pasos por detrás.

Yo ya estoy de pie, aunque no recuerdo haberme levantado de nuevo.

—Habla.

El hombre alza la cabeza. Me mira a mí, luego a los demás, luego otra vez a mí, y esa pequeña vuelta de ojos, ese cálculo miserable de quien mide cuánto daño puede hacer una frase antes de soltarla, me cierra algo en el pecho.

—Han dicho delante de todos que ella está intacta. Que sigue siendo virgen.

Durante un segundo, mi cuerpo no entiende el idioma.

Mi cabeza sí.

Lo entiende todo antes de que me dé tiempo a protegerme de nada con una claridad sucia, exacta, asquerosamente práctica.

No ha habido prueba.

La han tocado para nada.

La han obligado a soportarlo sabiendo ya qué iban a decir después. Le han arrancado la vergüenza, el miedo y la rabia para convertirlo

todo en una frase limpia, útil, cómoda. «Está intacta.» «Es apta.» «Puede casarse.» Como si su cuerpo fuera un cofre que se abre, se mira y se vuelve a cerrar con un sello encima.

Torren escupe al suelo.

—Hijos de perra.

No le falta razón, pero se queda corto. Muy corto.

Miro al criado.

—¿Qué más?

—Lady Gordon… —empieza, y ya odio el modo en que ha escogido llamarla— me ha dicho que os transmita algo.

Siento a Torren enderezarse a mi izquierda. A Colum dejar de respirar un segundo. Hasta el fuego parece crujir con más mala leche.

—Habla —repito.

Esta vez el hombre se obliga a mirarme.

—Me ha dicho que debéis iros. Que no hagáis nada. Ha decidido que casarse con Sir Malcolm es lo mejor para ella y lo que quiere.

Durante un segundo me quedo quieto.

Quieto de verdad.

Porque hay golpes que no entran por la carne de una vez, sino por esas partes donde uno guarda sus peores excusas.

—Que vos teníais razón —continúa el tipo sin ser consciente del daño que está haciendo—. Y no podéis ofrecerle nada. Ella se ha cansado de esconderse y de jugar por los caminos y quiere recuperar su lugar en el mundo como lady Gordon.

Ahora sí entra entero.

Qué lista es. Qué cruel. Qué ganas me dan de sacudirla.

Los cuatro me miran al mismo tiempo y yo, por primera vez en mucho tiempo, no tengo una broma preparada para que nadie respire mejor.

Torren es el primero en hablar, porque a Torren el silencio le da urticaria y porque, cuando algo huele a porquería, suele ser el primero en gruñirle.

—Qué mensaje tan bonito, oportuno y nada sospechoso.

No lo oigo del todo. O sí lo oigo, pero me llega desde lejos, como si entre el claro y mi cabeza hubiera caído de pronto una pared de agua.

Me paso el pulgar por el labio inferior. Todavía me tira un poco y me sabe a ella. Y eso lo empeora todo.

—Finn —dice Colum, muy bajo.

No contesto.

No puedo.

Se me tensa tanto la mandíbula que el dolor me sube hasta la sien.

Durante un momento no oigo el fuego, ni los caballos, ni el viento entre las ramas. Oigo otra cosa.

Mi propia voz, años atrás, diciéndole a Darian que el amor empieza cuando dejas de pensar si puedes poseerla y empiezas a temer el día que te la quiten.

Mi propia voz diciéndole a Caelan que no volviera atrás, que si arruinaba el sacrificio de Aithne, Ruairidh ganaba incluso muerto.

Advirtiendo a Altair de que una esposa a la que no se reclama es libre para que algún imbécil se atreva a llevársela.

Diciéndole a Kerran que dejara de esconderse detrás del sarcasmo y pusiera el nombre donde tocaba antes de que la guerra se lo arrancara todo.

Qué fácil es ser lúcido cuando el corazón partido no es el tuyo.

Ahora me toca a mí tragarme todos esos consejos de mierda y descubro, con una sinceridad que casi me da risa, que saben a tierra, a orgullo podrido y a cobardía vieja.

Broen no dice nada. Solo me mira. Qué costumbre tan asquerosa la suya de mirar justo donde uno está intentando no sangrar.

—¿Cómo te lo dijo? —pregunta Altair.

El criado pestañea.

—¿Cómo?

—No eres sordo. Te he preguntado cómo te lo dijo. Si lloraba, temblaba, estaba sola o había alguien más delante. Si te miró a la cara y te lo hizo repetir como una niña obediente. Segura de lo que decía.

El hombre traga saliva otra vez. Lo hace mal. Con ruido.

—Estábamos solos —dice al fin—. Me llamó cuando subí con agua caliente. Al pasillo de servicio. No había nadie más. Me hizo acercarme y me lo dijo a mí. Tal cual.

Claro que sí.

La veo con demasiada nitidez. De pie, recta, recién humillada, con esa dignidad suya hecha de esquirlas y terquedad, usando mis propias palabras contra mí porque sabe que son las únicas que podrían detenerme. «No puedes ofrecerme nada.» «Quiero mi lugar.» «Tenías razón.»

El criado parece a punto de vomitar, quizá porque por fin comprende que el recado que trae no es solo una noticia, sino una piedra lanzada a un animal que todavía no ha decidido si está herido o

hambriento. Se queda allí, esperando que yo diga algo razonable. Pobre imbécil. Esta mañana todos estamos esperando cosas que no van a ocurrir.

—Bien —digo.

La palabra le cae a todos como una piedra.

Torren parpadea.

—¿Bien?

No lo miro a él. Sigo mirando al mensajero.

—Sí. Bien. Vuelve y dile que me marcho.

Ahora sí se oye el silencio de verdad.

El criado pestañea.

—¿Señor?

—Dile que me alegra muchísimo saber que ha recuperado el juicio —le digo—. Que reencontrarme con ella ha sido un dolor de cabeza tan grande como recordaba, que es una buena noticia saber que por fin ha encontrado un sitio digno de su apellido y que le deseo una vida larguísima, cómoda y moderadamente insoportable al lado de Sir Malcolm.

Broen deja de mirarme a la cara y me mira la mano, la que tengo cerrada junto al muslo. La muy cabrona está temblando un poco.

—¿Eso… eso queréis que le diga?

—No. Quiero que le improvises una balada y le metas tres metáforas sobre golondrinas, pero me temo que no tenemos tiempo para descubrir si tienes talento. Repite lo que te he dicho y procura no adornarlo. Los adornos son para las tumbas y para los hombres que no saben mentir.

El hombre no espera más. Da media vuelta y sale del claro con una rapidez que ya no tiene nada de respeto y sí bastante de instinto de supervivencia.

Torren me mira de perfil.

—Finn…

No contesto.

Todavía no.

Finn Shaw ha hecho chistes en mazmorras, con sangre en la boca y una cadena en las muñecas. Finn Shaw puede reírse de casi cualquier cosa. Lo que ninguno de ellos ha visto nunca es esto. Estoy cabreado de una forma nueva.

Qué cómodo resulta ser el bufón sabio cuando la mujer que sangra no es la tuya y el consejo no te exige arrancarte la piel a tiras. Ahora me toca tragarme mis propias frases y descubro que saben fatal. A miedo viejo.

Me paso la lengua por los dientes. Miro hacia el borde del claro, donde uno de los hombres que nos vigilan se ha movido mal entre los árboles. Apenas un roce. Una rama baja. Nada que en otra mañana mereciera más que un escarnio. Pero hoy no es otra mañana. Tengo demasiadas cosas dentro y ninguna cabe.

—Finn —dice Altair.

No sé qué ha visto en mi cara, pero llega tarde.

Cruzo el claro.

Camino rápido, recto, con esa calma falsa que precede a las estupideces más sinceras. Oigo a Torren maldecir a mi espalda. A Colum moverse rápido. No me importa. Aparto una rama con la mano, agarro por el cuello del jubón al hombre escondido detrás del roble y lo saco de entre los arbustos como si fuera un saco de trigo mal cosido.

El guardia ni siquiera llega a llevarse la mano a la espada.

Lo estampo contra el tronco.

Una vez.

El golpe suena hueco. Bonito, casi.

—Buenos días —le digo, muy cerca de la cara—. Espero que estés disfrutando del espectáculo. La entrada incluye una boda forzada, una prueba amañada y, si tienes suerte, la pérdida de varios dientes.

El hombre intenta decir algo.

Error.

Le doy un puñetazo.

Siento el impacto en los nudillos, el chasquido blando de su boca contra mis dedos, la sacudida de su cabeza hacia un lado. Me salpica algo caliente en la mano. Sangre. Mucho más fácil de soportar que lo otro.

—Finn, basta —gruñe Colum.

No basta.

Ni de lejos.

Lo agarro otra vez, ahora por la pechera, y lo acerco tanto que le veo el miedo reventándole en los ojos.

—Vuelve a tu señor —le digo— y dile que el proscrito sin nada que ofrecer está de un humor excelente.

El hombre gime.

Eso me enfada más.

Todo me enfada más.

La prueba. Robert sonriendo. Malcolm esperando. Iseabail llamándose lady Gordon como si eso no fuera precisamente la

cuerda que llevan años usando para atarla. Iseabail diciéndome que me vaya. Iseabail acertando donde más duele. Iseabail sabiendo que, si me dice «no tienes nada que ofrecerme», durante un segundo voy a recordar que es lo que llevo toda la vida creyendo.

Le doy otro golpe.

Este sí se me va.

El guardia se dobla, pero no cae porque lo tengo agarrado. Alguien me coge por detrás. Torren. Lo noto por la fuerza y por la forma de insultarme al oído.

—¡Finn! Para, joder.

Intento soltarme porque todavía me queda rabia en los brazos y el cuerpo quiere gastarla en algo que haga ruido.

Broen aparece delante de mí como una pared.

—Suéltalo.

—Apártate.

—No.

Esa palabra, en Broen, siempre ha sido una piedra.

Hoy quiero rompérsela en los dientes.

Altair está a mi derecha, con una mano ya en mi brazo para contenerme.

Colum me arranca al guardia de las manos y lo empuja hacia el suelo. El hombre cae de rodillas, escupiendo sangre y miedo. Torren me rodea por detrás con un brazo atravesado en el pecho.

Eso me cabrea más.

—Suéltame —digo.

Torren no me suelta.

—Ni de coña.

—Torren.

—No me pongas esa voz, Shaw, que bastante tengo con que hoy parezcas a punto de perder la cabeza.

Intento moverme y esta vez Altair sí me aprieta el brazo.

—Mírame —ordena.

No lo miro.

Miro al guardia en el suelo. Miro la sangre en mi mano. Miro el claro. El fuego. La casa a lo lejos. Miro todo menos lo que tengo que mirar.

Porque, si miro a mis amigos, voy a ver que están asustados de mí.

Y me basta con sentirlo.

—La han hecho pasar por todo eso para nada —digo, y ahora sí se me rompe algo en la voz—. Para nada, joder.

Nadie contesta.

Bien.

No quiero consuelo.

—Y ella… —Me río una vez. Feo. Mal—. Ella me manda mi propia mierda de vuelta, bien doblada, como si fuera una carta de despedida. «Tenías razón, Finn. No tienes nada. Me vuelvo a mi sitio.» Claro que sí, princesa. Qué maravilla. Qué elegante. Qué considerada. Después de dejar que te humillen, todavía encuentras tiempo para clavarme a mí el cuchillo correcto. Hay que reconocerle el mérito.

Estoy furioso de formas que ni siquiera sé nombrar, con el mundo entero por haber diseñado tantas maneras elegantes de romper a una mujer sin llamarlo violencia.

Y con ella.

Sí.

Con ella también.

Por mandarme lejos y pensar que podía decidir por mí después de todo lo que pasó en el molino. Justo después de permitirme pensar, aunque solo fuera durante un rato miserable, que iba a ser mía.

Y por creer que yo iba a quedarme tranquilo, respetando su sacrificio como un buen hombre, mientras ella se dejaba llevar a una capilla con la mentira todavía pegada a la piel.

Como si fuera a marcharme otra vez.

Torren afloja un poco el brazo.

No debería.

Me revuelvo.

Broen me empuja de un golpe contra el tronco, no con rabia, sino con esa fuerza seca de hombre que ha decidido que hoy no me deja arruinarme del todo. La espalda me choca contra la corteza. Me corta el aire. Bien. Lo necesitaba. O no. Qué más da.

—Basta —dice Broen.

Lo miro.

Y por un segundo quiero pegarle también.

Eso sí me asusta.

La facilidad con que aparece ese pensamiento. La rapidez con que mi cuerpo lo acepta como una opción antes de que la cabeza llegue para avergonzarse.

Cierro los ojos.

Aprieto la mandíbula.

Respiro.

No sirve de nada, pero al menos me impide hacer otra estupidez delante de todos.

—No me digas lo que tengo que hacer —murmuro.

—Entonces actúa de forma razonable.

Qué hijo de puta. Qué bien elige las palabras cuando menos falta hace.

—Estoy cabreado con ella.

—Ya lo veo.

—Mucho.

—Ya.

—Me ha mandado lejos.

—Sí.

—Con mis palabras.

Broen asiente.

—Porque sabía que eran las únicas que podían hacerte daño.

—Porque creía que podía convencerme.

—Y no lo ha hecho.

Me echo a reír una vez. Feo. Sin gracia.

—No. Solo me ha cabreado lo bastante para hacer algo estúpido.

—No la castigues a ella por lo que han hecho ellos.

Ah.

Eso sí entra.

Entra y se queda.

Durante un segundo lo odio un poco. A Broen. A su calma. A esa forma suya de no gastar palabras y, cuando las gasta, usarlas para clavarte al suelo.

—No voy a castigarla —digo al fin, y me cuesta. Me cuesta más de lo que debería—. Pero sí voy a sacarla aunque tenga que cargarla al hombro. Quiere decidir por los dos. Perfecto. Que me insulte todo el camino.

Altair se inclina apenas hacia delante.

—¿Y si ella te dice que no quiere irse contigo?

Me abro el jubón porque el cuero me aprieta el pecho y necesito aire.

—Entonces me odiará un rato —digo—. Puede ponerse a la cola. Llevo años haciéndolo yo y no se me ha dado mal del todo.

Broen me observa con esa seriedad suya que nunca necesita levantar la voz.

—No es lo mismo salvarla que secuestrarla.

—Lo sé.

Pero estoy tan cabreado que me da igual.

Torren ladea la cabeza.

—No estás siendo sensato.

—Qué tragedia. Y yo que había vestido mis mejores modales.

Echo a andar antes de darme tiempo a pensar más. Pensar ha sido mi gran error durante años. Pensar que ella estaría mejor sin mí. Pensar que una casa noble era siempre menos peligrosa que una vida sencilla. Pensar que apartarse era una forma elegante de amor y no otra manera de abandonar a alguien. Y mira tú por donde, ahora voy a dar el paso que en su día no di, entre otras cosas porque tenía las piernas rotas.

—Dejad fuera de combate a nuestros vigilantes —digo—. No les demos pistas de lo que vamos a hacer.

Antes de salir entre los árboles, Torren habla a mi espalda con una prudencia impropia de él.

—Finn.

—Como preguntes si estoy bien, te uso de ariete.

—Iba a decir que das bastante miedo así.

No me vuelvo.

—Pues imagina qué día más incómodo le espera a Blackford.

Capítulo 24



«ISEABAIL»

Cuando Robert se marcha, me quedo junto a la cómoda con una mano apoyada en la madera y la otra cerrada sobre la tela de mi falda, como si apretar algo pudiera devolverme al cuerpo una dignidad que esta mañana han decidido manosear con absoluta normalidad.

La prueba ya ha pasado, y aun así sigue aquí.

En la cama deshecha. En la palangana con el agua todavía tibia. En la forma en que me arde la piel donde aquella mujer me ha tocado sin crueldad, que casi ha sido peor, porque la costumbre tiene algo más repugnante que el odio.

El odio mira a la cara. La costumbre levanta una falda, separa unas rodillas, murmura «quedaos quieta» y después se limpia los dedos como si acabara de comprobar el estado de una costura.

El sacerdote ha mirado.

Por supuesto que ha mirado.

Qué curioso que los hombres más interesados en la pureza de las mujeres siempre sean los que más sucias nos hacen sentir.

Y luego la matrona ha dicho que seguía intacta.

Virgen.

Casta.

Todavía me da una náusea pequeña al recordarlo, porque mi cuerpo sabe la verdad. Recuerda a Finn, sus manos, su voz contra mis labios diciéndome que no me merecía y besándome igual.

Sus manos, tan grandes, tan cuidadosas, tan malditamente hermosas cuando me tocó. El modo en que me miró al final, como si le doliera haberme salvado de una manera que ninguno de los dos habría elegido y, aun así, hubiera decidido cargar con esa culpa porque era menos indigna que las demás.

Finn.

Mi pecho hace una cosa absurda.

Duele más que esta mentira.

Siempre es encantador entender las trampas cuando una ya ha metido medio cuerpo dentro. La prueba no era una prueba. Nunca lo fue. Era un adorno. Una escena preparada para que Malcolm pudiera decir que era el primero, que Robert pudiera fingir que salvaba mi reputación y el sacerdote pudiera bendecir mi jaula con sus manos limpias.

Robert ha venido después, claro. Mi hermano tiene un talento casi artístico para aparecer cuando una está intentando no odiar a toda la familia con una energía poco cristiana. Me ha dicho que la boda será este mismo día, que debo bajar cuando me llamen.

—¿Quién de los dos ha pagado a la matrona? —le he preguntado.

Robert se quedó quieto junto a la puerta.

Se quedó quieto apenas un instante, suficiente para que yo supiera que había acertado antes incluso de que alzara una ceja con esa paciencia suya de hermano mayor acostumbrado a encontrarme insufrible.

—Deberías mostrar algo de gratitud.

—¿Por haber comprado una mentira sobre mi cuerpo? Qué descuido el mío. Dame un momento y busco una reverencia adecuada.

—Por haber salvado lo poco que quedaba de tu reputación.

Me reí.

Fue una risa fea. Pequeña. Sin gracia. Una de esas que salen cuando el cuerpo aún no ha decidido si quiere llorar, vomitar o morder.

—Mi reputación lleva años siendo el mantel donde vosotros limpiáis lo que os estorba.

Robert cerró la puerta a su espalda con una suavidad que me enfadó más que un portazo.

—No empieces.

—¿Porque te incomoda o porque temes que esta vez termine la frase?

Se acercó un paso. La luz de la ventana le marcaba un lado de la cara y dejaba el otro en sombra, como si hasta el sol tuviera dudas razonables sobre él.

—La matrona ha dicho lo que debía decir.

—Qué frase tan bonita. Casi parece honrada si una no la mira demasiado.

—Ha dicho lo necesario —corrigió, más bajo—. Malcolm quería que todo el mundo pensara que conseguía una esposa intacta. Tú querías que la viuda conservara la casa. La conservará. Yo quería que este escándalo terminara de una vez. Todos hemos ganado algo.

—Yo no he ganado nada.

Robert suspiró, como si mi ingratitud fuera una enfermedad larga que la familia llevaba años soportando con admirable paciencia.

—Has ganado un marido.

—Me has cambiado de jaula.

—Mide lo que dices.

—¿Por qué? ¿Vas a llamar a otra matrona para que inspeccione también mi lengua?

Su mano se movió antes de que yo terminara de respirar. El golpe me giró la cara y me llenó los ojos de lágrimas.

—No me obligues a ser duro contigo.

Luego se acercó hasta quedar demasiado cerca de mí. Esa era la parte que daba más miedo de él. Sabe tocar cuando quiere imponerse y sabe no tocar cuando quiere que una recuerde que puede hacerlo.

—Si Shaw conserva la mitad de la estupidez que siempre confundiste con encanto, estará pensando en volver por ti.

Tenía razón.

—Si viene —continuó—, me hará un favor.

Ahí sí lo miré.

—¿Un favor?

—Un proscrito entrando armado en la casa de un hombre respetable para llevarse a una dama antes de su boda. —Robert ladeó apenas la cabeza, como si estuviera hablándome de una cuestión de intendencia doméstica y no de mi vida—. No tendré que inventar demasiado. Diré que te retuvo, que te sedujo, que te llenó la cabeza de disparates y que intentó raptarte cuando comprendió que volvías a tu sitio. Malcolm declarará que los Cuervos rompieron el acuerdo. La viuda perderá cualquier protección que hayas creído arrancarle. Y a él lo tendré colgado de una horca antes de que cruce el patio. Y esta vez me aseguraré de que esté realmente muerto.

La trampa con el lazo bien visible.

—No podéis romperlo si yo he cumplido.

—Puedo hacer cosas mucho peores que romperlo.

—Así que quieres que venga.

—Quiero que te cases. Si él se queda quieto, te casas. Si viene, te casas igual y además me deshago de él con el respaldo de la ley. Cualquiera de las dos opciones me parece razonable.

—Algún día se te va a acabar la suerte de llamar deber a tu envidia, honor a tu cobardía y remedio a cada cosa sucia que haces para no sentirte pequeño.

Me agarró del brazo fuerte, estrujándolo con violencia.

—Si decides mandarle algún recado… —su mirada se desplazó hacia la puerta, apenas— procura recordar que en esta casa ya nadie camina solo. Elige cuántas ruinas quieres dejar detrás de ti.

No respondí enseguida. Me habría gustado tener algo brillante que decir. Pero lo terrible de algunas amenazas es que no necesitan ser originales para ser ciertas.

Finn vendrá.

Lo sé con la misma certeza absurda con que sé que el sol sale por el este y que yo suelo empeorar todas las situaciones en cuanto intento arreglarlas. Vendrá porque anoche no fue una noche cualquiera y me besó como si le doliera la boca de no haberlo hecho antes.

Porque, durante un rato brevísimo, demasiado frágil para nombrarlo sin miedo, yo he sido de él de una forma que no tenía nada que ver con pertenecerle a nadie.

Lo he buscado, lo he elegido y he dejado que me viera vulnerable, torpe, asustada, deseosa, y Finn, que puede burlarse de una

ejecución si le dan tiempo para encontrar el ángulo adecuado, se quedó serio. Entero. Herido conmigo.

Y yo le dejé creer durante un rato que había un lugar donde los dos podíamos existir sin que nadie nos arrancara de allí.

Por eso esta vez vendrá.

Y por eso no debe hacerlo.

Si voy hacia él, lo arrastro conmigo. Si él viene hacia mí, Robert tendrá la historia perfecta para matarlo. Así que solo queda una salida miserable: hacer que Finn crea que soy yo quien le cierra la puerta.

Cuando el criado aparece, ya no me alegro.

Me acerco a la puerta despacio, con la costilla protestando y el muslo recordándome que escapar por ventanas es una afición muy poco recomendable para mujeres heridas.

—Agua, milady —dice al otro lado.

Abro apenas. Él me entrega una jarra, una toalla doblada y la cara de quien preferiría estar ordeñando vacas en mitad de una tormenta. Está tan pendiente de no mirarme demasiado que no advierte al hombre detenido al fondo del corredor.

Yo sí.

Hay alguien escuchando con la paciencia de los cobardes bien mandados.

Respiro despacio. Pienso en Finn. En su boca junto a la mía. En cómo me miró cuando dijo que no iba a tomarme hasta que fuera suya de verdad. En esa parte de él que anoche quedó abierta, torpe, viva, tan vulnerable que todavía me duele haberla visto.

Y ahora voy a meterle un cuchillo justo ahí.

Qué maravilla.

Qué bien se me da estropear las cosas incluso cuando intento salvarlas.

—Dile que se vaya —murmuro.

El criado parpadea.

—¿A Finn Shaw?

—No, al rey de Francia. Claro que a Shaw.

La sombra del pasillo sigue quieta. Perfecto. Que escuche. Que lleve mi derrota como una ofrenda a Robert.

—Dile que he decidido casarme con Sir Malcolm porque es lo mejor para mí. Que él tenía razón.

La frase me raspa por dentro antes de salir entera.

—Dile que no puede ofrecerme nada. Que me he cansado de esconderme, de los caminos y de vivir como si no tuviera nombre, que quiero recuperar mi lugar en el mundo como lady Gordon.

El criado se queda pálido.

Qué injusto que hasta él parezca entender que eso no suena a mí.

—Milady…

—Repite.

Lo hace. Se equivoca en «mi lugar en el mundo» y tengo que corregirlo. Me parece una crueldad ridícula, obligar a un muchacho asustado a pronunciar bien la frase que va a destrozar a Finn, pero las mentiras útiles, por desgracia, también necesitan buena dicción.

Cuando termina, asiento.

—Si alguien te detiene, lo dices igual. Con esa misma cara de no saber qué está pasando. Te sale muy natural, no la pierdas.

Él traga saliva.

—¿Y vos?

Miro el vestido blanco colgado del biombo. La tela es bonita, suave, carísima. Una verdadera pena, porque tiene toda la pinta de acabar haciendo algo mucho más interesante que llegar limpia a una capilla.

—Yo voy a vestirme acorde a la situación —digo en voz más alta, para que el corredor también pueda oírme—. Supongo que una no recupera todos los días su lugar en el mundo.

Se marcha con mi mentira en la boca.

Finn va a odiarme.

He cogido sus propias palabras, esas que llevaba años clavándose para convencerse de que apartarse era noble, y se las he devuelto con la puntería de una mujer demasiado asustada para ser generosa.

—Lo siento —susurro.

No sé si se lo digo a él, a mí o al vestido.

La tela blanca me mira con una inocencia irritante.

—No te encariñes conmigo —murmuro—. Las dos sabemos que esto no va a terminar bien para ti.

No voy a ponérmelo para casarme.

No soy tan tonta, aunque a veces haga esfuerzos admirables por sembrar dudas.

Me lo pongo porque una mujer vestida de novia asusta menos que una mujer buscando una salida. Porque, si la criada entra y me encuentra peleándome con las mangas, pensará que obedezco. Y, si Robert pregunta, podrán decirle que Lady Gordon se está preparando. Porque cada cinta que me aten y cada alfiler que me

coloquen es un minuto más en el que los hombres mirarán hacia la capilla y no hacia los corredores de servicio.

No me visto de novia.

Me disfrazo de rendición.

Que no es lo mismo.

Me meto en el vestido con una torpeza bastante poco solemne. La falda pesa más de lo razonable, y el corpiño me deja respirar lo justo para vivir y lo insuficiente para no maldecir a todas las mujeres que alguna vez colaboraron en la invención de estas prendas. Cuando termino, me miro apenas en el espejo pequeño de la cómoda.

Oigo movimiento abajo. Voces. Pasos. Una orden de Malcolm, satisfecha, demasiado cercana.

No tengo mucho tiempo. Saco la aguja que he cogido del cajón, trabajo el cierre interior de la puerta con más fe que habilidad y tardo tanto que, por un momento, considero seriamente la posibilidad de morirme de vergüenza antes que de matrimonio.

Al fin, la cerradura cede.

Abro lo justo.

El pasillo está vacío.

Vacío, en esta casa, no significa seguro. Significa que las amenazas se han movido a otro sitio.

Salgo con la falda recogida en una mano y avanzo hacia el corredor de servicio que vi ayer desde el zaguán. No voy hacia la escalera principal porque, pese a las apariencias, todavía conservo alguna neurona con ganas de colaborar. Voy hacia el olor a ropa limpia, ceniza y cera barata. Detrás de un tapiz descolorido encuentro una puerta estrecha, casi escondida, y bajo tres escalones hacia un pasillo donde la casa deja de fingir grandeza y empieza a oler a trabajo.

Allí está la viuda.

Lady Elspeth Drummond me espera junto al armario de la ropa blanca, con un chal oscuro sobre los hombros, un manojo de llaves en la mano y una expresión mucho más firme que la que le vi ayer cuando me confió a su criado. No parece una mujer derrotada. Parece una mujer que lleva años aprendiendo a no caerse delante de nadie.

—Sabía que no bajaríais por la escalera principal —dice.

—Me ofende un poco que parezca tan evidente.

La comisura de su boca se mueve. No llega a sonrisa, pero casi.

—Necesito entregaros el acuerdo que Malcolm firmó anoche —digo —. El que os permite conservar la casa, las llaves, los criados y la renta. Si me voy sin que eso esté en vuestras manos, os deja sin nada antes de que anochezca.

Sus dedos se cierran sobre las llaves.

—Lo guardará en su despacho. Galería oeste. Arqueta negra, sobre una repisa.

—¿Y la llave?

—La lleva él.

—Qué hombre tan molesto.

—Hay otra. Mi marido tenía una copia de casi todas las llaves importantes. Desconfiaba de todo el mundo, incluso de sus hijos. Fue una de sus virtudes menos irritantes.

Esta vez sí sonrío.

—Empieza a caerme bien vuestro difunto esposo. Con moderación, no nos precipitemos.

Lady Elspeth me entrega una llave pequeña y plana, colgada de un aro sin marca. Al hacerlo, sus dedos tiemblan un poco. No por cobardía. Por lo que arriesga.

—Si os cogen…

—No diré que me habéis ayudado.

—Eso no impedirá que Malcolm lo sepa.

—Entonces diré tantas cosas peores que vuestra participación parecerá una nota al margen.

Me señala el fondo del pasillo.

—Por ahí se llega a la galería. El despacho tiene una ventana con vidrios verdes. Si oís campanas, volved. Significa que ya empiezan a reunir a todos para la ceremonia.

Asiento y doy dos pasos, pero me detengo.

—Si Finn viene…

—Vendrá.

Qué poca fe tiene todo el mundo en la prudencia de ese hombre. Qué acertados están.

—Si viene, interceptadlo antes de que entre en la casa. Decidle que me he ido. Que me he ido sola. Que nadie me ha sacado, que no hay rapto, que no hay rescate y que no ha roto ningún acuerdo. Y si trata de vengarse lo estropeará todo.

No pierdo más tiempo. Avanzo por la galería con la falda recogida y la llave apretada dentro del puño. Toda la casa mira ya hacia la capilla. Eso me salva unos minutos. Encuentro la ventana de vidrios verdes.

La llave entra.

Gira.

Gracias, difunto señor Drummond. Ojalá en vida hubieseis confiado más en los testamentos y menos en vuestro hijo, pero una trabaja con lo que tiene.

Hay una mesa grande, dos sillas, un mapa extendido y una arqueta negra sobre una repisa. El crucifijo de la pared me mira con una resignación que casi me ofende.

—No me juzguéis —murmuro—. He tenido una mañana horrible.

Dentro hay cartas, una bolsa de monedas, un sello y varios papeles doblados. Tardo demasiado en encontrarlo porque las manos me tiemblan y porque cada ruido del corredor me parece una condena. Entonces veo mi nombre. Lady Iseabail Gordon. Sir Malcolm Drummond of Blackford. Lady Elspeth Drummond. Casa, llaves, criados, renta, derecho a permanecer. Firmas. Testigos. Sello.

Ahí estás.

Pequeño maldito.

Me lo guardo bajo el corpiño, pegado a la piel, y cojo también un pliego limpio. Mojo la pluma en tinta y escribo deprisa.

«Me marcho de esta casa por mi propia voluntad, sin ser retenida, forzada ni sacada por Finn Shaw ni por ninguno de sus hombres. No consiento este matrimonio.»

No es una joya literaria. Tampoco todo en la vida puede tener gracia.

Firmo.

Dejo el papel doblado bajo el sello de Malcolm. Tal vez Robert lo destruya. Tal vez diga que es falso. Tal vez no sirva de nada. Pero durante unos minutos existirá una verdad escrita por mi mano, y esta mañana eso ya me parece casi una victoria indecente, pero no suficiente, claro.

Escribo dos veces lo mismo. La otra se la daré a Lady Elspeth junto con el acuerdo.

Vuelvo al pasillo con el acuerdo contra el pecho.

Al llegar al armario de ropa blanca, Lady Elspeth me espera.

—Lo tengo.

Se lo entrego.

Durante un segundo no lo suelta. Solo lo mira, como si el papel pesara más que toda la casa.

—Gracias —dice.

La palabra me incomoda.

—No se lo entreguéis a Malcolm, ni a Robert, ni al sacerdote aunque venga envuelto en luz celestial y cantando salmos. Dádselo a Altair Sinclair. También mi nota. Él sabrá hacer más daño con un papel que muchos hombres con una espada.

—¿Es abogado?

—Es muchas cosas molestas. Hoy esa nos conviene.

Lady Elspeth abre una puerta baja al fondo del armario, tan disimulada entre estantes que yo habría pasado delante tres veces sin verla.

—Pasillo de lavandería. Baja hasta la despensa vieja. Hay una puerta al huerto detrás de los barriles. La madera se hincha con la humedad. Empujad con el hombro izquierdo.

—Qué precisión tan inquietante.

—Os he visto tocaros el costado.

—Qué mala costumbre tiene todo el mundo de observarme justo cuando no me conviene.

Ella baja la vista a mi falda.

—Con esto no llegaréis ni al huerto.

—La moda nupcial está pensada por imbéciles que no tienen en cuenta las ganas de huir de la novia.

—Lo está.

Saca unas tijeras del estante. Las dos miramos el vestido un instante. Blanco, caro, impecable. Elegido para llevarme a una boda comprada.

—Hacedlo —digo.

Lady Elspeth corta.

El sonido de la tela rasgándose me produce un placer tan poco digno que casi me da vergüenza. Casi. La falda cae más corta, irregular, ofendida y muchísimo más útil. Luego me coloca un manto oscuro sobre los hombros. Huele a lavanda.

Por un segundo no sé qué hacer. Darle la mano parece poco. Abrazarla, demasiado. Al final aprieto sus dedos una vez, rápido, torpe, con todo el agradecimiento que no sé decir sin volverme ridícula.

—Dadle ese papel a Altair.

—Lo haré.

—Y decidle a Finn… que se mantenga alejado, que me he ido.

—He visto cómo os mira. Querrá asegurarse. No me hará caso.

—Decídselo igualmente.

Lady Elspeth asiente, con una dulzura cansada que me toca más de lo que quiero.

—Le diré que os fuisteis sola.

Trago saliva.

—Eso. Decidle eso primero.

Después entro en el pasillo de lavandería antes de que el corazón se me ponga idiota y me convenza de esperar a un hombre que, si me quiere como creo, estará a punto de venir a romper esta casa con los dientes.

Cada escalón me tira del muslo. La costilla parece estar escribiendo una queja formal con cada respiración, pero sigo. Dejo atrás las voces, las campanas, los pasos. Dejo atrás los restos del vestido blanco convertido en un crimen de costura. Dejo atrás una boda que, si Dios conserva algo de humor, empezará sin la novia.

La puerta de la despensa está donde Lady Elspeth dijo, detrás de los barriles. Empujo con el hombro izquierdo y aun así el cuerpo entero protesta. La madera cede de golpe y salgo al huerto con tan poca elegancia que casi termino de rodillas entre unas coles.

El aire exterior me golpea la cara.

Frío. Sucio. Maravilloso.

A lo lejos suena otra campana.

Me quedo quieta un segundo, con la mano apoyada en el marco, mirando el cercado, los árboles y la línea baja del arroyo más allá de la tierra blanda. No sé adónde voy.

No sé cuánto tardarán en descubrir que la novia se ha convertido en ausencia. No sé si Finn habrá recibido ya mi mensaje y estará odiándome con esa boca que anoche me besó como si odiarme fuera lo único que no supiera hacer.

Lo siento, pienso.

Y luego, porque si sigo pensando en él perderé el poco juicio que me queda, recojo el manto, aprieto los dientes y echo a andar.

No corro.

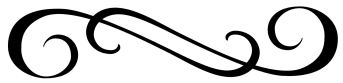
Aprendo despacio, pero aprendo.

Hoy querían que fuera lady Gordon.

Muy bien.

Lady Gordon acaba de largarse por la despensa.

Capítulo 25



«FINN»

Esperar es una forma muy educada de volverse loco.

Eso no lo digo en voz alta, porque ya he gastado demasiada dignidad esta mañana y porque Torren lleva casi una hora mirándome como si esperara que empiece a echar espuma por la boca.

Hemos fingido marcharnos.

Ha sido idea de Altair, por supuesto, porque Altair tiene esa desagradable costumbre de decir cosas sensatas justo cuando uno está intentando justificar una estupidez con mucho corazón y poca estrategia.

Nos hemos dejado ver por el camino del norte, con los caballos al paso, las alforjas mal sujetas y la actitud resignada de cinco hombres que han decidido alejarse por fin con desgana.

Hemos permitido que los vigilantes de Malcolm respiraran tranquilos durante el tiempo suficiente para que alguno saliera de su escondite y corriera a llevar la noticia de que los Cuervos se retiraban. Luego, en cuanto el terreno se ha hundido hacia la vaguada y los árboles nos han tapado de verdad, hemos hecho lo que mejor sabemos hacer.

Desaparecer.

No tiene ningún mérito bonito. No hay poesía en ello. Solo años de hambre, persecuciones, lluvia en la nuca y hombres peores que Malcolm creyendo que un proscrito se esconde igual que un ladrón borracho.

Nos movemos entre sombras porque los hombres como nosotros suelen durar más cuando se ocultan de la luz.

Dejamos atrás las herraduras marcadas en el barro, doblamos por el cauce seco, desmontamos donde la tierra no conserva bien las huellas y subimos a pie por un tramo de rocas cubiertas de musgo hasta llegar a una hondonada desde la que se ve la casa de Blackford como una mancha gris entre árboles demasiado quietos.

Desde aquí no parece una trampa.

Ese es el problema con las trampas bien hechas. Si se ven desde lejos, parecen hogares.

La tarde cae despacio, con la crueldad de una vieja paciente. El cielo se ha ido cubriendo de nubes bajas y el aire huele a humedad, a helechos pisados y a brezo. Abajo, la casa ha empezado a encender velas.

No muchas. Las suficientes para que cada luz me parezca una burla. Las suficientes para imaginar gente moviéndose dentro, criadas entrando y saliendo, un sacerdote ajustándose la manga, Malcolm revisando su jubón como si el mundo estuviera a punto de entregarle algo que le pertenece.

A ella.

Aprieto los dientes.

Altair está agachado sobre un trozo de tierra desnuda, trazando con una rama la forma aproximada de la casa según lo que hemos visto.

Broen observa en silencio, con los brazos cruzados, pesado como una puerta cerrada. Colum revisa las correas de una espada corta. Torren se ha metido una brizna de hierba entre los dientes y finge

que masticarla lo entretiene y yo llevo media tarde sin hacer un solo comentario verdaderamente tonto y eso, en mí, roza la enfermedad.

—Entramos por el lado este —dice Altair—. El patio principal estará lleno de ojos. La zona de servicio tiene menos hombres, pero después de esta mañana no me creo que Malcolm haya dejado nada sin vigilancia.

—Entonces entramos por donde haya más hombres y acabamos antes —murmuro.

Altair ni levanta la cabeza.

—Qué propuesta tan novedosa. Me sorprende que nadie la haya tenido antes en la historia de la estupidez.

Torren me mira de reojo.

—Le está costando mucho no darte la razón, por si te consuela.

—No me consuela.

—Ya. Se te nota.

Broen se inclina un poco hacia el dibujo.

—Si entramos antes de que anochezca, nos verán desde la galería.

—Si esperamos mucho más, la casan —digo.

Las palabras salen demasiado rápidas. Demasiado vivas. Y no suenan a argumento, sino a herida.

Nadie contesta enseguida.

Qué delicados se han vuelto todos de pronto. Qué maravilla. Si llego a saber que bastaba con perder la cabeza por una mujer para que esta panda de animales descubriera el tacto, habría hecho algún experimento años atrás con una canción triste.

Desde la casa llega una campana.

Una sola.

Apenas un aviso que el aire trae deshilachado entre los árboles.

Pero yo la oigo en el estómago.

Me pongo de pie antes de decidirlo. La hondonada se me queda pequeña de golpe, como si alguien me hubiera cerrado una mano alrededor del pecho.

Ahora oigo las campanas desde aquí y lo único que puedo imaginar es a Malcolm acercándose a ella con los derechos de un marido antes de que yo llegue. Su mano en su cintura. Su boca cerca de su pelo. Su cama esperando.

Y de pronto la muerte propia me parece un asunto menor, casi administrativo.

La campana vuelve a sonar.

Esta vez son dos toques.

Broen no me sujeta.

—Si vuelves a agarrarme así, voy a empezar a pensar que me tienes cariño —digo.

—Te tengo aprecio suficiente para impedir que mueras como un idiota.

—Eso no es cariño. Eso es arrogancia.

—Llámalo como quieras.

Me aparto de él. Esta vez me deja, pero no se aleja demasiado. Ninguno lo hace. Qué desagradable es tener amigos cuando uno quiere hacer algo imperdonablemente estúpido.

Altair vuelve al mapa de tierra.

—Esperamos a que oscurezca. Entramos por la zona de servicio. Dos vigilan la salida. Dos entran conmigo. Si está en la habitación,

salimos por el mismo sitio. Si la han llevado a la capilla, cortamos por el corredor oeste y apagamos luces antes de llegar. Sin gritos. Sin sangre si puede evitarse.

—Qué pena —murmuro.

—Con sangre si no puede evitarse —añade sin inmutarse—. Pero no antes.

Torren levanta una mano.

—Voto por sangre moderada. Algo elegante. Un diente aquí, una rodilla allá. Nada que manche mucho.

Colum resopla.

—Tú no sabes hacer nada moderado.

—Sé ofenderme moderadamente. Ahora mismo, por ejemplo, me siento poco valorado.

Yo debería sonreír.

No me sale.

Eso hace que Torren deje de mirarme con guasa y empiece a mirarme de verdad. Lo odio un poco por ello. A todos, en realidad. A Torren por callarse cuando más necesito que diga una barbaridad. A Colum por estar tan serio. A Altair por tener razón. A Broen por sujetarme sin hacerme sentir pequeño. A Iseabail por mandarme lejos con mis propias palabras. A mí por haberle dado esas palabras durante años y esperar que nunca aprendiera a usarlas.

La tarde se arrastra.

Nos movemos dos veces de sitio. Primero a una zanja cubierta de avellanos, luego a una línea de piedra seca desde la que se ve mejor el ala este de la casa. Altair localiza a los hombres de Malcolm por la forma en que las sombras se repiten donde no deberían.

Broen cuenta cambios de guardia.

Colum calcula tiempos.

Torren vuelve con barro hasta las rodillas.

—Hay alboroto en la parte trasera. Están nerviosos. Puede que nos esperen, Finn. Robert ha cruzado el patio dos veces como si las piedras le debieran dinero. Malcolm ha mandado cerrar las cuadras, o eso parecía. Y había hombres con faroles junto al cercado del huerto antes de que oscureciera del todo agachados como si buscaran una moneda.

Yo apenas le escucho.

Solo lucho por no echar a correr.

Broen me mira de reojo.

—No.

Ni siquiera he dado un paso todavía.

Eso es lo desagradable de tener hermanos de guerra. A veces ven la estupidez antes de que uno tenga la cortesía de cometerla.

—No he dicho nada.

—Lo has pensado tan fuerte que casi se ha movido el árbol.

Torren, que en otra vida debió de ser una plaga enviada para castigar mi paciencia, se apoya en una piedra con mucho cuidado de no hacer ruido.

—A mí también me ha parecido oírlo. Sonaba como «voy a entrar en esa casa ahora mismo y a cargármelo todo porque esperar me está resultando una tortura».

—Qué curioso —murmuro—. A mí lo que me suena es tu mandíbula pidiendo una distracción.

—Ves, ese es el Finn que conozco. Violento, ofensivo, poco constructivo. Estaba empezando a preocuparme.

Altair borra con la rama una parte del dibujo y vuelve a trazar la línea del ala este.

—El alboroto puede ser una oportunidad o un cebo. Si han descubierto algo, estarán mirando hacia dentro. Si nos han visto, esperarán que entremos ahora.

Me obligo a respirar por la nariz.

No funciona, pero al menos evita que me levante.

—Esperamos a la noche —dice Altair.

—Ya lo sé.

—Finn.

—He dicho que ya lo sé.

Y lo sé. Lo sé con una claridad que me pone enfermo. Llevo años diciendo cosas sensatas a hombres rotos mientras ellos me miraban con ganas de partirme la cara por tener razón.

Me quedo agachado, con la vista clavada en la casa y las manos ocupadas en ajustar una daga que ya está perfectamente ajustada.

Si escucho demasiado, imagino.

Y si imagino, veo a Malcolm acercándose a ella con esa seguridad repulsiva de hombre al que una mentira bendecida le parece permiso suficiente.

Si imagino, entiendo a Caelan detrás de aquella puerta, convertido en un animal con manos humanas, dispuesto a arrancar madera, hierro y huesos porque al otro lado había un hombre creyendo que podía tocar a Aithne contra su voluntad.

Yo le dije muchas cosas entonces. Seguro. Alguna inteligente incluso. Qué fácil era hablar cuando la puerta no encerraba a Iseabail.

Así que dejo de imaginar.

O lo intento.

La luz baja al fin. El mundo se vuelve azul oscuro, luego gris, luego casi negro. Las ventanas de la casa quedan encendidas como ojos. Hay más movimiento en la zona de la capilla. Algún caballo en el patio. Voces contenidas. No se oye música, gracias a Dios, porque no descarto que un laúd mal colocado me empuje definitivamente a cometer un asesinato.

—Ahora —ordeno.

Torren parpadea.

—Me encanta cuando das órdenes como si no estuvieras a tres dedos de matar a alguien.

—Entonces disfrútalo en silencio.

El cuerpo entero me responde antes que la cabeza. Por fin. Por fin algo que no sea esperar.

Me abro el jubón porque el cuero me aprieta el pecho y necesito aire.

Bajamos sin hablar.

Ahí sí somos nosotros cuando nos convertimos en sombras.

No somos la banda que se burla junto al fuego. Ni los idiotas que discuten sobre gachas, mujeres imposibles o heridas mal cosidas.

Somos otra cosa.

Pasos medidos sobre tierra húmeda. Ramas apartadas con dos dedos. Respiraciones tragadas antes de cruzar un claro. Torren deja

de ser ruido y se vuelve oscuridad. Broen, que parece demasiado grande para desaparecer, desaparece mejor que nadie. Colum avanza pegado a los muros como si la piedra le debiera favores. Altair va delante, ligero, preciso, imposible de descubrir.

Yo voy detrás.

Porque si voy primero, no llegamos con nadie vivo.

Cruzamos el cercado roto. Un perro ladra a lo lejos y se calla enseguida, seguramente sobornado por el sentido común o por un trozo de carne que Torren ha sacado de no sé dónde.

La casa crece delante de nosotros.

Estamos a veinte pasos de la puerta de servicio cuando una sombra se separa del muro.

Altair ya está alzando una flecha.

—No —dice una voz de mujer.

Debe ser Lady Elspeth Drummond, acompañada por dos criados. Uno de ellos es el muchacho del recado que parece haber envejecido diez años desde la mañana. El otro lleva un farol cubierto con tela y una mano apretada sobre el pecho, como si allí guardara el corazón para que no se le escapara.

Yo me detengo porque algo en la cara de la viuda me atraviesa antes de que pueda decidir nada.

—¿Dónde está? —pregunto.

Mi voz sale baja.

Fea.

—Se ha ido.

Durante un segundo, no entiendo las palabras.

Las oigo. No entran.

—¿Qué significa que se ha ido?

Torren, detrás de mí, suelta el aire por la nariz.

—Creo que tu futura esposa acaba de rescatarse sola.

Doy un paso hacia Lady Elspeth.

Broen se mueve apenas a mi izquierda. No me toca, pero lo noto. Siempre lo noto cuando está preparado para impedir que me convierta en mi peor versión.

—¿Dónde está? —repito.

—No lo sé.

—No me mintáis.

—No os miento. Si lo supiera, os lo diría.

La creo.

Eso me cabrea más.

—¿Cuándo?

—Antes de que reunieran a todos en la capilla. Se vistió lo justo para que creyeran que obedecía, salió por los corredores de servicio y dejó constancia escrita de que se marchaba sola, sin ser retenida ni sacada por vos ni por ninguno de los vuestros.

Altair baja la flecha despacio.

—¿Constancia escrita?

La viuda se vuelve hacia él, como si hubiera esperado esa voz.

—Vos sois Altair Sinclair.

—Depende de quién pregunte.

—Una mujer que acaba de ayudar a otra a huir de una boda y preferiría que su mañana no terminara en una horca administrativa.

Torren murmura:

—Me cae bien.

Lady Elspeth mete la mano bajo el manto y saca un papel doblado, sellado con torpeza pero intacto. Se lo entrega a Altair.

—Lady Gordon me dijo que os diera esto. Que sabríais qué hacer con un acuerdo firmado, un derecho vitalicio y un hombre empeñado en fingir que ninguna de las dos cosas existe.

Altair lo abre junto al farol cubierto. La luz le toca la cara por debajo y lo vuelve todavía más antipático de lo habitual, que ya es decir. Lee en silencio. Luego lee otra vez, más despacio.

—Malcolm firmó que conservabais casa, criados y renta con independencia de lo ocurrido después de la prueba —dice.

Lady Elspeth asiente.

—Ella lo robó de su despacho antes de irse. También dejó una nota idéntica a esta.

La noche se queda quieta.

O quizá soy yo.

Iseabail robando un documento del despacho de Malcolm, vestida de novia a medias, herida, dolorida, recién humillada por una prueba amañada y aun así lo bastante viva para convertir una casa tomada en un insulto personal.

Qué mujer.

Qué desgracia.

Qué ganas me dan de encontrarla y gritarle hasta quedarme sin voz.

La boca de Altair se mueve en una sonrisa.

—No sé si me halaga o no que piense en mí cuando roba documentos.

Lo miro.

No quiero mirarlo así, pero lo miro así.

—No te emociones, Sinclair. Ha pensado en tu oficio, no en tu cara. Tiene criterio para elegir herramientas útiles —respondo—. No confundas ser una ganzúa con ser una fantasía.

Torren hace un ruido muy sospechoso detrás de mí.

—Durante un momento he temido que estuvieras celoso —se burla Altair.

—Y yo durante un momento he temido que te creyera más indispensable que yo. Pero aquí estamos, superando sustos los dos.

—Insistió mucho en que os interceptara antes de entrar —añade Lady Elspeth, mirándome ahora a mí—. Que os dijera que no entréis, que no os pongáis en peligro, que ella está a salvo.

Me echo a reír como un loco que ha perdido ya el juicio. El muchacho del farol da medio paso atrás.

—Claro que dijo eso.

Broen habla detrás de mí, bajo.

—Finn.

No sé qué hay en mi cara, pero otra vez todos parecen dispuestos a manejarme como si fuera una antorcha en un granero.

—Claro que lo dijo —repito, y ahora sí me oigo el filo—. Porque Iseabail Gordon, defensora de causas perdidas, hacedora de problemas y especialista en decidir por hombres que no le han pedido semejante favor, ha considerado conveniente salvarme de mí mismo.

Lady Elspeth no baja la mirada.

—Os está protegiendo de una trampa preparada para vos.

—No lo dudo.

Y no lo dudo. Ese es el problema. Entiendo a Robert dejando abierta la puerta exacta para que yo entrara y me rompiera el cuello contra la ley, el honor, el apellido y todas esas porquerías que los hombres con casa usan para convertir la violencia en trámite.

Lo entiendo.

También quiero sacudirla.

Las dos cosas conviven de maravilla, por lo visto.

—¿Por dónde salió? —pregunto.

Lady Elspeth vacila.

Muy poco.

Demasiado.

—Por la despensa vieja. Hacia el huerto. Después no lo sé.

—¿La habéis visto salir con vuestros propios ojos?

—Sí.

—¿Sola?

—Sola.

—¿Cuánto hace?

—Esta mañana. Después de la prueba.

—¿Y cómo sé que no me estáis diciendo lo que ella os pidió que dijerais para mantenerme lejos?

Lady Elspeth no se ofende. O tiene demasiado buen juicio para mostrarlo delante de cinco hombres armados y uno de ellos con la paciencia reducida a ceniza. Se limita a mirarme un segundo, seria, con el manto oscuro pegado a los hombros.

—Porque, si habéis estado vigilando la finca, habréis visto el revuelo —dice—. Hombres de Malcolm saliendo al huerto con faroles antes de que oscureciera, dos criados enviados a revisar la despensa vieja, Robert cruzando el patio tres veces como si quisiera partir las piedras con las botas y Malcolm mandando cerrar las cuadras por si intentaba escapar con un caballo. No se hace todo eso para fingir delante de vos, señor Shaw. En ese momento creían que os habíais marchado.

La creo.

La creo y aun así quiero romper algo.

Ha tenido todo el maldito día para huir. Mientras nosotros esperábamos, mientras yo contaba campanas y me imaginaba entrando en esa casa como un idiota con una espada y una furia bonita, Iseabail ya llevaba horas fuera, sola, todavía herida.

—Si salió por la mañana, aunque haya avanzado despacio, puede estar a muchas millas —declara Colum.

Torren mira hacia la oscuridad.

—Con esa pierna y esa costilla tocadas no podrá llegar a las colinas sin parar.

—Con esa pierna no debería haberse escapado de una casa tomada por hombres armados —muerdo—, pero la realidad parece poco interesada en lo que debería hacer Iseabail Gordon.

Broen no me quita los ojos de encima. Qué costumbre tan asquerosa la suya de mirar justo donde uno intenta mantener algo cerrado.

—No podemos seguirla ahora.

Ahí sí doy un paso hacia él.

No mucho.

—¿Me estás diciendo que esperemos?

—Sí. De noche no vamos a encontrar un rastro limpio.

Lo miro.

—No empieces.

—Voy a empezar, porque alguien tiene que hacerlo antes de que salgas corriendo hacia todas partes a la vez.

Altair guarda el acuerdo bajo el jubón y mira hacia la casa, luego hacia la línea negra de árboles que baja al oeste.

—Si salió por la mañana, cualquier señal cerca de la despensa estará pisada por Malcolm, por Robert, por criados y por los idiotas que hayan mandado con faroles. De noche no distinguiremos sus huellas de las de ellos. Y, si ella ha tenido cabeza, habrá cambiado de terreno antes de que pudieran seguirla. Si salimos sin luz, no la encontramos. Elegiremos una dirección equivocada. O peor, la empujamos hacia quienes sí la están buscando. Esperar al amanecer no es abandonarla. Es no estropear la única oportunidad de seguirla bien.

—¿Dijo algo más? ¿Alguna pista de qué camino pensaba tomar? —le pregunto a la viuda, y odio el modo en que me sale la voz. Más baja. Menos armada.

Lady Elspeth tarda un instante en mover la cabeza negativamente.

—Claro, por qué iba a ponérmelo fácil cuando puede complicarme la vida un poco más.

Lo digo bajo, casi para mí, aunque a estas alturas no sé a quién pretendo engañar. En esta noche todo el mundo parece haber desarrollado una afición obscena a oír justo lo que no quiero decir.

Lady Elspeth me aguanta la mirada con esa calma suya, que parece el cansancio de una mujer que ha visto a demasiados hombres llamar orden a la amenaza y prudencia a la cobardía.

—Os dio la oportunidad de salir vivo de aquí —dice.

La miro.

Despacio.

No porque quiera intimidarla. Eso sería una bajeza incluso para la maravillosa colección de impulsos cuestionables que llevo dentro desde el amanecer. La miro así porque necesito un segundo para no contestar lo primero que me sube a la boca, y aun así lo que sale no es precisamente una oración.

—Poniendo su vida en peligro, señora. ¿En qué mundo se supone que eso debería complacerme?

Lady Elspeth no parpadea, pero el criado del farol sí. Tres veces. Muy rápido. Buen muchacho. Instinto sano.

—No he dicho que deba complaceros.

—Menos mal. Porque, si la próxima cortesía consiste en dejarse humillar, robar un documento legal, huir herida por una despensa en mitad de una finca llena de hombres custodiándola y cruzar medio condado por donde cualquier cerdo con ojos pueda entender que va sola y desprotegida, agradeceré que nadie vuelva a hacerme favores. Empiezan a parecerme intentos de asesinato.

—Le di un manto oscuro para que se cubriera.

—Y yo se lo agradezco. De verdad. La pondré en mi próxima oración, justo después de pedirle a Dios que me explique por qué una mujer con una costilla medio rota cree que los caminos de Escocia son un paseo dominical.

Me sale más cruel de lo que debería.

Altair dobla el acuerdo con una calma irritante, pero sus ojos están en mí y no en el papel. Todos están en mí, en realidad. Qué precioso. El día en que Finn Shaw pierde la cabeza.

Lady Elspeth aprieta su chal contra el pecho.

—Lo hizo por amor.

—Lo sé —repito, más bajo—. Y sigue siendo una forma pésima de querer a alguien.

Me giro sin correr aunque cada músculo del cuerpo me lo exija.

Pero por dentro sí corro.

Por dentro llevo horas corriendo hacia ella.

Esperar es una forma muy educada de volverse loco.

Y esta vez ni siquiera tengo una casa que mirar.

Solo la noche.

Solo la idea de Iseabail ahí fuera, en alguna parte, sola desde la mañana.

Y la certeza, fría y miserable, de que al amanecer no voy a buscar una novia fugada.

Voy a buscar a una mujer que ha tenido demasiadas horas para encontrar problemas.

Capítulo 26

«FINN»

El primer día seguimos el rastro hasta el arroyo, luego hasta un tramo de piedras donde las huellas desaparecieron como si el agua se la hubiese tragado sin mojarla. Encontramos dos hebras de lana oscura en una zarza baja, una huella torcida junto al borde de una acequia y una marca de sangre tan pequeña que tuve que agacharme para tocarla con los dedos y comprobar que no era óxido.

El segundo día compramos silencio en una venta y arrancamos verdades en otra. Una mujer con falda cortada había pasado cerca del puente de piedra.

No. Era una vieja con un cesto.

Sí. Iba sola.

No. La acompañaba un muchacho.

Tal vez cojeaba. Tal vez estaba borracha. Tal vez era una criada fugada, una ladrona, una santa o una maldición envuelta en manto oscuro.

Los hombres son muy generosos con los detalles cuando no saben nada y muy pobres con ellos cuando saben demasiado. A uno tuve que ponerle la cara contra la mesa para que recordara que mirar las

piernas de una mujer herida no lo convertía en testigo, sino en candidato a perder los dientes.

El tercer día encontramos a dos hombres de Malcolm preguntando por una dama pelirroja de ojos azules fugitiva en una capilla pequeña al borde del camino de *Drumley*. No llegamos a matarlos, lo cual demuestra que todavía existe cierta misericordia en el mundo o que Broen tiene unos brazos asquerosamente eficaces.

Uno aseguró que Malcolm había ofrecido monedas por cualquier noticia. El otro dijo que Robert Gordon había mandado hombres hacia las tierras bajas, hacia el norte y hacia cualquier lugar donde una mujer pudiera pedir ayuda. No me alivió en absoluto saber que ellos tampoco la tenían.

El cuarto día llovió. La lluvia borró huellas, ablandó caminos, llenó cunetas y convirtió cada rastro posible en una broma pesada de Dios.

El quinto día dormimos dos horas bajo un roble partido, con los caballos atados lejos para no dejar señales, y cuando desperté tenía el cuerpo tan frío que durante un instante no recordé dónde estaba.

Luego recordé su boca. Su mano en mi pelo. La sangre en mi dedo. Su mensaje. «No tienes nada que ofrecerme.»

Qué forma tan suya de quedarse conmigo incluso cuando no está. Como una astilla. Llevo una semana queriendo encontrarla para besarla, gritarle y atarla para no perderla nunca más de vista y no necesariamente en ese orden.

El sexto día ya no buscamos a una mujer.

Buscamos pruebas de que no está muerta.

Una mujer noble, herida, sin caballo, sin comida, perseguida por hombres que quieren darle caza no desaparece una semana entera de todos los caminos de Escocia solo por ser obstinada.

Iseabail es muchas cosas, y obstinada está muy arriba en la lista, justo debajo de brillante y capaz de quitarme años de vida sin despeinarse, pero ni siquiera ella puede caminar sobre el barro sin tocarlo.

Nadie lo dice así, por supuesto, porque incluso esta banda de desgraciados ha aprendido a escoger algunas palabras cuando la alternativa es mirarme a la cara y comprobar qué ocurre si alguien pone la imagen equivocada en voz alta.

Pero todos lo pensamos.

Lo pensamos cuando cruzamos un puente y nos quedamos mirando demasiado tiempo el agua oscura que arrastra ramas, espuma sucia y cosas que prefiero no nombrar.

Lo pensamos cuando un posadero niega haber visto a una mujer sola, con manto oscuro y una cojera mal disimulada, y baja los ojos justo después porque miente mal o porque ha oído a otros hombres preguntar lo mismo antes que nosotros.

Lo pensamos cada vez que una zanja aparece al borde de un camino con el barro removido y Torren deja de hablar antes incluso de acercarse a mirar qué hay dentro.

Eso es lo peor.

Que todos hemos dejado de hablar.

Y el séptimo día llegamos a la feria de nuevo. El punto de inicio de todo esto.

Sorcha no parece sorprendida al vernos llegar sin ella. Eso es lo primero que me irrita. Lo segundo es esa forma suya de mirarme como si llevara una semana esperando que el idiota adecuado apareciera con la cara adecuada.

—Vaya —dice, apoyando una mano en el borde del carro—. Así que era verdad.

Me detengo delante de ella.

—¿Qué era verdad?

—Que una tal lady Gordon se le escapó a Blackford antes de una boda muy elegante, muy rápida y, por lo visto, muy poco celebrada por la novia.

Torren, a mi lado, deja de fingir que está mirando unas lonas.

—Los rumores viajan deprisa.

Sorcha lo mira de reojo.

—Más que los hombres desesperados, desde luego.

Luego vuelve a mí. Ya no sonríe.

—Han pasado dos tipos por la venta del cruce preguntando por ella antes que vosotros.

—¿Ha venido aquí? —pregunto.

Sorcha resopla con tal desprecio que hasta un caballo cercano levanta la cabeza.

—¿A la feria? ¿De verdad llevas una semana removiendo caminos para preguntarme si una mujer perseguida, reconocida por medio mundo, ha venido a esconderse en el sitio más evidente de Escocia?

Se acerca un paso, apenas lo suficiente para que todos sepamos que, si fuera más alta, me pondría un dedo en el pecho y probablemente intentaría atravesarlo.

—Tú le arrancaste la máscara aquí delante de todo el mundo, guapo. No pongas esa cara, que no estoy diciendo que no tuvieras razones, pero lo hiciste. E Iseabail no es tonta.

Me paso la lengua por los dientes y miro hacia los carros, hacia las lonas, hacia las personas que escuchan fingiendo no escuchar.

Algunas me devuelven la mirada sin bajar los ojos. Otras siguen pelando verduras, remendando mangas, atando fardos.

—No ha podido tragársela la tierra.

—Claro que no.

La respuesta llega demasiado deprisa.

La miro.

Sorcha cruza los brazos.

—¿Qué? —pregunta ella a la defensiva.

—Habla.

—Mira qué bien. Todavía te queda tiempo para dar órdenes a mujeres que no te deben nada.

Torren hace un ruido bajísimo. Casi una oración.

Yo no aparto los ojos de Sorcha.

—Por favor.

Eso sí la descoloca.

Sorcha no concede victorias grandes. Pero algo en su expresión cambia, apenas, como si hubiese esperado rabia y se hubiese encontrado una cosa peor.

—No sé dónde está. Pero antes de que pongas esa cara de amenaza mal alimentada, te digo que si estuviera muerta en un camino, probablemente también habría oído algo. Los feriantes olemos las desgracias antes de que los curas sepan bendecirlas.

—Entonces ¿qué sabes?

—Sé que una mujer herida y sola no se esconde una semana de hombres como vosotros solo por caminar deprisa. Sé que, si no la habéis encontrado, alguien la ayudó. Y sé que Morna, cuando no

puede ir al sitio evidente, busca el sitio que nadie importante mira. Y siempre hay quien echa una mano a mujeres que lo necesitan.

Altair levanta la cabeza.

—Tilda.

Sorcha chasquea la lengua.

—Mira. El guapo serio también piensa.

—¿Conoce a Tilda?

—Sí. La vieja cura heridas, calla nombres y tiene menos paciencia con los hombres que Iseabail, que ya es decir. La primera vez que ella salió de aquel agujero donde la habían metido, acabó cerca de ella. No sé si llegó sola, si alguien la arrastró o si se cayó en la puerta por pura cabezonería, pero Tilda la remendó lo suficiente para que siguiera viva y fastidiando.

La primera vez.

La frase se me mete bajo las costillas.

—¿Crees que ha ido allí? —murmuro—.

Sorcha no suaviza la cara. Eso, casi, se lo agradezco.

—Creo que tú llevas una semana buscando con el miedo por delante y la cabeza dos pasos por detrás. Pero si quieres encontrarla viva, yo empezaría por dejar de buscar a una dama indefensa y empezaría a buscar a una mujer que sabe muy bien qué puertas no debe tocar y cuáles sí.

Sorcha se acerca otro poco. Esta vez sí baja la voz.

—Si está allí, no entres como has entrado aquí.

—No he entrado de ninguna forma.

—Has entrado respirando como si buscaras a quién matar primero. Tilda tiene una escoba, un carácter muy malo y cero aprecio por los

hombres grandes con prisa. Si Morna llegó a ella medio muerta, la vieja no te dejará cruzar el umbral solo porque vayas con ojos tristes y una espada al costado. ¡No he terminado de hablar! —me grita, pero yo ya me estoy dirigiendo al caballo.

Montamos sin perder más tiempo. Sorcha se queda junto al carro, con los brazos cruzados y la vista siguiéndonos hasta que salimos del campamento secundario. No nos desea suerte. No hace falta. Las mujeres como ella no desperdician palabras en adornar caminos. Te dan una dirección y esperan que no seas demasiado imbécil para entenderla.

El camino a Drumley se nos hace corto y eterno a la vez. Corto porque lo hacemos deprisa, cambiando de senda cuando vemos huellas recientes de hombres armados, evitando las ventas donde ya han preguntado demasiado y cruzando por lindes donde los caballos resbalan pero dejan menos señal. Eterno porque no sabemos si la encontraremos allí, y las dudas sin respuesta hacen ruido. Mucho. En la cabeza, en los dientes, en las manos.

Altair cabalga delante, con la espalda demasiado recta y la mirada puesta en el camino como si estuviera repasando no solo la ruta, sino otra vida. Supongo que Tilda le trae recuerdos. Aileana. El handfasting. Aquellos días en los que él fingía que podía no amar a una mujer que se le había metido bajo la piel con uñas, dientes y una inteligencia insoportable. Todos hemos sido imbéciles con buen vocabulario alguna vez. Algunos, al parecer, seguimos perfeccionando el arte.

La casa de Tilda no aparece de golpe. Se deja encontrar de mala gana tres días después.

Primero está el olor: humo húmedo, hierbas secas, caldo agrio y tierra removida por gallinas. Luego el tejado torcido, las paredes bajas, el huerto pobre cercado con ramas y una cabra atada junto a la entrada mirándonos como si le debiéramos dinero.

Después la puerta, cerrada, vieja, con la madera oscurecida por lluvia y años, y una ventana estrecha desde la que estoy casi seguro de que alguien ya nos ha visto llegar mucho antes de que toquemos nada.

Altair desmonta primero.

Tilda aparece en el umbral con un pañuelo gris mal anudado, el delantal manchado, una cuchara de madera en la mano y esa cara suya de vieja que ha nacido cansada de las personas y piensa morirse sin cambiar de opinión. Nos mira uno por uno. A mí el tiempo suficiente para que se me caliente la sangre en la nuca.

—No —dice.

Torren ladea la cabeza.

—Todavía no hemos preguntado nada.

—Por eso mismo. Así ahorro tiempo.

Altair da un paso adelante, despacio, con las manos visibles.

—Tilda.

—Sinclair —responde ella—. Sigues teniendo cara de traer problemas que no caben por la puerta.

—Buscamos a una mujer.

—Qué original. Los hombres siempre buscáis a una mujer que os arregle la vida.

Me acerco un paso. Tilda levanta la cuchara como si pensara pararme con eso y, lo peor, durante un segundo casi me parece posible.

—¿Está aquí? —pregunto.

—Si vas a ladrar, hazlo más bajo. Tengo gallinas nerviosas y poca edad ya para fingir que los hombres grandes me impresionan.

Bajo la voz, no por obediencia, sino porque necesito que responda.

—¿Está aquí?

Tilda me mira con una severidad que no tiene nada de teatral.

—Sí, pero no.

El mundo se me queda sin ruido.

Me agarro a la correa de la silla.

No porque me haga falta.

Porque si no agarro algo, quizá agarre la puerta.

—¿Viva? —pregunto.

Tilda no suaviza la cara, pero la voz le cambia apenas.

—Llegó viva. Que, viendo el estado en que cayó en mi umbral, ya fue bastante insolencia por su parte.

Cierro los ojos un momento.

Durante una semana he buscado algo así en lodo, agua, mentiras y bocas ajenas. Una señal que no oliera a cadáver. Y ahora una vieja con una cuchara en la mano me da una palabra entera.

—¿Dónde está? —digo.

Tilda tarda demasiado.

El aire que me había entrado se vuelve a ir.

—Ya no está aquí.

Doy otro paso.

—¿Dónde está? —repito.

Tilda levanta la cuchara un poco más.

—Da otro paso con esa cara y te abro la cabeza. Luego les diré a tus amigos que tropezaste con tu propia soberbia, que tampoco sería mentira del todo.

—Tilda —interviene Altair, más bajo—. Por favor.

Eso no la ablanda, pero al menos sigue hablando.

—Llegó al cuarto día de andar por ahí perdida —dice—. Antes del mediodía. La trajo una muchacha de un caserío cercano, con tanta fiebre que discutió conmigo sobre si la mesa estaba mirándola con mala intención. Tenía la pierna mal. Abierta y había perdido sangre. La costilla peor. Estaba muerta de hambre y frío, no tanto como para morirse, pero sí lo suficiente para que cualquier persona sensata se quedara quieta. Ella, naturalmente, intentó levantarse y dos veces se cayó al suelo.

Torren suelta un suspiro bajísimo.

—Sí. Suena a ella.

No le digo nada.

No puedo.

El cuarto día mientras nosotros recorríamos ventas y puentes, mientras yo metía miedo a posaderos y miraba demasiado tiempo el agua de cada arroyo, Iseabail estaba aquí, ardiendo de fiebre, discutiendo con una mesa y viva.

Viva.

—Le bajó la fiebre lo suficiente para despertar con esa mirada de «gracias por salvarme, ahora permítame arruinarlo levantándome antes de tiempo». Yo no iba a dejarla marchar por su pie. Tampoco soy idiota, aunque algunos hombres confundáis vejez con descuido. Así que mandé aviso.

Altair se queda quieto.

Muy quieto.

—¿A quién?

Tilda lo mira a él.

—A tu mujer.

El silencio cambia de forma.

Altair tarda un latido en responder.

—¿Aileana estuvo aquí?

—Con Aithne y Caelan. El MacNab casi me tira el dintel por no agachar la cabeza. Tu mujer fue la única que tuvo el buen gusto de pedirme permiso antes de tocar a la muchacha, aunque luego hizo exactamente lo que le dio la gana, que es una costumbre que parece extenderse entre vuestras mujeres.

El Refugio se abre en mi cabeza antes de que nadie lo diga.

Agua negra. Roca húmeda. Pasarelas. Humo. Voces apagadas bajo la montaña. Un sitio imposible de encontrar para Malcolm, para Robert, para cualquier hombre que crea que el mundo se abre solo porque lleva un apellido delante.

—Se la llevaron —digo.

No es una pregunta.

Tilda asiente.

—La muchacha no estaba para cabalgar, pero Caelan la cargó hasta el carro como si llevara un incendio entre los brazos y ella, incluso medio dormida, tuvo el descaro de decirle que podía caminar. Aithne le dijo que se callara. Fue bonito. Breve, pero bonito.

Me apoyo en la montura.

Esta vez sí porque lo necesito.

Está viva.

La encontraron.

La cuidaron.

La sacaron.

Y yo no estaba.

La gratitud y la rabia se me pelean dentro con una violencia indecente. Quiero besar las manos de Aileana, de Aithne, de Caelan, de Tilda, de la muchacha del caserío y de cualquier mujer que haya cerrado una puerta entre Iseabail y ese mundo que la quiere encerrada y complaciente.

También quiero romper algo porque todos llegaron antes que yo al sitio exacto donde ella necesitaba que alguien llegara.

Qué nobleza tan fea la mía.

Qué orgullo tan inútil.

—¿Habló de mí? —se me escapa.

No quería preguntarlo.

Tilda entorna los ojos.

—Ah. Así que ese es el hueso que quieres roer.

—Tilda.

—No me gruñas. Bastante has gruñido ya.

La vieja tarda lo justo para hacer daño y no más.

—Sí, si tú eres el pelirrojo de cara indecentemente bien hecha, según sus palabras. No las mías. Yo, a mi edad, ya he visto suficientes hombres guapos como para saber que suelen traer trabajo, disgustos y lágrimas. Ella añadió algo sobre que parecías tallado por Dios en un día de vanidad y por el demonio en una noche de mala intención. En su defensa diré que estaba febril.

Todos esbozan una sonrisa que ya no oculta ni el regocijo ni el alivio.

Broen, el traidor silencioso, deja escapar una carcajada bien sonora.

Yo no sé qué hacer con eso.

Con la frase.

Con ella.

—Preguntó por mí —digo, porque necesito oírlo otra vez aunque me humille necesitarlo.

Tilda me mira con menos dureza.

Solo un poco.

—Quiso saber si habían llegado noticias de Blackford. Luego le preocupó que hubieras hecho alguna estupidez. Después se preguntó si la estarías buscando o si habíais tenido, cito textualmente, «un ataque de sensatez y os habíais marchado a vivir una vida larga, aburrida y moderadamente miserable lejos de ella… de nuevo».

Cierro los ojos.

—¿Y qué le dijisteis?

—Que no sabía nada de ti. Que ningún hombre con tu descripción había aparecido por mi puerta, lo cual, visto lo visto, fue una suerte para mis gallinas. Entonces cerró los ojos y dijo que todavía tenía tiempo.

El alivio se me queda atravesado.

—¿Tiempo para qué?

Tilda ladea la cabeza, y de pronto parece muchísimo más vieja. No débil. Sabia.

—Para que la encontrarais antes de que ella tuviera que admitir que quería ser encontrada.

Me quedo mirándola un segundo más.

—Gracias.

La palabra sale baja.

No me gusta cómo suena. Demasiado desnuda. Demasiado poco útil.

Tilda tampoco parece cómoda con ella.

—No me des las gracias. Me debe una manta y tú tienes cara de poder pagarla.

—Eso sí puedo hacerlo.

—Maravilloso. Vuelve pronto. Encontraré un trabajo para ti.

No sé si es la frase, la manta, la cuchara o el hecho absurdo de que esta vieja insoportable acaba de ponerme en las manos la primera prueba limpia de que Iseabail sigue viva, pero doy un paso hacia ella antes de pensarlo demasiado.

Tilda levanta la cuchara.

—Ni se te ocurra.

—Demasiado tarde.

La abrazo.

La rodeo con los brazos como un idiota enorme abrazando a una mujer pequeña, seca y furiosa. Ella se queda rígida un segundo, con la cuchara atrapada entre nosotros, y detrás de mí noto cómo el mundo entero contiene la respiración, probablemente porque todos están esperando que la vieja me abra la cabeza y, sinceramente, no puedo culparlos por la ilusión.

—Creo que, si mi corazón no estuviera ya ocupado arruinándome la vida, me enamoraría de ti, Tilda —murmuro.

—Suéltame ahora mismo o te dejo cojo por el medio.

—Eso suena casi correspondido.

—Suena a advertencia, pelirrojo imbécil.

La suelto antes de que lleve a cabo su amenaza. Tilda se aparta con un manotazo, como si mi abrazo le hubiera pegado alguna enfermedad masculina, pero no me golpea. Eso, en su idioma, debe de rozar la ternura.

Torren abre la boca.

Lo señalo sin mirarlo.

—Di una palabra y te abrazo a ti también.

La cierra.

Nunca he visto a un hombre entender tan deprisa el peligro.

Tilda me mira de arriba abajo.

—Ahora entiendo por qué la muchacha se preguntaba si la estarías buscando. Una no se libra de una desgracia así todos los días.

—Me gusta pensar que soy una desgracia con buena presencia.

—Lo de la hermosura lo dijo ella. Yo estoy considerando que le falta vista.

Ahí sí se me escapa algo parecido a una risa.

No una risa entera. No tengo cuerpo para tanto. Pero sí lo suficiente para que el pecho me duela de otra manera, menos negra, menos cerrada.

Tilda chasquea la lengua, como si hubiera leído esa estupidez exacta en mi cara.

—No te pongas tan satisfecho. También dijo que, si aparecías con cara de mártir ofendido, te dejara fuera hasta que se te pasara.

—Entonces ha demostrado un conocimiento muy acertado de las muchas razones que tengo para estar enfadado.

—Tenemos que irnos —dice Altair.

Asiento.

Tilda me señala con la cuchara antes de que suba al caballo.

—Finn Shaw.

Me giro.

—¿Sí?

—No confundas encontrarla con tener razón.

La frase me entra peor de lo que debería.

Tilda no parpadea.

—Las mujeres heridas suelen tener poca paciencia para los hombres que llegan tarde y encima quieren explicaciones.

—Haré lo que pueda —digo.

—Eso no tranquiliza demasiado.

—Es lo más honrado que tengo.

Tilda resopla, como si la honradez masculina fuera una hierba amarga que ya ha visto pudrirse demasiadas veces en su mesa, y yo monto antes de que se le ocurra regalarme otra verdad de esas que no sangran, pero dejan marca.

Lo hago con esa prisa fea que no sirve para nada y aun así se vuelve imposible de contener, porque llevo una semana llegando a todos los sitios justo después de ella.

Iseabail no huye.

Se evapora.

Y eso es lo que nos está volviendo locos a todos, aunque nadie lo diga. No la perseguimos como se persigue a una persona. La seguimos como se sigue una risa detrás de una pared, una sombra que acaba de doblar una esquina, un incendio que siempre deja calor en la piedra, pero nunca llama donde meter las manos.

Miro el camino que sube hacia el monte, hacia el agua negra y la roca que esconde el Refugio, y una parte absurda de mí piensa que, cuando lleguemos, ella ya habrá encontrado otra salida imposible y alguien nos dirá, con mucha pena y una paciencia intolerable, que ella estuvo allí, sí, pero ya no.

Aprieto los dientes y tiro de las riendas del caballo.

—Vamos —rujo.

Lo digo como si todavía me quedara algo de juicio cuando todos saben que es mentira.

Capítulo 27



«ISEABAIL»

El Refugio no tiene amaneceres normales. Eso es lo primero que descubro cuando la fiebre deja de hacerme ver mesas con mala intención y soy capaz de distinguir la luz real de las muchas formas imaginarias que tiene mi cuerpo de quejarse.

Aquí el día no entra por ventanas abiertas al cielo, ni por cortinas finas, ni por esas ventanas pobres de las casas móviles de los feriantes donde una se despierta sabiendo que hay alguien fuera dispuesto a vigilar.

Aquí el día aparece filtrado por grietas, lámparas, braseros y reflejos de agua. Sube desde el lago subterráneo como si la montaña hubiera aprendido a guardar la claridad en cuencos negros y a repartirla despacio entre los que viven dentro.

También huele distinto.

Hay algas del lago subterráneo en el fondo del aire y ese aliento mineral, frío, que la montaña deja sobre todo lo que intenta vivir dentro de ella.

Huele a un lugar imposible, a una vida levantada donde no debería caber vida, a gente empeñada en seguir respirando bajo tierra aunque el mundo de arriba los haya dado por muertos o perdidos.

Estoy sentada sobre un banco bajo y unas páginas sueltas apoyadas en el regazo. No es un libro entero. O no ya.

Aileana me lo ha dejado antes de marcharse a discutir con alguien sobre suministros, escoltas o cualquier asunto que implique mandar a hombres armados sin levantar demasiado la voz, que por lo visto es uno de sus talentos.

Las hojas gastadas están copiadas de manos distintas, algunas en francés, otras traducidas con una paciencia desigual al escocés y al margen de una de ellas hay anotaciones tan finas que sospecho que pertenecen a Aileana.

El cuero que las guardaba está abierto por un lado, cosido dos veces y vuelto a romper, como si el libro hubiera sobrevivido a más fugas que muchas personas.

«La ciudad de las damas», me dijo.

Yo la miré, todavía medio espesa por el caldo de Tilda, las hierbas de Daena y el esfuerzo humillante de no desmayarme cada vez que intentaba sentarme recta.

—¿Es una ciudad de verdad?

Aileana sonrió apenas, como sonríen las mujeres que han tenido que aprender demasiado pronto a no regalar dulzura a quien no sabe usarla.

—Más verdadera que muchas.

Ahora leo el nombre de la autora en la primera hoja conservada, torcido por el desgaste y por una mancha antigua que parece de agua, aunque podría ser cualquier otra cosa.

Christine de Pizan.

Una mujer francesa, viuda, escritora, más de un siglo atrás, construyendo con palabras una ciudad para defender a las mujeres de todas las voces que las acusaban de ser débiles, traidoras,

necias, peligrosas por naturaleza, útiles solo cuando obedecían y molestas en cuanto abrían la boca.

El libro cuenta cómo Razón, Rectitud y Justicia se le aparecen a la autora y le ordenan levantar una ciudad con historias de mujeres valientes, sabias, santas, reinas, guerreras, madres, hijas, esposas, viudas; mujeres usadas como ejemplo no para advertir a otras, sino para protegerlas del desprecio de los hombres que escriben el mundo a su medida y luego se sorprenden de que no quepamos bien dentro.

Lo leo despacio.

No porque no entienda.

Porque algunas frases no se dejan tragar sin hacer daño.

Pienso en la matrona. En el sacerdote mirando demasiado. En Malcolm esperando un veredicto que ya había comprado antes de que nadie me tocara. En Robert observándome con esa frialdad de hermano que llama familia a todo lo que puede usar sin ensuciarse las manos.

Pienso en las palabras intacta, pura, casta, decente. Tan repugnantes, dichas sobre mí como si yo fuera una copa revisada al trasluz.

Y luego pienso en otras manos. No las que me midieron, ni las que quisieron decidir cuánto valía mi cuerpo, sino las que aparecieron después, antes, siempre, cuando una puerta se cerraba y otra mujer encontraba la forma de entreabrir una rendija.

Tilda lavándome la fiebre con un paño agrio, gruñendo como si salvarme la vida fuera una molestia doméstica más.

En la muchacha del caserío que me apretó un trozo de pan en la mano sin preguntarme el nombre, quizá porque entendió que hay nombres que pesan demasiado cuando una está huyendo.

En la cocinera del barco francés, aquella mujer enorme de brazos rojos y delantal manchado, que me escondió entre sacos de harina y barriles de pescado salado durante la travesía de regreso a Escocia, y que cada noche me dejaba un cuenco de caldo junto a los pies sin mirarme demasiado, como si la compasión también necesitara fingir indiferencia para no ser descubierta.

En la lavandera que me cambió el vestido por una falda vieja en un pueblo cuyo nombre ya no recuerdo.

En la anciana que me enseñó qué camino evitaba la casa del alguacil.

En Lady Elspeth poniendo un manto sobre mis hombros.

En Sorcha, que me recogió y seguramente ya estará insultando a alguien en mi honor aunque no lo sepa.

Y en Aileana y Aithne inclinadas sobre mí en la casa de Tilda, con la expresión serena y terrible de dos mujeres que han decidido que no van a dejar morir a otra por pura cabezonería.

No he llegado sola hasta aquí y, si soy honrada, creo que no lo habría conseguido.

No sé si eso está en el libro de Christine de Pizan, pero debería. Una ciudad de damas no se levanta solo con reinas ejemplares y mártires educadas. También se levanta con viudas que roban papeles, curanderas que amenazan con cucharas, feriantes que tienen la lengua más afilada que un cuchillo, criadas que saben qué pasillo no cruje, muchachas que, al ver a otra sangrando en un cobertizo, no preguntan primero qué ha hecho para merecerlo.

Paso los dedos por el borde de una hoja y noto cómo el pergamino se deshace un poco, seco y frágil, como si hasta la memoria necesitara que alguien la sostenga de vez en cuando.

—No aprietes tanto o Aileana te quitará el libro y quizá un dedo —dice una voz a mi lado.

Alzo la vista.

Aithne está de pie junto al banco con una taza de barro entre las manos y el pelo recogido de cualquier manera, aunque en ella hasta cualquier manera parece haber sido pensada para imponer respeto a hombres mucho más grandes que ella. Tiene esa belleza cálida y peligrosa de las mujeres que no necesitan levantar la voz para que una sala las obedezca.

—Estoy tratando de no destruir una obra de gran valor histórico —digo—. Es una responsabilidad horrible para alguien que hace tres días discutía con una mesa.

—Tilda dice que la mesa perdió.

—Exagera.

—Ella nunca exagera. Solo aumenta la verdad para que los demás se mueran de vergüenza.

Me ofrece la taza. El olor me avisa antes que su mano que son hierbas amargas, miel escasa y algo que probablemente sirve para mantener viva a una persona a base de ofenderle la lengua.

—Daena dice que te lo bebas entero.

—Daena no me conoce lo suficiente para odiarme así.

—Daena no necesita conocer a nadie para obligarlo a beber algo que le conviene.

Cojo la taza con ambas manos. El calor se me mete en los dedos y por un instante se me afloja algo en el pecho, una pequeña rendición absurda que me enfada un poco. Aquí todo el mundo sabe cuidar de alguien sin pedir permiso.

Miro otra vez las hojas.

—Es peligroso esto —murmuro—. Una empieza leyendo sobre ciudades imaginarias y acaba pensando que quizá no llegó hasta aquí solo por cabezonería.

—Aileana pensó que te gustaría.

—Me gusta —admito, y me molesta un poco lo fácil que sale—. También me está dejando bastante descompuesta, pero supongo que eso cuenta como virtud literaria.

Aithne sonríe.

—La primera vez que Aileana lo leyó, estuvo tres días entusiasmada.

—¿Solo tres?

—Altair dice que aún no se le ha pasado del todo.

—Altair parece un hombre acostumbrado a equivocarse con elegancia.

—Lo está. Eso ayuda mucho en el matrimonio.

La risa se me escapa sin avisar y me duele en la costilla un poco aún tres semanas después de aquella estúpida caída, así que termina convertida en un sonido ridículo, mitad diversión, mitad queja.

—¿Cómo está la pierna? —pregunta, mirándome de reojo.

Bajo la vista hacia la falda, como si pudiera ver la herida a través de la tela.

—Mejor —admito—. Ya no supura y la fiebre lleva días sin volver. La piel sigue tirante, roja en los bordes, y me recuerda que huir herida por media Escocia no fue una de mis ideas más brillantes.

—¿Y la costilla?

—También mejor. Mientras respire despacio y no me ría demasiado, finge que me perdona.

Aithne baja la vista a la taza que sostiene entre las manos y sonríe apenas.

—La curandera, Euna, dice que has tenido suerte. Si hubieras llegado dos días más tarde a casa de Tilda, la herida habría sido otra

historia.

El comentario me enfría un poco la sonrisa. No por sorpresa. Supongo que una parte de mí ya lo sabía, pero hay verdades que se vuelven más feas cuando alguien las dice en voz baja y sin intención de hacer daño.

—También me contó otra cosa —murmuro, buscando cualquier asunto que no tenga que ver con fiebre, heridas ni la posibilidad bastante ofensiva de haber estado a punto de morirme—. Dijo que Finn flirteó con ella cuando llegó al Refugio.

La boca de Aithne se curva con lentitud.

—Finn siendo Finn. Euna tiene casi setenta años, tres dientes menos de los que presume y bastante más fuerza en las manos de la que cualquier hombre prudente debería provocar.

—Le dijo que una mujer capaz de recomponer un hombro dislocado con esa frialdad merecía que alguien le dedicara un poema. Qué instinto tan admirable para la supervivencia tiene —le explico.

Aithne me mira un momento. Su expresión se suaviza.

—Finn hace eso a veces. Habla de más para que los demás respiren mejor. Incluso cuando nadie se lo ha pedido.

Bajo la mirada a las hojas del libro. A las líneas torcidas, a los nombres de mujeres que alguien decidió guardar.

—Parece agotador.

—Lo es. Sobre todo para quienes tienen que escucharlo.

Vuelvo a reírme, menos esta vez, con cuidado.

—Euna fingió estar indignada durante tres días.

—¿Fingió?

—No permite que nadie sepa cuándo le han alegrado la mañana. Lo considera una pérdida de autoridad.

Me quedo callada, acariciando el borde de la taza con el pulgar. Hay algo tonto, pequeño y peligroso en esa imagen de Finn llegando al Refugio, mojado, herido quizá, cansado, y aun así encontrando fuerzas para molestar a una curandera mayor hasta hacerla amenazarlo.

Algo que me consuela.

Algo que me duele también.

—Parece muy de él —digo al fin.

Aithne asiente.

—Sí. Muy de él.

Caelan aparece poco después con un taburete en una mano y una manta doblada en la otra, y la expresión resignada de un hombre al que han enviado a hacer algo delicado pese a tener el tamaño de una puerta.

Se detiene, baja la cabeza por instinto aunque no hace falta y me mira como si aún recordara mi comentario de la última vez que me cargó.

Se lo tiende todo a Aithne. Ella lo mira apenas. Él tampoco sonríe. Solo espera a que se siente, como si aquel gesto fuese tan normal como respirar.

Qué forma tan extraña tienen algunas personas de decir «te veo» sin decir nada.

Y qué injusto para los demás.

Caelan MacNab es una de esas personas imposibles de ignorar incluso cuando se esfuerzan por no ocupar demasiado. Tiene el cuerpo de un hombre capaz de derribar una puerta solo por mal cálculo de hombros y una mirada sorprendentemente suave cuando

cree que nadie va a burlarse de él por ello. Me alegra que Aithne se burle. Alguien debe mantener el equilibrio del mundo.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Mejor que la última vez que me viste.

—La última vez estabas intentando convencerme de que podías andar mientras casi te caías sobre mi bota.

—Una discrepancia menor entre mi voluntad y mi anatomía.

Caelan sonríe. No mucho. Lo suficiente.

Aithne se acomoda en el taburete. Él se queda cerca, no encima, no vigilando, solo lo bastante próximo para que su presencia parezca una pared amable.

—Qué raro es este sitio —murmuro.

—¿Raro? —pregunta Aithne.

—La gente cuida sin pedir permiso y obedece sin parecer humillada. Es desconcertante.

Caelan mira a Aithne.

—No todos obedecen.

—Finn no cuenta —dice ella.

El nombre vuelve a quedarse entre nosotros. Esta vez no me escondo detrás de la taza.

—¿Todos aquí habláis de Finn como si fuera inevitable?

Caelan se apoya contra el marco de la puerta.

—Finn es bastante inevitable cuando decide serlo.

—Qué tragedia para el Refugio.

—Y para la paciencia.

Miro hacia fuera, hacia el pasillo de roca donde pasan voces, pasos, un niño corriendo y una mujer regañándole por algo que ha hecho con una cuerda.

El Refugio no se comporta como un escondite. No del todo. Tiene miedo, sí. Sería idiota no tenerlo. Pero también tiene esa vida obstinada de los lugares que se han acostumbrado a no morir.

Hay risas, golpes de martillo, olor a pan, lana tendida, agua moviéndose en algún lugar de abajo. Un hombre cojea con un cesto de herramientas y saluda a Caelan al pasar. Dos niños se asoman, me miran sin disimulo y salen corriendo cuando Caelan alza una ceja.

—Aquí todos lo conocen —digo.

Caelan sigue mi mirada.

—A Finn.

No lo pregunto.

Él asiente.

—Sí.

—Pero no como era antes de esto. Fuera.

—Fuera nadie lo conoce bien.

Eso debería parecerme una frase exagerada. No lo hace.

—Yo creía que sí —murmuro.

Durante estos días, Aithne ha ido sacándome pedazos de la historia con una paciencia peligrosa. No todo. Pero sí lo suficiente para que sepan que Finn no era un hombre cualquiera en Huntly. Era el capitán de la guardia de mi padre. Y yo era la hija del laird.

Caelan tarda en responder.

—Conociste al capitán Shaw. A un hombre que vivía pendiente de órdenes, de puertas, de hombres armados y de la voluntad de un laird. Un hombre que debía mantener la espalda recta aunque todo alrededor estuviera torcido. Yo sé algo de eso. Un capitán no pertenece del todo al lugar que protege. Le dan autoridad, sí, pero también le recuerdan cada día quién puede quitársela. Aquí… —mira hacia el pasillo, hacia el corazón húmedo y cálido de la montaña— aquí no tiene que demostrar que merece estar. Eso cambia a cualquiera.

La frase se me mete bajo la piel.

Me acuerdo de mi mensaje. De esa mentira bien elegida. «No tienes nada que ofrecerme.»

Ya ni sé qué forma tomó exactamente en la boca del criado, solo sé que la construí con precisión para que doliera lo suficiente.

Y ahora estoy sentada en el hogar de Finn. En un lugar donde los niños sonríen al oír su nombre, donde las mujeres resoplan con cariño cuando lo mencionan, donde los hombres más duros parecen confiar en él como se confía en una cuerda en mitad de una caída. Finn no tenía tierras, ni apellido, ni casa noble que ofrecerme.

Tenía esto.

Un sitio donde es querido sin tener que ponerse recto como un soldado esperando juicio.

—Aquí bromea mucho, ¿verdad? —pregunto.

Caelan sonríe como si acabara de abrir una puerta que llevaba tiempo cerrada.

—Mucho.

—Qué horror.

—A todas horas. Con niños, viejos, cabras, enemigos, heridas, cenas malas y situaciones en las que cualquier hombre sensato se quedaría

callado.

—Eso suena insoportable.

—Lo es. También es útil. Cuando Finn hace reír a alguien, casi siempre está tapando una grieta por donde podría entrar algo peor.

Miro mis páginas. La ciudad de las damas, construida piedra a piedra contra la mentira de que las mujeres somos menos. El Refugio, construido bajo tierra contra la mentira de que los desechados no pueden levantar nada. Finn, construido de bromas, lealtad, culpa y una ternura que disfraza tan bien que dan ganas de abofetearlo por talento excesivo.

No es difícil verlo aquí.

Ese es el problema.

Es demasiado fácil.

Finn en el Refugio se me aparece de pronto como una forma que yo no había sabido mirar.

Con un niño colgándole de un brazo, una vieja insultándolo desde la mesa, un hombre enorme riéndose de algo que acaba de decir, una mujer cansada respirando mejor porque él ha elegido hacer el ridículo en el momento exacto.

—Aquí lo queréis mucho —digo.

Ella me mira con un gesto rápido, como si me estuviera estudiando.

—Aquí Finn ha velado fiebres, ha enterrado muertos, ha enseñado a niños a hacer nudos para que no se ahorquen con ellos, ha robado comida cuando no había otra forma de conseguirla y ha hecho bromas en noches en que nadie quería seguir vivo al amanecer. Sí. Lo queremos.

No sé por qué me duele.

No como duelen las heridas. Peor. Más incisivo.

—Finn habría dicho que, si las damas construyeran una ciudad, los hombres tardarían dos días en perderse dentro y tres en fingir que estaban inspeccionando las murallas —digo sin querer.

Aithne me mira con media sonrisa.

Caelan finge interés por una piedra.

Qué discreto todo el mundo. Qué ganas de tirarme al lago.

Llevo aquí unos días y no hago otra cosa más que tener el nombre de Finn en la boca. Deben creer que estoy obsesionada por él y solo estoy aterrada.

—Y luego intentaría conseguir una calle con su nombre —añade Aithne.

—No —dice Caelan, muy serio—. Pediría una taberna.

—No sabemos qué hay entre Finn y tú —dice ella entonces, más bajo—. Solo que lo nombrabas mucho cuando delirabas. A veces enfadada. A veces… no tanto.

Los dos sonríen al mismo tiempo. Qué horror. Tierra trágame y mastica despacio.

—No hay nada —respondo demasiado deprisa.

Caelan mira la taza que tengo en las manos.

—Eso también lo decían Altair y Aileana.

—Qué lugar tan poco fiable.

—Muchísimo —responde Aithne—. La gente aquí sobrevive primero y se entiende después. A veces bastante tarde.

Bebo otro trago, aunque esta vez el caldo me sabe mejor. O quizá soy yo, que estoy demasiado ocupada fingiendo que no me importa haber dicho, al parecer, cosas muy lamentables durante la fiebre sobre la cara de Finn, su pecho y quizá otras partes de él que espero

haber tenido la decencia de omitir ante Tilda. Aunque, con mi suerte, probablemente pronuncié un discurso entero.

—Finn no es fácil de entender —digo.

Caelan suelta una risa breve.

—Finn se esfuerza muchísimo para que nadie lo entienda demasiado.

Esa frase se queda en el aire.

Me quedo mirando las hojas gastadas. Razón. Rectitud. Justicia. Tres nombres muy bonitos para tres mujeres que, en mi opinión, deberían haber añadido una cuarta dama llamada Prudencia, patrona de las idiotas que entienden las cosas cuando ya han tenido la delicadeza de estropearlo todo.

Porque eso hago ahora. Entender. Tarde, por supuesto. Siempre llego tarde a las verdades que no me convienen. Llego cuando ya hay una puerta rota, una frase clavada donde más duele y un hombre al que he vuelto a arrastrar hacia mi desastre sin detenerme a preguntarle, ni una sola vez, si quería venir.

Esa es la parte que me deja sin aire.

No que Finn tenga aquí un hogar. No solo eso. Es que Finn no empezó ni terminó en la noche en que yo lo arruiné. Tenía vida antes de mí. Y, contra todo pronóstico, ha conseguido levantar otra después.

En Huntly tenía una vida ganada a fuerza de dientes apretados, órdenes bien dadas y respeto arrancado palmo a palmo a hombres que jamás se lo habrían concedido de buen grado. Un puesto. Una espada diestra. Un nombre que, aunque no pesara en los salones, sí pesaba entre quienes lo obedecían.

Y entonces aparecí yo como una muchacha caprichosa, herida de encierro antes incluso de conocer una celda, con demasiadas ganas de que aquel hombre me mirara como miraba a todos menos a mí.

Yo quería su sonrisa, su atención, su imprudencia. Quería que dejara de apartarse, que dejara de ser sensato, que olvidara por un momento que yo era una Gordon y él el capitán de la guardia.

Yo quería.

Qué palabra tan pequeña para haber hecho tanto daño.

Quería que me mirara, que se acercara y dejara de tratarme como un peligro y empezara a tratarme como una mujer.

Quería que, cuando todo se torció, diera un paso al frente, dijera que me tomaba por esposa y cargara conmigo, con mi vergüenza, con mi familia, con mis cinco hermanos y con mi padre.

Quería tanto que no recuerdo haberme preguntado qué quería él.

Ni una vez.

Cierro los dedos sobre el borde del libro y el pergamino cruje bajo mi mano. Aflojo enseguida, asustada de romperlo. Qué ironía tan vulgar. Tengo más cuidado con unas hojas viejas que con la vida de Finn Shaw.

Porque él no era un caballero colocado en mi camino para salvarme. No era la respuesta que el mundo me debía por haberme humillado. Era un hombre. Uno que ya sabía que mi cercanía podía destruirlo y aun así se dejó arrastrar medio paso, un instante, una sonrisa mal puesta, una habitación cerrada, un armario, una desgracia.

Y yo, durante años, lo convertí en el cobarde de mi historia porque necesitaba que lo fuera.

Era más fácil odiarlo así.

Más cómodo que aceptar que quizá lo empujé hacia una elección imposible y luego lo condené por no elegir exactamente lo que yo necesitaba. Y confundí mi dolor con un derecho sobre él.

Me cuesta respirar.

Aquí, bajo esta montaña húmeda, Finn es otra persona distinta. Aquí no tiene que demostrar que vale, ni tiene que enderezarse ante mi padre, ni tiene que medir cada paso para que una muchacha noble no lo arruine con una sonrisa.

Y yo he vuelto a hacerlo.

He vuelto a ponerle mi vida cerca de las manos y a esperar, de algún modo, que la sostenga.

En el molino no le pedí ayuda. Le pedí algo peor. Que me hiciera suya porque yo necesitaba sentir que podía elegir una parte de mi cuerpo antes de que otros la midieran, la juzgaran y la vendieran.

Y él, que podía haber tomado lo que yo le ofrecía envuelto en desesperación, no lo hizo. Me sostuvo. Me deseó. Se rompió conmigo hasta donde pudo sin convertirme en otra cosa que lamentar después.

Finn Shaw, que podría haber sido brusco, egoísta o simplemente hombre, tuvo cuidado.

Me llevo una mano al pecho, como si pudiera sujetar ahí dentro algo que ya ha empezado a caerse tarde y mal.

Estoy descubriendo algo bastante feo: que lo he querido durante años sin preguntarme si mi manera de quererlo le dejaba sitio a él. A su miedo, a su deseo, a su prudencia, a su rabia. A su vida.

Lo he perseguido como si el hecho de necesitarlo bastara para justificar la persecución.

Y ahora estoy aquí. En su hogar. Invadiendo de nuevo su espacio. Y ahora, por primera vez desde que lo conozco, no me aterra que Finn no dé un paso hacia mí.

Me aterra que lo haga.

Que entre en este refugio suyo, en esta vida que no me pertenece, me mire con esos ojos verdes que siempre han sabido más de lo

conveniente y me diga, al fin, que he sido terriblemente injusta con él y él no tiene ninguna obligación conmigo.

Qué vergüenza.

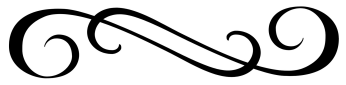
Y qué tarde para sentirla.

No sé qué hacer con el hecho de que quizá el problema nunca fue que Finn no me mirara bastante.

Quizá el problema es que yo nunca lo miré a él lo suficiente.

Y no hay dama llamada Razón, Rectitud ni Justicia que venga a salvarme de eso.

Capítulo 28



«ISEABAIL»

El rumor llega antes que la noticia cuando estoy en la sala común.

No es un grito, ni una alarma, ni nada tan claro. Es una alteración en el aire. Un cambio en la forma de respirar de la sala. Un hombre entra por uno de los túneles laterales, con humedad en los hombros y barro oscuro en las botas, y se inclina hacia Caelan para hablarle al oído.

Morna, la auténtica Morna, deja un plato a medio llenar mientras se queda observando.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Alguien ha llegado al paso del lago —me responde.

No pregunto quién.

No hace falta.

La sala sigue sonando. Los niños siguen hablando en un rincón. El fuego sigue comiéndose la leña con ese crujido bajo de las cosas que no saben nada de corazones ajenos.

Pero yo ya no oigo igual.

Todo parece alejarse un poco, como si la sala se hubiera hundido medio palmo dentro de la montaña y yo me hubiera quedado

suspendida en el único punto donde el aire no entra.

Finn está aquí.

O casi.

Durante días, he preparado frases para decirle cuando volviera a verlo. He imaginado su enfado como se imagina una tormenta desde una ventana: con miedo, sí, pero también con esa absurda confianza de quien cree que el cristal seguirá en su sitio.

Ahora no hay cristal.

Solo hay un túnel que lleva al lago, pasos que se acercan y la certeza, limpia y brutal, de que no estoy preparada todavía para verlo.

Y eso que me había dicho que lo enfrentaría con valentía. Qué generosa soy conmigo misma cuando él aún está lejos.

Y entonces aparece.

Lo veo al fondo, bajo el arco que comunica con la pasarela principal, medio cubierto por la sombra irregular de los braseros. Viene con el pelo húmedo de la travesía, la ropa marcada de barro seco, la barba más oscura y una fatiga tan honda en los hombros que durante un segundo no parece el Finn de mis recuerdos, sino un hombre que ha tenido que atravesar demasiados días malos para llegar a este instante.

Está hablando con Altair. O Altair le está hablando a él. No lo sé.

Yo solo veo cómo levanta la cabeza.

Me encuentra.

Y… frunce el ceño.

Y yo me acobardo.

Está más furioso aún de lo que creía.

Conmigo.

Viene herido de una forma que no puedo vendar, y ahora estoy ocupando su espacio de nuevo, su hogar, su vida, su familia y sin su permiso.

Da un paso.

Solo uno.

Pero mi cuerpo lo interpreta como si toda la montaña se hubiera inclinado hacia mí.

—Morna —digo, sin apartar los ojos de él.

—¿Sí?

Mi voz sale baja. No rota, pero cerca.

—¿Hay algún sitio donde pueda esconderme?

Morna no responde enseguida.

Mira a Finn.

Luego me mira a mí.

Y, por primera vez desde que me ha visto, no hay hostilidad en su cara.

—Muchos —dice, dejando el cazo en el puchero—. Sígueme.

—No estoy huyendo.

—Ya.

—Necesito algo de tiempo antes de poder enfrentarme a lo que le he hecho.

Morna asiente una vez.

—Eso suena más honrado.

Apoyo una mano en la pared fría para seguir a Morna.

—Va a pensar que vuelvo a escapar de él.

Morna me mira de lado.

—¿Y no es eso?

—Es peor —digo al fin.

Ella no pregunta. Tal vez porque la sala está llena de mujeres que han aprendido que algunas respuestas necesitan un rincón antes que un interrogatorio.

—Entonces escóndete mal —dice.

La miro.

—¿Qué?

—Si quieres que en realidad te encuentre, no elijas un sitio bueno, pero hazlo ya porque te va a alcanzar en dos zancadas. Finn es de los ágiles.

Me doy la vuelta apresurada, pero lo oigo a él hablarme.

—¡Ni se te ocurra! —dice.

No lo dice alto.

No hace falta.

Morna suelta una maldición por lo bajo cuando paso junto a ella.

—Por ahí no.

Demasiado tarde.

Giro detrás de una mesa, esquivo a un niño que se queda con una cuchara en la mano y la boca abierta, y oigo cómo el Refugio deja de fingir que no mira.

Se oyen bancos que rozan el suelo. Una mujer que dice mi nombre, o quizá no es mi nombre, quizá solo una advertencia.

Caelan se mueve en algún punto de la sala, pero no hacia mí. Hacia Finn. Como si durante un segundo creyera que puede interponerse entre un hombre que lleva demasiados días sin dormir y una mujer que acaba de cometer otra estupidez.

Finn ni siquiera reduce el paso.

—No —dice, y esa palabra ya no va dirigida a mí, sino a todos los que podrían pensar en detenerlo—. Esta vez no.

Se oye un golpe seco. Un barril pequeño rueda desde el lateral de la despensa, empujado por alguien que intenta apartarse o por mi propia torpeza, no lo sé.

Lo veo cruzarse en mi camino justo cuando alcanzo el corredor de servicio. Me echo a un lado, apoyo una mano en la pared y noto un tirón en la costilla que me roba medio aliento.

Detrás de mí, Finn salta el barril como si la madera fuera una ofensa personal.

Ni siquiera lo toca.

El muy condenado ni siquiera tropieza.

Eso, en otras circunstancias, me habría parecido injustamente atractivo. En esta me parece una pésima noticia.

—¡Iseabail!

Mi nombre en su boca me golpea la espalda.

No es una llamada desesperada. Es una orden que ha llegado tarde a demasiados sitios y ya no admite otra puerta cerrándose.

Sin embargo, no me detengo.

Sé enfrentarme a hombres que quieren encerrarme, humillarme o venderme, pero no sé qué hacer con Finn Shaw mirándome como si yo hubiera sido quien le ha puesto una mano en el pecho y se la ha cerrado alrededor del corazón.

El corredor se estrecha entre dos muros de roca húmeda. Al fondo hay un giro hacia las piedras de lavar ropa junto a una charca interior y, más allá, una pasarela baja que no conozco.

Ese es mi error.

Finn conoce este lugar como si lo hubieran tallado alrededor de su cuerpo.

Doblo el recodo y casi choco contra una pared de cestos. Intento pasar entre ellos, pero el borde de uno se me engancha en la falda y pierdo un segundo, solo uno, el bastante para que su mano aparezca junto a mi cabeza y se apoye contra la piedra, cerrándome el paso sin tocarme.

Se queda detrás de mí, demasiado cerca, respirando fuerte por la carrera y por algo que no tiene nada que ver con la carrera. El calor de su cuerpo me alcanza la nuca antes que su voz.

—Otra vez no.

Cierro los ojos.

No debería con él tan cerca. Cuando toda mi piel recuerda demasiado bien lo que significa tenerlo cerca.

—Finn…

—No. —Su voz sale baja, áspera, con los dientes apretados—. No empieces a decir mi nombre con esa voz. No después de hacerme cruzar media Escocia siguiendo pedazos de ti como si fueras una maldita aparición.

Me giro despacio hacia él.

Finn está ahí.

De verdad.

—No estaba huyendo de ti —digo.

—Claro que no. Solo has salido de la sala como si el demonio te estuviera pisando la falda y has intentado perderme en mi propia casa. Entiendo que para ti eso cuenta como paseo moderado.

—No estaba preparada para enfrentarte todavía.

—Dos semanas —dice.

La voz le baja más, y eso me asusta más que cualquier grito.

—Finn…

—Dos semanas, Iseabail. Dos semanas llegando tarde a todas partes. A un arroyo donde solo quedaba sangre. A una venta donde un hombre no sabía si te había visto o si quería venderme una mentira. A una feria donde Sorcha me miró como si yo fuera el imbécil más lento de Escocia, que quizá no andaba desencaminada. A casa de Tilda, cuando ya te habían sacado. Al paso del lago, cuando llevaba días imaginándote en una zanja cada vez que alguien se quedaba callado demasiado tiempo.

Se detiene.

Traga saliva.

La mandíbula se le mueve bajo la barba.

—Y llego aquí. Por fin. Te veo viva. Y haces esto.

—Me asusté —admito.

La palabra cae entre los dos y no tiene ninguna belleza. Es pobre. Desnuda. Ridícula para una mujer que ha robado documentos, ha saltado por ventanas y ha sobrevivido a hombres poco decentes.

Finn me mira como si acabara de abrir una puerta que no esperaba encontrar.

—¿Te asustaste de mí?

—No.

La respuesta sale rápida. Firme. Eso sí lo sé.

—No de ti.

Algo cambia en su cara, apenas, pero no se ablanda. No todavía.

—Entonces explícame de qué, porque ahora mismo estoy intentando no pensar demasiado.

—De que me miraras así —respondo casi con desesperación.

—¿Así cómo?

—Como me estás mirando.

Finn aprieta los labios.

—Estoy enfadado.

—Lo sé.

—No. —Da un paso más cerca, y esta vez sí noto el calor de su rabia como si la montaña entera hubiera reducido el espacio entre nosotros—. No lo sabes. Hice daño a mucha gente para encontrarte, grité, perdí la paciencia, me sujetaron y he cabalgado como un hombre sin juicio. No puedes saberlo. Estoy enfadado contigo de una forma que no sé vestir de nada noble. Estoy enfadado porque me mandaste lejos con mis propias heridas. Porque decidiste que yo debía quedarme vivo y quieto mientras tú te rompías sola. Porque cuando por fin llego, cuando por fin te veo, vuelves a darme la espalda como si yo fuera otra cosa de la que tienes que salvarte. Después de la noche del molino…

—No voy a pedirte que no estés enfadado —digo—. Ni voy a decirte que lo hice por tu bien como si eso limpiara lo que hice. Te mandé una frase cruel porque sabía que podía pararte. Sabía dónde dolía. Y la usé.

—Sí —dice—, como si fuera un perro al que debes apalear para que se mantenga alejado, Iseabail.

La imagen es tan absurda, tan suya y tan triste a la vez, que me atraviesa.

—No eres un perro.

—Ahora mismo tengo serias dudas sobre mi especie.

—Finn…

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Decir mi nombre así para conseguir que deje de estar enfadado.

Me quedo callada.

Él me mira como si le doliera.

Y quizá le duele.

—Pero estoy aquí —dice—. Estoy aquí, aunque esté enfadado. Aunque me hayas hecho daño. Estoy aquí, aunque ahora mismo tenga ganas de zarandearte y de encerrarme yo en un armario hasta recuperar la cordura. Pero no vuelvas a confundirte: eso no significa que puedas mandarme lejos cuando tú lo decidas.

—No volveré a decidir por ti —digo.

Finn me mira durante tanto tiempo que el ruido de la sala común empieza a filtrarse entre las rocas como agua sucia: una risa baja, un banco arrastrado, el golpe de algo metálico contra piedra, la vida del Refugio empeñada en seguir mientras nosotros nos quedamos parados en un corredor estrecho, con la respiración demasiado cerca y todo lo que nos hemos hecho abierto entre las manos.

—Eso es mentira —dice al fin.

Trago saliva.

—No. Esta vez no.

Su boca se tensa.

—Iseabail…

—No —lo interrumpo, y me sorprende que la voz me salga firme cuando tengo el cuerpo a punto de deshacerse por dentro—. Déjame decir algo que no sea una excusa, ni una broma, ni otra manera elegante de hacerte daño y fingir que era por tu bien.

Finn se queda quieto.

Demasiado quieto.

Eso me da miedo, pero también me da el hueco.

—No espero que me quieras —digo.

La frase le cambia la cara antes de que yo pueda arrepentirme. No sé exactamente cómo. Un endurecimiento leve, una sombra más oscura bajo los ojos, algo en la mandíbula que se cierra como una puerta.

Sigo, porque si me detengo ahí no voy a poder volver a hablar.

—No después de lo que hice entonces, ni de lo que he hecho ahora. Ni de haberte arrastrado una y otra vez hacia mis problemas como si el hecho de quererte me diera derecho a ponerte en mitad de ellos. No voy a pedirte que sigas viniendo ni quiero que me perdones deprisa, ni que me entiendas, ni que vuelvas a mirarme como me miraste en el molino. No voy a pedirte nada, Finn. Nunca más.

Su ceño se hunde.

—¿Nunca más?

Hay algo en su voz que debería advertirme.

Pero no me detengo porque soy idiota y estoy asustada. Y porque lo quiero tanto que ahora mismo lo único que se me ocurre para no

destruirlo más es desaparecer un poco, hacerme pequeña en algún rincón donde mi presencia no vuelva a arrancarle nada.

—Si tengo que quedarme aquí, en el Refugio, me quedaré donde no te estorbe. En una esquina, en otro túnel, en la cocina, en el último banco de la sala común, donde sea. Puedo ayudar. Puedo coser mal, doblar ropa peor, empeorar los guisos de Daena insultando a todo el mundo. Puedo aprender a no ocupar sitio. Y tú puedes seguir con tu vida, con tu gente, con todo esto que es tuyo. No voy a volver a presentarme delante de ti esperando que lo dejes todo por mí. No voy a volver a hacerte sentir que tienes una obligación conmigo. Te dejaré tranquilo.

El silencio que sigue no es silencio. Es el cálculo que hace un depredador antes de decidir por dónde morder.

—Ah —dice Finn—. Claro.

Se me encoge el estómago.

—Finn…

—No, no. Es magnífico. —Sus ojos me encuentran con una furia tan evidente que me quita el aire—. Es casi perfecto. De verdad. Me encanta la parte en la que decides dejar de decidir por mí decidiendo, con una generosidad conmovedora, que ahora lo mejor para mí es que te retires a un rincón y me dejes tranquilo.

La sangre se me sube a la cara.

—No lo decía así.

—Lo has dicho exactamente así.

—Quería decir que no voy a presionarte.

—¿Presionarme? —Da un paso más hacia mí, y esta vez no hay cuidado suficiente para suavizarlo. Se inclina para poner sus ojos a la altura de los míos sin quitar la mano de la pared—. ¿Eso crees que has hecho? ¿Presionarme? Cristo bendito, Iseabail, tienes una

habilidad admirable para ponerle nombres pequeños a cosas que han estado a punto de matarme.

Me quedo sin respuesta.

Finn suelta otra risa breve, peor que la anterior, y se pasa una mano por la boca, por la barba, por esa cara cansada que ya no sabe dónde esconder el enfado.

—Déjame decirte todo lo que entiendes mal —dice.

La frase me atraviesa porque no suena a Finn, como si hubiera arrancado su propio humor de algún sitio oscuro.

—Primero —continúa—, yo no he cruzado media Escocia durante dos semanas porque una Gordon caprichosa me haya puesto una soga al cuello con sus pestañas. Segundo, no he mirado ríos, zanjas y cunetas con ganas de vomitar porque me sintiera obligado a reparar un viejo escándalo. Tercero, no he llegado aquí con ganas de partir la montaña en dos porque me hayas presionado demasiado. Y cuarto, si vuelves a decir que vas a dejarme tranquilo, juro por todos los santos inútiles de Escocia que voy a hacer algo muy poco honorable con esa maldita palabra.

—Solo intentaba…

—Salvarme —me corta—. Sí. Ya lo sé. Siempre estás intentando salvar algo y ahora me toca a mí. De Malcolm. De Robert. De una trampa. De mí mismo. De ti. Qué detalle. Qué mujer tan considerada. El problema es que a mí nadie me ha preguntado si quiero que me salven de ti.

Se me para el corazón.

—No tienes que quererme —susurro, porque es lo único que me queda.

Se enciende.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—No lo hago.

—Sí. Sí lo haces. —Su voz baja más, se vuelve ronca, peligrosa, llena de algo que ya no cabe bien en la rabia—. Lo haces cada vez que decides qué puedo soportar, qué me conviene, qué me debe doler y cuánto, qué debo perder, qué debo querer y cuándo debo dejar de hacerlo. Y ahora pretendes ponerme delante otra renuncia preciosa, muy bien peinada, muy noble, muy tuya, para que yo la acepte como un hombre decente y me marche a vivir tranquilo mientras tú te escondes en un rincón de mi casa como si no fueras lo único que llevo años intentando alcanzar sin volverme loco.

La frase me golpea en pleno pecho.

No puedo hablar.

No sé.

Finn tampoco parece capaz de detenerse ya.

—¿Quieres dejarme tranquilo? —pregunta, y casi escupe la palabra —. Pues qué tarde, Iseabail. Qué mala suerte. Porque yo estaba tranquilo antes de ti. O algo parecido. Tenía mis bromas, mis muertos, mis amigos, mis heridas colocadas donde no molestaran mucho y una forma bastante aceptable de fingir que no me faltaba nada. Y entonces volviste. Con tu boca, tu orgullo, tus ojos de mujer que parece a punto de incendiarse solo para demostrar que el fuego también puede obedecerla. Volviste y lo revolviste todo. Otra vez. Y sí, estoy furioso. Estoy tan furioso contigo que me tiemblan las manos cuando pienso en lo fácil que te resultó meterme el cuchillo justo donde sabías que entraría mejor.

Baja la vista un instante a mis labios.

Solo uno.

Pero lo siento en todo el cuerpo.

—Pero no confundas mi enfado con libertad.

La garganta me arde.

—Finn…

—No he querido estar libre de ti desde que tenías demasiada insolencia para tu edad y yo demasiado poco juicio para mirarte como debía. No he querido estar libre de ti ni cuando me costaste el puesto, ni cuando me costaste una vida entera, ni cuando me convencí durante años de que olvidarte era una forma más cómoda de seguir respirando. No he querido estar libre de ti en el molino, cuando me pediste que te hiciera mía y tuve que sujetarme con los dientes para no tomarte como un animal, porque incluso entonces, incluso así, incluso cuando me estabas ofreciendo exactamente lo que yo llevaba media vida queriendo con una vergüenza que no pienso confesar a nadie más que a ti, lo único que pude pensar fue que no quería hacerte daño.

Se me humedecen los ojos.

—Y ahora vienes a decirme que no esperas que te quiera —murmura —. Como si esto fuera algo que se me ha ocurrido por cortesía. Como si yo pudiera sacármelo de encima porque tú, con tu generosidad tremenda, has decidido no molestarme más.

Levanta una mano.

Lo detiene a un dedo de mi cara.

—Te dije que serías mía, ¿verdad? —pregunta.

La voz le sale baja.

Muy baja.

Asiento apenas.

—Sí.

Finn traga saliva.

Sus ojos no se apartan de los míos.

—Pues por lo que a mí respecta, ya eres mía.

El aire desaparece.

Todo él. Todo.

No de una forma bonita. No de una forma dulce. Se va como si alguien hubiera abierto una grieta bajo mis pies y me hubiera dejado suspendida encima.

—No porque te haya tomado —dice, y ahora sí me toca, apenas, con los dedos en la mandíbula, una caricia mínima que contradice la brutalidad de su voz—. No por una prueba amañada, un sacerdote vicioso, tu hermano o porque cualquier imbécil con tierras pueda decidir qué eres o qué vales.

Traga saliva.

—Eres mía porque te he buscado cuando no quedaba rastro. Porque he imaginado tu muerte tantas veces que ahora no sé mirar tu cara sin enfadarme con el mundo por haberla puesto en peligro. Porque te he querido incluso cuando te odiaba un poco y me he ganado a pulso el derecho a decir que eres parte de mí, Iseabail, aunque seas la parte que más ganas me da de arrancarme con las uñas.

Su pulgar roza apenas mi mandíbula.

—No vas a regalarme otra ausencia y llamarla consideración. No pienso permitirlo.

—¿No piensas permitirlo? —La voz me tiembla, pero algo de mí despierta al fin, una chispa de orgullo, de rabia, de deseo—. Qué frase tan peligrosa para un hombre que acaba de reprocharme decidir por él.

La mirada se le prende.

Ahí.

Ahí vuelve Finn.

Furioso. Herido. Vivo.

—Tienes razón —dice—. Entonces permíteme corregirla.

Y, antes de que pueda preguntar cómo, me coge en brazos y no de forma delicada.

Una mano bajo mis rodillas, la otra firme en mi espalda, y de pronto el suelo desaparece bajo mis pies. Se me escapa un jadeo.

—Finn, esto parece un rapto.

—En mi defensa diré que me importa una mierda.

La sala común se vuelve hacia nosotros cuando volvemos como si la montaña entera hubiera contenido el aliento.

Finn no mira a nadie. Me lleva en brazos con una furia tan concentrada que apenas parece movimiento.

—¡Padre Patrick! —grita buscando a alguien.

Un sacerdote parpadea y se levanta con lentitud. Debe de haber venido con ellos porque no lo he visto antes en el Refugio.

—¿Sí?

—Diga, por favor: «Yo os declaro marido y mujer».

—¿Yo os declaro marido y mujer? —repite, desconcertado.

—Gracias. Las felicitaciones después, por favor.

Se levanta un murmullo alrededor, un ruido de escándalo, risas mal contenidas y exclamaciones que no llegan a formarse del todo porque nadie parece saber si acaba de presenciar una boda, un secuestro o una blasfemia con buena puntería.

El padre Patrick abre la boca, la cierra, mira a Altair como si él pudiera aportar algún tipo de cordura jurídica al disparate, y él, el muy traidor, se limita a observarnos con una atención serena y

peligrosamente divertida mientras pone un brazo sobre los hombros de Aileana para atraerla hacia él.

Finn baja los ojos hacia mí.

Y ahí está otra vez. La furia. El cansancio. El miedo convertido en algo más oscuro, más crudo, más imposible de embellecer.

—Y si el mundo necesita un cura, unas palabras y media montaña de testigos para dejar de manosear lo que hay entre nosotros, entonces tendrá un cura, unas palabras y testigos suficientes. No me pidas que sea más razonable.

Me arde la cara y trato de ocultarla en su pecho.

—Y antes de que empieces a explicarme lo peligroso que es eso para un hombre que acaba de acusarte de decidir por él, voy a ahorrarte el esfuerzo. No te estoy quitando elección. Estoy poniendo la mía en medio de la sala, delante de todos, para que dejes de fingir que lo más generoso que puedes hacer conmigo es desaparecer.

—Estaba intentando no hacerte más daño.

—Pues deja de intentarlo. Se te da fatal.

Capítulo 29



«ISEABAIL»

Llegamos a una puerta de madera encajada en la roca, más vieja que bonita, con una manta oscura colgada por dentro para cortar el frío. Finn la empuja con el hombro, entra conmigo en brazos y la cierra de una patada que hace vibrar el marco.

El sonido me atraviesa.

Por final.

Por principio.

Por todas las cosas que acabamos de dejar al otro lado.

La habitación es pequeña, tibia, desordenada de una forma que reconozco antes de entenderla. Una cama estrecha contra la pared, mantas arrugadas, una camisa limpia sobre un taburete, una jarra de agua, una daga junto a una vela, una cuerda mal enrollada, dos botas con barro seco y un trozo de madera tallada a medias sobre una repisa.

Huele a él. A brezo, cuero, agua subterránea y descanso robado.

Su habitación.

El corazón golpea contra mis costillas mientras Finn me deja sobre la cama con más cuidado del que su cara promete. No se aparta enseguida. Se queda inclinado sobre mí, una mano apoyada junto a

mi cadera, la otra todavía en mi espalda, y durante un segundo la furia, el alivio y el deseo ocupan el mismo espacio entre nosotros.

—Acabas de raptarme, casarte conmigo de forma discutible y encerrarme en tu cuarto en menos de cincuenta pasos —digo, porque necesito decir algo antes de que el olor de su cama, de su ropa y de él termine de vaciarme la cabeza.

—He sido eficiente.

—Has sido escandaloso.

—También.

Veo la humedad en las puntas de su pelo, la sombra de cansancio bajo sus ojos, un corte mal cerrado en sus nudillos. Veo la rabia, sí, pero también el miedo que ha tenido durante días y que ahora no sabe cómo guardar sin que le rompa los huesos desde dentro.

—No voy a esconderme —digo.

Su mirada baja a mi boca.

—Más te vale.

—Ni voy a pedirte que me quieras.

Finn cierra los ojos un instante.

Cuando los abre, la habitación parece quedarse sin aire.

—Tarde, Iseabail, joder.

Y me besa.

No como en el molino, con esa contención dolorosa que entonces parecía una cuerda tirante entre su deseo y mi miedo. Esta vez su boca cae sobre la mía con dos semanas de lodo, insomnio y rabia.

Me besa fuerte, brusco, con una suciedad viva que no tiene nada de torpe porque incluso así, incluso enfadado hasta la médula, Finn intenta controlar su furia.

Me sujeta la cara con una mano, los dedos hundidos en mi pelo, el pulgar firme junto a mi mandíbula, y me besa como si quisiera castigarme por haber desaparecido y comprobar al mismo tiempo que sigo aquí, que no soy una hebra de lana en una zarza ni una mancha de sangre junto a un arroyo.

Abro la boca porque lo necesito.

Se me escapa un sonido contra sus labios y él lo recoge con un gruñido bajo, roto, tan poco elegante que me baja por el vientre como una lengua de fuego. Me agarro a su camisa con las dos manos y noto su corazón golpeando contra mí, demasiado rápido, fuerte, tan poco sereno que casi me conmueve más que el beso.

Apoya una rodilla en el borde de la cama. El colchón cede bajo mi espalda apenas un poco, la madera cruje y su respiración se mezcla con la mía.

Finn queda sobre mí sin tumbarse del todo, sostenido por una mano junto a mi cadera para no cargarme su peso encima, mientras la otra baja desde mi cara hasta mi cuello, después al hombro, buscando piel, forma, certeza, como si necesitara tocarme entera para convencerse de que no voy a desaparecer.

Pero al llegar al costado no sigue.

Sus dedos se quedan ahí, tensos sobre la tela, contenidos por esa memoria suya insoportable de mis heridas. Y ese pequeño freno, esa maldita delicadeza metida dentro de la furia, me hace gemir de ternura y de todas las cosas para las que no tengo palabras decentes.

Él se aparta apenas.

Lo justo para hablar contra mi boca.

—No vuelvas a decirme que me dejarás tranquilo.

Respiro contra él.

Mal.

Muy mal.

—No lo haré.

—No vuelvas a ponerme tu ausencia delante como si fuera un regalo.

—Tampoco.

Me muerde el labio inferior.

No suave.

Me estremezco entera.

—No vuelvas a decidir que mi vida está mejor sin ti dentro.

Los ojos me arden.

Esta vez no intento esconderlo.

—Te lo prometo.

Finn me mira entonces, tan cerca que sus pestañas casi rozan las mías, con el ceño aún fruncido, la boca húmeda, la respiración rota y todo el enfado del mundo metido en un hombre que sigue sujetándome como si no supiera si besarme otra vez u obligarme a prometerlo sobre piedra.

—Bien —dice.

—¿Bien?

—No. —Su boca vuelve a rozar la mía—. Nada está bien.

Y me besa otra vez.

Esta vez no me deja espacio para pensar en nada que no sea su boca, su respiración y el modo en que sus dedos se cierran en mi pelo con una impaciencia que me eriza la nuca.

Me besa como si aún estuviera en el camino, como si la lluvia, el barro, las posadas, los ríos y todos los lugares donde no me encontró siguieran pegados a él y necesitara arrancárselos contra mi piel.

Hay rabia en su lengua, en la presión de sus dientes, en el sonido bajo que le sube del pecho cuando tiro de su camisa y lo atraigo más, como si aún pudiera hacerle dudar.

No duda.

Se aparta solo lo necesario para mirarme, con la boca húmeda y las pupilas tan oscuras que el verde casi desaparece.

—Si no quieres esto —dice, y la voz le sale ronca, rota por la carrera, por el deseo, por todo lo que no ha dormido—, solo tienes que abofetearme.

—Vale.

Finn se queda quieto con la mano junto a mi cara, esperando. Incluso así. Incluso furioso. Incluso con el cuerpo entero inclinado hacia mí como una tormenta que ha aprendido a contenerse a mordiscos.

—Necesitaré que seas un poco más precisa, Iseabail. ¿Vas a abofetearme o vas a dejar que siga?

No le abofeteo.

Le agarro la muñeca, vuelvo su mano y le beso la palma.

El gesto lo atraviesa. Lo veo. Lo noto en cómo se le tensa la garganta y la furia pierde el equilibrio y deja ver debajo algo mucho más peligroso.

—Quiero esto —digo—. Te quiero a ti. Y si vuelves a pedirme que te abofetee cuando llevo media vida intentando que me desees así, quizá lo haga, pero por idiota.

—Gracias a Dios —murmura—, porque se me estaba acabando la poca decencia que me queda.

Su boca vuelve a la mía y ya no queda ni una migaja de paciencia que pueda llamarse prudencia sin mentir en todo su cuerpo.

Me pone en pie y sus manos bajan a mi vestido con una urgencia casi torpe, pero no torpe de descuido, sino de hambre contenida demasiado tiempo. Busca cierres, lazadas, costuras.

Encuentra una cinta y la deshace con un tirón seco. Otra se resiste. Finn suelta una maldición contra mis labios, mete los dedos entre la tela y mi espalda y tira con más fuerza. El vestido cede con un sonido bajo, una queja de hilo rendido.

—Finn…

—Luego me disculpo con la prenda.

—No creo que la prenda sobreviva para aceptar la disculpa.

—Entonces tendrá una muerte útil.

Me río contra su boca y la risa se convierte en un jadeo cuando me incorpora con una mano en la espalda y me baja la tela por los hombros, rápido, impaciente, con los nudillos rozándome la piel como brasas.

El aire tibio de la habitación me toca primero la garganta, luego el pecho, luego el vientre, y de pronto estoy demasiado expuesta para esconderme detrás de ninguna frase. Finn no me da tiempo a hacerlo. Se agacha lo justo para liberar la falda de mis caderas y la arrastra por mis piernas con un cuidado brusco, apartándola de la cicatriz del muslo.

Me quedo desnuda ante él.

Del todo.

La vela tiembla en la repisa y su luz me toca de forma irregular, escondiendo y mostrando a la vez: la curva de mis pechos, las

costillas todavía marcadas por la pérdida de peso y el miedo, el vientre que se contrae cuando su mirada baja, el vello oscuro entre mis piernas, la cicatriz del muslo ya cerrada, fea y rosada, y las otras señales de mi cuerpo. Las que se ven y las que no. Las que dejaron las caídas, los caminos, las monjas, las horas de penitencia y esa obediencia aprendida a la fuerza que todavía me cruza por dentro como una marca sin piel.

Finn no dice nada al principio. Solo respira. Un suspiro hondo, casi doloroso, le abre el pecho.

—Cristo, Iseabail.

Me tenso sin querer y su mirada sube de inmediato a mi cara.

—No —dice, áspero—. Ni se te ocurra poner esa cara. No es lástima ni horror. Es que eres… —traga saliva, y parece enfadarse consigo mismo por no encontrar una palabra bastante exacta—. Eres lo más hermoso y temerario que he visto en mi vida. Y lo peor es que lo sabes a medias, que es una de las muchas injusticias que pienso corregir esta noche.

No sé qué hacer con eso.

Con su voz.

Con su forma de mirarme, como si me viera entera. Incluso las partes que yo habría preferido dejar fuera.

—Finn…

—No hables todavía. Quiero verte.

Se sienta en el borde de la cama y me atrae hacia él por las caderas. Me guía hasta dejarme de pie entre sus piernas abiertas, tan cerca que mis rodillas rozan el borde del colchón y el calor de su cuerpo me sube por la piel antes incluso de tocarme del todo.

Sus manos son cálidas, firmes, con esa aspereza suave de los hombres que han trabajado con cuero, riendas, armas y madera. Me

sostiene por las caderas como si necesitara comprobar mi peso, mi forma, mi presencia; como si, después de tantos días imaginándome perdida, todavía no se fiara del todo de sus propios ojos.

Me mira desde abajo.

Eso me desarma de una forma ridícula.

Finn Shaw, el hombre que empezó limpiando cuadras, el capitán que fingía no verme, el proscrito que hace reír a una montaña entera para que nadie se rompa del todo, sentado ante mí como si yo fuera algo que se contempla antes de tocarlo.

Como si necesitara contenerse una última vez.

Sus pulgares se mueven primero. Apenas. Un roce lento sobre los huesos de mi cadera, una caricia tan pequeña que casi parece involuntaria. Luego sus manos suben por mis costados, despacio, con una atención que me deja sin sitio donde esconderme.

Me mira mientras lo hace.

Hay furia todavía, sí. Deseo también. Y algo más hondo, más peligroso, una especie de reconocimiento feroz, como si cada señal de mi cuerpo fuera una prueba de que he vuelto viva y él todavía no supiera qué hacer con esa gratitud sin morderla.

—Estás aquí —murmura—. No puedo creer que pueda tocarte o mirarte sin pensar en todo lo que nos separa.

No sé si me lo dice a mí o a sí mismo.

Sus manos llegan bajo mis pechos y se detienen allí, abiertas sobre mis costados, los pulgares rozándome apenas la curva inferior. Ese roce mínimo me corta la respiración.

Inclina la cabeza y me besa el centro del pecho.

El contacto me atraviesa.

Primero es solo eso. Un beso, caliente, firme, casi reverente, justo donde el corazón me golpea como si quisiera entregarse antes que yo. Después otro, más abajo. Su barba me raspa la piel, su respiración se abre paso entre mis pechos y las manos se le cierran un poco más en mi cintura, como si la reverencia le durara lo justo para volverse necesidad.

Luego lame la piel con hambre, con la barba raspándome la parte alta del pecho, con la respiración caliente abriéndose paso entre mis pechos antes de cerrar la boca sobre uno de ellos.

Me arqueo sin poder evitarlo. Su mano sube, me sostiene el otro, lo llena con la palma, lo aprieta lo justo para hacerme sentir entera dentro de sus dedos, y cuando su lengua rodea el pezón, lentamente primero, luego más firme, se me escapa un gemido que me avergüenza durante medio segundo.

Luego deja de importarme.

Finn hace un sonido contra mí, como si mi gemido le hubiera golpeado directamente en alguna parte del cuerpo que ya no obedece a nada razonable.

Succiona el pezón con más fuerza, tira apenas con los dientes, y el placer me baja al vientre con una violencia dulce, caliente, insoportable.

Le agarro el pelo con las dos manos. Está húmedo todavía, revuelto, vivo entre mis dedos, y él responde apretándome más contra su boca, como si quisiera dejarme allí una señal, una prueba, una memoria que no pueda tocar nadie más.

—Así —murmura contra mi piel—. Quiero oírte jadear mi nombre.

Me tiemblan las rodillas.

—Vas a conseguir que me caiga.

—No.

Lo dice con una seguridad ofensiva.

Me sujeta mejor, me cambia de sitio y me sienta sobre uno de sus muslos sin soltarme del todo el pecho de la boca. El movimiento le abre el tartán, lo suficiente para que mi piel encuentre la suya, caliente, dura, viva debajo de mí.

El roce me arranca otro sonido, más bajo, más vergonzoso, porque yo estoy desnuda y él sigue vestido a medias, porque sus manos me ciñen las caderas con una seguridad indecente y porque el músculo tenso de su pierna presiona justo en mi sexo.

Finn levanta la cabeza.

Tiene los labios húmedos, los ojos encendidos y una expresión tan brutalmente hermosa que casi me enfado con él por existir así, tan bello, tan furioso, tan peligrosamente mío incluso cuando todavía no sé qué hacer con esa palabra.

—No tienes ni idea de lo que me haces —dice.

—¿Ahora?

Su boca se tuerce apenas.

—Siempre.

La palabra sale baja. Parece venir de algún lugar antiguo entre los dos, de una habitación cerrada, de un patio lleno de ojos, de todos esos años en los que él fingió mirar hacia otra parte y yo confundí su prudencia con rechazo

Antes de que pueda contestar, sus manos bajan a mis caderas y me arrastran sobre su muslo con una lentitud deliberada, casi cruel.

Me mueve de verdad, con los dedos clavados en mi piel y una rabia contenida en cada tirón, obligándome a sentir el roce, el calor, la presión exacta de su pierna entre las mías.

Se me corta la respiración. Me agarro a sus hombros y él suelta un sonido bajo, feroz, al verme perder la compostura encima de él.

—Eso —murmura—. Ahí estás.

La vergüenza me sube a la cara.

—Finn…

—No. —Me mueve otra vez, más despacio, más hondo, sin apartar los ojos de los míos—. No vas a esconderte ahora. No después de hacerme buscarte como si me hubieran arrancado algo del cuerpo y lo hubieran tirado por los caminos.

El placer me atraviesa tan fuerte que tengo que apretar los dedos en su camisa.

Vuelve a moverme, más despacio, con los ojos clavados en los míos. Y siento cómo la humedad de mi sexo impregna la piel de su muslo.

—Quédate ahí. Mirándome. Sintiendo lo que haces y lo que me haces. Estoy harto de perseguir sombras tuyas por media Escocia mientras tú decides, con esa cabecita preciosa y terrible, qué parte de mí conviene salvar.

El placer me atraviesa tan fuerte que tengo que apretar los dedos en su camisa.

—Quería protegerte.

Su risa no tiene nada de risa.

—Tu manera de protegerme me destroza bastante más que la mayoría de mis enemigos.

Me besa antes de que pueda responder, y la discusión sigue ahí, metida en la boca, en los dientes, en la manera en que me sujeta la nuca y me obliga a quedarme respirándole encima, temblando sobre su muslo mientras sus manos guían mi cuerpo con una autoridad que debería indignarme mucho más de lo que me enciende.

—Mírame —dice contra mis labios.

Lo hago porque su cara me retiene más que sus manos.

Hay algo feroz y roto en él. Vivo de una forma casi insoportable. Tiene la respiración mal sostenida, el cuello tenso, los ojos clavados en mí como si todavía estuviera decidiendo si besarme o gritarme, y esa mezcla me abre por dentro más que cualquier caricia.

—Tú no estorbas aquí —dice, y me mueve otra vez, arrancándome un gemido que no consigo detener a tiempo—. Ni en mi casa, ni en mi cama, ni en mi vida. Y como vuelvas a ofrecerme desaparecer para que yo pueda seguir tranquilo, te juro que voy a perder la poca paciencia que me queda.

—Creo que ya la has perdido.

Su boca roza la mía, pero no me besa.

—Todavía estoy sentado, hablando e intentando que comprendas algo antes de acabar de volverme loco y tumbarte debajo de mí. Créeme, princesa, esto es contención y paciencia.

El calor me golpea tan bajo que casi me doblo sobre él. Finn me agarra más fuerte, como si lo hubiera sentido. Como si quisiera que lo sintiera yo también.

—Estoy aquí —digo, y la voz me sale más débil de lo que pretendía —. Soy tuya, Finn. No voy a esconderme.

Me mueve otra vez.

Esta vez el roce es más largo. Más sucio. Más exacto. El músculo de su pierna se tensa bajo mi sexo y la presión me arranca un gemido que me dobla la espalda y me obliga a apoyar la frente contra la suya. Finn no aparta la mirada. Me sostiene ahí, con los dedos clavados en mi piel, respirando conmigo como si cada sonido mío le entrara en la sangre y lo volviera menos razonable.

—No voy a prometerte dulzura —dice contra mis labios—. No hoy.

—No quiero dulzura.

Sus ojos se oscurecen.

—No digas cosas así si quieres que siga siendo un hombre medianamente útil para la sociedad.

La risa se me queda atrapada en la garganta cuando su mano baja por mi vientre.

El primer contacto de sus dedos me arranca un jadeo tan claro que él se queda quieto una fracción de segundo, con la boca pegada a la mía y la respiración convertida en una cosa áspera.

—Cristo —murmura—. Estás empapada.

Me muerdo el labio.

—Culpa tuya.

—Por fin dices algo sensato.

Sus dedos se mueven despacio. Me acaricia como si quisiera conocer cada reacción y castigarme un poco por dársela tan tarde. Rodea la carne que más me hace temblar, presiona, se aparta apenas, vuelve con más firmeza y me mantiene sentada sobre su muslo para que el placer venga de todas partes: de su mano, de su pierna, de su boca, de su mirada.

—Abre más las piernas —ordena.

La frase me golpea entera.

Separar las rodillas sobre él me obliga a entregarme un poco más, a quedarme más expuesta, más mojada, más perdida sobre su cuerpo. Finn mira cómo obedezco y la satisfacción que le cruza la cara debería ofenderme.

Me enciende.

—Eso es.

Su pulgar encuentra el sitio exacto y lo trabaja con una lentitud que me hace cerrar los dedos en su pelo. Le tiro sin querer. Él gruñe, no

de dolor, sino de una especie de aprobación oscura que me baja directamente entre las piernas.

—Vuelve a hacerlo —dice.

—¿Tirarte del pelo?

—Perder el control.

Su dedo sube y me abre con una presión lenta. Me quedo inmóvil, con la boca abierta contra la suya, sintiendo cómo entra apenas, cómo mi cuerpo cede, cómo todo lo que soy parece concentrarse en ese punto donde él me toca y me mira como si estuviera perdiendo la última batalla decente que le quedaba.

—Finn…

Su nombre me sale roto, mojado de deseo, y algo en él se parte.

Me levanta de su muslo con una facilidad brutal y me gira sobre la cama. Esta vez sí me tumba. La espalda toca el colchón, las mantas se arrugan bajo mi cuerpo y él queda encima de mí antes de que pueda echar de menos el calor de su pierna.

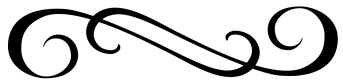
Se arrodilla entre mis muslos, todavía vestido, el tartán abierto, la camisa arrugada, los ojos clavados en mi cuerpo con una mezcla de enfado y hambre que me deja sin aliento.

Sus manos bajan a mis rodillas y me las abre un poco más, como si quisiera verme entera antes de volver a tocarme.

Y cuando intento cerrar los ojos, su voz me alcanza, baja y áspera.

—Mírame.

Capítulo 30



«ISEABAIL»

Abro los ojos.

Me cuesta. Madre de Dios, me cuesta, porque sigo tumbada entre sus muslos, abierta, sensible, con la piel ardiendo todavía por todo lo que acaba de hacerme sobre su pierna.

Finn baja la cabeza y me besa la parte interna del muslo.

—Nunca entendiste lo que me hacías cuando me mirabas así.

—¿Así cómo?

—Como si yo fuera más de lo que era.

Su mirada sube, feroz.

—Era un mozo con suerte, luego un capitán con demasiadas órdenes y después un hombre que había aprendido a no tocar lo que podía costarle todo. Tú me mirabas como si pudiera darte el mundo, Iseabail, y yo no tenía ni una maldita habitación que fuera mía.

—Ahora sí —repito, y esta vez me duele más—. Ahora tienes una habitación. Una cama. Una puerta que puedes cerrar de una patada. Gente que te espera. Un lugar que sabe tu nombre aunque no lleves un apellido enorme colgado del cuello.

Él tira del cinturón con un golpe seco. La hebilla suena demasiado fuerte en la habitación pequeña, como una respuesta que ninguno

de los dos sabe decir sin hacernos daño. Se lo arranca de la cintura y lo deja caer al suelo; después se quita la camisa sin ceremonia, cruzando los brazos por delante del pecho y tirando de la tela hacia arriba, con esa impaciencia brutal de los hombres que han dejado de tener sitio dentro de su propia ropa.

La luz de la vela le cae encima.

Y yo me quedo sin pensamiento.

Finn no es hermoso de una manera amable. No lo ha sido nunca. Hay demasiada vida encima de él para eso: hombros anchos, piel marcada por sol, frío y armas, cicatrices viejas cruzándole el torso, el pecho subiendo y bajando con una respiración mal contenida, una línea de vello rojizo bajándole por el vientre duro hasta perderse bajo el tartán medio abierto.

Tiene un corte en un costado, un moratón oscuro bajo las costillas y los nudillos destrozados, como si medio condado hubiera intentado interponerse entre él y yo y hubiera salido perdiendo.

Me lo como con los ojos.

No de forma elegante. Ni discreta. Ni con esa compostura absurda que una dama debería saber fingir incluso desnuda en la cama.

Lo miro con hambre, con vergüenza, con rabia por haber pasado tantos años recordando apenas fragmentos de él cuando la realidad era mucho peor. Mucho más grande. Mucho más peligrosa.

Su boca se tuerce al notarlo.

—Y sigues mirándome así.

La frase sale rota.

Se queda muy quieto un instante.

Luego introduce un dedo dentro de mi sexo sin avisar. El aire se me rompe en la garganta.

Siento una presión lenta, íntima, inmensa en su significado, aunque sea solo un dedo, aunque él se detenga en cuanto mi cuerpo se tensa, aunque su otra mano suba a mi cintura para sujetarme.

—Respira —dice—. No voy a hacerte daño. Solo quiero prepararte.

—Lo sé.

Y empieza a moverse.

Dentro.

Fuera.

Despacio al principio, atento a cada gesto de mi cara, a cada cambio en mi respiración, a cada tensión de mis muslos.

Siento la invasión mínima de su dedo y luego trata de añadir un segundo dedo.

—Dime que pare y paro.

—Vale.

—Iseabail…

—No pares.

La respuesta sale tan deprisa que a los dos nos cambia la respiración.

Finn mete el segundo dedo despacio, con cuidado, y aun así la sensación me arranca un gemido más bajo, más profundo, casi ajeno.

Me lleno de él de una forma pequeña todavía, pero suficiente para imaginar lo demás, para desearlo, para temerlo y quererlo al mismo tiempo.

Sus dedos se curvan dentro de mí y me acarician en un punto que hace que todo mi cuerpo se incline hacia él sin permiso y yo gima descontrolada.

—Ahí —dice, casi con rabia—. Lo sabía.

—¿Qué…?

—Que ibas a sonar así.

La sangre me arde en la cara, en el cuello, en el pecho.

—No puedes saber una cosa así.

—He tenido años para imaginar barbaridades sobre ti así. Algunas, por desgracia, resultaron modestas.

Me reiría si pudiera. Pero sus dedos vuelven a moverse y la risa se convierte en un gemido que Finn recibe inclinándose para besarme el pecho otra vez. Me succiona un pezón mientras me acaricia por dentro, y esa doble sensación me desarma de golpe.

No es suave.

No del todo.

Es cuidadoso, sí, pero también posesivo de alguna forma. Me sostiene abierta, viva, sintiendo cada parte de mí como si por fin hubiera decidido dejar su impronta.

—Supe que iba a perder la cabeza por ti mucho antes de perderla —dice contra mi piel.

—Eso no tiene sentido —consigo decir.

—Tú tampoco. Y aquí estamos.

Sus dedos se hunden un poco más.

Me arqueo.

—Finn…

—Sí. Así. Di mi nombre. Ahora sí puedes usarlo todo lo que quieras.

El placer empieza a cerrarse en algún lugar bajo mi vientre, lento primero, luego más apretado.

Me agarro a sus hombros cuando vuelve a besarme. Sabe a rabia, a alivio, a promesas hechas sin ceremonia válida. Sus dedos siguen dentro, moviéndose con esa mezcla terrible de cuidado y determinación, mientras el talón de su mano me roza justo donde el cuerpo se me vuelve más sensible, más blando, más suyo.

Suyo.

Finn me besa la mandíbula, el cuello, baja otra vez al pecho, me sostiene la espalda con la mano abierta y acaricia una cicatriz con el pulgar al mismo tiempo que me empuja más cerca del borde de algo que me asusta por lo mucho que lo deseo.

—No voy a dejar que vuelvas a pensar en ti como si fueras una carga —dice—. Ni como si tu deseo fuera una deuda. Ni como si tu cuerpo fuera un campo de batalla que otros pueden reclamar porque llegaron antes con papeles, amenazas o manos sucias.

—Finn…

—Eres mía —murmura—. Mi Iseabail. Mi desastre. Mi dama imposible.

La emoción me golpea casi al mismo tiempo que el placer.

No sé separarlos.

No quiero.

Finn acelera apenas, lo justo para que el cuerpo me empiece a temblar de verdad. Sus dedos se mueven dentro de mí con una firmeza más honda, su pulgar acaricia fuera, su boca vuelve a mi pezón, y entonces todo se vuelve demasiado.

Me oigo gemir, esta vez sin contenerme, con la cabeza echada hacia atrás y las manos en su pelo, tirando de él como si pudiera sujetarme al mundo a través de su cuerpo.

Finn gruñe contra mi pecho.

—Eso es. Dámelo.

Y se lo doy.

Porque el placer me rompe en una oleada brusca, caliente, que me cierra las piernas alrededor de su mano y me arquea sobre la cama, haciendo que la costilla proteste y que todo lo demás lo mande al demonio.

Finn me sostiene ahí, me acompaña con los dedos más lentos cuando el temblor se vuelve demasiado, me besa el pecho, la garganta, la boca, recogiendo cada sonido como si le perteneciera y, al mismo tiempo, como si me lo estuviera devolviendo cambiado, limpio, mío.

Cuando por fin bajo, no bajo del todo.

Me quedo suspendida en su respiración.

En su mano todavía entre mis muslos.

En su frente apoyada contra la mía.

Finn cierra los ojos un momento, y cuando los abre sigue furioso.

Pero ahora también parece destruido.

—Madre de Dios —murmura—. Voy a necesitar toda la vida para cansarme de esto.

No debería sonreír.

Lo hago.

Su mirada baja a mi boca.

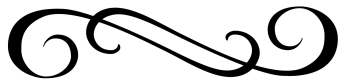
Luego a mi cuerpo desnudo.

Luego vuelve a mis ojos con una oscuridad que me deja sin aire otra vez.

Y, cuando sus manos vuelven a su cintura, cuando noto la dureza de su cuerpo contra mi muslo y su respiración cambia otra vez, entiendo que esto no ha terminado.

Ni de lejos.

Capítulo 31



«ISEABAIL»

—Quiero verte —digo.

Finn se queda inmóvil.

—Me estás viendo.

—No.

La palabra me sale más firme de lo que esperaba. Me incorporo despacio, con el cuerpo todavía blando por lo que acaba de hacerme, con las piernas temblando y una vergüenza nueva que ya no se parece a miedo, sino a hambre.

Me arrodillo sobre la cama delante de él y le empujo el pecho, obligándolo a apartarse lo justo para que se ponga en pie.

—Quiero verte —repito.

Su respiración cambia.

No mucho.

Lo suficiente para que sepa que lo he tocado justo donde él creía estar más a salvo.

—Iseabail…

—Si vas a decirme que tenga cuidado, te aviso de que eso podría enfriar mi entusiasmo.

—Dios nos libre de semejante tragedia.

Hay una sombra de sonrisa en su boca, pero no termina de hacerse. Está demasiado contenido. Al final se levanta, y yo bajo de la cama despacio.

Finn frunce el ceño.

—¿Qué vas a hacer?

—Mirarte. Ya te lo he dicho.

—Eso ya lo estabas haciendo con una falta de recato muy prometedora.

—No. Mirarte bien.

Me planto delante de él.

Finn se queda quieto, como si no supiera si reírse, protestar o permitirlo. Así que hago lo único razonable: no le doy tiempo a decidir.

Le toco el pecho con la punta de los dedos.

Lo toco porque durante años he deseado saber cómo sería su piel bajo mis manos y ahora la tengo caliente, viva, real sin más distracciones.

Paso los dedos por una cicatriz bajo su costilla y él respira hondo, no por dolor, sino por ese esfuerzo suyo ridículo de seguir pareciendo un hombre civilizado mientras estoy desnuda delante de él y lo recorro como si fuera un territorio conquistado por fin.

—Tienes muchas cicatrices —digo.

—He tenido muchas malas ideas.

—Y mucha suerte.

—Eso depende del día.

Lo rodeo despacio.

Finn gira un poco la cabeza para seguirme con la mirada.

—¿Vas a inspeccionarme como si fuera un caballo en venta?

—No seas ridículo. A los caballos se les mira la dentadura.

—Agradezco que no hayas empezado por ahí.

Sonrío, pero la sonrisa se me deshace cuando veo su espalda. Más marcas. Algunas antiguas. Otras casi borradas. Los hombros poderosos, la columna firme, el movimiento de los músculos bajo la piel cuando aprieta los puños. No es perfecto como lo sería una estatua. Es mucho peor. Es real. Está lleno de vida usada, de golpes sobrevividos, de noches sin cama, de risas donde probablemente no había nada que celebrar. Es hermoso porque no intenta serlo.

Apoyo la boca en una cicatriz cerca del omóplato.

Finn se queda rígido.

—Eso es trampa —dice.

—¿Qué?

—Besar a un hombre por la espalda cuando está intentando conservar algo parecido a la dignidad.

—La dignidad está sobrevalorada.

—Lo dices tú, que naciste con más de la que cabría en una capilla.

Le paso las manos por los costados, bajo hasta su cintura cuando vuelvo a colocarme delante de él. Suelta el aire por la nariz y una risa breve, oscura, cuando mis dedos tiran del nudo que todavía mantiene el tartán en su sitio con más determinación que habilidad.

—¿Necesitas ayuda?

—Necesito que te calles.

—Eso sí sería un milagro.

El nudo cae. Luego la tela que le cubre. Se quita las botas de una patada impaciente porque mi paciencia ya está ocupada buscando dónde mirar primero.

Mi mirada baja sola, traicionera, hambrienta, y entonces lo veo de verdad.

Su sexo se alza entre los dos, duro, pesado, con una insolencia que me seca la boca y me aprieta algo bajo el vientre.

No hay delicadeza posible en eso. Ni poesía suficiente para domesticarlo.

Es hermoso de una forma brutal, oscuro en la base, grueso, con la piel tirante y una vena marcada que sube por el costado hasta la punta, húmeda ya, brillante bajo la luz temblorosa de la vela.

Me parece indecente que algo pueda intimidarme y atraerme con tanta ferocidad al mismo tiempo. Me parece injusto que él siga ahí, respirando con dificultad, intentando conservar un resto de control, mientras yo estoy a punto de desmayarme.

—Iseabail.

No sé si es advertencia o súplica.

Quizá ambas.

—Madre mía —susurro.

Finn arquea una ceja.

—Por fin una ovación.

—Eso no va a caber.

Ahora sí se ríe de verdad.

Bajo, peligroso, encantado y torturado a la vez.

—Me halaga tu fe en mis proporciones.

—Hazlo más pequeño, Finn.

—Como si pudiera.

—Inténtalo.

—Tengo malas noticias para ti sobre el funcionamiento general de esta parte de mi anatomía.

Me llevo una mano a la boca, quizá para contener una risa, quizá para impedir que se me escape un sonido mucho más vergonzoso.

Porque no es solo miedo. Ojalá fuera solo miedo. Es deseo. Un deseo espeso, torpe, impaciente, tan físico que me deja las rodillas flojas.

Quiero tocarlo. Saber si la piel está tan caliente como parece. Quiero notar su peso en la mano, descubrir si Finn pierde esa compostura terrible cuando mis dedos lo rodeen, si maldice, si deja de hacerse el hombre sensato, si por fin entiende lo mucho que lo he deseado durante años sin poder tocar ni una sola parte de él.

Y, al mismo tiempo, me parece imposible que ese cuerpo vaya a entrar en el mío sin partirme en dos.

Finn da un paso hacia mí.

No mucho.

Lo suficiente para que su calor me alcance y para que mi mirada vuelva a bajar, desobediente, fascinada.

—Mírame a la cara, mo nighean ruadh, antes de que empiece a pensar que solo te casaste conmigo por mi cuerpo.

—Yo no me casaría contigo solo por eso.

—Qué alivio.

Pausa.

No puedo evitar mirar otra vez.

—Aunque entiendo que alguien pudiera hacerlo.

La risa se le corta en la garganta y se convierte en otra cosa. Algo más grave. Más hambriento.

—Ven aquí antes de que esa boca tuya termine de arruinarme.

—No, déjame mirarte.

Lo rodeo del todo, como si necesitara comprobar que no he inventado ninguna parte. Le acaricio la espalda, los hombros, el pecho, bajo por el vientre duro, por las líneas tensas que descienden hacia sus caderas. Él me deja hacer, pero cada segundo le cuesta. Lo noto en los tendones del cuello, en la mandíbula, en los dedos que se abren y se cierran a los lados, como si no tocarme fuera una penitencia que alguien debería canonizar por extrema.

Me detengo detrás de él y bajo la mano por su espalda hasta su culo.

Finn gira la cabeza.

—No.

Aprieto una nalga.

Firme.

Sin ninguna delicadeza.

Finn se ríe.

No una risa grande, ni ligera. Una risa arrancada de algún lugar entre la sorpresa y el deseo, ronca, breve, preciosa.

Se le mueve todo el cuerpo con ella, todo, y, cuando la risa se apaga, su erección parece aún más insolente, más pesada, más imposible.

Él se vuelve hacia mí, desnudo, duro, hermoso hasta la crueldad, con esa mezcla de vergüenza masculina inexistente y paciencia al borde del colapso.

—¿Ya?

—Estoy evaluando riesgos.

—Ven aquí antes de que evalúe yo cuánto aguanta mi cordura.

Doy un paso.

Luego otro.

Él no me toca hasta que estoy delante. Entonces me toma la cara entre las manos y me besa con una lentitud que no encaja con su cuerpo. Esa es la tortura. Que podría devorarme y, en cambio, me besa como si cada segundo de contención fuese una forma de decirme algo que no cabe en las palabras.

—Siempre haces eso, Iseabail. Creo que nunca me importó demasiado la impresión que tuvieran los demás de mí —dice, y esta vez la voz le cambia, se le vuelve más baja, más desnuda— porque tú me pusiste delante un espejo donde me veía más grande de lo que era.

Me separo apenas.

—Eres muy grande, Finn.

La boca se le curva contra la mía con una lentitud peligrosísima.

—No me refería a mis partes nobles, Iseabail.

—Yo sí.

—Lo sé. Se te da fatal disimular cuando estás impresionada.

Le doy un golpe suave en el hombro, pero él me atrapa la muñeca, la besa por dentro y la coloca sobre su pecho.

La broma se me muere en la lengua.

Finn me sostiene la mirada.

—Y eso es una crueldad, por cierto. Una preciosa. Una indecente. Porque luego tenía que salir de ese reflejo mío en tus ojos, cuadrar los hombros, obedecer órdenes de hombres que no valían ni la mitad de lo que pesaban sus botas y fingir que no llevaba tu mirada metida debajo de la piel.

Me acerco más.

Le acaricio la cara. La barba me raspa la palma.

—Eras grande, Finn.

—No.

—Sí.

—No sabes lo que dices.

—Sé perfectamente lo que digo. Eras grande cuando me decías que no, aunque yo te odiara por ello. Eras grande cuando te apartabas porque entendías mejor que yo las consecuencias. Eras grande cuando no aprovechaste mi desesperación en el molino. Y eres grande ahora, aunque sigas empeñado en fingir que no hay nada bueno en ti.

Finn me mira como si acabara de hacerle más daño que con cualquier frase cruel.

—Maldita seas —murmura.

Me besa.

Y esta vez no hay más palabras.

Me levanta de nuevo, pero ahora no parece un rapto; parece una rendición de los dos. Me tumba sobre la cama con prisas. Coloca una mano bajo mi nuca para que no golpee la pared, aparta una esquina de tela áspera que podría rozarme la cicatriz del muslo, me abre las piernas con las rodillas y se queda sobre mí, desnudo, caliente,

temblando de una forma tan contenida que me impresiona más que cualquier fuerza.

Su erección roza mi vientre.

Luego más abajo.

Me quedo sin aire.

Finn baja la frente hasta la mía.

—No voy a hacerte daño.

—Ya lo sé.

—No. —Su voz tiembla apenas—. Necesito decirlo. Por mí.

Le pongo una mano en la mejilla.

—No vas a hacerme daño.

Sus ojos se cierran un instante. Cuando los abre, hay algo en ellos que me deja desnuda por dentro.

Se coloca entre mis piernas con una lentitud que parece arrancarle piel. Una mano junto a mi cabeza. La otra baja entre nosotros y se guía con los dedos, rozándome primero, humedeciéndose en mí, empujando apenas contra la entrada.

El cuerpo se me tensa. Un poco desbordado por la enormidad de lo que está a punto de ocurrir.

Su pecho baja contra el mío, lo justo para que sienta su peso sin que me aplaste. Me besa la sien. La mejilla. La esquina de la boca.

—Así —dice—. Mírame.

Lo miro.

Y entra.

Solo un poco para que el cuerpo se me abra alrededor de él con una presión lenta, intensa, casi imposible. Se queda quieto enseguida, la

mandíbula apretada hasta el dolor, los ojos cerrados como si hubiera recibido un golpe.

—Finn…

—No hables.

—¿Te duele?

Abre los ojos y suelta una risa rota, incrédula.

—Me estás matando.

—Eso no responde.

—No me duele. Estoy intentando no hundirme en ti de una vez y perder los pocos favores que aún debo de tener pendientes con Dios.

El calor me sube a la cara.

—Ah.

—Sí. Ah.

Me besa para callar cualquier otra estupidez que se nos ocurra a los dos y empuja un poco más. Despacio. Con una contención que le tiembla en los hombros. Lo siento abrirme, llenarme, ocuparme de una forma que no se parece a nada que haya imaginado. Hay una punzada, sí, una tirantez profunda que me hace clavar los dedos en su espalda, pero no es miedo. Es demasiado. Demasiado cuerpo, demasiado Finn, demasiados años concentrados en un solo movimiento.

Él se detiene otra vez.

—¿Estás bien?

—No pares.

—Iseabail…

—No pares, Finn.

Su nombre le rompe algo.

Lo veo en su cara.

Entra un poco más y su respiración se deshace contra mi boca. Yo me agarro a él, a sus hombros, a su espalda, a las cicatrices bajo mis dedos, porque necesito recordarme también que está aquí, que es real, que no es solo el hombre que he deseado en secreto, odiado en voz alta y amado de la forma más torpe posible durante años.

Entra del todo con un último empuje de su caderas y los dos nos quedamos quietos.

Demasiado conscientes de lo real que es esto.

Finn tiembla encima de mí.

Tiembla.

Un hombre que ha robado para comer, luchado para seguir vivo, huido cuando quedarse era morir y aprendido a esconderse incluso de sí mismo tiembla dentro de mí como si al fin hubiera llegado al único lugar del mundo donde el miedo lo alcanza de verdad.

Eso me desarma más que el dolor, más que el placer, más que su tamaño, más que toda su belleza imposible.

Le acaricio la nuca.

—Estoy bien.

—No digas eso como si me hicieras un favor.

—Estoy bien de verdad.

Finn apoya la frente en mi hombro y suelta un sonido bajo, casi una risa, casi un sollozo que no llega a nacer.

—Eres mía —murmura.

Esta vez no suena posesivo.

Suena asombrado como si no pudiera creer que el mundo, después de tanto empeñarse en quitarnos todo, le hubiera dejado esto.

Muevo las caderas contra él.

Finn levanta la cabeza de golpe.

—No hagas eso.

—¿Por qué?

Sus ojos brillan con una advertencia oscura.

—Porque estoy intentando durar lo suficiente para no hacer el ridículo más humillante de mi vida.

Se me escapa una risa.

Me duele un poco.

No me importa.

Finn me mira reír debajo de él, abierta, despeinada, todavía dolorida y aun así viva, y algo en su cara se rompe con una ternura tan feroz que me entran ganas de llorar.

—Esa risa —dice—. También es mía.

—Eres muy ambicioso para ser un hombre sin tierras.

—Tengo una cama, una puerta y una esposa. Estoy prosperando.

Me río otra vez, pero la risa se convierte en un gemido cuando él retrocede apenas y vuelve a entrar.

Despacio.

Muy despacio.

Con una precisión que no parece prudencia, sino agonía. Sale un poco, entra de nuevo, y cada movimiento me enseña una sensación

distinta: la presión primero, luego el calor, luego ese roce interno que hace que el cuerpo deje de defenderse y empiece a buscarlo.

Finn me mira todo el tiempo. No permite que me esconda ni en el placer ni en el miedo. Me obliga a estar ahí con él, en cada entrada, en cada pausa, en cada respiración que se nos queda pegada en la boca.

—Así —murmura—. Así me mirabas antes.

—¿Antes?

—Cuando querías que perdiera el juicio.

—Lo quería.

—Lo sé. Lo hiciste fatal. Se notaba muchísimo.

—Mentira.

—Iseabail, una vez se te cayó un pañuelo delante de mí tres veces en el mismo corredor.

—Era un pañuelo muy inestable.

—Era una declaración de guerra bordada.

Me da vergüenza y placer al mismo tiempo, una mezcla absurda que se me sube al pecho. Finn sonríe apenas, pero la sonrisa se le corta cuando mi cuerpo se ajusta alrededor de él y lo aprieta sin querer.

—Cristo.

Su mano baja a mi muslo y me lo levanta un poco más, abriéndome con cuidado, buscando un ángulo que lo mete más hondo. El gemido se me escapa sin permiso. Finn se queda quieto dentro de mí, con los ojos clavados en mi boca, y durante un instante parece sufrir de verdad.

—Eso —dice, áspero—. Eso no lo vas a esconder nunca más.

—¿El qué?

Se mueve otra vez.

Más hondo.

—Lo que te hago sentir.

Cierro los ojos.

Él me besa los párpados.

—No. Mírame.

Los abro.

Y entonces empieza a embestirme de verdad.

Con una firmeza nueva y con un ritmo que va perdiendo la prudencia a medida que mi cuerpo deja de tensarse y empieza a recibirlo con una necesidad que me avergüenza menos a cada empuje.

Finn entra y sale de mí con los dientes apretados, el torso rozándome los pechos, una mano en mi cadera y la otra junto a mi cabeza, aferrada a la manta porque si me tocara con ambas manos perdería el último hilo de control.

Yo quiero que lo pierda.

Le rodeo la cintura con las piernas.

Él se queda sin aire.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Sí lo sé.

—No.

Baja la boca a mi oído.

—No, no lo sabes. Pero voy a enseñártelo.

El siguiente empuje es más fuerte.

Se me escapa un sonido roto y Finn lo sigue con otro, bajo, oscuro, casi animal. Se mueve otra vez. Y otra. Cada vez un poco más hondo, un poco menos controlado, como si estuviera arrancándose a sí mismo todos los años en que fingió que no me deseaba, todos los pasillos donde cuadró la espalda, todas las veces que me vio reír con otros hombres y tuvo que tragarse la bilis porque no tenía derecho a nada.

Ahora sí lo tiene.

Y yo quiero dárselo.

Le araño la espalda.

Finn gruñe.

—Hazlo otra vez.

Lo hago.

Sus caderas golpean contra mí con más fuerza, y el placer me sube de golpe, mezclado con la presión, con el roce, con el peso de él sobre mí, con el olor de su piel caliente, con el sonido de su respiración perdiendo la compostura. La cama cruje bajo nosotros. Una vela chisporrotea. Al otro lado de la puerta existe un mundo entero, pero aquí dentro solo está Finn entrando en mí como si quisiera quedarse impreso en cada parte de mi cuerpo.

—Mía —dice contra mi boca.

—Sí.

—Dilo.

El orgullo me arde.

El deseo lo incendia.

—Tuya.

Finn se rompe.

No del todo. No todavía. Pero algo se le va de las manos. Me besa con una brusquedad que me parte el aliento y el ritmo cambia, se vuelve más urgente, más sucio, más desesperado.

Yo me aferro a él.

A mi Finn.

Mi mozo de cuadras. Mi capitán. Mi proscrito. Mi hombre grande, imposible, hermoso, que tiembla dentro de mí y aun así intenta no hacerme daño.

El placer vuelve a tensarse bajo mi vientre. Más hondo ahora. Más oscuro. Más ligado a él. Finn lo siente antes que yo, porque cambia el ángulo, mete una mano entre nuestros cuerpos y me acaricia donde antes me había deshecho con los dedos. Me arqueo contra él con un gemido tan alto que él me tapa la boca con la suya, no para callarme, sino para quedarse dentro del sonido.

—Eso es —jadea—. Ven conmigo.

No sé cómo obedecer una orden así.

Pero mi cuerpo sí.

El placer me arrastra con una fuerza que me deja sin pensamiento. Me cierro alrededor de él, me rompo contra su boca, contra su mano, contra su cuerpo, con las piernas apretadas en su cintura y las uñas clavadas en su espalda. Finn intenta seguir moviéndose despacio, pero mi cuerpo lo aprieta y él pierde el ritmo, suelta una maldición contra mi cuello y se hunde en mí con dos empujes más, profundos, temblorosos, casi desesperados.

Se queda dentro.

Muy dentro.

Y cuando se derrama, cuando su cuerpo entero se tensa sobre el mío y su voz se rompe con mi nombre, siento que Finn Shaw por fin deja de luchar.

Apoya la frente contra mi hombro, respirando como si hubiera corrido hasta el fin de la tierra y hubiera vuelto solo para morirse encima de mí.

Yo le acaricio el pelo.

No digo nada.

Durante un rato, no hace falta.

Luego él levanta apenas la cabeza, con los ojos todavía nublados y el ceño fruncido, como si incluso después de todo siguiera enfadado conmigo, con él, con el mundo y con la posibilidad de sentir tanto sin que nadie lo haya autorizado.

—Si vuelves a intentar dejarme tranquilo —murmura—, te encierro en esta habitación y le pido a Patrick que repita la frase hasta que sea legal en siete reinos.

Se me escapa una risa débil.

—No creo que funcione así.

—A estas alturas, el pobre hombre ya no sabe qué ha oficiado. Podemos aprovechar la confusión.

Le acaricio la mejilla.

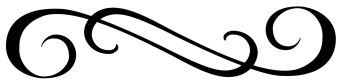
—No quiero dejarte tranquilo.

Finn me mira.

Y ahí, debajo del humor, del deseo, del enfado y de esa brutalidad preciosa con la que me ha amado, veo el miedo que todavía no se le ha ido.

—Bien —dice, muy bajo—. Porque no creo que pueda volver a estarlo nunca más hora que eres mi esposa.

Capítulo 32



«FINN»

—La viuda conserva la casa, las llaves, los criados, la renta y el derecho de permanencia —dice—. El documento ya estaba firmado por Malcolm, como suponíamos. Ahora, además, está copiado, leído ante quien debía oírlo y en manos de gente a la que no le conviene que desaparezca. Drummond tendría que ser muy imbécil para intentar negarlo.

Kerran se reclina contra la silla con una sonrisa lenta.

—Hablamos de Malcolm Drummond.

—Por eso he dicho «muy imbécil», no «moderadamente torpe» —responde Altair.

Levanto el vaso, porque esa parte sí merece brindis y porque, si no hago algo con las manos, acabaré arrancándome la piel de pura tensión acumulada.

—Por Lady Elspeth.

Caelan asiente y repite el brindis. Darian también, sin levantar del todo la vista de la navaja. Kerran bebe con una solemnidad falsa que no le dura ni medio trago.

—Y por Lady Gordon —añade—. Que ha demostrado una inclinación preocupante por robar papeles ajenos.

—No sé por qué me miráis como si yo hubiera enseñado a mi esposa a delinquir.

Altair deja el vaso sobre la mesa.

—No. Eso parece talento natural.

—Y buen criterio —añado.

Kerran se inclina un poco hacia delante, apoyando un codo en la rodilla. El fuego le dibuja sombras en la barba, en la cicatriz, en esa cara suya de hombre que nació para parecer peligroso incluso cuando solo está pensando en si la cena llevaba poca sal.

—¿Esposa? —repite, saboreando la palabra con una malicia lenta—. Qué pronto se acostumbra uno a las desgracias cuando vienen con buena boca.

Lo miro por encima del borde del vaso.

—No hables de mi mujer como si fueras a probarla.

Kerran sonríe.

—Míralo. Ya gruñe.

—Antes también gruñía —dice Darian sin levantar la vista de la navaja—. Solo que antes fingía que era una broma.

—Y hablando de desgracias legalmente consumadas —continúa Altair, como si no acabara de disfrutar con cada palabra—, vuestro matrimonio también queda registrado. Nadie podrá acusarte de secuestro con demasiado entusiasmo sin quedar como un idiota delante de cualquiera que sepa leer.

—Eso reduce mucho el público —murmura Kerran.

Altair le concede una mirada seca.

—Por desgracia, sí.

Yo bajo el vaso despacio.

—Bueno… —Altair ladea apenas la cabeza, y ahí sí, en esa pausa mínima, aparece el cabrón satisfecho que lleva dentro—. Ella podría acusarte de haberla arrastrado hasta el altar con métodos discutibles.

—No fue un altar —murmuro—. Fue una emboscada con cura.

—Eso empeora tu defensa.

—No si el cura estaba de mi parte.

Caelan deja escapar una risa baja mientras se sienta frente a mí.

—Normal. Dabas miedo. Jamás pensé que te vería tan cabreado.

Yo sonrío porque es lo que hago cuando alguien se acerca demasiado a una verdad.

—Qué noche tan agradable para que todos os pongáis insoportablemente profundos. ¿Habéis ensayado mientras yo no estaba?

Kerran levanta el vaso hacia mí.

—Nos inspiras.

—Eso sí que es una acusación fea.

Altair coge el vaso, pero antes de sentarse se inclina hacia mí lo justo para que solo yo pueda oírlo. Algo en su cara, apenas un movimiento breve junto a la boca, me advierte de que viene con veneno.

—La viuda preguntó por la cantimplora de tu esposa.

Me quedo con el vaso a medio levantar.

—No.

—Malcolm la encontró —murmura—. Pensó que era whisky. Bebió —añade Altair.

El aire se me queda atravesado en la garganta y la risa me sube desde el pecho con una fuerza tan indigna que tengo que apretar los dientes para no soltarla entera allí mismo.

Soy un hombre adulto, o al menos he logrado engañar a varias personas durante años. Acabo de casarme, he sobrevivido a demasiadas desgracias y se supone que debería conservar alguna clase de compostura delante de mis compañeros.

Pero Altair se sienta como si no acabara de darme la noticia más hermosa y repugnante del día, bebe un trago con una tranquilidad de verdugo educado y me deja solo con la imagen.

—¿Qué? —pregunta Kerran.

Niego con la cabeza, lo cual solo empeora las cosas, porque Darian deja de pasar la piedra por la navaja y Caelan me mira por encima del vaso con esa paciencia de hombre que sabe esperar a que una mentira se rompa sola.

—Nada —consigo decir.

La voz me sale tan rota por los bordes que ni yo me creo.

—Eso no era nada —dice Darian.

—Era menos que nada.

Kerran se inclina un poco hacia delante, con la sonrisa ya afilada.

—Finn, tienes la cara de un hombre al que acaban de regalarle una desgracia ajena.

—Y aun así, por una vez en vuestra vida miserable, tendréis que vivir sin conocer todos los detalles.

Altair deja el vaso sobre la mesa, muy despacio, disfrutando de mi tormento con la serenidad de un santo podrido.

—Por lealtad matrimonial —añade.

Kerran abre los ojos un poco más.

—Ah. Entonces sí necesito saberlo.

—No —digo, llevándome el vaso a la boca para ocuparla antes de que me traicione—. No lo necesitas. Nadie necesita saberlo. De hecho, Escocia sería un lugar más pacífico si nadie volviera a pronunciar la palabra cantimplora delante de mi esposa durante una temporada.

Caelan mira a Altair, luego a mí, y el muy desgraciado empieza a sonreír sin saber siquiera por qué.

—Tiene que ver con Iseabail.

—Todo lo que desbarata la paz de un hombre acaba teniendo que ver con Iseabail —respondo.

—Según la viuda —añade Altair en voz baja, solo para rematarme—, lo escupió con una cara de horror bastante notable.

—Me he casado con una obra de arte —digo, secándome los ojos con el pulgar.

Kerran señala mi vaso con el suyo.

—Lo contarás tarde o temprano.

—Puede —digo, entrecerrando los ojos—. Cuando sea anciano, ciego y ella no busque venganza en un pobre viejo demente.

Altair bebe otro trago.

—Yo tampoco pienso contarlo.

—Eso significa que es excelente —murmura Kerran.

—Significa que todavía conservo cierto aprecio por mi lengua —responde Altair—. Y por mi garganta.

Caelan sonríe apenas.

Miro el whisky, el fuego, los rostros de esos hombres que conocieron mi hambre, mi barro, mis peores chistes y mis silencios más feos, y sonrío aunque no quiera.

Darian me observa por encima del vaso.

—Estás raro.

—Estoy casado.

—No. Raro de otra manera.

—Qué precisión tan conmovedora, Laird MacNab. Me alegra ver que tantos años de liderazgo te han dado una mente fina.

Él suelta una carcajada.

Yo miro al techo negro, a los filones brillantes que cruzan la piedra como venas antiguas. La luz del fuego se pega a ellos un instante y luego se rompe.

Cuando llegué aquí por primera vez, este lugar era una herida en la montaña. Oscura, útil, escondida.

Éramos menos. Más flacos. Más jóvenes, aunque ninguno de nosotros tuvo nunca una juventud sencilla.

Darian llevaba las ganas de venganza como si fuera una segunda piel. Kerran se reía de cosas que no tenían gracia y desaparecía cuando el silencio le enseñaba demasiado los dientes. Altair miraba a todo el mundo como si estuviera calculando cuánto tardaría en traicionarlo. Broen dormía con la mano cerca de la daga incluso cuando fingía estar tranquilo.

Y yo hacía chistes.

Muchos.

Demasiados.

A veces porque me salían. A veces porque, si uno hace reír al hombre adecuado en el momento adecuado, ese hombre tarda un poco más en recordar que puede pegarte, echarte o mirarte como si no valieras ni el barro seco de su bota.

Kerran parece seguirme el pensamiento. Maldito sea.

—Siempre pensamos que espantabas a las mujeres a propósito.

Yo vuelvo la cabeza hacia él.

—Perdona. Yo nunca he espantado mujeres. Las mujeres me adoraban.

Darian resopla.

—Las mujeres se reían contigo.

—Eso se parece bastante al amor si has tenido una infancia pobre.

Caelan sonríe en el borde del vaso.

—No. Kerran tiene razón. Había algo. Te acercabas, las hacías reír, las mirabas como si de verdad las escucharas… y justo cuando podían empezar a tomarte en serio, soltabas alguna estupidez lo bastante grande para que recordaran que contigo no había dónde agarrarse.

El comentario me entra más hondo de lo que me gustaría.

Me rasco la barba, solo por tener algo que hacer con la mano.

—Qué noche tan bonita para hablar de defectos ajenos. ¿No preferís empezar por Kerran?

Kerran levanta el vaso.

—Inténtalo. Estoy borracho y sentimental. Podría gustarme.

—Eso sí que da miedo —murmura Altair.

Darian se ríe.

Caelan no.

Caelan sigue mirándome con esa paciencia suya, la que usa cuando sabe que uno está esquivando y decide dejarle cuerda solo para verlo enredarse solo.

—¿Era eso? —pregunta—. ¿Las espantabas?

No contesto enseguida.

El whisky me calienta la lengua. Mala combinación con la memoria.

—No las espantaba —digo al fin—. Les dejaba la puerta abierta para que se dieran cuenta solas de que estaban entrando en una casa sin techo.

Kerran baja el vaso despacio, y por una vez tiene la decencia de no sonreír en el acto, lo cual me resulta mucho más ofensivo que cualquier burla.

—Qué imagen tan triste para un hombre.

—No te emociones. Lo he dicho solo para que os diera pena y dejaseis de tocarme las narices.

—No ha funcionado —dice Darian.

—Ya veo. Qué grupo tan poco compasivo.

Kerran apoya la espalda en la silla y me estudia con esa mirada suya de proscrito que ha aprendido a reconocer heridas aunque vengan bien peinadas.

—Y entonces llegó ella.

—No llegó —corrijo, porque por alguna razón necesito ser exacto—. Iseabail no llega a ninguna parte. Iseabail irrumpe como una vela encendida en una habitación llena de hombres que aseguraban ver perfectamente a oscuras. Luego, cuando quieres darte cuenta, ya no puedes ver nada sin esa luz.

Darian deja de jugar con la navaja. Kerran me mira como si acabase de sacar una reliquia de debajo de una piedra. Altair baja los ojos al vaso, pero sé que escucha. Caelan no sonríe. Eso, en él, es una forma de respeto.

—Joder —murmura Kerran al cabo—. Y luego decías que no estabas perdido.

—Estoy borracho. Eso no cuenta.

—Cuenta el doble —dice Darian—. Sobrio mientes mejor.

—Qué poca confianza.

—Ninguna —responde Altair.

Me río y bebo otro trago, aunque ya empiezo a notar el calor del whisky en la nuca, bajo las costillas, en esa parte del pecho donde desde hace horas se me ha instalado una mujer con ojos de tormenta y una capacidad admirable para desordenarme la vida sin pedir permiso.

Y reconozco que esta clase de conversación solo puedo tenerla con hombres que ya han hecho el ridículo por una mujer y siguen cuerdos de milagro. Y esta mesa está llena de expertos.

—Era distinta —digo, y esta vez no intento hacerlo gracioso, quizá porque ya no me queda suficiente defensa limpia—. No porque fuera una dama noble. Eso era lo menos interesante de ella. Su casa, su apellido, sus hermanos, todo aquel ruido Gordon que venía pegado a su falda… eso solo era el muro. Lo que importaba estaba dentro. Tenía diecisiete maneras de mirar una habitación y en todas parecía estar contando las mentiras y las estupideces de los hombres presentes. Se reía donde otras habrían agachado la cabeza. Preguntaba justo lo que nadie quería que preguntara. Y cuando la mandaban callar, no se callaba; solo elegía una frase mejor para volver a morder en el mismo sitio.

—Y pareces feliz con la condena —dice Caelan.

Miro el fuego. Las llamas doblan la luz sobre la piedra, sobre los vasos, sobre los nudillos marcados de Darian, sobre la manga oscura de Altair, sobre la cicatriz que cruza la ceja de Kerran.

Pienso en Iseabail en el castillo de Huntly, demasiado joven, demasiado viva, demasiado vigilada.

Y en la feria, en sus cartas, en la forma en que convertía un mantel mugriento y cuatro dibujos en una mesa donde las mujeres podían recordar que tenían voz.

Pienso en el convento, en lo que intentaron hacerle, en todo lo que no lograron matar en ella. Y entonces el deseo se me mezcla con algo peor, más grande, menos manejable.

No es solo quererla en mi cama, aunque Dios sabe que esa parte no ha venido precisamente floja. Recordar su boca, su piel, su manera de temblar cuando la toco. Es otra cosa. La clase de hambre que no se calma tocando y la clase de orgullo que duele.

—¿Y ella? ¿Se acostumbrará a esto? —pregunta Kerran.

—No —digo con sinceridad—. Iseabail no se acostumbra a nada. Lo conquista, lo cuestiona, lo revuelve, decide si le sirve y, si no, le cambia el nombre. No es una mujer hecha para quedarse quieta. Ni siquiera cuando está sentada parece quieta. Siempre está yéndose hacia alguna parte por dentro.

Caelan asiente despacio.

—Es inquieta.

—Inquieta es decir poco. Iseabail es una puerta golpeando con viento aunque no haya viento.

Kerran se ríe.

Altair apoya el vaso sobre la mesa.

—Ya ha empezado.

Lo miro.

—¿Qué ha hecho?

—La lavandería —dice Caelan, con un deleite seco.

Cierro los ojos.

—No.

Kerran se inclina hacia delante, encantado.

—Una mujer se ha negado esta tarde a lavar las camisas de los hombres de la galería norte.

—Eso no prueba nada. Quizá tiene buen juicio.

—Dijo que no entendía por qué los hombres que se llenan de sangre, barro y grasa tienen manos suficientes para empuñar una espada, pero no para frotar su propia manga. Que ella también quiere ser un Cuervo y empuñar una espada, no una camisa.

Abro los ojos.

Caelan bebe para ocultar una sonrisa.

—Y añadió que las mujeres del Refugio no son una orden religiosa dedicada al culto de los calzones ajenos.

Me quedo mirando a Caelan.

—Eso lo ha dicho Iseabail.

—No —responde Altair—. Lo dijo Mairi, la mujer de la lavandería. Iseabail solo estaba detrás, muy callada.

—Eso es peor.

—Mucho peor —murmura Darian—. Cuando una mujer como tu esposa se queda callada, es que ya ha puesto la semilla y está esperando a ver qué prende.

Kerran suelta una carcajada.

—También han pedido tablillas.

—¿Tablillas?

—Para turnos —dice Altair—. Y para anotar cuánta ropa entra, cuánta sale y qué hombres repiten manchas sospechosamente parecidas dos días seguidos.

—Santo Dios.

—No lo invoques —dice Caelan—. Me temo que se pondría de su parte.

No puedo evitarlo. Me río. Primero poco, luego más, porque la veo con una claridad absurda, apoyada en algún muro húmedo de la lavandería, con las mangas subidas, la barbilla alta, los ojos encendidos, fingiendo que no ha hecho nada mientras media docena de mujeres redescubre, de pronto, que el mundo no se cae si un hombre lava su propia camisa y que ellas tienen derecho a ser lo que quieran, incluso si eso implica empuñar una espada.

La veo así y el pecho se me llena de una cosa tan tonta, tan grande y tan peligrosa que casi tengo que beber para empujarla hacia abajo.

—Será feliz aquí —digo al fin— si aquí no intentamos convertirla en una estatua.

Caelan me observa.

—No creo que nadie tenga esa intención.

—No hace falta tenerla. Pasa solo. Primero dices «tú no lo entiendes». Luego «no te metas». Luego «aquí las cosas se hacen así». Y, cuando quieres darte cuenta, has construido una jaula con frases amables y te sorprende que ella intente arrancarle los barrotes con los dientes.

Aprieto los labios, pensando si alguna vez yo mismo lo he hecho sin darme cuenta.

—Aquí será feliz si la dejamos cambiar cosas —digo, más bajo—. No grandes cosas al principio. La montaña entera tendrá que esperar. Pero una cuerda de tender, una tablilla, una llave que pasa de una mano a otra, una mujer que descubre que puede negarse a lavar lo que no ensució. Iseabail no necesita un trono. Le basta con una grieta. Mete los dedos ahí y, cuando quieres darte cuenta, ha entrado luz.

Caelan deja el vaso en la mesa.

—Eso puede traer problemas.

—Ya los trae.

—Finn.

—Lo sé. Sé que se meterá donde no la llaman, que hará preguntas que incomoden a hombres que llevan años creyéndose necesarios por pura costumbre, que algunas mujeres la seguirán por razones buenas y otras por puro gusto de ver arder algo pequeño. Sé que habrá que pararla a veces, o intentarlo, que viene a ser lo mismo que pedirle al río que recuerde la cortesía antes de bajar. Pero también sé otra cosa.

Nadie habla. Ni siquiera Kerran.

—Sé que si un lugar solo puede sobrevivir mientras las mujeres se callan, ese lugar no está vivo. Está apuntalado.

Caelan vuelve a mirarme.

—¿Y si no le basta?

Ahí está. La pregunta verdadera. La que venía escondida debajo de la lavandería, de las tablillas y de las bromas. ¿Y si el Refugio, con toda su piedra, su humo, su secreto y su gente, no le basta a una mujer que aprendió a sobrevivir marchándose antes de que alguien la encerrara otra vez?

Apoyo el vaso sobre la mesa y me miro las manos. Son manos de hombre que ha robado, peleado, trabajado, acariciado y soltado demasiadas cosas demasiado pronto. No sirven para retener a Iseabail. Lo sé. Esa es quizá la primera forma decente de quererla.

—Entonces no le bastará —digo.

Kerran se queda quieto.

Caelan no aparta los ojos de mí.

—¿Y tú?

Sonrío sin levantar la cabeza.

—Yo he pasado media vida buscando un sitio donde no me echaran. Me parecía una ambición razonable para un don nadie sin más herencia que los dientes y la mala suerte. Luego la vi a ella y entendí que hay personas que no buscan un sitio. Buscan aire. No una cama, ni una mesa, ni una puerta con cerrojo. Aire. Espacio suficiente para ser enteras sin que nadie les diga que ocupan demasiado. Si ese aire está aquí, me quedaré aquí con ella. Si un día está en un camino, en una feria, en una casa junto al mar o en una maldita colina llena de viento donde no haya más techo que la lluvia, estaré allí.

Altair baja la vista.

Darian se queda muy quieto.

Kerran me mira como si por fin hubiera encontrado el sitio exacto donde clavar la burla y, por una vez, decidiera no hacerlo.

Caelan habla despacio.

—Eso no es poca cosa.

—No —digo—. Es una condena bastante incómoda.

—No suenas condenado —apunta Altair.

Levanto la cabeza y sonrío.

—Porque aún no me ha hecho lavar su ropa.

Kerran se echa a reír, Darian también y Caelan niega con la cabeza, pero ya no insiste. Se lo agradezco en silencio, porque si me hace otra pregunta así quizá acabo diciendo algo imperdonablemente hermoso y entonces no tendría más remedio que tirarme al lago subterráneo por vergüenza.

Altair, que lleva un rato callado, hace girar el vaso entre los dedos.

—¿Y Robert Gordon?

La sala cambia.

No mucho. Lo justo para que el fuego parezca sonar de otra manera.

El nombre de Robert Gordon no trae miedo en esta mesa, pero sí otra cosa: una deuda antigua, una vergüenza que no pertenece a Iseabail y que, sin embargo, le colgaron del cuello hasta que casi la ahogaron.

Kerran habla primero.

—Por lo que a mí respecta, necesita una lección.

—Una lección —repite Altair, con esa voz suya de abogado que ya está temiendo la respuesta— puede significar muchas cosas viniendo de ti.

—Hoy estoy siendo moderado.

—Eso me preocupa más.

Caelan se apoya en el respaldo, pensativo. No está sonriendo, pero tampoco intenta detener la idea, y eso en Caelan ya es media bendición y un cuarto de condena.

—No podemos entrar allí como una partida de guerra.

—Nosotros no, pero ella sí —dice Altair—. Si Iseabail se presenta como esposa orgullosa de Finn ante su familia…

—Eso dolería.

—Más que una paliza —dice Darian.

—Una paliza se cura —murmuro—. Robert podría convertirla en orgullo, en ofensa, en otro cuento sobre la violencia de los proscritos y la deshonra de su hermana. Pero verla entrar por la misma casa que la echó como si fuera una vergüenza, con mi mano en la suya, con su nombre en su propia boca y sin pedir perdón por nada… eso no se cura tan fácil.

Caelan me observa con cuidado.

—¿Y ella querrá volver?

La pregunta me toca un sitio áspero.

—No lo sé.

Altair alza una ceja.

—Antes has dicho que la conocías.

—La conozco lo bastante para no decidir por ella.

Eso deja un silencio breve, distinto. Uno que pesa bien.

—Se lo preguntaré —añado—. Y si no quiere, no irá. Robert puede pudrirse con sus fantasmas en la misma sala donde empezó todo. No pienso darle ni un paso de ella si ese paso le cuesta más de lo que quiere pagar.

No sé si soy el hombre adecuado para acompañarla a mirar de frente la casa que la hizo sentir vergüenza por estar viva.

Pero si quiere hacerlo, iré.

Y si no quiere, también estaré aquí.

Ese pensamiento, sencillo y brutal, me deja más borracho que el whisky.

Darian levanta el vaso.

—Por Finn, que ha descubierto el amor y lo está llevando con una falta de orgullo lamentable.

—Por Iseabail —corrige Kerran—, que ha conseguido algo que ni el hambre, ni la horca, ni media Escocia persiguiéndolo lograron: dejarlo sin una broma a mano.

Levanto el vaso una última vez. Caelan inclina la cabeza. Darian espera a beber. Altair también. Kerran me observa un segundo con una extraña suavidad en los ojos y luego, porque sigo siendo un canalla con mejor fortuna, añado:

—Y por las lavanderas libres de Perthshire.

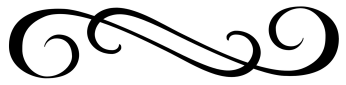
Ahí se rompe otra vez la mesa.

Me río con ellos, porque no hacerlo sería concederles demasiada ventaja, y porque quizá eso es lo que hemos hecho siempre mejor: reírnos al borde de algo que podría matarnos.

El fuego sigue ardiendo. El whisky baja. La montaña nos guarda.

Y, por primera vez en mucho tiempo, algo bueno me espera a la vuelta.

Capítulo 33



«ISEABAIL»

Entro en la habitación y me encuentro con Finn Shaw desnudo entero de verdad, tendido sobre la cama boca arriba, con un brazo doblado por encima de la cabeza y el otro caído a un lado del cuerpo, como si el sueño lo hubiera vencido antes de que pudiera decidir qué parte de sí mismo iba a esconder primero.

Tiene el pelo húmedo, más oscuro por el agua del lago, pegado en algunos mechones a la sien y revuelto sobre la manta. La barba leve le brilla apenas donde todavía conserva gotas diminutas, y la piel del pecho, del vientre y de los muslos conserva ese frío reciente que no logra enfriar del todo lo que hay debajo.

Me quedo en el umbral quieta como una imbécil.

La vela, casi consumida, le pone sombras en sitios que no deberían interesarme tanto. Bajo las costillas, en el hueco de la cadera, en la línea baja del vientre donde el vello se espesa y desciende hasta lo que mi mirada encuentra de forma inevitable.

Me acerco. Él no se mueve. Su pecho sube y baja con esa cadencia pesada de un hombre que ha bebido, que ha reído, que se ha metido en agua helada para arrancarse de la sangre un exceso de fuego.

Hay una gota detenida en la línea de su garganta. Otra le resbala muy despacio por el costado, se pierde en el colchón, y yo la sigo

con la mirada como si no tuviera nada mejor que hacer con mi dignidad.

Avanzo hasta la cama sin apartar los ojos de él. Lo miro. Entero. Sin urgencia, sin Finn inclinándose sobre mí como una tormenta que intenta tener cuidado de no arrasar demasiado.

Ahora está ahí, tendido y quieto, con las piernas un poco abiertas, los muslos fuertes relajados contra la manta, la piel erizada aún por el baño, el vientre subiendo y bajando bajo la luz pobre.

Tiene una rodilla algo doblada, el pie medio fuera del colchón, una mano abierta junto al muslo, los dedos grandes, algo enrojecidos por el agua fría. Y el sexo descansando entre los muslos, blando y pesado, ladeado sobre sí mismo, claro contra el vello húmedo, sin tensión.

Me acerco más.

Él sigue sin moverse.

—Qué generoso por tu parte —murmuro—. Morirte justo cuando empiezo a acostumbrarme a estar casada.

Su boca no se mueve.

Pero le tiembla un poco la respiración.

Ah. Así que estamos en eso.

Me arrodillo despacio sobre la cama, a un lado de sus piernas. El colchón se hunde y su cuerpo reacciona con una tensión mínima en el abdomen, tan leve que cualquiera podría no haberla visto.

Toda mi vida me han enseñado a mirar para para adelantarme a los deseos de los demás.

Ahora miro a Finn y leo otras cosas. El músculo que se endurece porque estoy cerca. La mandíbula que no se cierra del todo porque sabe que lo he descubierto. La respiración que se queda un poco más alta cuando mi mano se apoya en la cama, junto a su muslo.

—No sabía que también fingías dormir —digo en voz baja—. Qué decepción. Yo pensaba que solo fingías sensatez.

Ahora sí se le mueve la boca. Apenas. Un borde de sonrisa que nace y muere sin abrir los ojos.

—No finjo dormir —murmura, con la voz ronca, arrastrada por el whisky y el cansancio—. Estoy reuniendo fuerzas para sobrevivir a lo que sea que estés pensando.

—No estoy pensando nada.

—Eso sería muy tranquilizador si no te conociera.

—No me conoces tanto.

Abre un ojo. Solo uno. Verde, oscuro por la penumbra, con ese brillo suyo de hombre que se está riendo por dentro incluso cuando el cuerpo lo tiene rendido.

—Tal vez. Mi error sigue siendo esperar encontrarte donde te dejo en mi cabeza. Siempre se me olvida que tú no estás nunca donde uno cree que deberías estar.

—Qué frase tan bonita para decirme que esperabas encontrarme dormida.

—Lo difícil contigo es calcular qué desastre habrás decidido visitar antes de dormir.

—Hoy he decidido visitarte a ti.

El ojo abierto se oscurece un poco más. El otro se abre también. No dice nada enseguida, y eso me gusta demasiado.

Me gusta porque Finn tiene palabras para casi todo, palabras rápidas, torcidas, brillantes como cuchillos pequeños, y aun así a veces lo pillo antes de que pueda alcanzarlas.

Durante un instante no parece el hombre que siempre sabe qué hacer con una sala, con un caballo, con una amenaza o con una

mujer enfadada. Parece solo Finn. Cansado, borracho a medias, hermoso sin querer y peligrosamente al alcance de mis manos.

Bajo la mirada otra vez a su sexo relajado.

—Así impone menos —digo.

Su ceja sube despacio.

—Voy a intentar no ofenderme.

—No he dicho que no me guste.

—Entonces voy a intentar no emocionarme.

Me inclino un poco más. Él no se mueve, pero noto cómo se le queda la risa en la garganta cuando levanto una mano.

La dejo suspendida un segundo sobre él. Sé cómo se siente duro. Lo he sentido contra mi cuerpo, en mi mano, dentro de mí y luego con esa plenitud que todavía llevo grabada en un sitio muy sensible.

Pero es que así parece otra cosa. No menos masculino. Solo menos dispuesto a imponerse. Más vulnerable. Más suyo y, por eso, extrañamente más mío para mirar.

Lo rozo con dos dedos.

Finn deja de respirar.

No hago nada más al principio. Solo lo rozo. La piel está tibia, suave de una manera que no esperaba, con un peso blando que cede bajo mi tacto y vuelve a acomodarse cuando retiro apenas los dedos.

Me sorprende tanto que casi sonrío. Lo empujo un poco hacia un lado con la yema, muy despacio, observando cómo se mueve, cómo descansa de nuevo sobre el vello, cómo el cuerpo de Finn, ese cuerpo enorme, rápido, fuerte, lleno de humor y cicatrices, tiene también esta parte dócil que no puede disimular del todo.

—Es curioso —murmuro.

—Te ruego que no empieces una lista de observaciones.

—Creía que sería más… no sé. Más rígido incluso cuando no lo está.

—Eso sería agotador para todos.

—Ahora parece casi inocente.

Él suelta una risa baja, incrédula, que le contrae el abdomen y hace que el peso de su sexo se mueva apenas bajo mis dedos.

—No creo que nadie haya usado nunca esa palabra para referirse a esa parte de mí.

—Quizá porque no la habían mirado bien.

—O porque tenían juicio.

No le contesto. Estoy demasiado ocupada siguiéndole la forma con el dedo, desde la base hasta la piel más fina de la punta, que se esconde un poco, suave, casi tímida, antes de que mi tacto empiece a despertarlo.

Porque se despierta.

Primero como una respuesta pequeña, apenas un cambio de temperatura, una tensión que no estaba.

Luego se llena un poco más, pesando de otra manera sobre mi mano. La transformación no es brusca. Es mucho más fascinante por eso.

Igual que ver una idea hacerse carne.

Como si el deseo de Finn no apareciera de golpe, sino que subiera desde algún lugar hondo, arrastrado por mi curiosidad, por mi mirada, por el simple hecho de que lo toco sin miedo.

—Oh —se me escapa.

Finn gira la cabeza sobre la manta para mirarme mejor.

—¿Oh?

—Está cambiando.

—Qué perspicacia.

—Calla. Estoy mirando.

—Eso me preocupa más que muchas amenazas que he recibido sobre mi vida.

Le lanzo una mirada rápida, pero no retiro la mano. Al contrario. Cierro los dedos con un poco más de decisión, lo suficiente para notar cómo se afirma, cómo crece en mi palma, cómo deja de descansar y empieza a ocupar.

Finn aprieta los dientes. La pierna se le tensa sobre la manta. No me toca todavía. Eso me da una clase de poder tan extraña que el calor me baja al vientre con una lentitud casi cruel.

Luego, por pura curiosidad, porque mi cabeza no tiene arreglo y porque su cuerpo me parece ahora mismo un territorio indecente que no se parece a nada que haya aprendido a temer, bajo los dedos hacia sus testículos.

Finn abre la boca, pero no dice nada.

Eso sí que merece atención.

Los toco con cuidado, mucho más del que suelo tener para casi todo. Son blandos, pesados, cálidos, más sensibles de lo que esperaba. Se mueven en mi mano con una vulnerabilidad que me deja sin burla.

Los recojo apenas en la palma, los levanto lo justo para notar el peso y los dejo caer de nuevo con suavidad, fascinada por algo tan simple y tan poco contado, por esa parte de un hombre que no se parece a la fuerza que presume tener, sino a un secreto colgando entre los muslos, expuesto, vivo, confiado o imprudente.

—Esto sí que no me lo esperaba —digo.

Finn cierra los ojos.

—Voy a necesitar que seas más precisa, porque ahora mismo hay varias cosas que podrían humillarme.

—Pesan.

—Estupendo.

—No lo digo como algo malo.

—Menos mal. Mi hombría estaba a punto de marcharse de la habitación envuelta en una manta.

Se me escapa una risa pequeña y, al hacerlo, mis dedos se mueven. Él suelta aire por la nariz, demasiado rápido, demasiado áspero. Lo miro. Tiene los ojos cerrados, la boca tensa y el cuello marcado por un pulso que late con bastante menos calma que hace un momento.

—Te gusta.

Abre los ojos.

—Mi cuerpo ha decidido ponerse de tu parte antes de consultar conmigo.

—Qué sensato tu cuerpo.

—No suele serlo cuando estás cerca.

Vuelvo a subir la mano hacia su sexo. Ya no está blando. Ha crecido lo suficiente para levantarse contra mi palma, más grueso, más caliente, la piel tirante poco a poco, la punta empezando a descubrir ese brillo húmedo que recuerdo demasiado bien.

Lo acaricio con una mezcla de torpeza y decisión que me avergonzaría si Finn no tuviera la cara de un hombre al que acaban de quitarle todas las rutas de escape.

—En el convento nos metían miedo sobre esta parte de los hombres —digo, más bajo.

Él se queda quieto.

—¿Y lo tuviste?

—Un poco.

Miro mi mano rodeándolo. Miro la manera en que su cuerpo sigue respondiendo, endureciéndose más, llenándome los dedos, imponiendo de nuevo su tamaño pero ya sin parecerme una amenaza desconocida.

—Ahora me da curiosidad —digo.

Finn suelta una risa que no llega a salir entera.

—Eso podría acabar peor para mí que tu miedo.

—Seguramente.

Me inclino un poco más y le paso el pulgar por la punta. Se le escapa un sonido bajo, casi una protesta, y eso me atraviesa entera.

Finn, que podría reírse de su propia ejecución si encontrara buen público, haciendo ese ruido porque mi dedo acaba de tocarlo donde más vivo está.

Entonces él se incorpora de golpe.

Con una decisión que cambia la cama, el aire, mi mano todavía cerrada alrededor de él. Me atrapa la muñeca, mantiene mi mano ahí, obligándome a sentirlo duro del todo contra mi palma mientras se queda sentado frente a mí, el pelo húmedo cayéndole sobre la frente, los ojos oscuros y la boca demasiado cerca.

—Ahora —dice— me toca a mí hacer trabajo de investigación.

La frase me golpea en el vientre.

—No he terminado.

—Sí, lo has hecho.

—Finn.

—No me mires como si yo hubiera empezado esto. Has entrado, me has encontrado indefenso…

—Desnudo. No indefenso.

—Para un hombre casado con una mujer como tú, viene a ser lo mismo. Me has mirado como si estuvieras tasando una pieza rara, con mucho interés académico y luego has bajado a comprobar la calidad de todo el conjunto. Creo que tengo derecho a unas pocas pesquisas.

—No eres esa clase de hombre diligente.

—Esta noche me siento muy inclinado al estudio.

Capítulo 34

«ISEABAIL»

Me tira de la muñeca con suavidad y yo, que podría resistirme, no lo hago. Me acerco sobre la cama hasta quedar entre sus muslos, con la mano aún sobre él, con su otra mano subiendo despacio hasta mi cintura.

Me acerca lo suficiente para que mi rodilla roce su cadera, para que su cuerpo desnudo me caliente la falda, para que su sexo quede atrapado entre nosotros como una respuesta que ya no admite fingimientos.

—¿Y qué piensas investigar? —pregunto, y me odio un poco por cómo me sale la voz, más baja, más viva.

Finn baja la mirada a mi boca. Luego a mi cuello. Luego a la tela de mi vestido, a los cordones, a la parte de mí que aún no ha tocado y que, maldita sea, empieza a comportarse como si lo estuviera esperando.

—Primero —dice— voy a averiguar cuántas capas llevas puestas y cuántas puedo quitarte antes de que pierda la paciencia.

Me entra una risa pequeña, tonta, maravillada, porque no sé cómo es posible que un hombre tan grande pueda parecer a la vez tan peligroso y tan condenadamente encantador.

—No te rías. Has hecho observaciones muy hirientes sobre mi estado de reposo. Lo mínimo es que me permita cierta curiosidad académica.

La sonrisa le aparece despacio, cálida, ladeada, con esa desvergüenza suya que me revuelve por dentro incluso cuando no dice nada indecente.

—Te gusta que te mire —digo, pero no lo digo para pincharlo. Lo digo porque acabo de darme cuenta y me enternece de una forma indecente.

Finn deja escapar el aire despacio.

—Me gusta demasiado casi todo lo que haces, y eso empieza a parecerme una falta grave de carácter.

—No parecías tan quejoso hace un momento.

—Hace un momento estabas tocándome los huevos como si no fueran parte de una persona que intenta conservar su dignidad.

Ahora sí me río. Ya no puedo contenerme más. Una risa escandalosa.

Él me mira reír y algo se le deshace en la cara, como si mi risa le hubiera tocado un sitio donde el whisky no llega.

—No me burlaba de ti —susurro.

—Eso no lo mejora tanto como crees.

—Solo estaba sorprendida… —Bajo la mirada un segundo, y el calor me sube al cuello aunque no aparto la mano del todo—. Porque no sabía que eso podía ser así. Tan… vulnerable.

Finn se queda callado. Solo un segundo, pero lo bastante para que yo note que he dicho algo que le gusta más de lo que piensa admitir.

—Vulnerable —repite.

—Un poco.

—Una observación devastadora para mi buen nombre.

—Tu buen nombre sobrevivirá. Es tozudo.

—Mi buen nombre acaba de ser manipulado hacia un lado y hacia el otro por una mujer con cara de estar descubriendo la rueda.

Me tapo la boca con la mano libre, riéndome ya sin remedio.

—No digas eso.

—Lo has hecho.

—Lo estaba mirando.

—Lo estabas moviendo.

—Para mirar mejor.

Finn se ríe entonces, y esa risa me calienta más que cualquier cosa. Porque no se ríe para escapar. Se ríe conmigo. De nosotros. De esa torpeza dulce y sucia que acaba de instalarse en la habitación y que no se parece a nada que hayamos conocido antes.

Se inclina y me besa el hombro, justo donde la camisa ha resbalado sin dejar de sonreír. Con la boca caliente y lenta, con una suavidad que me hace cerrar los ojos. Luego sí, deja los dientes un instante, apenas una presión juguetona, y el escalofrío me baja por el pecho hasta el vientre.

—Primer hallazgo —murmura contra mi piel—. Te ríes antes de ponerte colorada.

—Yo no me pongo colorada.

—Es cierto. La vela se ha conmovido y ha decidido iluminarte más.

—Qué tontería.

—Segunda observación académica: te gustan mis tonterías.

Me gustan tanto que casi me duele.

Pero no se lo digo así. No todavía. En lugar de eso, le apoyo la frente en la sien húmeda, respiro ese olor a lago frío, a whisky, a piel limpia y a Finn, y siento que se me afloja algo viejo por dentro. Algo que no sabía que seguía apretado.

—Me gustas tú —digo.

La frase sale simple. Sin adorno. Casi demasiado desnuda para una habitación donde aún llevo ropa.

Finn se queda inmóvil.

No esperaba eso. O quizá sí, pero no así. Sin ironía.

—Eso es muy imprudente —dice al fin, con la voz más baja.

—Ya. Me pasa mucho contigo.

Entonces me besa los labios y lo hace como si mi frase le hubiera dejado la boca sin defensa y necesitara ponerla en algún sitio antes de decir algo demasiado grande.

Sus manos van a mi cintura, cálidas ya del todo, y me sostienen con esa mezcla suya de cuidado y hambre que me vuelve un poco inútil para cualquier pensamiento ordenado.

—Tercer hallazgo —murmura, y la voz le vibra contra mi cuello cuando baja la boca ahí—. Cuando dices algo bonito, intentas quedarte muy quieta, como si así pudiera pasar desapercibido.

Me río otra vez, muy poco, porque su boca empieza a bajar por mi hombro con una intención que no tiene nada de modesta. Me besa la piel descubierta, la muerde apenas en la curva donde el cuello deja de ser cuello y empieza a ser otra cosa más vulnerable, y yo noto cómo se me afloja el cuerpo por dentro de una forma que no quiero analizar demasiado.

Sus dedos suben a los cordones de la camisa y tiran de ellos con una paciencia casi ofensiva, soltando uno, luego otro, sin dejar de

rozarme con la boca cada vez que encuentra un hueco nuevo de piel.

—Podrías hacerlo más deprisa —digo, aunque no sé si lo digo porque quiero que acabe o porque quiero que no acabe nunca.

—Podría.

—Eso no era una pregunta.

—Lo sé.

—Finn.

—Cuarto hallazgo —susurra, rozándome la clavícula con los labios—. Te impacientas cuando te tratan como algo que merece tiempo.

Me quedo callada mientras me abre la camisa del todo y la tela resbala por mis brazos, despacio, quedándose un instante atrapada en los codos antes de caer hasta mi cintura. No hace frío, o quizá sí, pero no lo siento como frío.

Siento la mirada de Finn sobre mi pecho, sobre mi vientre, sobre las marcas de cansancio y de vida que todavía llevo en la piel, y por primera vez en mucho tiempo no intento colocarme mejor para ser vista de una forma más amable.

Él me mira como si no necesitara corregirme nada.

Eso casi me mata.

—No pongas esa cara —murmuro.

—¿Cuál?

—Esa de hombre que ha encontrado algo que no piensa devolver.

Sus ojos suben a los míos y la sonrisa tarda un segundo en aparecer, más pequeña de lo normal, menos canalla y por eso peor.

—Quinto hallazgo. A veces entiendes perfectamente lo que estoy pensando y aun así prefieres culpar a mi cara.

—Tu cara tiene mucha culpa de muchas cosas. Y tu sonrisa y tus ojos.

—Tú no estás libre de pecado, Iseabail.

Finn se inclina entonces y apoya la boca justo entre mis pechos, no en uno ni en otro, sino en el centro, donde el corazón me va demasiado deprisa. El gesto es tan sencillo que me desordena un poco el mundo.

—Ahí —dice contra mi piel—. Ese también lo quería aprender.

—¿El qué?

—Si te acelero el corazón tanto como tú a mí.

Me toma un pecho con la boca, y un jadeo se me rompe en mitad de la garganta. No lo hace como antes, cuando parecía que estaba tanteando cuánto podía encenderme sin quemarme; ahora sí hay hambre.

Me rodea la punta con la lengua, la succiona despacio, la suelta para rozarla con los dientes y vuelve a cubrirla con la boca cuando mi mano se le cierra en el pelo. La sensación me baja al vientre y entre las piernas con una claridad casi indecente, como si hubiera una cuerda tensa entre su lengua y ese sitio pequeño y sensible donde todo mi cuerpo parece estar reuniéndose para esperarlo.

—Sexto hallazgo —murmura, apartándose lo justo para respirar—. Cuando te muerdo un poco, me sujetas más fuerte.

—Es para que no te escapes.

—No pensaba hacerlo.

—Por si acaso.

Baja la mano por mi espalda mientras vuelve al otro pecho. Sus dedos recorren mi columna con lentitud, y ese cuidado en medio de tanta suciedad hermosa me hace apretar los muslos sobre los suyos.

La mano que tenía en mi espalda baja hasta mi cadera, luego a mi muslo, y empieza a recogerme la falda con una paciencia que ya no parece paciencia, sino una forma de tortura bien educada. Pliegue a pliegue. Centímetro a centímetro. Dejando al aire la rodilla, la parte alta de la media, la piel desnuda por encima.

—No hace falta que seas tan meticuloso con la falda —digo.

—No estoy siendo meticuloso con la falda.

—¿No?

—Estoy observando cuánto tardas en ayudarme.

La muy maldita frase me hace bajar la mirada a mis propias manos.

Al parecer mi cuerpo se ha declarado en contra de mis principios más elementales y tira de la falda hacia arriba con una impaciencia que lo hace reír contra mi pecho.

—Séptimo hallazgo —dice—. Tu orgullo se rinde ante tu deseo.

—Mi orgullo está tomando decisiones prácticas.

—Me cae bien tu orgullo.

—No le cojas cariño. Es muy suyo.

Me coloca una mano bajo el muslo y me mueve con facilidad. Me coloca como si le gustara que pesara sobre él.

Me gira un poco, me acerca, me cambia de postura hasta que quedo a horcajadas, frente a él, con la falda subida alrededor de las caderas.

Finn sigue sentado, pero su mirada ya no está en mi cara. Ha bajado a mis piernas, a la tela arrugada, al hueco oscuro que apenas se insinúa entre mis muslos.

Y el orgullo vuelve, pero ya no llega solo. Viene con esa extraña seguridad de saber que él mira porque le cuesta no hacerlo.

—Octavo hallazgo —dice, más bajo—. Si te miro ahí, se te olvida respirar, pero no te apartas.

—Estoy considerando si darte una patada.

—Tus rodillas están muy ocupadas.

—No abuses de mi situación.

—Estoy pensando en mejorarla.

No me da tiempo a preguntar qué significa eso. Finn se tumba de espaldas de nuevo. Me agarra por las caderas y me atrae hacia arriba, y durante un instante creo que va a colocarme sobre su sexo. Mi cuerpo se prepara para eso, se contrae, se abre, casi se adelanta. Pero Finn me desplaza más arriba.

Demasiado arriba. A la altura de su boca.

—Finn…

—Noveno hallazgo —dice desde abajo, mirándome con una calma indecente—. Cuando dices mi nombre así me vuelves loco.

Me sostiene las caderas con ambas manos. No me fuerza hacia abajo, pero mantiene mi sexo en vilo sobre su cara.

Me preocupa apoyarme demasiado, quererlo demasiado, que me guste. Me preocupa que me guste muchísimo. Que, si bajo del todo y su boca me toca ahí, en esa postura tan obscena, no pueda volver a fingir que mi deseo es algo que me ocurre a pesar de mí.

Porque esto no me está ocurriendo. Esto lo estoy eligiendo con las rodillas temblando y la falda en la cintura, pero lo estoy eligiendo.

Finn gira la cara y me besa el interior del muslo.

No entre las piernas aún. En el muslo. Cerca. Demasiado cerca.

El beso me hace cerrar los dedos en el cabecero.

—No hagas eso tan despacio.

Su risa me roza la piel.

—Décimo hallazgo. Mi paciencia te vuelve impaciente.

Me besa más arriba. Luego me muerde apenas, en la parte blanda del muslo, lo justo para dejar una marca que quizá mañana exista y yo pueda tocar con el dedo para recordarlo justo así.

Después mete una mano entre mis piernas y me abre con los dedos. Me separa los pliegues húmedos, me expone al aire y a su mirada, y el gesto, tan directo, me hace soltar una respiración temblorosa.

—Ahí estás —murmura.

No sé por qué eso me deshace.

No es una frase hermosa. No debería serlo. Pero lo es porque suena como si no estuviera mirando solo una parte de mi cuerpo, sino encontrándome en un sitio donde yo misma he entrado pocas veces sin miedo.

Sus dedos recorren mi humedad de abajo arriba, despacio, y luego se detienen en ese punto pequeño que lleva todo el rato sufriendo por su atención. Lo rodea con el pulgar, una vez, dos, hasta que mis caderas se mueven solas.

Y entonces me lame.

Me lame como un hombre que lleva demasiado rato conteniéndose con una paciencia que ahora se le rompe en la boca.

La primera pasada de su lengua me sube por la espalda como un golpe caliente. Me aferro al cabecero con las dos manos y me quedo sin pensamientos, sin nada salvo la lengua de Finn abriéndome, recorriéndome, aprendiendo con una rapidez indecente dónde me tenso y dónde me derrito.

No me deja caer del todo al principio. Me sostiene las caderas, me guía sin empujarme, dejando que mi sexo encuentre poco a poco su boca.

En cuanto mi cuerpo entiende que no va a romperlo, que no tengo que sostener toda mi vergüenza en los muslos, bajo un poco más.

Finn emite un sonido contra mí. Un sonido bajo, satisfecho, casi animal, que me vibra justo donde su lengua está trabajando y me hace apretar los dientes para no gemir como si me estuvieran arrancando algo necesario.

—No hagas ese ruido —digo, sin reconocer mi propia voz.

Él lo hace otra vez.

A propósito.

Le tiro del pelo. Suelta una risa contra mi sexo y la risa me golpea de tal forma que las rodillas casi me fallan. Entonces una de sus manos abandona mi cadera y baja entre mis nalgas.

Recorre esa línea con los dedos, desde la base de mi espalda hacia abajo, separándome un poco más, haciéndome sentir demasiado abierta, demasiado vista, demasiado viva.

Su mano sigue. Me abre por detrás con una presión suave de los dedos, solo acariciando, tanteando, sujetando esa parte de mí que jamás habría asociado al placer y que ahora, bajo su palma, se vuelve otro lugar donde mi cuerpo puede temblar.

Con la otra mano me pellizca la nalga, con una autoridad súbita que me arranca un sonido roto. La boca vuelve entonces, más firme, y la lengua insiste justo donde el pulgar había estado antes.

El mundo se reduce a esta obscenidad perfecta.

Estoy sentada sobre su cara. Con las piernas abiertas, con sus dedos entre mis nalgas, con una de sus manos marcándome la carne, con su boca comiéndome como si el hambre hubiera encontrado por fin un sitio donde puede saciarse.

Y yo, que entré en esta habitación para mirarlo a él, descubro que ser mirada desde abajo, sostenida desde abajo, deseada desde

abajo, tiene una clase de poder que no se parece en absoluto a estar por encima de un hombre, sino a dejar de estar debajo de nada.

—Undécimo hallazgo —murmura contra mí, y casi no se le entiende porque no se aparta del todo—. Si te muerdo aquí…

Lo hace. Apenas. En el interior del muslo, junto al borde húmedo, no donde pueda hacer daño, sino donde el susto se convierte en placer antes de llegar a la cabeza.

Grito.

No mucho.

Lo bastante.

Finn vuelve a lamerme con una satisfacción evidente, y esta vez sí me dejo caer un poco más, ya sin fingir que la postura no me domina.

Mis caderas empiezan a moverse sobre su boca.

Primero de forma torpe, vergonzosa, intentando encontrar el ángulo. Luego con más necesidad.

Él me ayuda. Sus manos me guían, me abren, me sujetan, me frenan cuando me voy demasiado lejos y me devuelven al sitio exacto donde la lengua me toca con una precisión que me empieza a romper desde dentro.

No dice más hallazgos. Gracias a Dios. Ya no hacen falta. Los está escribiendo con la boca.

El placer sube raro. Diferente. Más directo, pero no simple. Porque hay demasiadas cosas ocurriendo al mismo tiempo: su lengua en ese punto vivo, sus labios recogiendo mi humedad, sus dedos abriéndome por detrás, el pellizco ocasional en la nalga cuando intento apartarme por exceso de sensación, su respiración contra mí, mi propio peso sobre él, la vergüenza convertida en calor.

No soy bonita así.

No soy recatada.

No soy la hija de nadie.

Soy una mujer montada sobre la boca de su marido, empapada, temblando, aprendiendo que el cuerpo no solo puede ser prueba, culpa o condena. También puede ser decisión y puede ser pregunta. Y puede ser una venganza pequeña contra todas las manos que quisieron decidir por mí sin saber siquiera cómo se encendía una mujer.

—Finn —digo, y esta vez su nombre no es protesta ni aviso.

Él lo entiende.

Claro que lo entiende.

Mete dos dedos dentro de mí desde abajo, despacio, con una presión que me abre en otra dirección mientras su boca sigue arriba. El primer empuje me roba el aire. Y cuando curva un poco los dedos siento una presión interna que me hace doblarme hacia delante y apoyar una mano en la pared para no caer del todo sobre él.

El muy malnacido repite el movimiento.

Y ahí pierdo el orden.

No hay frase ingeniosa que sobreviva a eso. No hay dignidad que se mantenga erguida cuando un hombre te sostiene abierta con una mano, te come con la boca, te penetra con los dedos y encima parece más afectado por tus sonidos que por los suyos.

El placer se concentra, se estrecha, me deja sin sitio para escapar. Durante un instante no pasa nada, salvo que todo mi cuerpo se tensa demasiado. Después se rompe. No de forma dulce. No como un suspiro bonito. Se rompe como si algo que llevaba años apretado por fin encontrara una grieta y saliera a golpes. Gimo su nombre. Me

arqueo sobre su boca, me cierro alrededor de sus dedos y siento cómo Finn me sostiene más fuerte.

—Duodécimo hallazgo —murmura—. Cuando dejas de pelearte con tu propio placer, casi acabas conmigo.

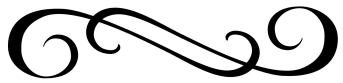
Me río, o intento reírme, pero me sale un sonido roto y sin fuerza.

Me ayuda a bajar antes de que pueda contestarle. No lo hace con aquella paciencia burlona de hace un momento, sino con una prisa contenida que se le nota en los dedos, en el modo en que me sujeta las caderas, en cómo me desliza.

Mi cuerpo pasa sobre su pecho, sobre su vientre, sobre su sexo duro, y ese roce largo, húmedo de mí, caliente de él, nos arranca a los dos una respiración mal puesta. Cuando mi sexo toca su erección, Finn aprieta la mandíbula con tanta fuerza que veo moverse un músculo bajo la barba.

Por un instante quedo medio tendida encima de él, torpe, deshecha, con la falda todavía enredada en la cintura y el pecho descubierto, respirando contra su cuello. Él huele a lago, a whisky y a mi propio cuerpo en su boca. La mezcla debería parecerme obscena. Lo es. También es una de las cosas más íntimas que he respirado nunca.

Capítulo 35



«ISEABAIL»

Me gira sobre la cama de una forma distinta a la de antes, sin ese juego de colocarme, acomodarme e ir descubriendo. Esta vez la manta se arruga bajo mi espalda, mi falda cae torcida sobre un muslo, mi pelo se desparrama contra la almohada y Finn queda encima de mí con una rapidez que me roba el aire.

La punta de su sexo entra lo justo para abrirme y después empuja fuerte. La entrada me estira de nuevo, me arde, me llena de una manera que todavía me asombra.

—Duele —murmuro, pero lo digo contra su boca, buscándola ya, mordiéndole un poco el labio cuando intenta apartarse para mirarme.

—Lo saco.

—Ni se te ocurra.

Su cuerpo tiembla sobre el mío.

—Entonces no me digas que duele con esa voz.

—¿Con cuál?

—Con la que hace que quiera ser bueno y dejar de serlo al mismo tiempo.

Me río, pero la risa se rompe cuando él entra un poco más.

La presión me arranca un gemido bajo, largo, que me avergüenza menos de lo que debería porque Finn lo recibe con la cara hundida en mi cuello, como si ese sonido le hubiera dado permiso para perder otra parte de sí.

Sus caderas avanzan despacio, luego se detienen, luego vuelven a avanzar. No hay elegancia. Hay cuidado peleándose con hambre. Hay un hombre demasiado grande intentando caber en una mujer que lo quiere entero, pero cuyo cuerpo aún recuerda que abrirse también puede ser una pequeña batalla.

Le rodeo la cintura con las piernas y lo atraigo hacia mí. Finn suelta una maldición contra mi cuello. Esta vez sí entra más hondo.

La sensación me deja sin aire. Me llena hasta un sitio donde no esperaba poder sentir tanto. El escozor sigue ahí, pero ya no manda. Se mezcla con el placer reciente, con la humedad que él me ha dejado, con la forma en que mi cuerpo aún palpita por dentro y lo recibe como si el orgasmo anterior hubiera abierto una puerta que ahora no sabe cerrarse.

Me gusta. Me gusta su peso, su tamaño, el modo en que mi cuerpo todavía protesta un poco y aun así lo busca, la forma en que sus músculos tiemblan cuando intenta no derrumbarse sobre mí, el sonido bajo que hace cuando me cierro alrededor de él, su pelo mojado, su olor, su risa perdida dentro del deseo. Me gusta tanto que la vergüenza no encuentra por dónde entrar.

Finn baja la cabeza y me besa la sien.

—Vas a acabar conmigo.

Vuelve a moverse, pero ahora hay algo distinto en él. Ya no intenta mantener una perfección imposible. Me acomoda mejor bajo su cuerpo, me sube una pierna hacia su costado y cambia el ángulo hasta que el siguiente empuje me toca en un sitio más hondo, más exacto, que hace que se me borre la risa de golpe.

Repite el movimiento, más lento, más profundo, y el placer me responde con una sacudida tan clara que tengo que morderle el hombro para no hacer demasiado ruido.

Finn se queda sin aire.

—Eso —murmura, y la palabra no suena a instrucción, sino a descubrimiento.

Lo hace otra vez.

Y otra.

El cuerpo aprende a abrirse a su ritmo. Aprende a esperarlo. Aprende a recibir ese golpe controlado de sus caderas.

Finn me mira. Su cara está ahí, encima de mí, deshecha de deseo, casi incrédula, como si tampoco él pudiera creer que por fin exista una forma de tocarme sin que el pasado meta la mano entre los dos. Le paso los dedos por la boca y él me muerde una yema, apenas, sin dejar de moverse.

—Eres preciosa —dice.

Lo odio un poco por decirlo justo cuando estoy sudada, abierta, con la falda torcida, las piernas temblando y una mano agarrándole el culo como si fuera lo único estable en la habitación.

El placer empieza a reconstruirse desde las ruinas del anterior.

Al principio me parece imposible. Estoy demasiado sensible, demasiado abierta, demasiado llena de él. Pero Finn cambia el ángulo otra vez, y su pubis roza ese punto externo cada vez que entra hasta el fondo, breve, exacto, suficiente para encender lo que creía agotado. Me agarro a su nuca. Lo beso mal. Él me responde peor. Nuestras bocas se encuentran con dientes, lengua, respiraciones partidas. Una risa se nos escapa a los dos cuando chocamos torpemente, pero esta vez no interrumpe nada. Se mezcla. La risa, el deseo, el sudor, el crujido de la cama, la vela, el

lago, la montaña entera guardándonos como si hubiera decidido cerrar los ojos por decencia.

—Dios, te amo tanto… —murmuro.

Finn se detiene.

De golpe.

Abre los ojos.

No sé qué ve en mí, pero yo lo veo todo en él.

El golpe.

El miedo.

La incredulidad.

Esa especie de alegría salvaje que no se atreve a ponerse de pie porque no sabe si la van a echar de la sala.

Le pellizco una nalga.

Él da un respingo dentro de mí.

—No pares ahora, Finn.

Me mira como si acabara de cometer una falta gravísima contra un momento sagrado.

—Me acabas de decir que me amas. No puedes decirme eso y esperar que siga como si nada.

Tiene la boca entreabierta, los ojos clavados en los míos y una expresión tan indefensa que me dan ganas de acariciarle la cara y de zarandearlo a la vez.

—Repítelo —dice.

Lo dice bajo. Casi con miedo.

Y entonces entiendo que se ha parado porque quizá nunca ha sabido qué hacer cuando alguien lo quiere sin pedirle que sea útil, divertido, valiente o conveniente. Porque Finn ha pasado media vida entrando y saliendo de sitios con una sonrisa preparada por si alguien decidía que sobraba.

Lo acaricio la mandíbula, áspera contra mis dedos.

—Te amo.

Sus ojos se cierran un instante, como si la frase le doliera demasiado bien.

—Otra vez.

—Finn…

—Por favor.

Ahí sí se me parte algo.

Se me parte esa última reserva absurda que todavía quería protegerme de la enormidad de quererlo en voz alta. Porque Finn no lo pide con vanidad. Lo pide como un hombre sediento que acaba de tocar agua y no sabe si era real.

Le rodeo la cara con las dos manos, obligándolo a volver a mí, aunque su cuerpo siga quieto dentro del mío y esa quietud me esté haciendo perder la cabeza poco a poco.

—Te amo —digo, más despacio—. Te amo cuando haces chistes malos, cuando finges que nada te duele, cuando me miras como si yo fuera una desgracia que te ha dado por cuidar con entusiasmo. Te amo cuando eres insoportable, cuando eres bueno sin querer parecerlo, cuando te ríes de ti mismo para que nadie vea dónde te han golpeado. Te amo tanto que a veces me entran ganas de gritarlo solo para no tener que quedarme callada con todo eso dentro.

Finn baja la frente hasta la mía.

Su respiración vuelve, pero vuelve mal. A golpes. Como si tuviera que aprenderla otra vez.

—No sabes lo que estás haciendo —murmura.

—Sí lo sé.

—No. No lo sabes. Si me dices eso así, voy a creer que ahora… lo tengo todo.

Deslizo una mano por su nuca húmeda, por los mechones revueltos, por esa piel caliente que todavía conserva algo del lago. Luego bajo por su espalda, por la tensión de sus músculos, hasta la curva de su cadera, y lo atraigo un poco hacia mí. El movimiento lo obliga a rozar dentro, apenas, y los dos contenemos el aire.

—Entonces créelo —susurro.

Finn me mira.

Durante un segundo no hay broma. No hay cuarto hallazgo, ni quinto, ni ninguna frase brillante que venga a salvarnos de esta cosa enorme y desnuda que acaba de entrar en la habitación sin llamar.

Solo Finn, con todo su cuerpo temblando encima del mío, dentro del mío, alrededor de mí, como si estuviera sosteniéndose al borde de una vida que nunca pensó que pudiera tocar.

Después me besa.

Me besa con dientes, con lengua, con una torpeza hambrienta que me hace gemir contra él, y entonces se mueve. Una vez. Profundo. Tan hondo que se me corta la respiración y me agarro a sus hombros.

Luego otra. Ya no con el cuidado perfecto de antes, sino con una urgencia más cruda, más verdadera, todavía atento a mi cuerpo pero incapaz de fingir que no se le ha prendido algo salvaje en la sangre.

—Dilo otra vez —me pide contra mi boca, mientras empuja.

Esta vez me río. Una risa rota, sin fuerzas, mezclada con un gemido porque vuelve a entrar justo en ese ángulo que me deja sin orden.

—Te amo —digo otra vez, porque ahora que he empezado parece imposible callarlo—. Te amo, Finn. Siempre lo he hecho.

El placer vuelve a crecer, pero ahora viene mezclado con esa declaración repetida, con la forma en que él la oye, con la manera en que su cuerpo se estremece cada vez que la digo. Es absurdo. Casi cómico. He encontrado un arma nueva y no sirve para herirlo, sino para deshacerlo.

Le digo que lo amo y Finn, mi Finn, pierde un poco más el juicio dentro de mí.

Baja la mano de mi cara a mi pecho, luego a mi vientre, luego entre los dos, y durante un segundo creo que va a tocarme donde más sensible estoy; pero no lo hace enseguida. Solo deja la palma sobre el lugar donde nuestros cuerpos se encuentran, como si necesitara sentir desde fuera cómo entra en mí.

—¿Lo notas? —me pregunta, con la voz destrozada—. Ahí —dice, casi sin voz—. Ahí estoy.

El placer me sacude en oleadas lentas, densas, y cada una parece apretarlo más dentro de mí.

Finn intenta moverse una vez más.

No puede hacerlo con destreza.

Eso me encanta.

Me encanta de un modo indecente. Sentirlo perder la habilidad, la medida, la frase, el ritmo; sentir que el hombre que hace un momento contaba hallazgos ahora no tiene más ciencia que hundirse en mí y temblar.

Sus manos me sujetan con más fuerza, una en la cadera, la otra en mi espalda, y me pega a él mientras su cuerpo se tensa entero.

Lo siento en el pulso de su sexo dentro de mi cuerpo mientras se vacía, en el temblor de sus muslos, en la forma en que se le corta la respiración contra mi garganta, en el peso que por fin se le escapa un poco encima de mí porque ya no puede sostenerse como quería.

Nos quedamos así.

Quietos.

Cuando por fin sale, lo hace con un cuidado que me hace apretar los dientes. No por dolor solamente, aunque también lo hay, sino por un ardor sensible, una plenitud que se va dejando hueco, donde antes estaba él. Finn lo ve en mi cara y se queda completamente quieto.

—Iseabail.

—Estoy bien.

—No me des respuestas preparadas.

—Estoy dolorida, pegajosa y bastante satisfecha, pero bien.

Su cara cambia. La preocupación no desaparece, pero se le mezcla una risa tan aliviada que por un instante parece más joven.

—Bastante satisfecha… Después de todo lo que he hecho esta noche, bastante es una falta de gratitud.

—Puedes presentar una queja por escrito. Se la daré a Altair.

—Altair no quiere ni debe saber nada de lo que ocurre con tu cuerpo, por su bien y el de nuestra amistad. Ya tiene cargo de conciencia por tener información delicada.

Finn me mira.

Yo lo miro.

—Espera —digo—. ¿Qué clase de información?

Finn se queda inmóvil.

Demasiado inmóvil.

Ay.

—Nada.

—Finn.

—Nada importante.

—Finn.

—Me parece que todavía estás muy sensible y no deberíamos entrar en asuntos que puedan alterar tu descanso.

Me incorporo un poco sobre un codo, a pesar de que todo mi cuerpo protesta con una pereza satisfecha.

—¿Qué sabe Altair?

Finn mira hacia la vela, hacia la manta, hacia cualquier lugar que no sea mi cara.

—Qué vela tan resistente.

—Finn Shaw.

Su boca se tuerce.

—Me encanta cuando usas mi apellido para amenazarme después de decir que me amas. Le da variedad al matrimonio.

Le pellizco el costado.

Él se ríe y me atrapa la mano antes de que pueda repetirlo. Luego me la besa en la palma, y ese gesto, tan pequeño después de todo lo que acabamos de hacer, me desarma de nuevo.

—Luego —dice—. Te lo contaré luego, pero ahora es más importante que vuelvas a decirme que me amas.

Y Finn, que parece capaz de sobrevivir a cualquier cosa, tiembla un poco cuando deslizo la mano sobre su pecho y la dejo justo donde

su corazón todavía corre demasiado deprisa y le repito que lo amo.

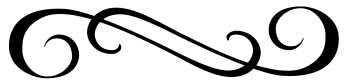
Me besa el pelo.

No dice que él también.

Todavía no.

O quizá sí lo dice, solo que en otro idioma: en la mano que se queda sobre mi cintura, en la respiración que tarda en calmarse o en la forma en que me acerca un poco más cuando cree que ya estoy medio dormida.

Capítulo 36



«ISEABAIL»

El castillo de Huntly no parece más pequeño cuando lo vuelvo a ver, y eso me irrita más de lo razonable.

Una espera que las casas que nos hicieron daño tengan la decencia de encogerse con los años, de enseñar grietas visibles, de parecer menos capaces de devorarnos cuando regresamos con el corazón más viejo y las rodillas mejor entrenadas para no doblarse.

Pero Castillo de Huntly sigue allí, alto, gris, suficiente de sí mismo, con sus torres recortadas contra un cielo pálido y sus ventanas estrechas mirando el camino como ojos que aún creen tener derecho a juzgar quién se acerca.

El patio exterior huele igual. A piedra húmeda, a caballos, a humo de cocina, a hierro viejo y a esa pulcritud severa que mi madre siempre confundió con virtud. Me llega antes de que crucemos el arco, antes incluso de que los cascos de los caballos cambien de sonido sobre la tierra apisonada y pasen a golpear los adoquines.

La garganta se me cierra un poco, los dedos se me tensan sobre las riendas, la espalda intenta enderezarse demasiado, como si aún hubiera alguien detrás dispuesto a corregirme la postura con una palabra, con una mirada o con la simple decepción de saberme viva en exceso.

Cuando Finn me habló de volver, yo imaginé que el simple recuerdo de esta casa bastaría para encogerla. Estábamos todavía desordenados en la cama, con el cuerpo tibio y la respiración volviendo poco a poco a su sitio, cuando él me acarició la cintura con esa mano suya que a veces parece hecha para pelear contra el mundo y otras para sostener una hebra de lana sin romperla.

—Quiero que entres allí con la cabeza alta —me dijo.

Lo dijo contra mi pelo, casi como si pudiera convertirlo en promesa antes de que yo tuviera tiempo de asustarme.

Y lo amé por eso. Por supuesto que lo amé por eso.

Porque Finn Shaw siempre tiene ese impulso absurdo de ponerse delante de todo lo que cree que puede hacerme daño, incluso cuando la herida no sabe ni dónde empezar a sangrar.

Pero esta vez no era yo.

O no solo yo.

Hoy cabalga a mi izquierda, vestido con los colores Campbell sobre un caballo negro que Kerran ha elegido con una maldad casi artística, porque el animal parece tan orgulloso de sí mismo como si también llevara un ducado en las ancas y una vieja deuda con medio mundo.

Finn no me mira de forma directa, no delante de la escolta ni bajo esos muros, pero sé que está pendiente de mi respiración, de mi espalda, de mi boca, de cualquier señal de que esta casa vuelve a meterme los dedos bajo la piel.

Pero no hemos venido a que Finn me sostenga como si yo fuera a romperme al primer olor conocido.

Hemos venido porque mi familia encerró a una muchacha y lo llamó disciplina; porque mis hermanos dieron una paliza a un hombre hasta dejarle la espalda abierta y lo arrojaron a una zanja como si su vida fuese un estorbo de barro; porque me dijeron que había huido

como un cobarde para que el dolor eligiera al culpable equivocado; porque Robert ha vuelto a creer, años después, que puede ordenar mi cuerpo, mi honra, mi encierro y mi futuro como quien mueve una silla de sitio.

Hemos venido porque hay cuentas que no se cierran con lágrimas ni con perdones cómodos. Hay cuentas que necesitan testigos.

Y hoy los hay.

Kerran Campbell cabalga al otro lado de Finn con la tranquilidad insoportable de un hombre que no necesita recordar su rango porque el mundo se lo recuerda a él.

El great kilt de los Campbell cae sobre sus hombros con sobriedad oscura, sujeto por un broche antiguo, y la cara que lleva puesta no es la de Kerran el Cuervo, ni la de Kerran el hombre que se ríe de las desgracias con demasiada inteligencia para parecer cruel del todo. Es la cara del duque de Argyll. Fría, educada, peligrosa. La clase de cara que hace que los hombres orgullosos empiecen a calcular antes de hablar.

Altair avanza detrás. Y Broen, Colum y Torren. Caelan y Darian cierran la comitiva con esa calma de hombres que no necesitan mostrar armas para que cualquiera sensato recuerde que las tienen.

Yo miro a Finn.

Lo miro porque no puedo evitarlo y porque, si miro demasiado pronto la puerta, quizá mi cuerpo vuelva a creer que todo lo que ocurrió después de aquel armario fue culpa de mi deseo, de mi risa, de mi mano donde no debía, de mi incapacidad para ser la clase de hija que no altera el pulso de una casa.

Finn sostiene las riendas con una mano, la otra cerca del muslo, y aunque sé que odia que lo observe cuando no puede defenderse con una broma, no consigo apartar los ojos de él.

El great kilt Campbell no lo disfraza.

Eso es lo peor y lo mejor de todo.

Yo esperaba que la ropa buena lo volviera extraño, que el tartán oscuro, el broche de Argyll, las botas nuevas, la camisa limpia, la espada visible y esa capa demasiado digna para un hombre que se ríe del barro como si fuera un pariente incómodo le pusieran encima una mentira brillante.

Pero Finn parece un hombre al que la tela, por fin, revela su grandeza.

Le marca la anchura de los hombros, la fuerza de los muslos, el cuerpo de guerrero. El pelo lo lleva atado hacia atrás de cualquier manera, domado solo lo justo para que parezca que ha concedido una tregua por educación. La barba está afeitada, pero no tanto como para borrar la rudeza de su cara. Y tiene esa expresión suya de hombre que preferiría entrar en batalla con una cuchara antes que admitir que está nervioso.

—Si sigues mirándome así —murmura, sin volver la cabeza—, voy a pensar que Kerran ha conseguido ponerme algo ridículo sin que me dé cuenta.

—Es que estás tan guapo —confieso sin remedio.

Finn tensa un poco la mandíbula, y esa mínima reacción me parece casi indecente.

—No digas eso ahora.

—¿Por qué?

—Porque estamos a veinte pasos de tu padre, de tus cinco hermanos y de una cuestión de honor pendiente, y aun así acabo de pensar en levantarte esa falda y cometer una imprudencia.

—Qué poco diplomático.

—Por eso han traído a Altair.

El patio se abre ante nosotros.

Y allí están.

Todos.

Mi padre espera al pie de la escalinata principal, con la espalda recta, la barba más clara que en mi recuerdo y el rostro endurecido por años de decisiones que quizá llama prudencia porque cobardía y ambición deben de hacerle dormir peor.

A su derecha está mi madre, vestida de oscuro, con las manos unidas sobre el vientre y esa serenidad que siempre me pareció virtud hasta que entendí que también podía ser una forma muy educada de abandonar a alguien.

Detrás de ellos, distribuidos como una pared de sangre y apellido, están mis hermanos.

Cinco.

Robert delante, por supuesto, porque Robert jamás ha sabido sufrir en segundo plano ni siquiera cuando le convenía. A su lado, Alasdair, serio, con los ojos clavados en mí y una rigidez que no sé si nace de la culpa o de la costumbre. Más atrás, Ewan, que aparta la mirada un instante en cuanto me ve, y ese gesto me dice más que cualquier saludo. Duncan tiene los brazos cruzados y la boca apretada, como si todavía necesitara convencerse de que la violencia antigua fue necesaria. El menor, Malcolm —no Sir Malcolm, gracias a Dios, porque ese nombre ya tiene bastante desgracia encima—, parece más pálido, más joven de lo que recordaba, y me mira con algo que casi podría confundirse con pena.

Marsaili no está, claro.

Robert me dijo que se había casado con un Seton, que ocupó mi lugar muy dispuesta.

Muy dispuesta.

Qué frase tan cómoda cuando nadie se molesta en preguntarle a una mujer si sonreía porque quería, porque debía o porque alguien

le estaba apretando los dedos bajo la mesa.

Ninguno vino a verme mientras estuve en Francia con el mínimo esfuerzo necesario para fingir que seguía siendo hija de alguien. Mucho menos a rescatarme.

Después me fugué. Dejé de ser Iseabail Gordon y fui yo la que fingí ser Morna para olvidarme de ellos.

Robert ve el tartán Campbell sobre Finn, el broche, la espada. Ve, sobre todo, que Finn no viene detrás de la comitiva ni mezclado con los hombres de armas. Viene en el centro. A la altura de Argyll. A mi lado.

Y Robert no sabe dónde poner eso.

Qué maravilla.

Kerran desmonta primero, con la naturalidad de quien no se baja de un caballo sino que permite que la tierra vuelva a estar a su altura.

Un mozo se apresura a tomar las riendas. Kerran se las entrega sin mirarlo apenas y avanza dos pasos, lo justo para que todos tengan que ajustar la mirada hacia él. Mi padre inclina la cabeza con la medida exacta que exige recibir a un duque y la dignidad que cree que debe conservar en su propia casa.

—Argyll.

—Huntly.

Dos nombres. Dos casas. Dos hombres midiendo hasta dónde puede tensarse una cortesía antes de admitir que es una cuerda.

Kerran mira entonces a Finn, que ha desmontado sin prisa, con el tartán cayéndole desde el hombro y la mandíbula tan apretada que me dan ganas de tocarle la cara delante de todos solo para obligarlo a respirar.

—Hermano —dice Kerran, en voz clara, perfectamente audible en todo el patio—, no pongas esa cara. Parece que vienes a que te

ajusticien.

La palabra cae sobre los adoquines con más peso que una amenaza.

Hermano.

Una palabra sencilla, brutal, imposible de corregir sin insultar a quien la pronuncia. Y Kerran Campbell, duque de Argyll, acaba de pronunciarla delante de mi padre, de mi madre, de mis cinco hermanos, de mi prima, de la guardia, de los criados y de la casa entera con la naturalidad de quien no está adornando a Finn, sino declarando algo que considera indiscutible.

Finn gira la cabeza hacia él muy despacio.

—He conocido ajusticiamientos con menos tensión.

—Que eso no estropee la diversión.

Caelan baja del caballo detrás y esconde mal una sonrisa.

El primero en hablar es Robert.

Naturalmente.

—Vuestra gracia —dice a Kerran, inclinándose con la medida correcta, quizá un poco demasiado correcta, porque Robert sabe reconocer el poder cuando llega montado en un buen caballo y con media Escocia detrás de un apellido—. La casa de Huntly recibe con honor a la casa de Argyll.

—Confiaba en ello —responde Kerran.

Robert mantiene la sonrisa un instante. Luego mira a Finn. Y ahí, por fin, aparece el hombre que conozco. El que necesita colocar a cada persona en un estante antes de decidir el tono de voz.

Yo soy la hermana descarriada que se escapó dos veces de la vigilancia familiar y vuelve con un matrimonio que no le han autorizado. Kerran es el duque.

Pero Finn…

Finn le estropea la costumbre.

—Shaw —dice Robert.

Una sílaba.

Toda la mugre antigua intentando caber dentro.

Finn no responde enseguida. Tampoco baja la mirada. Solo lo observa con esa quietud suya que a veces parece broma y otras una forma muy seria de violencia. Pero antes de que pueda contestar, Kerran vuelve la cabeza hacia Robert sin levantar la voz.

—Viene bajo mi nombre.

Robert parpadea.

Mi padre mira a Kerran.

Yo, en cambio, siento que algo dentro de mí empieza a sonreír como una mala persona.

—Y en mi casa —continúa Kerran, con una cortesía tan impecable que casi corta—, los hombres que viajan bajo mi nombre reciben el tratamiento que corresponde.

No dice cuál.

Esa es la belleza.

Deja la frase abierta como una puerta sobre un pozo.

Robert entiende que si trata a Finn como al antiguo capitán expulsado, humilla a un hombre de Argyll delante de Argyll. Si lo trata como lo que la ropa, el broche y la palabra hermano sugieren que podría ser, se inclina ante el mismo hombre al que durante años convirtió en barro para no admitir que se sentía pequeño a su lado.

No dice una sola palabra ni baja la mirada.

Maldito sea, está perfecto.

Robert inclina la cabeza.

—Mi lord.

Y hace una reverencia. No es profunda. Robert no sería capaz de regalar tanta sangre sin que le abrieran una vena. Pero es visible. Clara. Obligada. Una inclinación rígida, amarga, que le raspa la nuca aunque nadie pueda oírlo.

El patio entero parece oír el crujido de su orgullo.

Yo casi no oigo nada.

Solo veo a Finn.

Veo el modo en que la reverencia de Robert le golpea primero como una ofensa, no como un triunfo.

Finn inclina apenas la cabeza.

—Robert.

Solo eso.

Kerran sonríe entonces, apenas.

—Qué agradable cuando una casa recuerda sus modales.

Finn no lo mira, pero la comisura le traiciona un instante.

—Hermano —murmura—, vais a hacer que me acostumbre.

—No exageres. Ya estás aburrido de tanta formalidad.

Yo bajo la vista un segundo, porque si miro a Finn demasiado tiempo voy a cometer la imprudencia de besarlo delante de mi padre, de mi hermano y de toda esta colección de hipócritas bien peinados.

Finn mira hacia mí entonces.

Viene a ofrecerme la mano.

Lo veo antes de que lo haga. Ese movimiento suyo, ese instinto feroz de colocarse a mi lado para asegurarse de que estoy bien.

Miro su mano grande, la misma que anoche me sostuvo de formas que no pienso recordar ahora porque hay demasiada gente alrededor y todavía conservo alguna pretensión de decoro. La cojo.

Entonces sí levanto la cabeza.

Mi madre inspira muy despacio.

—Iseabail —dice, y no sé si está llamándome, reprendiéndome o intentando recordar cómo se habla a una hija cuando ya no se tiene ninguna llave sobre ella.

—Madre.

No me sale frío. Tampoco tierno. Me sale como una puerta que no sabe si abrirse o quedarse cerrada, y quizá eso me enfada más que cualquier reproche.

Robert nos mira las manos enlazadas.

Me mira a mí.

Luego a Finn.

—Iseabail —dice.

La palabra me llega tarde. Como si viniera desde una habitación en la que ya no vivo.

—Robert.

No le doy nada más.

Su mandíbula se mueve.

—Celebro verte… a salvo.

—Mi esposa llegó hasta mí con una voluntad bastante clara de querer seguir respirando por cuenta propia —dice Finn, y la cortesía

de su tono vuelve la frase más venenosa—. Sé que en algunas casas eso crea confusión, pero os aseguro que con el tiempo uno se acostumbra.

Robert tarda un segundo en reaccionar. Ese segundo me sabe a una venganza pequeña y exquisita.

—¿Esposa? —repite al fin—. ¿Qué significa eso?

Finn no aparta la mirada de él.

—Suele significar matrimonio. En algunas casas también eso crea confusión.

—Significa —dice Altair— que Lady Iseabail abandonó la custodia de su familia por voluntad propia y legal y que ha contraído matrimonio con Finn Shaw ante testigos válidos y con oficio suficiente. Si alguien desea discutir la forma, puedo exponerla con detalle dentro, aunque recomiendo hacerlo sentado.

Robert lo mira como si acabara de morder sangre.

—Ese matrimonio no puede reconocerse sin el consentimiento de la familia.

—El consentimiento familiar no es requisito cuando los contrayentes han dado el suyo de forma válida. Lady Iseabail lo dio. Finn también. Lo demás puede ser disgusto, ofensa o indigestión, pero no impedimento.

Mi padre levanta una mano antes de que Robert pueda contestar. No es un gesto amplio, pero todavía tiene peso allí. Lo suficiente para que mis hermanos se mantengan donde están y mi madre apriete los dedos contra la tela de su falda.

—Basta, Robert. Es lo que debimos hacer aquel día. Nos hubiéramos ahorrado muchos disgustos y yo aún conservaría una hija y a mi hombre de confianza.

Mi hermano se vuelve hacia él con la boca entreabierta, sorprendido no por la orden, sino por el título otorgado a Finn.

Cuando Finn habla, su voz sale baja.

Finn no se inclina hacia mi padre ni acepta el gesto como una reparación.

—Mi matrimonio con Iseabail no viene a pedir reconocimiento —dice, mirándome solo un instante antes de volver a Robert—. Ya existe. Hemos venido por lo que intentasteis enterrar antes de que existiera.

Kerran avanza un paso, con la calma de quien no necesita levantar la voz para que una sala entera recuerde su rango.

—No he traído a mis hombres para levantar una causa en vuestro salón, Huntly. He venido porque un hombre que viaja bajo mi nombre salió de esta casa casi muerto una vez, y porque su esposa fue tratada como si su voluntad fuese una molestia familiar y solicito reparación. Si preferís que esto salga de vuestras paredes, Sinclair sabrá encontrar el camino. Yo, francamente, preferiría ahorrar tinta.

Mi padre mira a Kerran. Luego a Finn. Después a mí. Hay algo en su cara que no sé si es culpa, cálculo o cansancio, y quizá por eso me resulta más verdadero que cualquier arrepentimiento limpio.

Tal vez reconoce al capitán que perdió. Tal vez solo está calculando el tamaño del escándalo, porque incluso los hombres que se arrepienten tarde siguen teniendo costumbres antiguas.

—¿Qué reparación pedís, Finn Shaw?

Finn no contesta enseguida. Me mira solo un instante, y en ese instante sé que podría pedir sangre, tierras, oro o una disculpa de rodillas y no habría hombre en ese patio capaz de decir que no lo mereciera.

—La verdad —dice al fin—. No necesito vuestra plata. No me devolvería una sola noche de sueño. Pero diréis la verdad y

reconoceréis que ella no es una deshonra para los Gordon, restituyendo su buen nombre.

Mi padre acusa el golpe sin apartar la vista.

Mi padre me mira entonces.

—¿Y vos, hija?

La palabra me roza sin encontrar todavía dónde quedarse. Hija. Durante años la oí como una obligación. Como una jaula con buen apellido. Ahora suena distinta, no mejor, solo más pequeña. Una palabra que llega tarde y no sabe si aún tiene derecho a sentarse cerca.

Miro a Robert, a mis hermanos, a mi madre. Miro las paredes del lugar donde tantas veces aprendí a callar antes de saber qué pensaba.

—No quiero volver a perteneceros —digo—. Ni siquiera para que me pidáis perdón.

Mi madre se lleva una mano a la boca. No sé si para contener un llanto, una protesta o una frase que debería haber dicho años atrás. Robert se queda rígido. Mi padre, en cambio, parece envejecer un poco más, pero no aparta la mirada.

Tarda en responder. Mira las paredes, los peldaños, la puerta abierta, todos esos lugares donde una orden suya habría bastado y nunca llegó.

—Mi hija no volverá a estar bajo custodia mía de Robert —dice al fin — ni de ninguno de mis hijos. Si entra o sale de esta casa, será por voluntad propia. Su matrimonio será reconocido por el clan Gordon, y quien vuelva a llamarlo rapto, engaño o deshonra llamará mentiroso a su laird antes que a ella.

Robert palidece.

No por mí.

Por la pérdida de autoridad.

Y eso me dice todo lo que necesito saber.

Kerran inclina la cabeza, satisfecho sin permitirse parecerlo demasiado.

—Una reparación sensata.

—No la he dictado para complaceros —responde mi padre.

—Mejor. Las reparaciones hechas para complacer suelen durar poco.

Finn baja la mirada hacia mí.

—¿Te basta? —pregunta en voz baja.

No me pregunta si estoy bien. Finn sabe que bien es una palabra demasiado pequeña y demasiado cobarde para este momento.

Miro a mi madre, a mis hermanos, a Robert, que ya no ocupa la puerta con la misma fuerza. Miro a mi padre, que por fin ha dicho algo cierto y aun así no puede devolverme nada de lo que perdí.

—No —respondo.

Finn aprieta mi mano.

—Entonces nos iremos.

Y esa es la diferencia.

Antes, si algo no bastaba, yo debía quedarme y aprender a vivir con menos aire. Ahora puedo irme. Mirar la casa que me encerró, a la familia que me mintió, al hermano que creyó que mi voluntad era una enfermedad, y decidir que ninguna reparación tiene que convencerme de volver al lugar donde aprendí a desaparecer.

—Sí —digo—. Pero antes quiero beberme su vino.

La boca de Finn se curva, pequeña, cansada, preciosa.

—Esa es mi esposa.

Y, por primera vez desde que cruzamos el arco, me río sin sentir que este lugar tiene derecho a corregirme el sonido.

Epílogo

«ISEABAIL»

Primero aparece en el lago, en ese brillo menos negro que tiembla sobre el agua subterránea cuando la luz encuentra algún resquicio imposible y se deshace allí abajo como una moneda vieja.

Después sube por las pasarelas, se pega a la lana tendida, al cuero húmedo de las botas, a las mangas remangadas de las mujeres que han decidido que lavar ropa ajena no es una vocación sagrada y a la paciencia de los hombres, que soportan mejor una herida abierta que una camisa pegada a la espalda.

Por último, acaba entrando en las cocinas, donde Daena declara que si alguien vuelve a pedir caldo espeso antes de la caída de la noche, lo ahogará en él con la misericordia justa y una cuchara grande.

El Refugio nunca está en silencio, pero ahora suena distinto. Menos escondido, quizá. Más despierto.

Hay martillos en la herrería, niños corriendo por lugares donde alguien debería prohibirles correr antes de que se rompan la cabeza, ollas golpeando, pasos sobre madera, cabras ofendidas por razones que solo ellas y Finn parecen comprender, y voces de mujeres subiendo desde la galería baja, mezcladas con el golpe del agua contra los cubos, las risas que alguien intenta contener sin demasiado empeño y alguna queja lanzada con tanta precisión que hasta los hombres fingen no haberla oído por pura supervivencia.

La tabla de turnos de la lavandería sigue colgada junto a la puerta, con los nombres escritos en carbón y un arco colgado en la esquina con el que Mairi revindica su derecho a ser un Cuervo.

La primera semana, tres hombres intentaron fingir que no sabían leer. La segunda, dos dejaron sus camisas junto a la pila y desaparecieron con la cobardía propia de quienes creen que el barro se lava por intervención divina. La tercera, Finn escribió una norma que empezaba con: «Todo hombre capaz de empuñar una espada será considerado apto para frotar sus propias calzas, salvo que demuestre haber perdido ambas manos o el juicio, cosa que en algunos casos sigue pendiente de valoración».

Nadie sabe quién añadió debajo: «La pérdida de juicio no exime».

Yo sí lo sé.

Fue Broen.

Y nadie podrá convencerme de lo contrario, porque Broen tiene esa clase de seriedad que los hombres usan para esconder las mejores maldades.

No todas las revoluciones empiezan con fuego. Algunas empiezan con jabón, con una cuerda de tender, con una mujer que se queda callada demasiado tiempo y un día descubre que su silencio también tiene derecho a descansar.

A mí, por lo visto, se me da fatal descansar y no escuchar también.

Ese es el problema.

Yo no salgo buscando líos. Eso es una calumnia extendida por esas personas que prefieren llamar lío a cualquier cosa que les obligue a pensar.

Lo que ocurre es que alguien me habla y yo escucho. Y escuchar, de verdad, es una costumbre peligrosísima. Una persona se sienta delante de mí con una excusa cualquiera —un sueño, una pelea, una carta, una culpa pequeña, un miedo enorme— y, si una presta

atención, enseguida descubre que casi nadie pregunta lo que ha venido a preguntar.

A veces es una mujer con los ojos cansados. Algunas un hombre que no sabe cómo volver a casa sin romper más cosas. Otras una muchacha asustada, un viudo silencioso, una criada furiosa o un muchacho que lleva demasiados días fingiendo que no le duele nada.

Y entonces, sin entender muy bien cómo, acabo en una cocina, un establo, una feria, una habitación prestada o un corredor con poca luz, recordándole a alguien que no está loco, ni maldito, ni obligado a agradecer aquello que lo está rompiendo.

Finn dice que mi bondad tiene muy mala orientación, porque se me pierde siempre hacia el peligro y hacia cualquier asunto que una persona sensata dejaría quieto.

Lo dice con una ternura tan discreta que casi consigue disfrazarla de burla, y luego se limita a hacer lo que hace siempre: preparar el camino sin ocuparlo, dejar una lámpara encendida donde antes había sombra, encontrar un caballo antes de que yo admita que voy a necesitarlo y mirarme como si incluso mis peores ideas merecieran antes una oportunidad que una jaula.

A veces creo que lo amo más por eso, porque Finn Shaw no convierte mi impulso de ayudar en una carga ni mi manera de querer en un defecto. Solo aprende su forma, como aprende todo lo que le importa, y se queda cerca.

No sé en qué momento empezó a formarse la cola.

Quizá fue culpa de Orla, que una tarde entró en la sala común echa una furia y me preguntó, delante de tres hombres, si una mujer podía declararse viuda aunque su marido siguiera vivo.

Yo le respondí que dependía de cuánto tiempo llevara deseando matarlo.

Ella se quedó pensativa, Finn casi se atragantó con la cerveza y, al día siguiente, apareció vestida de negro y esa expresión de quien ha tomado una decisión solemne.

—No lo he matado —me informó, sentándose frente a mí.

—Me alegra que hayamos empezado por ahí.

—Pero he vendido dos gallinas que él decía que eran suyas.

—¿Eran suyas?

Orla me miró como si acabara de hacer una pregunta profundamente decepcionante.

—Las alimentaba yo.

—Entonces eran tuyas.

—Eso pensé.

Finn levantó la jarra en honor a Orla, y ella, que había entrado con ganas de asesinar a un hombre y salió con una estrategia sobre aves de corral, se marchó bastante más serena.

—Esa empieza con gallinas y acaba con un territorio independiente —comentó Torren entre carcajadas.

También vino un hombre del Refugio, uno de esos que cargan sacos como si los sacos les hubieran ofendido personalmente y luego se quedan indefensos delante de una mujer enfadada. Se llamaba Niall, tenía una cicatriz junto a la ceja, hombros de derribar una puerta sin pedirle permiso y la expresión trágica de quien ha sido enviado a una guerra para la que no llevaba espada.

Se sentó frente a mí con tanto cuidado que la silla crujió por pura desconfianza.

—Me han dicho que vos… aconsejáis.

—Eso dicen.

Finn, que estaba al otro lado de la mesa limpiando una manzana con el cuchillo, fingía una falta de interés muy poco convincente.

—No sé qué regalarle a mi mujer.

—¿Por qué?

—Porque está enfadada.

—¿Qué hicisteis?

—Nada.

Me quedé mirándolo.

Él aguantó tres segundos antes de derrumbarse.

—Le dije que el pan de mi madre era más tierno.

Finn cerró los ojos con auténtico dolor.

—Hombre muerto —murmuró.

—No ayudas —le advertí.

—Estoy rezando por él.

El hombre palideció.

—¿Tan grave es? ¿Qué hago?

—No le regaléis nada.

Parecía a punto de llorar.

—¿Nada?

—Nada que parezca una reparación comprada deprisa. Amasad con ella. Callado. Sin explicar. Sin defenderos y mucho menos mencionando a vuestra madre aunque os venga la inspiración del demonio. Y cuando el pan salga duro, os lo coméis igual y decís que os gusta.

Finn abrió un ojo.

—Eso sí es penitencia.

—Eso es matrimonio —le respondí.

A partir de ahí, la mesa dejó de ser una casualidad.

Una fila cada vez menos disimulada de personas que venían a preguntarme tonterías para terminar diciendo verdades.

Una mujer quería saber si su hija se casaría bien, y acabó confesando que lo que de verdad temía era quedarse sola cuando la muchacha se fuera.

Un muchacho preguntó si una cicatriz en la mano significaba mala suerte, y terminó admitiendo que no sabía cómo volver a tocar el arpa sin temblar.

Una viuda fingió querer consejo sobre abejas, pero se pasó media hora hablando de lo tranquila que dormía desde que nadie roncaba a su lado y de lo culpable que se sentía por no echar de menos a su marido con más entusiasmo.

Le dije que quizá Dios, en su infinita sabiduría, también agradecía el silencio por las noches.

Ella se rio tanto que casi se le cayó el velo que le cubría el pelo.

Nadie la nombró al principio. Las cosas importantes suelen empezar así, sin nombre, porque si una les pone nombre demasiado pronto aparece alguien dispuesto a ordenarlas, cobrar por ellas o prohibirlas antes de entenderlas.

Finn dice que he cambiado las cartas de la feria por una mesa fija, una silla coja y una clientela con más problemas que dinero y una jarra de agua que Finn insiste en rellenar como si fuese un criado muy discreto y no el hombre menos discreto que ha pisado jamás una montaña.

La primera vez que lo pillé, se encogió de hombros.

—No quiero que tu clientela muera de sed antes de recibir una condena.

—No condeno a nadie.

—Entonces tu negocio tiene menos gracia de la que esperaba.

—No es un negocio.

—Peor. Una vocación.

Lo dijo con horror sincero.

Yo le lancé una piedra. Pequeña. Casi cariñosa.

La esquivó riéndose.

Y ahí, maldita sea, tuve la certeza de que era feliz.

No de esa forma limpia y absurda que cantan algunos bardos, como si la felicidad fuese una sábana blanca tendida al sol y no una cosa remendada, llena de manchas antiguas, hilos sueltos y momentos en los que todavía una se despierta con el corazón golpeando como si alguien hubiera cerrado una puerta por fuera.

Soy feliz de una manera más rara. Más mía. Con miedo a veces. Con memoria, cicatrices que no han aprendido todavía a comportarse en público. Pero también con una mesa donde alguien se sienta delante de mí y no me pregunta qué soy, sino qué veo.

Y yo miro.

No el futuro.

Eso siempre fue mentira.

Miro las manos. La forma en que una mujer aprieta la tela de su falda antes de nombrar a su hijo. La prisa con la que una muchacha defiende a un hombre que no la defiende a ella. El silencio de una viuda que quiere volver a casarse, pero teme decirlo en voz alta porque todo el mundo parece haber decidido que una mujer viuda

ya no tiene derecho a sentir. Miro a los hombres también, cuando se atreven a venir, que no son muchos, aunque alguno ha aparecido fingiendo que buscaba a Finn y terminando sentado en mi silla coja con cara de estar a punto de enfrentarse a un dragón.

Esos me dan especial ternura.

No se la muestro demasiado.

Podrían asustarse.

Finn dice que he convertido el viejo arte de escuchar en una amenaza pública.

No lo dice con reproche. Lo dice con esa media sonrisa suya que parece burlarse del mundo y cuidarlo al mismo tiempo, y luego hace lo que siempre hace Finn Shaw cuando algo me importa: Si ve llegar a una mujer con los ojos hinchados y una excusa mala, no pregunta. Si alguien sale de mi mesa demasiado pálido. Solo deja un dulce cerca. O una manta. O le encuentra un sitio junto al fuego. O manda a Torren a distraer al marido, al hermano o al idiota correspondiente con una historia tan larga que, cuando termina, ya nadie recuerda para qué había venido.

Ese es Finn.

El hombre menos discreto del mundo cuando quiere hacer reír a una sala, y el más delicado cuando entiende que alguien necesita ayuda sin ruido.

Cuando le doy las gracias, Finn se hace el ofendido.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes.

—Yo solo pasaba por allí y me sobraba eso. Le puede pasar a cualquiera.

Sí.

A cualquiera como él.

No le falta razón.

Con Finn, la ternura llega antes que las palabras y no me importa.

Él no llama prudencia a encerrarme, ni amor a vigilarme, ni protección a decidir por mí. Me escucha con esa atención suya disfrazada de descuido y cada día me mira como si acabara de enamorarse un poco más. Y, si decide que el mundo va a intentar morderme, enseña los dientes antes de que yo tenga que pedírselo.

A veces pienso en el libro de Aileana, en esa ciudad levantada para defender a las mujeres de las historias que otros contaban sobre ellas, y me entra la risa, porque mi ciudad no tiene damas ejemplares, ni fuentes limpias, ni murallas perfectas. La mía huele a humo, a lana mojada, a pan partido con las manos, a ungüento demasiado fuerte y a discusiones sobre quién ha dejado otra vez los cubos en medio del paso.

Mi ciudad tiene mujeres que se equivocan, que se enfadan, que juzgan antes de entender, que esconden miedo bajo mala leche, que quieren volver con hombres que no las merecen, que aman mal, que sobreviven como pueden. También tiene hombres buenos que no siempre aciertan, hombres rotos que aprenden, hombres que cargan leña sin pedir explicaciones y otros que hacen bromas horribles porque a veces la risa es la única forma decente de no romperse en público.

No es una ciudad pura.

Gracias a Dios.

Las cosas puras suelen ser inhabitables.

La mía empieza donde alguien se sienta al lado de otra persona y, antes de corregirla, le deja terminar la frase.

Siempre hay una palabra cómoda para no escuchar a alguien cuando lo que dice obliga a cambiar algo.

Y la gente teme mucho las conversaciones que no puede dirigir.

Sorcha

Sorcha no tardó en aparecer. Lo hizo, por supuesto, como aparecen las desgracias con buen escote: tarde para pedir permiso, pronto para criticarlo todo y con una bolsa al hombro llena de objetos que, según ella, había conseguido «de manera moralmente discutible, pero útil».

Entró en el Refugio mirando la cúpula negra, las pasarelas, los túneles, el lago y a media docena de hombres armados como si alguien hubiera decorado mal una posada.

—Demasiada piedra —dictaminó—. Y muy poca luz para las mujeres guapas.

Finn, que estaba a mi lado, murmuró que por fin alguien se atrevía a decir la verdad arquitectónica de Bealach.

Sorcha lo miró de arriba abajo.

—Tú sigues vivo.

—De momento.

—Qué tenacidad tan molesta.

Luego me abrazó.

No de forma delicada. Sorcha no abraza como si una fuese de cristal, sino como si estuviera comprobando que sigues entera y, en caso contrario, dispuesta a discutir con quien corresponda hasta que devuelvan las piezas.

—Estás demasiado flaca —me dijo al oído.

—Tú sigues siendo igual de encantadora.

—Alguien tiene que conservar la calidad.

Se quedó tres días.

Después cinco.

Luego empezó a decir que se marcharía «en cuanto este agujero aprendiera a organizarse sin parecer una madriguera de hombres con exceso de ego», y para cuando alguien quiso darse cuenta ya estaba enseñando a dos muchachas a barajar cartas y mover dados sin que se les notara la trampa, discutiendo con Daena sobre el uso correcto de las especias y explicándole a Torren que una sonrisa bonita no compensaba una inteligencia usada a medias.

Me ayudó con la mesa de consejos al principio, aunque ella jamás lo admitiría. Cuando una mujer no se atrevía a sentarse, Sorcha pasaba cerca, dejaba caer alguna barbaridad sobre maridos, suegras o santos inútiles, y el miedo se aflojaba lo suficiente para que la otra pudiera respirar.

Sorcha nunca parecía estar cuidando de nadie. Ese era su talento. Hacía que la ayuda pareciera un accidente y la ternura, una falta de educación.

A veces pienso que, si mi ciudad existe, Sorcha fue una de las primeras piedras.

Una piedra retorcida, descarada, imposible de colocar en línea recta.

Exactamente de las que hacen falta para que una muralla no se venga abajo al primer golpe.

Caelan y Aithne

Caelan y Aithne siguen siendo una especie de centro tranquilo en Perthshire, aunque tranquilo sea una palabra optimista para una montaña llena de proscritos, niños, armas, cabras y hombres que discuten un guiso con la gravedad de un tratado de paz. Él se mueve por los túneles como si todavía estuviera aprendiendo a creer que aquel lugar ya no es solo escondite, sino hogar; ella lo sabe, claro, y lo deja revisar entradas, cargar leña y fingir que todo es vigilancia cuando en realidad también es una forma torpe y preciosa de cuidar.

Sus hijos han crecido creyendo que es normal tener media docena de tíos sin sangre, un lago negro por patio y una montaña entera por techo. Connad cuida de su hermano pequeño con una seriedad heredada de su padre y una tendencia heredada de Aithne a decir «no» antes de que nadie termine la frase. Finn lo considera prometedor. Caelan, preocupante. Aithne solo sonríe, que en ella suele significar que ya ha ganado la discusión hace rato.

Darian e Isleen

Darian e Isleen han aprendido a hacer las paces sin que tiemblen las paredes.

Casi siempre.

Cuando bajan a la sala común, él trae esa intensidad suya de hombre que parece a punto de declarar una guerra por culpa de una jarra mal colocada, y ella llega con los ojos afilados, las manos ocupadas y una habilidad prodigiosa para enterarse de todo sin preguntar lo suficiente como para que alguien pueda acusarla de entrometida.

Isleen se sienta a veces en mi mesa, no para pedir consejo, por supuesto, sino para «comprobar que no abusan de mi amabilidad». Después escucha a alguien durante cinco minutos, dice una sola frase y consigue que la persona se marche más derecha que antes. Darian la mira entonces con una mezcla de orgullo y resignación, como si aún no hubiera decidido si casarse con ella fue salvarse o elegir una condena excelente.

Altair y Aileana

Altair y Aileana aparecen con libros, mapas, advertencias y esa clase de calma que siempre precede a una complicación. Él trae papeles que nadie sabe de dónde han salido; ella deja anotaciones en los márgenes de mis libros como si las ideas también necesitaran pelear un poco antes de quedarse quietas.

Aileana insiste en que mi mesa es una ciudad diminuta. Yo le digo que una ciudad necesita murallas, calles y alguien al mando con mejor juicio que yo. Ella sonríe como si ya hubiera ganado esa discusión en silencio, y Altair, desde el fondo, finge no escuchar con una concentración tan perfecta que resulta casi insultante.

Siguen queriéndose como discuten: sin rendirse del todo, sin bajar la mirada y sin permitir que el otro se esconda demasiado tiempo detrás de una frase inteligente. Me inquietan. Me gustan. Supongo que algunas parejas sirven para recordarte que el amor tiene distintas formas.

Kerran y Leigh

Kerran y Leigh llegan desde Argyll con demasiado rango, demasiada belleza mal administrada y esa manera suya de llenar una sala sin pedir permiso. Él se ha acostumbrado al poder con una naturalidad que a Leigh le parece peligrosa; ella, por suerte para todos, ha decidido vigilarlo de cerca.

Finn dice que Kerran se está volviendo respetable, aunque lo pronuncia como si hablase de una enfermedad íntima. Leigh responde que no, que solo se está volviendo útil, y Kerran asegura que eso es bastante peor.

Cuando los veo juntos, pienso que algunos amores no suavizan a nadie. Solo enseñan dónde dejar el arma para poder abrazar sin hacerse sangre.

Colum y Torren

Colum y Torren tienen la irritante costumbre de parecer más interesantes cuanto menos explican de sí mismos. Colum se mueve por Bealach con una calma casi perezosa, pero nunca está donde está por casualidad. Enseña a las muchachas a soltarse si alguien les atrapa la muñeca, a apoyar bien los pies, a esconder una hoja pequeña sin clavársela en su propia carne, y lo hace como si estuviera hablando del tiempo y no de sobrevivir.

Torren convierte cualquier rincón en una taberna antes de que haya vino sobre la mesa. Tiene una risa fácil, peligrosa, de esas que hacen creer a la gente que no está prestando atención justo antes de demostrar que ha visto más de lo conveniente. Entre los dos han decidido que mi mesa necesita «seguridad discreta», lo cual significa que siempre hay alguien cerca cuando llega una visita inquietante, pero nunca tan cerca como para que esa persona se sienta vigilada.

Eso, he aprendido, es una de las muchas formas que tienen los Cuervos de querer: mirar hacia otro lado sin dejar de ver.

Broen

Broen sigue siendo el hombre más difícil de contar.

Con los demás, una encuentra enseguida la grieta por donde entra la luz. En Broen, la luz parece guardada tan adentro que solo se nota cuando aparece sin que nadie lo llame, arregla algo que estaba a punto de romperse y desaparece antes de que alguien tenga la mala educación de darle las gracias.

Lleva un cuaderno pequeño de tapas oscuras. Finn dice que serán nombres de hombres a los que piensa matar con mucha educación. Colum asegura que son cuentas del Refugio, pero yo no lo creo. Broen mira ese cuaderno como se mira una herida, no como se mira la harina.

Una tarde alguien llegó con una carta para él. No traía sello que yo reconociera, pero Broen sí. Se quedó tan quieto que hasta Finn dejó de sonreír. Colum quiso seguirlo cuando se marchó hacia los túneles, pero Finn lo detuvo con una mano en el brazo, y nadie dijo nada durante un buen rato.

No sé qué decía la carta.

Solo sé que, desde entonces, Broen mira a veces hacia el norte con una expresión que no le conocía. No es miedo. Tampoco deseo. Es algo más viejo, más difícil, como si una promesa hecha a un muerto acabara de acordarse de que aún tenía dueño.

Nosotros

De mí se dijeron muchas cosas.

Que era demasiado inquieta, demasiado deslenguada, demasiado viva para una casa que prefería las hijas fáciles de colocar junto a una ventana y olvidar allí. Después dijeron otras peores: que necesitaba corrección, que el hambre enseñaba virtud, que la oscuridad doblaba mejor que una palabra amable y que una puerta cerrada podía salvar a una mujer de sí misma.

Se equivocaban.

No fui salvada como se salva una cosa perdida, ni reclamada como se reclama una tierra, ni recompuesta para que el mundo pudiera mirarme sin incomodarse.

Salí.

Y al salir entendí que mi cuerpo no era una prueba, que mi deseo no era una condena y que mi voz no era un defecto que corregir hasta volverla murmullo.

Ahora construyo mi ciudad con lo que me quedó después de todo: una mesa, una risa, pan compartido, gente que escucha antes de decidir, una puerta abierta bajo la montaña y Finn Shaw a mi lado, no delante, ni detrás.

A mi lado.

Eso es lo que Finn entiende mejor que nadie.

Con esa paciencia suya que no parece paciencia porque viene vestida de broma, de descaro, de una sonrisa torcida y de manos grandes que saben cuándo tocar y cuándo quedarse quietas.

«Hasta que seas mía», me dijo una vez.

Y entonces yo creí oír una promesa de deseo, quizá una de esas frases peligrosas que los hombres pronuncian cuando confunden

querer con tomar. Pero Finn Shaw, maldito sea, rara vez quiere lo fácil aunque se pase la vida fingiendo lo contrario.

Y no quiso decir «*hasta que tu cuerpo me pertenezca*».

Quiso decir: hasta que puedas mirarme sin miedo a convertir el deseo en otra forma de obediencia. Hasta que nadie, ni tu padre, ni tus hermanos, ni una puerta cerrada, ni una voz antigua dentro de tu cabeza, hable más alto que tú cuando decidas acercarte.

Ahora lo entiendo.

Solo puedo ser suya porque antes he vuelto a ser mía.

Y solo quiero que Finn sea mío de esa misma forma: sin cadena, sin deuda, sin miedo. No como se posee una tierra, ni como se guarda una llave, ni como se reclama algo que el mundo estuvo a punto de quitarte. Como se elige una risa que regresa a una habitación donde antes nadie se atrevía a reír. Como se elige una mano abierta. Como se elige una ciudad imperfecta, llena de barro, voces, torpezas, deseos, preguntas y luz suficiente para no volver a perderse.

Porque Finn no me hizo suya cuando me tocó.

Me esperó hasta que yo pude elegirme.

Y entonces, solo entonces, pude elegirlo a él.

Hay heridas que no se cierran porque alguien pronuncie la palabra hija o hermana con la voz baja. Pero ya no vivo mirando hacia aquella casa como si aún tuviera una puerta cerrada sobre la espalda. Gordon Hall existe. Mi sangre existe. Mi historia también.

Solo que ahora no termina allí.

Epílogo 2

«FINN»

La encuentro en su mesa, con un codo apoyado en el borde y la cabeza ligeramente inclinada hacia una muchacha que ha venido a preguntarle por un sueño y se ha quedado hablando de sus dudas existenciales.

Iseabail no la interrumpe.

Eso es lo primero que hace y lo que casi nadie sabe hacer bien: callarse y escuchar sin ausentarse. Tampoco se inclina hacia delante con ese interés falso de quien ya ha decidido la respuesta antes de escuchar la pregunta. Solo está ahí. Viva, atenta, con los ojos clavados en la muchacha como si, en ese instante, nada en el mundo mereciera más sitio que su miedo.

Y yo, que he visto hombres rezar antes de morir, he visto personas venderse por un trozo de pan, he visto mujeres cargar niños, cadáveres y secretos sin que les temblara la barbilla, sigo sin saber defenderme de esto.

De ella.

De Iseabail Gordon sentada a una mesa coja bajo una montaña, escuchando a una desconocida como si cada pena ajena fuese una puerta que todavía puede abrirse desde dentro.

No sé cuándo empezó a parecerme hermosa de esta manera.

No hablo de la belleza obvia, aunque tampoco soy idiota ni ciego ni tan santo como para fingir que no la veo.

La deseo.

Con una falta de originalidad muy masculina, supongo.

La deseo cuando se ríe, cuando se enfada, cuando me mira como si estuviera considerando seriamente si besarme o arrojarme al lago. La deseo cuando se concentra, cuando baja la voz para no asustar a alguien, cuando se olvida de sí misma por cuidar de otro y luego se sorprende si yo la cuido a ella.

Pero no es eso lo que me desarma.

O no solo eso.

Lo peor es que la miro y siento orgullo.

Un orgullo que no sabe dónde colocarse, porque no tiene nada que ver conmigo. No es esa estupidez de hombre satisfecho porque una mujer lo haya elegido y ahora pueda pasearla por el mundo como si fuera una prueba de su valor. Iseabail no prueba nada mío. No me adorna ni me vuelve mejor por el simple hecho de estar a mi lado, aunque, por algún motivo que debería preocuparme, a veces ella me mira como si yo fuera mejor de lo que soy.

Ahí está uno de mis miedos.

No el más noble.

Quizá sí el más sincero.

Me da miedo que un día deje de mirarme como ella lo hace.

Iseabail tiene esa mirada peligrosa de las personas que no se conforman con ver la forma externa de nadie; te atraviesa, encuentra un pedazo decente entre el barro y decide que eso eres tú, como si lo demás no pesara lo bastante para arrastrarte hacia abajo.

A veces quiero decirle que no se fíe.

Que soy peor en muchos más sitios de los que ella mira y he usado la risa como cobardía. Que he dejado puertas sin llamar por miedo a que no se abrieran y he convertido la ligereza en un oficio porque hacer reír a alguien siempre fue más seguro que necesitarlo. Quiero decirle que no soy tan bueno como su forma de quererme me hace parecer. Que mis manos han hecho demasiadas cosas feas, han fallado en otras demasiado importantes y no merecen tocarla sin pedirle perdón cada vez.

Pero luego ella se vuelve hacia mí desde cualquier rincón del Refugio, con los ojos brillantes por una idea absurda o por una pena ajena que ya ha decidido adoptar sin consultar con nadie, y me llama Finn como si mi nombre fuera un lugar al que le gusta volver.

Y yo, que he sobrevivido a cosas bastante peores que una esperanza, pierdo.

Siempre pierdo.

La muchacha de la mesa se marcha al fin, con menos infierno en la cara que cuando llegó.

Iseabail se queda mirándola hasta que desaparece por la galería, y solo entonces deja caer los hombros. Apenas. Un gesto pequeño. La clase de gesto que otros no verían porque Iseabail sabe recomponerse deprisa.

Me acerco antes de pensarlo del todo.

Ella no levanta la vista, pero la comisura se le mueve.

—Si vienes a decirme que he adoptado otro problema, ya lo sé.

—No venía a decir eso.

—Mentira.

—Venía a insinuarlo con delicadeza.

Ahora sí me mira.

Dios.

Hay hombres que han perdido guerras por menos.

—¿Y dónde has dejado la delicadeza?

—En la cocina. Daena la estaba usando para amenazar a Torren.

Se ríe y yo siento esa cosa ridícula en el pecho, esa especie de gratitud desproporcionada por haber podido devolverle un sonido pequeño. Me apoyo en el borde de la mesa.

—Tengo una lista.

Sus ojos se estrechan al instante.

—Qué frase tan inquietante.

—De cosas que me he propuesto hacer por ti.

—Finn.

—No pongas esa cara. No pienso recitarla de pie ni pedir acompañamiento de laúd. Tengo límites.

—Tienes muy pocos.

—Más que antes. El matrimonio me ha refinado.

—El matrimonio te ha vuelto más peligroso porque ahora tienes público cautivo.

—También lo he apuntado.

Suspira, pero hay una sonrisa escondida en algún sitio de su boca.

—A ver esa lista.

Me rasco la mandíbula, porque de pronto la lista, que sonaba bastante razonable dentro de mi cabeza, parece una forma elaborada de ponerme de rodillas sin doblar las piernas.

—Primero —digo—, escucharé.

—Ya lo haces.

—No como tú.

Eso la calla.

Bien.

Rara vez consigo esa victoria.

—Tú escuchas como si le dieras a la gente una silla dentro de sí misma para que se ponga cómoda.

Se queda quieta.

No esperaba que dijera eso. Yo tampoco, para ser justos. Hay frases que deberían avisarme antes de salir de mi boca para que pueda ponerles una broma encima y no quedarme tan expuesto.

Iseabail me mira despacio.

—Eso ha sido increíblemente bonito, Finn.

Me dan ganas de besarla.

Me dan ganas casi siempre, lo cual resta bastante mérito al impulso, pero ahora es distinto. Ahora quiero besarla porque se ha quedado un poco indefensa ante una frase mía, y esa indefensión no se parece al miedo ni a la vergüenza ni a ninguna de las cosas que otros le arrancaron. Se parece a dejarse tocar por dentro sin preparar un arma antes.

No la beso.

Todavía.

Estoy aprendiendo.

No siempre deprisa, pero estoy aprendiendo.

Me siento frente a ella y dejo una manzana sobre la mesa.

Iseabail traga saliva.

Yo miro la manzana, porque si la miro a ella mientras digo esto quizá termine haciendo alguna barbaridad sentimental de la que los Cuervos no me dejarían recuperarme en años.

—Segundo.

—¿Hay muchos?

—Tengo ambición matrimonial.

—Dios nos asista.

—No te llamaré imprudente cada vez que seas buena.

—Eso parece difícil para ti.

—Mucho. Tu bondad me quita años de vida.

—No puedo dejar a la gente hablando sola.

—Lo sé.

—Y no siempre son líos.

La miro entonces.

—Lo sé.

Porque lo sé. Esa es la cuestión. Iseabail no se mete en problemas por ansia de incendio, aunque el incendio la encuentre con una facilidad que empieza a parecer relación estable. Se mete porque alguien baja demasiado la voz y ella la oye. Porque alguien miente mal y ella se queda. Porque alguien se ríe en el momento equivocado y ella reconoce el borde roto de esa risa. Porque en el mundo hay mucha gente pasando de largo ante el dolor ajeno, e Iseabail, maldita sea, tiene la costumbre hermosa y terrible de detenerse.

—También temo cosas —admito.

Iseabail vuelve a mirarme.

—¿Tú?

—Yo. Sé que es difícil creerlo con este cuerpo heroico y esta serenidad casi monástica.

Su pulgar se mueve sobre mis nudillos.

—Dime.

Podría no hacerlo.

Podría besarle la mano, hacer una broma, levantarme, fingir que alguien me llama desde la cocina y salir con dignidad antes de decir nada que luego pueda usar contra mí en una discusión. Pero estoy intentando ser un hombre menos cobarde justo donde ella más merece la verdad.

—Temo que recuerdes demasiado tarde que yo no estuve cuando más me necesitabas.

Sus dedos se tensan.

Ahí está el peor.

El que no digo nunca.

El que me ha vivido debajo de las costillas desde que supe lo de la casa de penitencia, desde que imaginé sus noches, su hambre, sus manos, su voz tragándose gritos que nadie quiso oír. Yo estaba vivo. Respirando. Robando, riendo, sobreviviendo, convirtiéndome en Cuervo, encontrando una familia, mientras ella aprendía la oscuridad en un lugar hecho para quebrarla.

Sé que no lo supe.

Sé que me habían arrojado a una zanja, que me habían convertido en mentira, que a mí también me arrancaron algo aquella noche. Lo sé todo. Podría defenderme con hechos y salir absuelto ante cualquiera.

Menos ante esa parte de mí que aún imagina a Iseabail sola.

—Temo que algún día decidas —digo— que debería haber sabido y haber destrozado media Escocia hasta encontrarte. Que el amor, si era amor, tendría que haber tenido mejor olfato que mis heridas.

Ella se levanta.

No deprisa.

Rodea la mesa y se coloca delante de mí. Durante un instante creo que va a decir algo enorme, algo que me quite el miedo con la misma claridad con que ella quita culpas ajenas. Pero Iseabail no hace eso.

Me coge la cara entre las manos.

Las tiene calientes.

—No vuelvas a hacer eso —dice.

Su voz no tiembla.

La mía sí podría, así que no respondo.

—No te metas en el lugar de quienes me hicieron daño para castigarte por no haber podido salvarme de ellos. Eso no te pertenece.

Cierro los ojos.

Maldita sea.

Maldita sea esta mujer.

—Me habría gustado encontrarte —murmuro.

—Lo sé.

—Habría ido de haberlo sabido.

—Lo sé.

—Aunque me hubieran matado.

—También lo sé. Y por eso me alegro de que no lo supieras.

Abro los ojos.

Ella me mira con una ternura tan brutal que casi preferiría una bofetada. La ternura de Iseabail nunca es blanda del todo. Siempre trae verdad dentro y te deja menos sitio para mentirte.

—Pero sí puedes estar aquí ahora. Y estás —dice.

Eso debería bastar.

No basta del todo.

Pero entra.

Entra como entra el agua cuando la tierra lleva demasiado tiempo seca: primero mal, levantando barro, buscando grietas, desordenándolo todo. Después más hondo.

Le rodeo la cintura con los brazos y apoyo la frente en su vientre. Ella se queda quieta un segundo, quizá sorprendida, quizá conmovida, quizá sabiendo que para mí esto se parece demasiado a arrodillarme y que por eso lo hago sentado. Luego me acaricia el pelo con una mano y la nuca con la otra, despacio, como si yo fuera algo que también puede cansarse de ser fuerte.

—Tengo miedo de otra cosa —digo contra la tela de su vestido.

La siento respirar.

—¿Más?

—Soy un hombre con muchos matices.

—Eso ya lo sabía.

—Temo que un día tu vida esté lejos de mí, que me mires bien y te des cuenta de que en realidad no soy más que un don nadie que no te merece, que el amor te ha cegado.

Su mano se detiene en mi pelo.

No la miro. Si la miro, quizá no lo digo.

—Una parte miserable de mí piensa que, al encontrarte libre, descubrirás que yo solo era el puente. El hombre de paso. La mano que te servía para salir, no el lugar al que querías regresar.

Y yo la necesito.

Esa es la verdad menos elegante de todas.

La necesito de una forma que me avergüenza un poco, porque necesitar a alguien siempre me pareció una manera muy sofisticada de dejarle un cuchillo sobre tu mesa y señalarle dónde te duele más.

Ahora sí me mira desde arriba.

Y sonríe.

La muy cruel sonríe.

—Finn Shaw.

—No uses mi nombre completo. Estoy indefenso.

—Eres muchas cosas. Indefenso no suele ser una de ellas.

—Hoy estoy practicando.

Me obliga a levantar la cabeza con las manos todavía en mi cara. Tiene los ojos brillantes, no de llanto exactamente, sino de algo más peligroso. Una emoción que sabe dónde quiere ir.

—Tú no eres un puente.

No digo nada.

—Los puentes sirven para cruzar y dejarlos atrás —continúa—. Tú eres… —Se detiene, busca la palabra, y verla buscarla me hace daño de una forma hermosa—. Tú eres el lugar donde no tengo que explicar lo que siento. Eres la risa que encuentro incluso cuando no

quería reírme. Eres el hombre que me toca como si mi cuerpo fuera un regalo. Eres quien se queda cuando soy difícil sin obligarme a volverme sencilla. Y si algún día mi vida me lleva lejos, Finn, no será lejos de ti. Será contigo, si quieres venir. Y si no vienes, volveré a contártelo, porque eres la primera persona a la que quiero contarle el mundo cuando lo veo.

No sé respirar.

Hay cosas que un hombre debería recibir con elegancia.

Yo no soy ese hombre.

La atraigo hacia mí y la beso donde alcanzo, en la tela, en el costado, en las manos, en la muñeca, en cualquier parte que me permita no decir algo que quizá me rompa por la mitad. Iseabail se ríe, un sonido bajo y tembloroso que me cae encima como luz.

—Finn.

—Estoy ocupado sobreviviendo a ti.

Me inclino hacia atrás para mirarla. La tengo entre mis piernas, con las manos todavía en mi cara y esa expresión dulce, viva, un poco preocupada, un poco divertida, absolutamente suya. Pienso que el mundo intentó corregir esto. Que hubo gente que vio esta mujer y pensó: demasiado. Demasiada voz, demasiada risa, demasiado deseo, demasiada vida. Y que, en lugar de acercarse a la luz, intentaron encerrarla para que no molestara.

Idiotas.

Todos.

Si Iseabail es demasiado, entonces el mundo ha vivido demasiado pequeño.

—Hay más —digo.

Ella parpadea.

—¿Seguimos con la lista?

—Ahora más que nunca. Quiero besar cada parte de ti..

Su boca se entreabre.

Sí.

Ahí está mi esposa.

Dulce, peligrosa, sonrojándose sin querer ceder del todo la victoria.

—Eso no suena a propósito matrimonial. Suena a indecencia.

—Las mejores promesas tienen buena mezcla.

—Finn.

—Tus manos, cuando tiemblen. Tu boca, cuando se disculpe sin motivo. Tu vientre, cuando recuerde hambre. Tus muslos, cuando olvides que también son tuyos para acercarte, correr, abrirse o cerrarse según te dé la gana. Tu risa, si encuentro forma de besarla sin que parezca que he perdido el juicio.

—Creo que ya lo has perdido.

—Hace tiempo. Tú estabas allí.

La sonrisa le tiembla.

Y entonces me besa ella.

No como antes, no como una distracción ni como una forma de taparme la boca, aunque sospecho que ese seguirá siendo un uso frecuente de nuestro matrimonio. Me besa con una gratitud que no se arrodilla, con una ternura que no pide permiso, con una entrega que no se parece a rendirse. Me besa como si eligiera quedarse exactamente en el sitio donde está.

Conmigo.

No porque no haya mundo fuera.

Sino porque, de momento, quiere verme dentro de él.

Cuando se separa, apoya la frente en la mía.

—¿Algo más en esa lista?

—Sí.

—Dios mío.

—Pero aún tengo que perfeccionarla antes de soltarla.

Me río.

Ella también.

Y el miedo, que hace un momento parecía un animal enorme sentado entre mis costillas, se vuelve más pequeño. No desaparece. Nada importante desaparece tan fácil. Pero se tumba, agotado, a nuestros pies.

Más tarde, cuando el Refugio se calma y el verano sigue pegado a la piedra como una respiración tibia, Iseabail se queda dormida conmigo junto al lago. No sé cómo lo hace. Dice que no está cansada, acusa a mi hombro de estar demasiado cómodo.

Tres minutos después, respira contra mi cuello.

Tengo la espalda apoyada contra una roca lisa, una manta medio caída sobre las piernas y su cuerpo tibio acomodado contra el mío con esa confianza descuidada que todavía me parece una imprudencia. Una de sus manos se ha cerrado en mi camisa, justo encima del corazón, y la otra descansa entre nosotros, abierta, blanda, como si por fin hubiera dejado de prepararse para empujar algo lejos.

La lámpara tiembla junto al agua. Abajo, el lago subterráneo devuelve una luz rota, oscura, como si la montaña guardara estrellas equivocadas en el fondo. En algún lugar del Refugio alguien ríe muy bajo; más lejos, una puerta se cierra, unos pasos se pierden por una

galería y después todo vuelve a esa calma rara de los lugares que nunca duermen del todo.

Se me está durmiendo un brazo.

También la pierna izquierda.

Moverla sería sensato. La clase de decisión que toma un hombre adulto con cierto aprecio por la circulación de la sangre y por la utilidad futura de sus extremidades.

Por desgracia, Iseabail utiliza mi cuerpo como si hubiera sido diseñado con la única función decente de sostenerla.

Así que me quedo quieto.

He sobrevivido a demasiadas desgracias como para empezar ahora a despreciar un milagro pequeño solo porque me deje inútil media mano.

La miro dormir.

No como se mira algo que uno posee.

Como se mira una puerta que sigue abierta en una casa que ahora ya tiene tejado, porque el tejado que faltaba siempre fue ella.

«Hasta que seas mía», le dije una vez.

Dios sabe que lo dije con hambre. No voy a convertir mi deseo en algo más noble de lo que era para quedar bien ante nadie.

La quería en mi cama, bajo mis manos, encima de mí, alrededor de mí, riéndose contra mi boca, perdiendo el aliento por mi culpa, diciendo mi nombre con cada jadeo.

Pero incluso entonces supe que tocarla antes de que volviera a pertenecerse habría sido otra forma de perderla.

Ahora la tengo dormida contra mí y entiendo que mía no significa nada en realidad. Que el que sea mía no la empequeñece ni la ata a

mí, solo me obliga a ser mejor sitio para cuando quiera volver.

Eso es lo que me propongo.

Ser buen sitio.

No perfecto. No siempre sereno. No libre de estupideces, porque tampoco conviene desafiar tanto a la naturaleza. Pero sí un sitio donde Iseabail pueda reír sin medir el volumen, llorar sin vergüenza, desear sin culpa, enfadarse sin miedo a que el amor se retire ofendido.

Un sitio donde pueda ser dulce sin que nadie la confunda con débil, caótica sin que nadie la llame loca, generosa sin que nadie le devore las manos.

La miro y todavía temo cosas.

Temo fallarle.

Temo que mi risa, algún día, llegue tarde.

Temo quererla tanto que el miedo intente disfrazarse de protección.

Pero también sé cosas.

Sé que no necesito que sea mía como los hombres necios necesitan llamar suyo a lo que temen perder.

La necesito mía como se necesita una risa en una casa demasiado seria.

Como se necesita aire detrás de una puerta cerrada.

Como se necesita luz no para poseerla, sino para recordar que aún existe camino.

Iseabail se mueve un poco contra mí. Sus dedos se cierran en mi camisa.

—Finn —murmura dormida.

Solo mi nombre.

Nada más.

Y yo, que he oído mi nombre en bocas que ordenaban, reían, escupían, llamaban, acusaban o pedían auxilio, descubro que en la suya suena a hogar.

Bajo la boca hasta su pelo.

—Aquí estoy —susurro.

No lo digo para despertarla.

Lo digo para mí.

Para que me oiga esa parte idiota y asustada que todavía cree que no la merece.

Apoyo los labios en su frente.

—Te amo, Iseabail.

La frase sale baja.

Rota por los bordes.

Durante mucho tiempo he pensado que no se lo decía porque ella no necesitaba oírlo. Porque Iseabail no es una mujer que se alimente de palabras dulces ni de promesas dichas con la mano en el pecho. Ella cree en los gestos.

Era una explicación cómoda.

También era mentira.

No se lo decía porque decirlo me dejaba sin sitio donde esconderme.

Porque puedo hacer reír a una sala entera, puedo enfrentarme a un Gordon, a un Campbell, a media Escocia si hace falta, puedo besarla hasta que olvide su propio nombre y tocarla como si mi vida

dependiera de aprender cada reacción de su cuerpo, pero esas dos palabras… esas dos palabras no tienen una broma donde refugiarse.

Una vez dichas, se quedan ahí, respirando entre los dos, señalando exactamente dónde puede dolerte más que te falten.

Y yo he sido muchas cosas en mi vida.

Valiente, algunas veces.

Idiota, muchas.

Cobarde, en lugares muy concretos.

Este era uno.

Y entonces entiendo que no quiero seguir usando el silencio como si fuese respeto cuando ya empieza a parecer miedo.

Ella no me oye, o quizá sí. No importa. Por una vez, no lo digo para que se quede, ni para que responda, ni para que me mire con esos ojos que todavía me hacen sentir mejor hombre del que soy.

Lo digo porque es verdad.

Porque lleva siéndolo desde antes de que yo tuviera derecho a tocarla.

Porque la amé cuando era una muchacha imposible en una casa que le quedaba estrecha.

La amé cuando creí haberla perdido.

La amé mal en mi ausencia, en mi rabia, en todos los años en que intenté convertir su recuerdo en una broma que no doliera.

La amo ahora, con su consulta de consejos, su risa indomable, su tendencia terrible a adoptar penas ajenas y esa manera de volver cualquier habitación más viva, más peligrosa y más digna de ser habitada.

Hasta que sea mía.

Hasta que vuelva a ser suya cada día.

Hasta que los dos aprendamos, con toda la torpeza, la risa, el deseo y el miedo que haga falta, que amar no es quedarse con alguien.

Es merecer que vuelva a elegirte cuando podría ser libre en cualquier otra parte.

Y aun así, por alguna razón imposible, pronuncie tu nombre en sueños como si también hubiera elegido volver.



Vale, ya has sufrido, reído y (espero) suspirado conmigo. Ahora te toca hablar a ti. Escanea el QR y déjame tu comentario: lo leo TODO, siempre.



Nota de la autora

(o cómo hablar de reputaciones, penitencias y highlanders emocionalmente devastadores sin acabar encerrada en un convento)

Si estás leyendo esto, has sobrevivido a armarios malditos, ferias sospechosas, cartas, pruebas de virginidad, familias con demasiado apellido, hermanos con demasiado poder y a Finn Shaw siendo Finn Shaw, que no sé vosotras, pero yo todavía no me he recuperado del todo.

Siéntate, coge algo caliente, algo frío o algo que te haga mirar por encima del vaso como una mujer con secretos, porque vamos a cotillear un poco sobre lo que hay detrás de esta historia.

Y voy a empezar con una frase que se ha citado mucho, a veces demasiado y a veces bastante mal:

«Hay un lugar especial en el infierno para las mujeres que no ayudan a otras mujeres».

La dijo Madeleine Albright y, aunque la frase tiene bastante pólvora, yo no la entiendo como una obligación de pensar igual, votar igual, vivir igual o convertirse en una estampita de hermandad universal con flores en el pelo.

Qué pereza, por favor.

La entiendo de una forma mucho más sencilla y más incómoda: hay algo especialmente cruel en una mujer que ayuda a encerrar a otra, que la señala, que la castiga, que le dice «te lo mereces» porque así se salva ella, porque así queda del lado correcto de la puerta.

Y sí, por ahí late buena parte de esta novela. No en plan manifiesto con velas, pañuelos y una señora muy intensa leyendo desde un atril, sino en esa cosa mucho más cotidiana y más sucia: una mujer viendo a otra a punto de aceptar como normal una injusticia y decidiendo meter el dedo donde escuece. Iseabail no salva a nadie, porque salvar a la gente suele ser una forma muy elegante de ponerse por encima. Iseabail escucha, incomoda, pregunta, desordena y, si hace falta, empuja un poco la puerta para que la otra recuerde que también puede salir.

Antes de seguir, hagamos una aclaración rápida, porque luego vienen los malentendidos de personas con demasiadas ganas de malinterpretar: alzar la voz por las mujeres no me convierte en detractora de los hombres.

Por Dios.

Yo adoro a los hombres. Me fascinan. Me vuelven loca. Las que me seguís por Instagram sabéis que mi algoritmo no está precisamente lleno de jarrones victorianos. Hay mandíbulas, six packs y señores enormes con pinta de poder partir leña, corazones y algún somier si la escena se anima.

Además, yo creo que se nota en mis libros. Amo a los hombres, pero no a todos, claro. No tengo un corazón tan grande, jajajaja.

Sin dispersarme, este libro no va de mujeres contra hombres.

Y este libro va mucho de puertas.

De quién las cierra.

De quién mira hacia otro lado.

Y de quién se atreve a abrir una.

1. Elena Francis, Morna y el consultorio que me habría gustado escuchar

Y ya que hablamos de mujeres encerradas, corregidas y devueltas a la obediencia con un lacito moral, tengo que mencionar otra inspiración muy concreta de este libro: **el Consultorio de Elena Francis**.

Sí, ese.

El de las cartas.

El de «querida amiga».

El de mujeres escribiendo desde la soledad, el miedo, los matrimonios infelices, los golpes, la culpa, el deseo, la vergüenza o la desesperación, creyendo que al otro lado había una mujer sabia dispuesta a ayudarlas.

Y lo que muchas recibían era otra cosa.

Resignación envuelta en buenos modales: aguanta, sonríe, sé cariñosa, cuida tu aspecto, no rompas la familia, no hagas ruido, no incomodes. Como si una crema, un carácter dulce y una paciencia de santa pudieran arreglar a un marido cruel o una vida que se estaba cayendo encima.

El consultorio nació ligado al Instituto de Belleza Francis, así que el drama íntimo de miles de mujeres convivía con consejos de hogar, belleza y productos. La angustia y la venta de cremas compartiendo mesa, que es una imagen bastante precisa de cómo se ha tratado muchas veces el sufrimiento femenino. Primero te dicen que aguantes y luego que, al menos, lo hagas con buena cara.

Además, Elena Francis ni siquiera era Elena Francis. Era un personaje. Una voz construida. Detrás hubo guionistas, equipos, hombres y mujeres escribiendo respuestas para una figura ficticia que muchas oyentes sentían real. Y eso, humanamente, deja un poso bastante amargo.

Porque aquellas mujeres no escribían solo para saber si debían perdonar a un novio o qué hacer con una suegra insoportable.

Muchas escribían pidiendo auxilio.

Y demasiadas veces ese grito se ignoró.

Morna nace un poco de ahí, pero como revancha íntima.

No quería escribir una mujer que «adivina el futuro». Eso me interesaba menos. Quería escribir a una mujer que escucha de verdad. Que mira las manos, la forma de respirar, la frase que se repite demasiado. Una mujer que no responde: «aguanta». Una mujer que, si no puede abrir la puerta por ti, al menos te recuerda dónde está.

Morna no manda sonreír a una mujer que se está rompiendo.

Morna no le dice a nadie que se vuelva más dócil para que la quieran mejor.

Morna hace algo mucho más peligroso y mucho menos espectacular: pregunta qué quieres tú.

Y a veces, solo a veces, esa pregunta ya es una pequeña bomba.

2. La casa de penitencia de Iseabail y el Patronato: cuando la moral se convierte en jaula

La casa de penitencia de Iseabail es ficción, pero no ha nacido de la nada.

Para escribirla pensé mucho en instituciones mucho más cercanas a nosotras de lo que nos gustaría admitir. En España, el Patronato de Protección a la Mujer se creó en 1941 durante el franquismo y dependía del Ministerio de Justicia; en la práctica, sirvió durante décadas para encerrar sin juicio a jóvenes consideradas "descarriadas", "rebeldes" o en peligro moral. Muchas supervivientes han denunciado humillaciones, trabajos forzados, castigos físicos y

psicológicos, internamientos arbitrarios y abusos en centros gestionados por congregaciones religiosas.

Sí, 1941.

No 1541.

Ayer, como quien dice.

Y eso es lo que más rabia da.

Mucho de lo que sufre Iseabail —el hambre como castigo, el aislamiento, la humillación, el intento de quebrarle el carácter, la idea de que una mujer puede ser "reeducada" a base de miedo— está inspirado en testimonios de mujeres que pasaron por ese infierno real.

El Patronato funcionó hasta bien entrada la democracia, y todavía hoy hay supervivientes pidiendo verdad, justicia y reparación.

Lo brutal es que el mecanismo mental no cambia tanto aunque cambien los siglos: una mujer molesta, una familia incómoda, una institución moralmente impecable por fuera y una puerta cerrada por dentro.

Los conventos y casas religiosas no fueron siempre espacios de vocación libre, oración y paz espiritual. Para muchas mujeres podían ser refugio, sí; para otras, la única salida posible; y para algunas, directamente, la forma elegante de apartarlas del mundo cuando su presencia estorbaba. La frontera entre "protección", "corrección" y encierro ha sido, históricamente, demasiado fácil de mover cuando la persona encerrada era una mujer.

Y por eso quería dejarlo escrito.

Porque lo que no se nombra se vuelve niebla.

Y lo que se vuelve niebla, tarde o temprano, alguien intenta repetirlo con otro nombre distinto.

3. Reputación: esa cosa tan frágil que siempre rompía la mujer

En el mundo de Iseabail, la reputación femenina era una cuerda al cuello con lazo de seda.

Una mujer noble no era solo una persona. Era alianza, descendencia, apellido, frontera, dote, estrategia. Su cuerpo importaba porque otros habían decidido que en él se jugaba el honor de toda una casa. Qué cómodo, ¿verdad?

Los hombres podían tener amantes, bastardos, deslices, noches de taberna y pecados que luego se resolvían con una palmada, una misa o una esposa conveniente. Una mujer, en cambio, podía perderlo todo por un rumor, por un beso, por una habitación cerrada, por haber sido vista donde no debía o por haber amado a quien no convenía.

Y aquí está una de las hipocresías que más me interesaban de la novela: Finn no tiene apellido, no tiene tierras, no tiene el rango adecuado; sin embargo, es infinitamente más decente que los hombres que se llenan la boca con el honor de Iseabail mientras le niegan voluntad, deseo y voz.

En esa época, enamorarse del hombre equivocado podía ser un desastre práctico, no solo sentimental. Si eras noble, tu matrimonio rara vez te pertenecía del todo; si no lo eras, tu reputación podía determinar si trabajabas, comías, parías con ayuda o acababas apartada como una molestia. Y si además alguien con poder decidía que eras culpable, daba bastante igual cuánta verdad hubiera dentro de la acusación.

Sobre leyendas escocesas concretas de "hija de laird enamorada de quien no debía", hay varias tradiciones y baladas con ecos útiles, aunque no todas encajan limpias en el siglo XVI ni son fuentes históricas sólidas. La balada *Young Andrew*, por ejemplo, recoge motivos muy duros de seducción, robo, deshonra y muerte de una joven, con el padre furioso y el seductor castigado por el propio

relato. También tienes historias posteriores como Lady Grange, ya del siglo XVIII, que no va de amor prohibido, pero sí de algo muy útil para tu nota: una mujer noble secuestrada y apartada por su marido cuando se volvió incómoda.

4. Los Gordon, Jacobo V y ese deporte escocés llamado "apuñalarnos con dignidad"

El Clan Gordon no me lo he inventado porque un día me desperté con ganas de ponerle un apellido poderoso a Iseabail. Los Gordon fueron una de las grandes familias del norte de Escocia, con los condes de Huntly como cabeza principal y una historia llena de alianzas, guerras, cambios de bando, rivalidades y esa tranquilidad tan escocesa de incendiar castillos para solucionar desacuerdos familiares.

En tiempos de Jacobo V, Escocia era una olla con demasiados hombres armados removiéndola a la vez. El rey accedió al trono siendo niño, y cuando empezó su gobierno personal fue duro con sus enemigos, especialmente con el conde de Angus y los Douglas. La propia web oficial de la familia real británica resume su carácter político con una frase deliciosa: algunos lo llamaban "buen rey de los pobres" y otros "asesino de la nobleza". O sea, equilibrado no era precisamente la palabra.

Y claro, mientras el rey maniobraba, los nobles hacían lo que mejor sabían hacer: casarse por conveniencia, pelear por tierras, apoyar al rey cuando convenía, enfadarse con el rey cuando dejaba de convenir y convertir el mapa en un tablero lleno de primos peligrosos.

Los Gordon, en particular, fueron una casa poderosa y ambiciosa. Eso me venía perfecto para Iseabail: no quería que viniera de una familia cualquiera, sino de una de esas casas donde una hija podía vivir rodeada de privilegio y, al mismo tiempo, no poseer ni la llave de su propia vida.

5. Finn Shaw, o cómo un hombre sin apellido se me subió a la chepa y no quiso bajarse

Creo que ha quedado claro que tengo debilidad por Finn Shaw.

No voy a fingir objetividad a estas alturas. Sería ridículo y, además, nadie me creería.

Finn ya me gustaba antes de escribir su historia. Tenía esa cosa peligrosa de los secundarios que entran en escena haciendo reír y, cuando te descuidas, se te han colado dentro.

Pero escribirlo me ha terminado de rematar.

Finn es el hombre que parece ligero porque ha aprendido a no pesarle a nadie, el que hace bromas para que otros respiren mejor, el que puede convertir una tragedia en una frase indecente y, sin embargo, sabe callarse justo cuando una mujer necesita que no la rescaten en público.

Para mí, Finn es el más inteligente emocionalmente de los Cuervos. No el más solemne, ni el más oscuro, ni el más peligroso a simple vista. Pero sí el que entiende antes dónde duele. El que ve cuándo una risa está a punto de romperse. El que no necesita declararse héroe para actuar con una decencia que ya quisieran muchos hombres con escudo, castillo y árbol genealógico hasta Moisés.

Y sí, me he requeteenamorado de él.

Lo admito.

Sin abogado.

Sin cura.

Sin Altair redactando nada.

Finn e Iseabail me han hecho reír muchísimo. Me han dado escenas absurdas, tiernas, sucias, trágicas, luminosas y muy vivas. Iseabail entra en líos porque no sabe no escuchar. Finn la ama porque la ve entera: la dulce, la caótica, la herida, la enamorada, la que se

equivoca intentando salvar a otros y la que todavía tiene miedo de quedarse donde la quieren bien.

Y eso, para mí, es amor romántico del bueno: no redención fácil, no "él la cura", no "ella lo convierte en otro hombre". Es más complicado y más bonito.

Es que dos personas se miren con todas sus heridas abiertas y aun así digan: vale, aquí. Contigo. Pero sin dejar de ser yo.

6. ¿Podía Finn ser capitán de la guardia de una casa como los Gordon?

Aquí hay una parte práctica que conviene explicar porque Finn es plebeyo, sí, pero no es "un cualquiera con espada" al que de pronto le cayó un cargo del cielo porque la autora necesitaba tensión sexual en un armario.

En una casa poderosa, el capitán de la guardia no tenía por qué ser noble de alto rango, pero sí debía ser un hombre de absoluta confianza, probado en combate, capaz de mandar a otros hombres y de responder por la seguridad del laird, la familia, los caminos, los accesos, los establos, las escoltas y cualquier problema que apareciera con botas y malas intenciones. En un mundo de clanes, lealtades y violencia cotidiana, ese puesto no se regalaba al más guapo, aunque, siendo Finn, entiendo la tentación.

Eso hace todavía más grave lo que ocurre con él.

No solo golpean a un hombre por un escándalo familiar. Destruyen a alguien que se había ganado un lugar en una casa que no era suya por nacimiento. Y lo hacen, precisamente, porque ese lugar empezaba a incomodar. Porque Finn, el hombre sin apellido grande, había llegado demasiado alto. Porque Iseabail lo miraba demasiado. Porque Robert entendió antes que nadie que un capitán querido por los hombres, respetado por el padre y deseado por la hija podía convertirse en algo mucho más peligroso que un simple empleado.

Podía convertirse en alguien imposible de despreciar.

Y eso, para cierta clase de hombre, es intolerable.

7. De qué iba, de verdad, esta historia

Este libro empezó con un armario, que ya es una declaración de intenciones bastante poco digna.

Pero, en el fondo, siempre fue una historia sobre quién tiene derecho a contar lo que ocurrió.

La familia de Iseabail contó una versión: Finn huyó, Finn la abandonó, Finn fue el culpable, Iseabail fue la vergüenza. La casa de penitencia contó otra: Iseabail era demasiado viva, demasiado rebelde, demasiado peligrosa para sí misma. Robert contó otra: el honor familiar justificaba cualquier cosa, incluso una prueba humillante, un matrimonio forzado y una amenaza disfrazada de protección.

La novela existe para romper esas versiones.

Iseabail no está deshonrada por lo que le hicieron.

Finn no es menos digno por no tener apellido.

El deseo no es una mancha.

La risa no es una falta.

Y el amor no consiste en hacer tuya a una persona hasta que deje de pertenecerse.

Consiste, quizá, en algo mucho más difícil: esperar a que vuelva a ser suya y tener la valentía de no convertir esa espera en deuda.

8. Y ahora viene Broen, que Dios nos pille con el cuerpo preparado

Y sí.

Después de Finn viene Broen.

No sé si estoy lista.

Lo digo en serio.

Porque Broen me pone de una forma absurda, muy poco profesional y difícil de justificar ante cualquier comité de escritoras responsables. Es callado, serio, contenido, de esos hombres que parecen hechos de roca hasta que descubres que la roca tiene una grieta justo donde no debería. Y ahora que sé su historia… peor.

No voy a contar demasiado.

Solo diré esto: hay promesas que se hacen a los vivos que se quedan atadas a los muertos. Broen lleva demasiado tiempo sosteniendo una de esas. Y la mujer que viene hacia él no debería pertenecerle, no debería tentarlo, no debería tocar justo la parte de su lealtad que más le duele.

Naturalmente, eso significa que va a ser un desastre precioso.

Y yo pienso disfrutarlo muchísimo.

Gracias por llegar hasta aquí.

Por creer en una mujer que hablaba demasiado para el gusto de su familia.

Por enamoraros, espero, de un hombre que aprendió a hacer reír para no pedir que lo quisieran.

Por acompañar a Iseabail desde una feria llena de cartas gastadas hasta una mesa propia en el Refugio.

Y por entender que, a veces, la libertad no llega como una gran proclama, sino como algo mucho más pequeño: una puerta abierta, una silla coja, alguien que te escucha, una mano que no aprieta y un hombre que dice «hasta que seas mía» cuando en realidad está diciendo: hasta que vuelvas a ser tuya.

Nos vemos en la próxima historia.

Con la bruma alta, los Cuervos cerca y Broen mirando hacia el norte como si allí hubiera algo que todavía no se atreve a nombrar.

Os quiere,

Anne

P.D: Podéis seguirme en Amazon y enteraros de todos mis lanzamientos, novedades y ofertas. Os dejo un QR para hacerlo fácilmente, mis criaturas hermosas.

Agradecimientos

¡Y llegamos a los **agradecimientos**! 🎉 No sabéis lo feliz que me hace este momento, porque, chicas, con cada libro que escribo no solo voy ganando lectoras, sino también amigas. 💖 ¡Y qué amigas! De esas que siempre están ahí para apoyar, comentar, reír y suspirar juntas por nuestros amados protagonistas. Voy a hacer una encuesta sobre vuestros favoritos, los amasaré juntos y crearé al protagonista de los protagonistas y lo le diremos a la IA que nos cree un novio virtual igual que él para los ratos aburridos, jajajajajaja.

Gracias a todas por estar a mi lado, por acompañarme en cada aventura literaria y por llenar mi buzón de mensajes, comentarios y reseñas que me alegran el día. Sin vosotras, esto no sería ni la mitad de divertido y gratificante. 🎈

Voy a intentar ordenar todo el torrente de emociones y agradecimientos que llevo dentro. Empecemos por lo más importante, sin rodeos: **gracias**. Pero no es un gracias cualquiera, es de esos que te recorren de la cabeza a los pies, uno de esos que llevan un "te lo debo todo" implícito. Cada vez que publico un nuevo libro, me embarga esa mezcla de nervios y emoción, preguntándome si lograré tocar vuestras almas, arrancaros una sonrisa, una lágrima, un suspiro...

Y entonces llegáis vosotras. **Mis lectoras, mis amigas.** Porque sí, cada vez que una de vosotras se adentra en mis historias, siento que estamos conectadas de una manera especial, como si recorriéramos juntas cada castillo, cada campo de batalla, cada mirada intensa que atraviesa las páginas. Vuestras palabras, vuestras risas, esos mensajes que llegan tras haber pasado una noche en vela con mi

libro entre las manos... Todo eso me hace sentir que no estoy sola en este viaje. Que **estamos en esto juntas.**

A vosotras, las que os habéis desvelado por "solo una página más", las que habéis hecho de mis personajes vuestros amigos, los habéis defendido, amado, odiado y vuelto a amar. Vuestras emociones son mi premio, vuestro cariño es el mejor combustible para seguir escribiendo. **Sois el verdadero corazón de mis historias.**

No os imagináis lo que significan esos mensajes que recibo, cada uno es como un abrazo, como una conversación íntima entre amigas. Me hacéis reír, llorar y emocionarme con vosotras, y eso... eso es algo que no cambiaría por nada en el mundo. Porque, aunque parezca que soy yo quien os cuenta historias, sois vosotras las que dais vida a cada una de ellas.

Así que **gracias**, de corazón. Por vuestra pasión, por vuestro entusiasmo, por creer en mí y en mis personajes. Por cada comentario, cada reseña, cada palabra de aliento. Vosotras sois la razón por la que sigo creando, soñando y escribiendo con el alma.

Nos queda mucho por vivir juntas, y no puedo esperar para seguir recorriendo este camino con vosotras. Así que, con todo mi cariño y muchas más historias por contar, os mando el abrazo más grande del mundo, de esos que se sienten en lo más profundo.

¡Seguimos, chicas! Esto solo acaba de empezar, y sé que lo mejor está por venir. 🌟💖

Para empezar, quiero agradecer a mis grandes apoyos:

Juncal: Por esa alegría que aportas a mi proceso creativo, tan refrescante como un amanecer en las Tierras Altas.

Tristán: Eres la inspiración detrás de cada palabra que escribo, como el viento que susurra entre los pinos escoceses.

A mi club de las Hadas:

Ana Molinos: Gracias por ser esa fuente constante de energía y apoyo, tan inquebrantable como los castillos de Escocia.

Sara Nogales: Por tu meticulosa corrección y ese apoyo implacable, tan férreo como un guerrero Highlander.

Emma Morell**:** Mi nueva lectora cero, ojo de halcón, lupa implacable y hada de guardia. No se te pasa ni una, y eso, aunque a veces me haga mirar el manuscrito con miedo, es oro puro. Gracias por leer con tanta atención, por detectar lo que se me escapa y por ayudarme a que cada escena llegue más limpia, más clara y con más fuerza.

Aroa Ramírez: Porque mi recuperada intensidad te la debo a ti, que me recordaste que la había perdido, como las antiguas leyendas de los clanes.

María José Ramírez: Por ser tan fan, tan entusiasta, por animarme a escribir. Eres como el fuego que calienta las frías noches en las Tierras Altas.

Rocío Blanco: ¡Eres la guinda del pastel! Gracias por esas ayuditas mágicas y tus monólogos que son pura chispa.

Jessica Cruz Escámez: A la velocista de las letras, cuya velocidad de lectura desafía a la luz y cuyos comentarios me encantan.

Rocío Yuste: A la maga de las reseñas, capaz de capturar los detalles más pequeños de mis novelas con su varita mágica de palabras.

Verónica Leiro, qué bonita es y que entusiasmo desborda.

Y ahora quiero hacer una mención especial a las que ya considero "mis chicas":

Iria García Blanco (nos veréis un día removiendo una queimada), Lau Soler (que me alegra el día con sus MD, jejejeje), Estefanía Cobo Moreno, Susana Vila, Lidia Armario, Eva_bueu, Elenablda, Pilu_baca, Tere Reixach, Mónica (@slayertxu), Meli Berzaghi, Julieta Mezz, Mar, Alexia RB, Pepi Armario, María_ese_ce, Denis Luz, MarW,

, María Marchena González, Ana Sofía Ribeiro, Mariina Castro, Lola de Albacete, Pepa Urea Serrano, mi Lola López García, Monserrat Martin Barrero, Rakel Córdoba, Silvia Gámez, Gloria Benitez Sody, Antonia Ávila Suarez, Isabel Marchante (con esa estantería con todos mis libro, wowwww), Verónica Ramon Romero, Graciela Peñarrocha, Monica Lopez Torres, Noemí Ferrer Tudó, Susana Balduque, Pilu Baca, Tere Reixach, Rosana Arjona, Angélica Martín Moreno, Mar Romero Caballero, Inma Tenor, Leire Deluza, Diana, Rocío Pérez Rocamora, Begoña (la profe), Elena Jodar Gómez, Arancha CG.

Es increíble poder tener lectoras como vosotras. No os imagináis los nervios que se pasan cada vez que se deja volar un libro nuevo sin saber si será aceptado bien, si esta vez se ha perdido la chispa, si no se ha sido capaz de conectar con el lector y entonces llegáis vosotras como los ángeles de Anne Charlie y me hacéis recuperar el aliento y la confianza de nuevo. ¡Sois increíbles! No tengo palabras suficientes de agradecimiento para vosotras y para esos mensajes que me dejáis y me dan vida. Os lo juro. Sois increíbles.

Y gracias también a:

Bárbara de @bronte_rochester, por ese entusiasmo enorme con mis audiolibros y con esta saga. No sabes lo bonito que es sentir que mis escoceses no solo se leen, sino que también se escuchan, se sufren, se suspiran y se comentan con ese fervor maravilloso.

Elena de Elenasinh_books porque ha sido precioso su entusiasmo y la forma en que me ha tenido en vilo con sus stories sobre Entre las páginas del tiempo.

Gracias, **Natti_Ruano**, por esas reseñas que llegan como viento del norte y esos abrazos que abrigan más que un tartán en mitad de las Highlands.

Vir de @vir_entre__libros: Tu crítica astuta siempre me ayuda a crecer, como un sabio druida que guía a su clan.

Aryceli de @aritakitten_lecturas: Por tu perspicacia con los personajes, tan aguda como la mirada de un águila sobrevolando los montes escoceses.

María de @vilmont_books: Por la creatividad que aportas al universo literario, tan brillante como las estrellas en una noche despejada en Escocia.

Olivia Monterrey de @monterreyolivia: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan vasta como las llanuras escocesas.

Teresa de @leercomosinohubieraundespues: Por esa contagiosa positividad que me recuerda a los días soleados en las Tierras Altas, que, aunque escasos, son inolvidables.

Ilia de @hoy_esta_leyendo: Tus historias añaden color a todos nuestros días, como un tapiz celta lleno de historias y leyendas.

Susana de @mislibros_misbebes: Por tu tranquila constancia y amabilidad, tan serena como los lagos escoceses al amanecer.

Mónica de @monicasam.world: Por hacer del humor un idioma universal, tan refrescante como un trago de buen whisky escocés.

Mireia de @dreamingofmimibooks: Tus reseñas siempre me dan el aliento que necesito, como el viento que sopla fuerte y libre en las cimas de las montañas.

Raquel de @vivir._leyendo: Por tu perpetuo positivismo y calor humano, tan acogedor como una cabaña en medio de la nieve.

Maricruz de @mari.csang: Por tu valentía y dedicación inquebrantables, tan férreas como las fortalezas de los antiguos clanes.

Marta de @minedreadings: Tu intuición aguda siempre revela los matices de una historia, como un bardo que conoce todos los secretos de su pueblo.

Anabel Botella de @anabel_botella: Por esa escritura emotiva que abre corazones, tan profunda como las leyendas que se cuentan alrededor del fuego.

Vero de @vdeverolibros: Por mantenerme al día con las novedades editoriales, como un mensajero que trae noticias desde tierras lejanas.

Angela Bennet de @angelabennet.author: Por tu generosidad y ese corazón inmenso, tan vasto como los valles y montañas de Escocia.

@laureleeyescribe: Eres una asistente indispensable, como un fiel escudero en las batallas de las Tierras Altas. ¡No sé qué haría sin ti!

@manuelaramirez_escritora: Por tu belleza eterna y tu apoyo constante, como las antiguas piedras de los castillos escoceses que resisten el paso del tiempo.

Ygritte de @ygritte.berlana: Tu entusiasmo por la lectura alimenta nuestra comunidad, como los ríos que nutren los verdes valles de Escocia.

@villacositas8: Por tu disposición a seguirme y esperar pacientemente, como un Highlander esperando el momento perfecto para atacar.

@viviendo1000historias: Por compartir mis libros con tus seguidores, como un bardo que comparte historias alrededor del fuego.

@leeresdeguapas: Por tus maravillosas reseñas que siempre me alegran el día, tan brillantes como un amanecer en las Tierras Altas.

@marianabooker: Por tu amor incesante por las letras y por decirme que sí, como un pacto entre clanes en tiempos antiguos.

Eva de @letrasychocolate: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan dulce como el chocolate que se disfruta en una tarde fría.

Jesica Azpeleta: Siempre brillante, siempre maravillosa, como las estrellas que iluminan el cielo escocés.

@volamosentreletras: Tu opinión es como el viento que guía a los barcos hacia el puerto seguro. Gracias.

@bookstagramer1: Por tu apoyo constante y ese espíritu positivo, tan fuerte como el de un guerrero escocés.

Mrs. Svetaracherry: Tus palabras amables son el bálsamo que calma las heridas de batalla. Siempre me dan un impulso.

María de @maria.12.al: Por estar siempre presente con esa dulzura y apoyo, como la melodía de una gaita que nos reconforta.

@brr.leyendo: Por encontrar tiempo para mis libros en tu ocupado calendario de lectura, como un druida que siempre encuentra tiempo para sus rituales.

Mireia de @la_estanteria_de_mire: Por convertirme en una de tus autoras favoritas, es un honor digno de un brindis con el mejor whisky.

Ana de @aniibook: Por tu apoyo constante y por amar a mis personajes tanto como yo, como si fueran parte de tu propio clan.

Aure de @cazafantasia: Por siempre brindar una perspectiva fresca y emocionante, como las primeras luces del día en un paisaje escocés.

Noemi de @mysticnox1: Tu constancia y amor por la literatura son como las montañas de Escocia: inquebrantables e inspiradoras.

Mónica de @monicairado: Por tus sabias palabras que siempre me elevan, como las águilas que vuelan alto en el cielo escocés.

Laura de @laurabookcase: Por ese amor compartido por las letras y las historias, tan profundo como los lagos escoceses.

Laura de @laurabooksblogger:Por su entusiasmo arrollador y por insuflármelo a tope.

@101 lecturas: ¡Gracias por ser parte de esta historia!

Cecilia de Divinas lectoras: Por ser una crítica incisiva y valiosa, como el filo de una espada bien afilada.

@vivir_leyendo: Tu pasión por los libros es tan contagiosa como las danzas y cantos de una fiesta en las Tierras Altas.

@mi_amante_unlibro: Por ser una constante en mi viaje literario, como un faro que guía a los barcos en la oscuridad.

@buscando.lectura: Por siempre estar dispuesto a explorar nuevas historias conmigo, como un aventurero en busca de tesoros ocultos.

@viviendo1000historias: Tu entusiasmo es como el rugido de un león en la vasta sabana, nunca deja de motivarme.

@_romanticasdelnorte: Por tu amor por el romance y las historias emocionantes, tan apasionado como un baile bajo la luna.

@missattard: Por ese espíritu libre y tu aprecio por las palabras, como un viento que sopla libremente por las colinas.

@cuandolosmiosduermen: Por encontrar tiempo para mis historias en medio de la ajetreada maternidad, como una madre escocesa que siempre encuentra tiempo para sus hijos.

Isabel P. Moreno: Por ese amor por la literatura y ese ojo crítico, tan agudo como el de un halcón en plena caza.

@dulce_caramelo8: Por ser un oasis de dulzura y apoyo, como las refrescantes cascadas escondidas entre las montañas escocesas.

@bookeandoenlasnubes: Tu pasión por los libros me inspira cada día, como las majestuosas vistas de las Tierras Altas que inspiran a poetas y artistas.

@wendyreviews: Tu crítica constructiva es como el entrenamiento de un maestro espadachín, siempre me ayuda a crecer como escritora.

@marianabooker: Por compartir mis historias con tu público, como los bardos escoceses que llevan cuentos de aldea en aldea.

@leoquemeleo: Por tu apoyo incansable y tu amor por los libros, tan fuerte como el lazo entre un Highlander y su clan.

@come.libros2020: Por siempre mantenerme en tus pensamientos y recomendaciones, como un antiguo mapa de tesoros que se pasa de generación en generación.

@bookstragramer_1: Tu dedicación a la comunidad literaria es como la de un líder escocés, verdaderamente inspiradora.

@mariafrases: Por compartir mis palabras con tanto amor y entusiasmo, como los cuentos que se cuentan al calor de una hoguera.

Mónica de @volando entre libros: Como los valientes guerreros de las Highlands, tu aliento y ánimo han sido un baluarte.

@pilardans: Tu amor por la literatura y la escritura es tan profundo como los misteriosos lagos de Escocia.

@me.leo.toa: Por ser siempre un faro de apoyo y amor por la literatura, como los faros que guían a los barcos en las costas escocesas.

@conlibrosyaloloco1981: Por tu constante apoyo y tus amables palabras, tan reconfortantes como un abrazo en una noche fría.

@salseo_de_libros: Tu entusiasmo es contagioso, como las danzas y canciones de una fiesta en un pueblo escocés.

@tintayletrascirculo: Tu amor por las palabras y las historias es tan profundo como las raíces de los antiguos robles escoceses.

@leerconthea: Por tu apoyo constante y tu amor inagotable por los libros, tan eterno como las montañas de Escocia.

@lecturas_de_sara: Por tu amor por la literatura y tu apoyo constante, como el flujo constante de un río escocés.

@iralybookaholic: Tu pasión por las letras y las historias es un regocijo, como un día soleado en las Tierras Altas.

@amorporlolibros84: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por los libros, tan firme como un castillo escocés.

@maytelizondo: Por tu visión detallada y tu amor por la literatura, como un águila que observa todo desde lo alto.

@yoizna: Tu entusiasmo siempre me inspira a seguir escribiendo, como los vientos escoceses que impulsan las velas.

@lecturasdesonia: Por tus valiosos comentarios y tu amor por la literatura, tan preciados como un antiguo relicario.

@booksbyclau: Tu apoyo y entusiasmo son como el calor de una chimenea en una cabaña escocesa, realmente invaluables para mí.

@lolatoro_Aleciablue: Por tu amor por las historias y tu constante apoyo, tan leal como un escudero a su señor.

@perdida_entre_libros86: Tu pasión por los libros es como el fuego que arde en el corazón de un guerrero escocés.

@valientegarciamaríajose: Por tu valentía y amor por las letras, tan fuerte como el espíritu de un Highlander.

@laslecturasdeari_: Por tu inquebrantable pasión por la lectura, como las antiguas tradiciones que se mantienen vivas en Escocia.

@paseandoentrelibros: Por siempre hacerme sentir valorada y apreciada, como un tesoro escondido en las Tierras Altas.

@instaromanticreader: Tu pasión por la lectura y el romance es como una balada escocesa, siempre inspiradora.

@aniibook: Por siempre ser una fuente de apoyo y ánimo, como un manantial en medio de un bosque escocés.

@biri.biankis: Por tu entusiasmo contagioso y tus valiosos aportes, como un festín en un gran salón escocés.

@sendra.black.escritora: Tu amor por la escritura y la lectura es como la pasión de un bardo contando historias épicas.

@romanticoslibros: Tu dedicación a la literatura romántica es como una leyenda de amores eternos en las Tierras Altas.

@crazyreadersladys: Por tus reels preciosos y tus pandichachis que siempre llegan a cinco cuando me valoras.

A Sara Alba, mi fiel escudera desde el comienzo de esta aventura. Gracias por prestarme tu vestido de novia (jejeje) y por siempre encontrar un momento para sumergirte en mis letras y dejarme tu valiosa opinión.

A Patricia Machtl porque sus opiniones agridulces, jajaja, que con su espada afilada de comentarios me mantiene despierta, no por eso no, por ser fiel, por leerme, aunque a veces no le guste y sus críticas constructivas (aunque lo de Outlander para adolescentes ha escocido un poco, pero sin acritud, nena)

A Nani Mesa, porque me habla de sueños y yo… Sueño con palabras así y con escoceses de ensueño. Estamos en la misma onda.

A Toñi Cruz, cuyo entusiasmo me recuerda al espíritu indomable de un highlander. Tu primera reseña en las redes fue como el canto de las gaitas escocesas, aliviando el peso de la espera y la incertidumbre de las primeras opiniones.

Y a Montse Muros, la enciclopedia viviente de los musos, tan hermosa como un amanecer en las Tierras Altas. Tu apoyo y sabiduría son el faro que guía mi pluma.

Mi Dubli: Joder, nunca me he reído tanto con alguien. Esta mujer es increíble y tenéis que leer sus libros si queréis ejercitar los abdominales de la risa. Dublineta Eire, buscadla.

Marta Sebastián: Por estar siempre a mi lado y acoger mis palabras con un amor y dedicación inquebrantables, como el melódico eco de una balada bajo el cielo estrellado de Escocia.

Dulce Mercé: Por siempre compartir mis palabras con tanto amor y dedicación, como un dulce canto bajo la luna escocesa.

Sany Garcés: Por tu pasión por las letras y tu apoyo constante, tan ardiente como el fuego de un campamento.

Ana SP: Por tu visión detallada y tus constructivos comentarios, tan precisos como un arquero escocés.

Yennely Perez: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por la literatura, tan profundo como los misterios de Escocia.

Gemma Herrero Virto: Por ser tú y estar siempre, como las montañas eternas que vigilan las Tierras Altas.

Elena Fuentes Moreno: Por siempre ser una "fuente" de apoyo, como los ríos que nutren los valles escoceses.

María del Mar Fernández Salmerón: Por tu amor por las letras y tu apoyo constante, tan inquebrantable como un escudo escocés.

Sonia Puente: Una escritora como la copa de un pino, cuya grandeza y talento se asemejan a los majestuosos pinos de los bosques escoceses.

Y no puedo olvidarme de dar las gracias a esas lectoras geniales que se han unido mi clan con estas historias de Highlanders y me alegran los días con sus comentarios y me ha hacen reír con su entusiasmo.

Sois geniales.

Comgatigos, Rosa Clara Rivero, Chari Llamas, Paqui Dede, Marisa Mengual, Marisa Ortega, Inma Camino, , Jessica González, Tamara Sánchez, Katy Kat, Mari Carmen Ruz, Carmen Rodriguez, , Isabel Mari Cruz, Tani Montellano, Cristina.r, Laura Sanchéz. Ana Drendes, ,@myclosetlm, María, Ana M.B. Nicol Mendoza, Sabina Shelemmer, @la-cocinillas_de_mi_casa, Jennifer Charles, Sonia Barroso, tremendoo, Charo Berrocal, Beatriz Cánovas González, María Marchena, Cristina Bermejo, Rachel (alfarera_81), Raquel Córdoba,

Elena Picó, Julia Ruizmo, Elena Guerra, Raquel Ruizmo, la_cocinillas_de_mi_casa, Laura Lora, María José Selma, Mari Carmen Ramírez, Izaskun Rivas Hernández, Patricia López Alburquerque,, Alicia Blanco, Vivi Iglesias, Mónica de la Cruz, Isabel Fernández, Nieves Jimeno, Lucia Chamorro, Lidia Perez-Barba, lady_romcom, Martha Worthales, Mery Ross Blonde, Silvia Gámez que ha tenido una idea genial y es la de crear un grupo de escoobsesas.

Chicas, me encanta que me habléis, que me busquéis, que me compartáis vuestras opiniones.

Gracias de corazón por ser parte de este hermoso proceso creativo y por confiar en mí para animar vuestras lecturas.

Cada palabra, cada nombre, cada sentimiento compartido ha sido un honor para mí.

Espero que estas dedicatorias resuenen en aquellos a quienes van dirigidas y si no estás y me has ayudado, aunque solo sea con una pequeña palabra, espero que sepas que no te nombro por despiste, no porque no lo aprecie.

Solo dímelo y te uno a este Club de Esco-fanes.

Vuestra Anne, siempre vuestra.

Bibliografía

Scottish Customs de Sheila Livingstone
Scottish History of James MacKay
Historia de Escocia: Una guía fascinante de la historia de Escocia de Captivating History
Jefes escoceses de Jane Potter
Breve Historia de Escocia de Ana Barrera
Escocia misteriosa de Manuel Jesús Palma Roldán
Blanca de Borbón de José de Espronceda
Clanes escoceses y genealogía en Escocia
Clan escocés - Wikipedia, la enciclopedia libre
https://www.labrujulaverde.com/2024/06/sudor-ingles-la-enigmatica-y-letal-enfermedad-que-asolo-inglaterra-entre-los-siglos-xv-y-xvi-y-desaparecio-tan-misteriosamente-como-llego
https://en.wikipedia.org/wiki/Elizabeth_Bethune
https://www.ccsna.org/dunstaffnage-castle
https://www.thecastlesofscotland.co.uk/the-best-castles/scenic-castles/caisteal-na-nighinn-ruaidhe/
https://es.wikipedia.org/wiki/Clan_Campbell
https://es.wikipedia.org/wiki/Blanca_de_Borb%C3%B3n

https://www.eldebate.com/historia/20231205/dona-blanca-borbon-desgraciada-reina-espana_158238.html
https://es.wikipedia.org/wiki/Jacobo_V_de_Escocia
https://en.wikipedia.org/wiki/Beltane
https://www.eldebate.com/historia/20230421/agnes-negra-defensa-castillo-dunbar_109332.html
https://es.wikipedia.org/wiki/Archibald_Douglas,_VI_conde_de_Angus
La Isla de las Discusiones y la Isla de los Acuerdos: el peculiar modo escocés de resolver conflictos
En tierra de leyendas – OSCAR LARRAGA
La sexualidad en la época victoriana
La primera revolución sexual | Clionauta: Blog de Historia
Sexo seicentista y dieciochesco - Jot Down Cultural Magazine
Lady Julian: sexualidad y prostitución en un barco del siglo XVIII
'Harlots: Cortesanas', el negocio del sexo en el siglo XVIII
Así eran las prácticas sexuales más peculiares de la Historia
https://www.nuevatribuna.es/articulo/historia/sexualidad-epoca-victoriana/20171203181816145989.html

https://www.tienda-medieval.com/es/espadas-los-inmortales/12130-espada-mandoble-claymore-highlander-iii-larp.html
https://www.loquis.com/es/loquis/1375807/Castillo+de+Tor
La verdad sobre el cinturón de castidad y otros mitos sexuales
La verdadera historia del cinturón de castidad | Placeres | S Moda | EL PAÍS
El luto en la historia occidental - Funeraria Zaragoza - Servicios Funerarios Tempus

Biografía



Anne K. Austen es un seudónimo, y todo lo que rodea a esta autora está envuelto en sombras y misterio. Así que tú, querido lector, que estás sumergiéndote en esta biografía, tendrás que mantener el secreto de su identidad si es que llegas a descubrirla…

Una verdad incuestionable es que Anne nació el 22 de agosto de 19 ¿? Otra verdad impepinable es que jamás revela su edad y mucho menos desde que hace frente a una importante crisis de los cuarenta ¡Uch!

Nació en Santurtzi (Vizcaya), o ¿fue en Nueva York? Lo cierto que es que sí se fue por toda la orilla hasta un pueblecito de Vitoria que ahora echa de menos porque parar, ha parado poco. Es lo que tiene sentir ganas de comerse el mundo, que uno nunca puede estar quieto.

Desde siempre, su vida ha sido un perenne capítulo lleno de libros. De niña, leía más de lo que hablaba y se refugiaba en novelones quizás demasiado avanzados para su edad. Y es que por leer se lee hasta las indicaciones del champú, luego tiene un montón de

información en la cabeza que se mezcla y entrelaza y la vuelve un poco loca, así que la deja salir en forma de tramas y personajes. Cada rincón de su mente es un tesoro de ideas y creatividad, alimentado por años de devorar libros y explorar universos literarios.

A los doce, descubrió el mundo de las novelas románticas, con portadas de hombres musculosos y cabellos dignos de anuncios de champú, y las devoraba como si no hubiera un mañana.

Fue también a esa edad cuando Anne comenzó a escribir sus primeras novelas en folios, con líneas que nunca lograban ser rectas. Compartía estas historias en clase, distrayendo completamente a sus compañeras, hasta que la profesora de lengua confiscó una de sus novelas. Para su sorpresa, ¡la profesora se la leyó y la animó a seguir escribiendo! A los doce, también ganó su primer premio de cuentos y en el 2017 también fue finalista del Premio Literario de Amazon, pero con su otra personalidad, la más seria y dramática.

Con grandes expectativas, estudió Ciencias Económicas, pero Anne nunca dejó de escribir. En las aulas de estudio, en lugar de prepararse seriamente, se encontraba inventando historias. Es que escritor no se hace, se nace, y es imposible no escribir cuando pasas más tiempo creando mundos que viviendo en la realidad.

Anne es una lectora voraz y amante indiscutible de cualquier género literario, entre ellos, la romántica, de la que se declara acérrima defensora. La capacidad de amar es nuestra virtud más humana y la pasión, su forma de expresarse. Escribir sobre ello la convierte en la mujer más afortunada sobre la tierra y espera poder compartir parte de esa felicidad con sus lectores.

Así que, si alguna vez coincides con Anne y no te responde, no se lo tengas en cuenta. Está en otro mundo, creando. No concibe una vida sin libros, sin historias de hombres que quitan el aliento y te hacen sentir mariposas en el estómago. No concibe una realidad sin irrealidades, porque así es ella: una soñadora, una romántica empedernida que necesita las historias románticas tanto como el aire que respira.